

LIBRO DE LA
CREACION
Y
REDENCION

TOMO I

PQ2225
C74
S6
v. 2

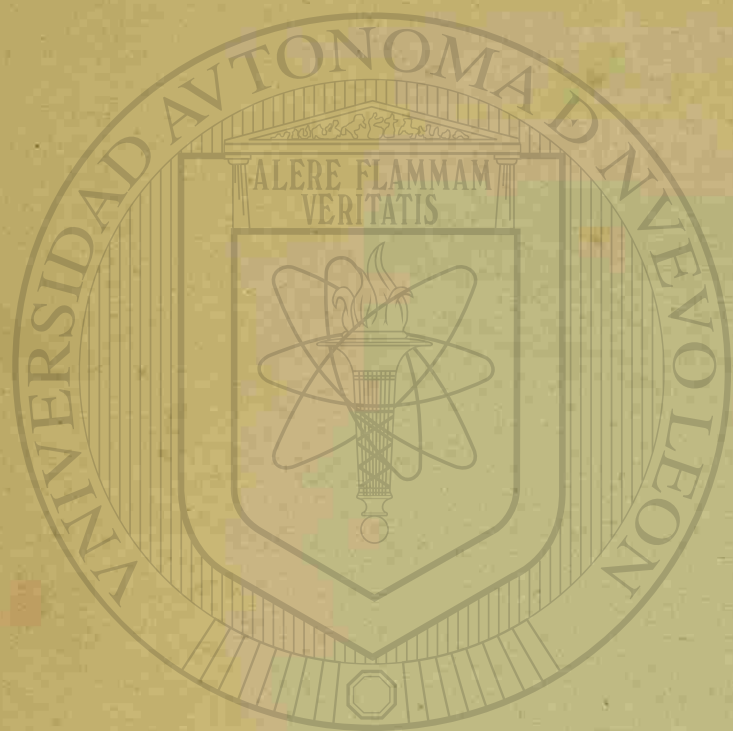


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CREACIÓN Y REDENCION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

CREACION Y REDENCION

(SUCESOS DE LA REPUBLICA FRANCESA)

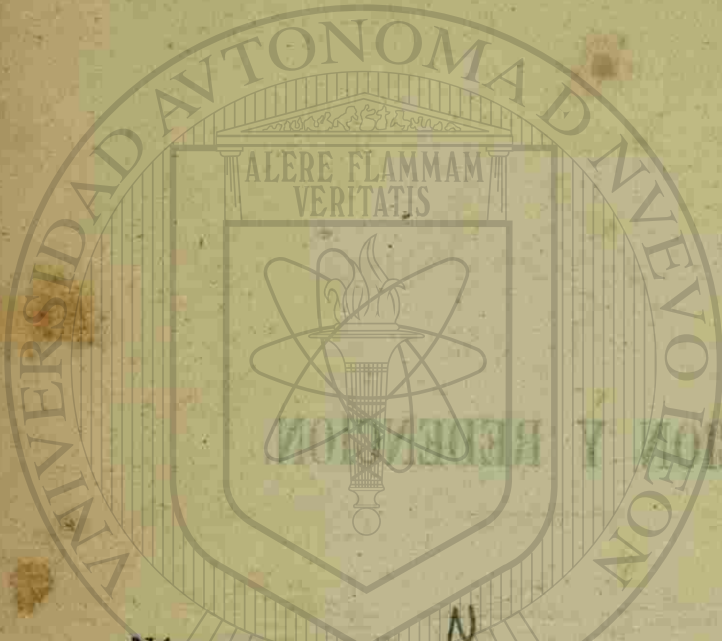
NOVELA HISTÓRICA

POR

ALEJANDRO DUMAS (PADRE).

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

TOMO SEGUNDO.



Núm. C. N
Núm. A. D88618c
Núm. A. 30008
Proceder. -8-
Precio
Fecha
Clasificac.
Catálogo

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Novel. Tomo 2

ADMINISTRACION:

PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11. — MADRID: 1625 MONTERREY, MEXICO

1871.

30008

098793

843.
9.

PQ 2225

C74

SG

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Sres. J. Castro y Compañía.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, 1871.—Imprenta de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, núm. 27.

TERCERA PARTE.

I.

La sala Louvois.

El 30 pluvioso, año IV de la República (19 de Febrero de 1796), era un gran día de fiesta, porque se había roto públicamente la plancha de los *assignats*, después de una emisión de cuarenta y cinco millares, quinientos millones, medida que no evitaba que cada luis de oro valiera siete mil doscientos francos en papel.

Aquella noche había iluminación en el teatro Louvois, iluminación que hacía resaltar más aun la masa sombría del teatro de las Artes, comprado un año antes á la Montansier, quien lo mandó edificar asustando á los literatos, á los eruditos y á los bibliográficos, á cincuenta pasos de la biblioteca nacional, en el sitio en que hoy no se ven más que los árboles dando sombra á una bellísima fuente, imitación de las Tres Gracias, de nuestro gran escultor German Pilon.

Este teatro que se llamó primero teatro Montansier y después teatro de las Artes, fué más tarde el teatro de la Opera, hasta el día 13 de Febrero de 1820, en que asesinó en sus escalones al duque de Berri el guarnicionero Louvel, después de lo cual se decretó su derribo.

Una larga fila de carruajes, que se extendía por la calle de Richelieu hasta la casa en donde hoy está la fuente Moliere, iba dejando una multitud de elegantes á la puerta del teatro Louvois,

TOMO II.

1

843.
9.

PQ 2225

C74

SG

v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Sres. J. Castro y Compañía.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, 1871.—Imprenta de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, núm. 27.

TERCERA PARTE.

I.

La sala Louvois.

El 30 pluvioso, año IV de la República (19 de Febrero de 1796), era un gran día de fiesta, porque se había roto públicamente la plancha de los *assignats*, después de una emisión de cuarenta y cinco millares, quinientos millones, medida que no evitaba que cada luis de oro valiera siete mil doscientos francos en papel.

Aquella noche había iluminación en el teatro Louvois, iluminación que hacía resaltar más aun la masa sombría del teatro de las Artes, comprado un año antes á la Montansier, quien lo mandó edificar asustando á los literatos, á los eruditos y á los bibliográficos, á cincuenta pasos de la biblioteca nacional, en el sitio en que hoy no se ven más que los árboles dando sombra á una bellísima fuente, imitación de las Tres Gracias, de nuestro gran escultor German Pilon.

Este teatro que se llamó primero teatro Montansier y después teatro de las Artes, fué más tarde el teatro de la Opera, hasta el día 13 de Febrero de 1820, en que asesinó en sus escalones al duque de Berri el guarnicionero Louvel, después de lo cual se decretó su derribo.

Una larga fila de carruajes, que se extendía por la calle de Richelieu hasta la casa en donde hoy está la fuente Moliere, iba dejando una multitud de elegantes á la puerta del teatro Louvois,

TOMO II.

1

espléndidamente iluminado, y desaparecía por la calle de Santa Ana en medio de los gritos de los mozos que se disputaban con los lacayos el abrir las portezuelas de los carruajes.

Porque las carrozas y los lacayos habian vuelto con los señores.

—*Se necesita un carruaje*, caballero, habia dicho un pilluelo en la puerta de la Comedia francesa el mismo dia de la ejecucion de Robespierre, haciéndose heraldo de la aristocracia y saludando la llegada de la contra-revolucion.

Y desde ese dia volvieron á aparecer los carruajes más numerosos que antes. No diremos nosotros, como muchos historiadores, que desde aquel dia terrible volvió Francia á levantar la cabeza.

No; lo antigua Francia habia desaparecido en la emigracion, en la plaza de la Concordia, como hoy se nombra, y en la barrera del Trono.

Una guillotina no era bastante en la plaza de la Revolucion y pusieron otra en la barrera del Trono.

Era una Francia nueva la que aparecía, tan nueva que era casi desconocida hasta para los parisienses que la habian visto nacer.

Costumbres, trajes, aspecto, nada de la antigua Francia conservaba la moderna.

Si Racine y Voltaire, los grandes tipos del bello y correcto francés, hubieran vuelto al mundo, se hubiesen preguntado qué dialecto hablaban, los *increíbles* y las *maravillosas*.

¿Cuál era la causa de aquella trasformacion en las costumbres, en los trajes y en el lenguaje?

En primer lugar, Francia tenia necesidad de arrojar arena y extender alfombras sobre las manchas de sangre del reinado del Terror.

Además, como sucede en todas las innovaciones, habia un hombre que se hizo eco de las necesidades del dia; avidez para vivir, gozar y amar.

Aquel hombre era Luis Stanislas Freron, ahijado del rey Estanislao é hijo de Elia, Catalina Freron, fundador, despues de Renaudot, del periodismo en Francia.

Estanislao Freron, en medio de las sangrientas excentricidades

de su tiempo, en medio de los Hebert, Marat y Collot d'Herbois, fué otra especie de mónstruo.

No creemos en esos caprichos espontáneos de la naturaleza.

Para que el hombre sea lo que fueron Collot d'Herbois, Marat y Hebert; para que, como locos furiosos, hieran á la casualidad en la sociedad, es preciso que justa ó injustamente les haya herido la sociedad; es preciso que, como al cómico Collot d'Herbois, les hayan atacado en su orgullo con los silbidos y la gritería de una sala; es necesario que, como Hebert, el vendedor de contraseñas, hayan sido lacayos de personas injustas y violentas, vendedores de contraseñas y acomodadores en la puerta de un teatro, sin ganar lo suficiente para aplacar el hambre.

Y por último, se necesita que, siendo como Marat, un aborto de la naturaleza, tengan que sufrir las burlas de todo lo que les rodea sobre su fealdad, y que, deseando ser médicos, no hayan podido llegar sino á veterinarios, teniendo que sangrar caballos en lugar de hombres.

Estanislao Freron se habia encontrado tambien bajo el peso de una fatalidad.

Su padre, uno de los críticos más inteligentes del siglo XVIII, cometió la imprudencia de atacar á Voltaire, despues de haber juzgado á Diderot, Rousseau, d'Alembert, Montesquieu y Buffon.

No se ataca impunemente á un talento gigantesco. Voltaire tomó con sus huesosas manos el *Año literario*, periódico que publicaba Freron, y no pudiendo desgarrarlo, como la Biblia, ni destruirlo, se arrojó sobre el hombre.

Todos saben cómo desfogó su cólera el autor de la *Escocesa*.

Cuántas injurias, cuántos insultos puede soportar el hombre, se los hizo sufrir Voltaire á Freron.

Se le golpeó como á un lacayo, se le humilló á él, á su mujer, á sus hijos, su honor, su probidad literaria, sus tranquilas costumbres, su irreprochable hogar doméstico.

Fué arrastrado por el teatro, cosa no vista desde Aristófane, es decir, desde hace más de dos mil cuatrocientos años.

Allí cada cual pudo silbarle, gritarle, escupirle en el rostro.

Todo esto lo vió Freron desde la orquesta sin quejarse, sin decir una palabra.

Vió al cómico que le representaba, y que por medio de la traicion de un criado se habia procurado un traje suyo; le vió, repetimos, imitar su aspecto, adelantarse en el escenario y decir de sí mismo:

—*Soy un tonto, un ladrón, un miserable, un mendigo, un venal folletinista.*

Pero en el quinto acto cayó desmayada una mujer que estaba en los palcos principales, lanzando un grito de angustia.

Al oír el grito, se levantó Freron exclamando:

—¡Mi mujer, mi mujer!

Un hombre ayudó á Freron para que saliera de la orquesta, en medio de las risas, los silbidos y la gritería.

Aquel hombre era Malesherbes, el hombre honrado que defendió á Luis XVI, y que al pagar con su vida su generosa intervencion, dió cuerda á su reloj á las doce, como tenia de costumbre, sabiendo que moriria en la guillotina á la una.

A pesar de esto, á pesar de una carta despreciativa de Rousseau, quien en su ódio tendió la mano á Voltaire, Freron no retrocedió. Continuó ensalzando á Corneille, Racine y Moliere, á expensas de Crebillon, Voltaire y Marivan; pero en aquella lucha que sostenia aislado contra la *enciclopedia* en masa, cayó enfermo de cansancio. Sin fuerzas en su lecho, dictaba, y entonces supo que Miromenil, el guarda-sellos, acababa de suprimir el privilegio del *Año literario*, y que no solo estaba arruinado, sino tambien desarmado.

Dejó caer su cabeza sobre la almohada, lanzó un suspiro y espiró.

Gracias á la influencia de algunos protectores, obtuvo la viuda de Freron el permiso para su hijo para que continuase el *Año literario*.

El niño no tenia más que diez años, y su tío Royon y el abate Geofroy redactaron el periódico, señalándole parte del producto.

Alimentado con el recuerdo de los sufrimientos de su padre, desde muy jóven sintió ódio por la sociedad.

La casualidad le hizo en el colegio de Luis el Grande condiscípulo de Robespierre, de modo que al estallar la revolucion se encontró al lado de aquel hombre incorruptible.

Hasta aquel dia no habia sido el periódico más que una omnipotencia literaria; pero en manos de Marat se convirtió en omnipotencia política. Al mismo tiempo que publicaba Marat *El amigo del pueblo*, apareció *El orador del pueblo*, de Freron. En esta hoja se entregó á todos los excesos del hombre débil, que no sabe contener su crueldad porque tampoco ha sabido dominar su flaqueza.

Nombrado miembro de la Convencion, votó la muerte del rey, y despues fué enviado á Marsella con Barrás.

No se ignora lo que allí hizo: se sabe que ametralló, destruyó, y la historia ha consignado estas terribles palabras, pronunciadas despues de un fusilamiento:

—Que se levanten los que no hayan muerto; la patria los perdona.

Y cuando de resultas de esta promesa se levantaron algunos heridos, resonó otra voz más terrible aun que el engaño sangriento:

—¡Fuego!

Y entonces nadie volvió á levantarse. Pues bien, repetimos que para que existiera ese ódio contra los hombres en el corazon del procónsul, era preciso recordase el hijo que su padre no habia recogido como recompensa de un trabajo asídúo y de su abnegacion por los principios conservadores más que insultos y la ingratitud de los mismos á quienes defendia.

Aquel eclecticismo en el crimen le hizo abandonar el partido de Robespierre y unirse al de Tallien, tornarse en lugar de terrorista temidoriano, y denunciar á Fouquier-Tinville y á todos sus cómplices, primero unos y luego otros.

Se puso á la cabeza de la reaccion anti-jacobina y creó esa dorida juventud á la que dió su nombre y que hemos nombrado la Francia moderna.

Lo que atraia, pues, á la juventud al teatro Louvois el 19 de Febrero de 1796 era su apertura bajo la direccion de la célebre Raucourt, quien habia reunido algunas compañeras del teatro

Francés, y deseaba impulsar al público hácia la buena literatura, de la que era intérprete.

En aquella época todo se inclinaba á la política; la señorita de Raucourt no podia ménos tambien de inclinarse.

Bastante hermosa para desesperar á los espectadores, aconsejada por Brizard, apareció por primera vez en el teatro Francés en 1772, en el papel de Dido.

Pero de repente se esparcieron rumores extraños sobre su conducta, y á pesar de los versos de Voltaire, que la prometian la soberanía del escenario, y á pesar del estuche regalado por la condesa Du Barry, encargándola fuese juiciosa, se vió abandonada por sus admiradores, y la calumnia ó la maledicencia hicieron la silbaran sus detractores más encarnizados.

Agobiada por las deudas y no creyendo en los pronósticos de Voltaire, la hermosa criatura se refugió en el recinto del Temple, asi-lo de los deudores insolventes.

Impulsada por el génio de la tragedia, no podia permanecer desconocida. Una noche se evadió, atravesó la frontera, representó delante de los soberanos del Norte y regresó á Francia, en donde María Antonieta pagó sus deudas, lo cual contribuyó á acreditar los primeros rumores. La reina la hizo entrar en la Comedia francesa y presentarse al público en el papel de Dido, que le habia valido sus primeros triunfos.

Entonces fué cuando, entregándose á estudios sérios, reconquistó con su talento el favor del público.

Cuando á consecuencia de la representacion de *Pamela* ordenó la Convencion se prendiera á la compañía de la Comedia francesa, fué encarcelada en las Madelonetas con San Phal, San Prix, Larive, Naudet y las señoritas Lange Devienne, Joly y Contat.

El 11 termidor salió de la cárcel y estuvo algun tiempo en el teatro del Odeon; pero creyéndose alejada del centro, llevó en pos de sí á la sala Louvois á sus compañeros.

La sala Louvois se abria como hemos indicado bajo sus auspicios y con *Pygmalion* y *Galatea*, lo que permitia que luciera la señorita Raucourt sus magníficas formas en el papel de la Estátua:

además, tambien se representaba *Británico*, para que su talento sobresaliera en el papel de Agripina.

La prision de la Raucourt, bajo pretexto de adhesion al antiguo régimen, le valia las simpatías de aquella dorada juventud que llenaba la sala.

Si el lector quiere subir una de las dos escaleras que conducen á la orquesta y desea entrar en la sala, sea por el patio ó por el jardin, podrá echar una rápida ojeada sobre aquella deliciosa colmena, que, á primera vista, y por el roce del gró y del raso, por el brillo de los diamantes y la pedrería, parecia que estaba poblada por pájaros de los trópicos y mariposas del Ecuador.

Para dar una idea de los tocados y trajes de aquella juventud femenina y masculina, describiremos dos ó tres *increíbles* y dos ó tres *maravillosas*, de las que eran árbitras de los modelos de entonces.

Las tres señoras estaban, una en un paleo de proscenio y las dos en los del frente de la escena, unos y otros considerados como los de mejor tono.

Aquellas tres mujeres, á las que la admiracion pública llamaba hermosas, eran la bella señora de Tallien, española, la bella señora de Visconti y la bella marquesa de Beauharnais.

Eran las tres diosas que se dividian entre ellas el Olimpo; eran las tres gracias que reinaban en el Luxemburgo.

Teresa Cabarrús, la esposa de Tallien, ocupaba el proscenio á la derecha de los espectadores y representaba la Grecia personificada en Aspasia: lucia un vestido de linon blanco, que formaba anchos pliegues sobre un trasparente rosa. Sobre este vestido llevaba una especie de *peplum*, como Andrómaca. Dos bandas de laurel de oro sujetaban el velo, y á pesar del vestido de linon, del trasparente rosa y del *peplum*, se podia ver un cuello de cisne y un seno admirable. Un collar de perlas de cuatro hilos de un blanco sonrosado hacia resaltar la blancura mate de su cuello.

En lo grueso del brazo tenia brazaletes de perlas por encima de mitones rosa, que llegaban hasta el codo.

Hacia unos dias que habia dicho un periodista:

—Hace dos mil años que se llevan camisas, y esto es monótono.

La hermosa señora de Visconti representaba Roma, como se lo imponía su nombre, y comprendiendo la verdad de aquella crítica, había suprimido la camisa.

Llevaba un vestido de muselina blanca muy clara, con mangas anchas que permitían ver sus torneados brazos, modelados como los de una estatua griega: en su frente lucía una diadema de camafeos; un collar igual rodeaba su cuello; sus piernas y sus pies estaban desnudos, y como calzado lucía unas sandalias de púrpura, lo cual la permitían ostentar tantos anillos en los dedos de los pies como en los de las manos.

Un bosque de cabellos negros y rizados se escapaban de la diadema y caían sobre sus hombros.

Este peinado se llamaba á lo Caracalla.

En el palco de enfrente estaba la marquesa de Beauharnais, la que, con su gracia criolla, representaba la Francia.

Vestia un traje ondeado, rosa y blanco, guarnecido con flecos negros; no llevaba *fichú*.

Mangas cortas de gasa negra y guantes hasta el codo de color café con leche.

Tenia medias de seda blanca con extremos verdes, zapatos de tafílete rosa, y los cabellos peinados á la etrusca.

No llevaba alhaja ninguna y tenía á su lado á sus dos hijos, y parecía indicar, como Cornelia, la madre de los Graccos:

—Estas son mis alhajas.

Hemos hecho mal dándole el nombre de marquesa de Beauharnais; pues hacia unos días se había casado con un joven, jefe de brigada de artillería, llamado Napoleón Bonaparte.

Pero como sus amigos miraban aquel enlace como poco ventajoso, y no acostumbrándose á nombrarla la señora de Bonaparte á secas, continuaban llamándola en voz baja marquesa, aprovechando la vuelta de los títulos.

Las demás señoras que llamaban la atención, y sobre las cuales se fijaban los gemelos con insistencia, eran la de Noailles, de Fleurien, de Gervasio, de Staël, de Lausac, de Puysegur, de Pe-

regans, de Choiseul, de Morlais, de Recamier y de Aiguillon.

En cuanto á los tres hombres que imponían la moda, y que tenían el sobrenombre de *hermosos*, eran Tallien, Freron y Barrás.

En la Convención hubo otro que era, no solo tan bello como los tres, sino más aun; pero su cabeza rodó al mismo tiempo que la de Robespierre.

Era el hermoso San Justo.

Tallien, que andaba de palco en palco para volver con frecuencia al de su esposa, de quien estaba enamorado como un loco, llevaba el cabello levantado, con un peine de concha entre dos mechones que le caían sobre las mejillas; vestía frac oscuro con cuello de terciopelo azul celeste, corbata blanca con un gran lazo, chaleco blanco bordado, pantalón ajustado de nankin, con una cadena doble de acero para el reloj. Zapatos con puntas y bajos, media listada rosa y blanco, un *clac* debajo del brazo y que reemplazaba al gorro frigio del 31 de Mayo, y un bastón nudoso con bola y contera dorada en lugar del puñal termidor.

Freron, quien como Tallien revoloteaba de palco en palco, llevaba un sombrero de barco con escarapela tricolor, frac oscuro abotonado con cuello pequeño de terciopelo negro, el cabello corto á lo Tito, pero empolvado, pantalón ajustado, color de avellana, con botas altas.

Contra su costumbre, en lugar del bastón nudoso llevaba esa noche un junco y el puño lo figuraba una gruesa perla.

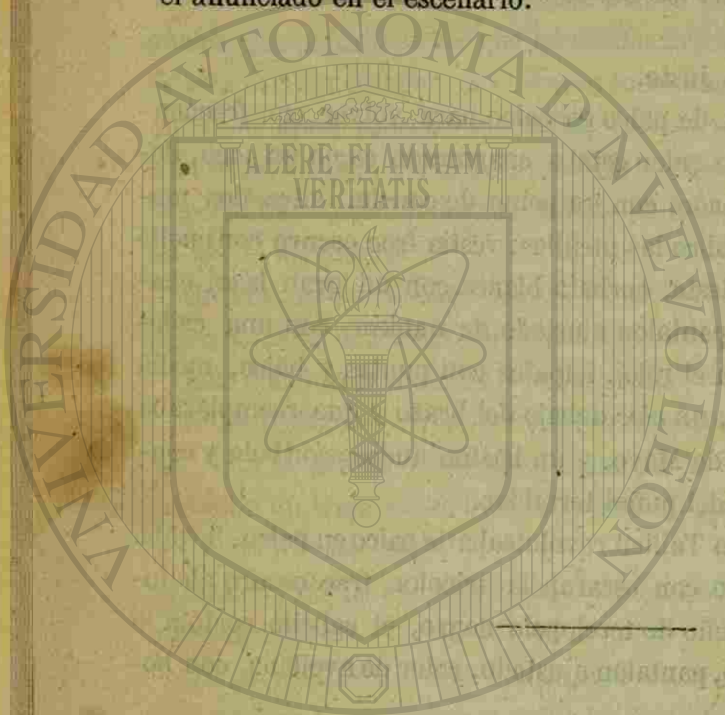
Barrás había tomado el proscenio que hacia frente á Mme. Tallien. Lucía frac azul claro con botones de metal, calzon de nankin, medias jaspeadas, botas anchas con vueltas amarillas, una enorme corbata blanca, chaleco con trasparente rosa y guantes verdes.

Este traje exagerado se completaba con un sombrero con penacho tricolor y un sable con vaina dorada.

No olvidemos que el bello vizconde de Barrás era el general Barrás, que había hecho el trece vendimiario, ayudado por el joven Bonaparte, cuyo rostro, sombrío como una medalla antigua, se destacaba en el palco de la marquesa de Beauharnais, en donde

acababa de entrar. Los demás que por su belleza llamaban la atención eran los Lameth, Benjamin Constant, Coster-San Victor, Boissy D'Anglas, Lanjuinais, Talleyrand, Ouvrard y Antonelle.

El cuadro que presentaba la sala hacia esperar con paciencia el anunciado en el escenario.



II.

Un hombre de otra época.

Este espectáculo parecía despertar la curiosidad de un espectador sentado hacia la orquesta, y que era objeto de la atención general.

Entre aquella multitud de jóvenes que lucían trajes de seda y terciopelo, con colores brillantes y cortados á la moda del 96, habia aparecido de repente, mereciendo tal vez mejor que Tallien, Barrás y Freron el epíteto de bello, un hombre de treinta á treinta y dos años vestido con el severo traje del 93.

Cortados los cabellos á lo Tito, pero largos y flotando en sedosos rizos sobre su pálida frente y acariciando sus mejillas.

Tenia corbata blanca, pero sin lazo exagerado: llevaba chaleco de piqué blanco con solapas, llamado á lo Robespierre, levita granate oscuro, y que llegaba hasta las rodillas, cuello holgado, calzon corto y botas altas.

Su sombrero era de fieltro, y pudiendo amoldarse á la forma que se deseara, y lo mismo que lo demás del traje, recordaba el 93, año que cada cual deseaba olvidar.

Habia entrado en la orquesta, no con la desenvoltura de los jóvenes á la moderna, sino grave y tristemente, pero con urbanidad.

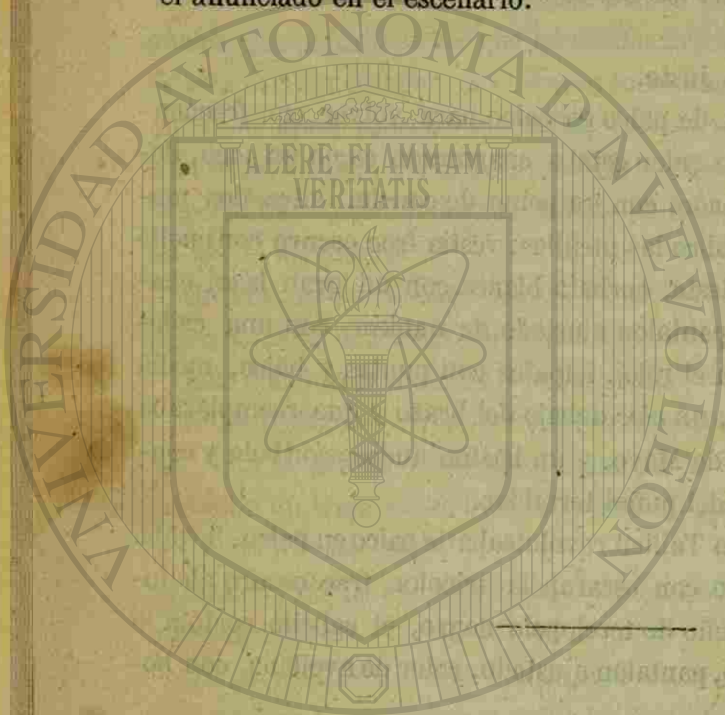
A los que le impedían el paso les habia rogado, en un francés casi olvidado, que le permitieran pasar á su puesto.

Le habian abierto camino, mirándole con asombro, porque era en la sala el único que vestia como en otro tiempo.

Algunas carcajadas de las galerías y de los balcones habian acogido su llegada; pero cuando se quitó el sombrero y se apoyó en las butacas para inspeccionar el teatro, las risas cesaron, y las mu-

acababa de entrar. Los demás que por su belleza llamaban la atención eran los Lameth, Benjamin Constant, Coster-San Victor, Boissy D'Anglas, Lanjuinais, Talleyrand, Ouvrard y Antonelle.

El cuadro que presentaba la sala hacia esperar con paciencia el anunciado en el escenario.



II.

Un hombre de otra época.

Este espectáculo parecía despertar la curiosidad de un espectador sentado hacia la orquesta, y que era objeto de la atención general.

Entre aquella multitud de jóvenes que lucían trajes de seda y terciopelo, con colores brillantes y cortados á la moda del 96, habia aparecido de repente, mereciendo tal vez mejor que Tallien, Barrás y Freron el epíteto de bello, un hombre de treinta á treinta y dos años vestido con el severo traje del 93.

Cortados los cabellos á lo Tito, pero largos y flotando en sedosos rizos sobre su pálida frente y acariciando sus mejillas.

Tenia corbata blanca, pero sin lazo exagerado: llevaba chaleco de piqué blanco con solapas, llamado á lo Robespierre, levita granate oscuro, y que llegaba hasta las rodillas, cuello holgado, calzon corto y botas altas.

Su sombrero era de fieltro, y pudiendo amoldarse á la forma que se deseara, y lo mismo que lo demás del traje, recordaba el 93, año que cada cual deseaba olvidar.

Habia entrado en la orquesta, no con la desenvoltura de los jóvenes á la moderna, sino grave y tristemente, pero con urbanidad.

A los que le impedían el paso les habia rogado, en un francés casi olvidado, que le permitieran pasar á su puesto.

Le habian abierto camino, mirándole con asombro, porque era en la sala el único que vestia como en otro tiempo.

Algunas carcajadas de las galerías y de los balcones habian acogido su llegada; pero cuando se quitó el sombrero y se apoyó en las butacas para inspeccionar el teatro, las risas cesaron, y las mu-

jeros se fijaron particularmente en la belleza severa y triste del desconocido, en sus ojos tranquilos, límpidos y profundos, y en sus blanquísimas manos.

Hemos dicho que llamó la atención general, la misma que sentía él por aquel espectáculo que se presentaba á sus ojos.

Los que estaban próximos notaron la suprema distinción que resaltaba en él; trataron de entablar conversación, pero sin rehusar la contestación respondía de un modo el recién llegado que daba á entender no deseaba continuar.

—¿Sois extranjero, ciudadano? le preguntó su vecino de la derecha.

—He llegado de América esta mañana, respondió con voz firme, pero dulce.

—Caballero, ¿deseáis que os dé á conocer las notabilidades que encierra la sala? le interpelló el vecino de la izquierda.

—Gracias, caballero, contestó con urbanidad y cortesía; pero conozco á la mayor parte de los que aquí se encuentran.

Y sus ojos se fijaron con expresión extraña en Tallien, en Freiron y en Barrás.

Este último aparecía inquieto en su palco, que no había abandonado un solo instante, como hacían los demás. Parecía esperar alguna persona, y desde allí había saludado á las señoras y caballeros á quienes conocía.

Dos ó tres veces se abrió la puerta del palco, y á cada una había hecho un movimiento para lanzarse á la puerta; pero cuando veía que no era la persona que aguardaba, pasaba como una nube sombría por su semblante.

Tres golpes anunciaron que se iba á levantar el telón y á empezar el espectáculo.

Efectivamente: se levantó el telón, y el público sintió ese viento que refresca la ardiente atmósfera de la sala.

La escena representaba el taller de Pygmalión; se veían grupos de mármol, estatuas bosquejadas, bustos y pedestales; y en el fondo una estatua cubierta con un velo ligero y brillante.

Pygmalión (Larive) estaba en la escena, y Galatea oculta bajo el

velo. A pesar de estar oculta, fué saludada la Raucourt con un torrente de aplausos.

Se conocía el libreto; estaba escrito por Juan Jacobo Rousseau, y era sencillo y apasionado á la vez, como su autor.

Desesperado Pygmalión de no poder superar ni aun igualar á sus rivales, arroja con desesperación el buril.

En un largo monólogo, el escultor sospecha su vulgaridad, hasta que, por último, se tranquiliza pensando en sus obras maestras; se acerca lentamente á la estatua velada, pone la mano en el velo, vacila y le levanta temblando, cayendo de rodillas ante su obra, y exclamando:

—¡Oh Galatea, recibe mi homenaje! Sí, me he equivocado; he querido hacer una ninfa y te he hecho una diosa; la misma Vénus no era tan hermosa como tú.

Continúa el monólogo, hasta que, bajo el influjo de la pasión, un soplo de aquel amor anima la estatua, la cual baja del pedestal y habla.

A pesar de que solo tiene que decir algunas palabras, la señorita Raucourt, gracias á su soberana belleza, á la gracia majestuosa de sus movimientos, fué aplaudida estrepitosamente desde que empezó á animarse, y el telón cubrió el triunfo de la belleza física.

El telón volvió á levantarse para que los dos grandes artistas gozasen de nuevo de su popularidad.

El entusiasmo se prolongó algunos segundos, y después volvió á caer el telón, separando á Pygmalión y á Galatea de aquella sala, que se estremecía por la emoción puramente sensual que acababa de experimentar, y por la escena que había aplaudido frenéticamente.

En aquel momento se abrió la puerta del palco de Barrás, y como si hubiera temido hacer sombra á la incomparable hermosura de la señorita Raucourt, apareció en el fondo una mujer desconocida, y tan hermosa, que no podían compararse con ella ni las más bellas.

Adelantó lenta y tímidamente y como si temiera presentarse en la delantera del palco.

Todas las miradas se dirigieron hácia la recién llegada, de la que apenas veían entre los pliegues de su velo de gasa el celeste semblante.

Sus ojos recorrieron la sala, se inclinaron sobre la orquesta, y su mirada, como atraída por un impulso desconocido, por una fuerza invencible, se cruzó con la del hombre cuyo traje habia causado en la sala general admiración.

Ambos lanzaron un grito; ambos se lanzaron á la puerta; uno á la de la orquesta, otro á la del palco, y se encontraron en el corredor.

Cuando llegaba el extranjero al primer escalon, la bella criatura, que parecia bajar las escaleras sin tocarlas, fué á caer en sus brazos, dejándose deslizar de rodillas y rompiendo en sollozos.

El desconocido la miró sin hacer ningun movimiento, y despues, con voz dolorosa, hueca y profunda como si saliera de lo más hondo de su pecho, dijo:

—¿Quién sois? ¿Qué quereis?

—¡Oh! Mi Jacobo muy amado, le contestó la jóven, ¿no conoces á tu Eva?

—Lo que está en el palco de Barrás, es de Barrás; contestó friamente el extranjero; no es mio, ya no es mio, jamás fué mio.

En aquel momento apareció Barrás en lo alto de la escalera.

Admirado de la fuga de Eva, la habia seguido.

—Ciudadano Barrás, dijo Jacobo Merey; aquí hay una mujer que debe estar loca; invitadla os ruego para que vuelva á vuestro palco y ocupe en él el puesto que debe ocupar.

Pero Eva, al escuchar aquellas palabras, lanzó un gemido de dolor como si hubiera recibido una puñalada, se abrazó á Jacobo, y mirándole con una expresion fácil de comprender, exclamó:

—Tú sabes que si repites las palabras que acabas de pronunciar me quitaré la vida con el arma que pueda encontrar.

—Perfectamente, contestó Jacobo; la sangre purifica, y tal vez muerta volverias á ser mi Eva.

Eva se levantó, y volviéndose á Barrás, pero sin soltar el brazo de Jacobo, que sujetaba con fuerza varonil, le dijo:

—Ciudadano Barrás, este hombre es aquel que amaba, aquel que me dijiste habia muerto el 31 de Mayo y que se le habia encontrado cosido á puñaladas y medio comido por las fieras en los bosques de Burdeos. Este hombre vive; héle aquí y yo le amo. No trates de arrebatarme á él, ó podré acusarte y decir que te has valido de una estratagema, de una violencia. Y tú, Jacobo, por el amor de Dios, llévame, y si muero que sea á tu lado.

—¿Sois Jacobo Merey? preguntó Barrás.

—Sí, ciudadano.

—Esta jóven ha dicho la verdad: siempre ha sostenido su amor por vos: ha creído que habiais muerto, y afirmo que al decírselo lo creía yo tambien.

—¿Y qué importaba que yo viviera ó muriera, puesto que ella cree que existe un cielo en donde se reunen las almas?

—Caballero, dijo Barrás, reconozco que no tengo ningun derecho sobre ella. Su fortuna es suya; la casa que habita ha sido comprada con intereses suyos; y como jamás me entregó su corazon, no tengo que devolvérselo.

Y despues, con expresion caballeresca, saludó y desapareció por el corredor, entrando en su palco de proscenio.

Eva se volvió vivamente á Jacobo.

—Lo has escuchado, ¿no es cierto, Jacobo? Ese hombre me dijo que habias muerto, y quise morir; no he podido; ya te referiré todo. He estado en la carreta, hasta el pié de la guillotina, y la guillotina me ha rechazado y he sido salvada á pesar mio. No queria salir de la cárcel, y la esposa de Tallien fué á buscarme y me llevó á la fuerza. ¡Ah, si supieras cuántas lágrimas he derramado, cuántas noches de insomnio, cuántos gemidos y gritos para llamarte y hacerte volver al mundo de los vivos!...

Y de nuevo Eva cayó de rodillas.

—¿Me perdonarás?

Jacobo hizo un movimiento.

—No, no me perdonarás. No te pido que me perdones; no soy digna de ese perdon; pero puedes hacerme morir lentamente bajo el peso de tus reproches: si me matara, moriria demasiado pronto

y no expiaría; ¿comprendes? Dime que ya no me amas, que no me amarás jamás: mátame con tus palabras: he vivido por tí, deseo y suplico morir por tí.

—El ciudadano Barrás ha dicho que teneis vuestra casa, señora; decidme á dónde he de conducirlos.

—No tengo casa propia, no tengo nada mio. Tú me encontraste en la pobre cabaña de un aldeano, sobre un poco de paja. Vuelve á arrojarme sobre la paja. ¡Oh, pobre Escipion, pobre perro, si existieras tú me conservarias tu cariño!

Jacobo inclinó la vista sobre Eva, pero sin que sus ojos, fijos y terribles, cambiasen de expresion. La jóven estaba abatida á sus piés, como la Magdalena á los piés de Cristo.

Pero Jesús, superior á las pasiones humanas, tenia la manse-dumbre de un Dios, mientras que Jacobo ostentaba el invencible orgullo del hombre.

Habia dicho la verdad; hubiera preferido encontrar muerta á la mujer que tanto habia amado, á encontrarla viva y en aquella si-tuacion.

Le hubiera sido más dulce besar la tierra de su tumba, y se estremecia al sentir los lábios de Eva sobre sus manos y su rostro.

—Os aguardo, señora, dijo.

Le pareció á Eva que volvía en su razon, y dejando caer la ca-beza hácia atrás le miró con tristisimos ojos.

—¿Cómo que esperas, Jacobo? No te comprendo.

—Espero que me indiqueis las señas de vuestra morada para con-ducirlos á ella.

Eva se incorporó sobre una rodilla, y el dolor más profundo se reflejó en su rostro.

—Te he dicho que no vivo en ninguna parte, replicó: te he di-cho que no deseo el ataud de los suicidas ni su puesto en la fosa co-mun, sino con los más pobres, ó un saco de paja á tus piés para vivir con pan y agua, ó para morir de hambre contemplándote. Aquel perro, aquel infeliz perro rabioso que habia mordido á los hombres, no permitiste le hicieran daño ninguno, le llevaste á

tu casa, le permitiste que te amara, de modo que soy ménos que un perro.

Jacobo no contestó, pero procuró desasirse de los lazos que le de-tenian y con los que le sujetaba Eva.

La jóven sintió el esfuerzo que hacia para alejarla de él.

—Sea, dijo separándose; puesto que te causo horror, ya estás libre; pero no me impedirás que te siga, ¿no es cierto? Pues bien, te juro por la paja sobre la cual me encontraste y que te pido in-útilmente, te juro que á falta de arma pondré mi cabeza bajo la rueda del primer carruaje que pase.

—Venid, replicó Jacobo, venid; me habia olvidado que tenia que entregaros una carta de vuestro padre.

Y la ofreció el brazo.

En la inflexion de su voz comprendió Eva que no era el perdon, sino la piedad, ó tal vez solo el deber lo que le hacia ceder. ¿No te-nia que entregarla una carta de su padre?

—No, dijo, no quiero abusar de tu bondad; vete delante, yo te seguiré.

Jacobo fué delante y Eva le siguió, enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Merey hizo acercar un carruaje, y con la mano hizo seña á la jóven para que subiera.

Eva subió.

—Por última vez, ¿quereis darme vuestras señas? preguntó Jacobo.

Eva lanzó un grito doloroso é hizo un movimiento para precipi-tarse fuera del carruaje.

—¡Ah! exclamó; creia que habias concluido de torturarme.

Jacobo la contuvo.

—¡Plaza del Carrousell, fonda de Nantes! le gritó al cochero.

Y subió en el simon, se sentó en el asiento de delante, y guardó silencio ínterin rodaba el carruaje hácia las señas indicadas.

Eva se dejó caer sobre sus rodillas y abrazó llorando las de Jacobo. Aquella humilde postura la conservó hasta que el carruaje se detuvo, pues el trayecto de la plaza Louvois á la del Carrousel era corto.

cion: vió á los diputados proscritos como él volver á ocupar sus puestos en los bancos de la Convencion, y por último, supo que el 13 vendimiario se habia constituido un nuevo gobierno, y entonces, sin tener la menor certidumbre por su seguridad personal, volvió á Francia, llevado en alas de su deseo por volver á ver á Eva.

Los temporales, los vientos contrarios le arrojaron á los bancos de Terranova, de modo que tardó en llegar cuarenta y nueve dias.

Aquella mañana misma habia llegado del Havre, yendo á hospedarse en la fonda de Nantes, lo mismo que la golondrina que regresa á su nido.

Oyó hablar de la solemnidad teatral que se preparaba para aquella noche en la sala Louvois, y con la esperanza de encontrar á alguna persona conocida á quien pudiera hacer preguntas, se presentó en el teatro.

La casualidad le sirvió más allá de lo que deseaba.

Le hemos visto débil é inexorable á la vez, cualidad indispensable de la condicion humana, conducir á Eva á su casa con el pretexto de entregarla una carta de su padre, pero en realidad para mortificarla más.

Cuanto mayor veía que era su amor, más grande era la necesidad que sentia de hacerla sufrir.

Subió á su habitacion, y mientras el criado de la fonda encendia las bugías y contemplaba asombrado á la hermosa criatura, vestida con suprema elegancia y que permanecía aniquilada en el sillón en el cual se habia dejado caer, Jacobo se dirigió á un estante y tomó la cartera que encerraba los recuerdos más queridos para su corazón.

Volvió á sentarse delante de un velador, sobre el cual habia un candelabro, y sacó varios papeles de la cartera.

El criado salió cerrando la puerta.

El plan doloroso estaba formado.

Comprendia, adivinaba, no bajo el punto de vista del amor, sino de la humanidad, que lo que hacia no estaba bien hecho; pero una fuerza irresistible le impulsaba á buscar en aquel corazón destro-

III.

La carta del señor de Charelet.

Jacobo Merrey era filósofo; pero en amor no hay filosofía.

El corazón del hombre es así; cuando sufre por la mujer que ama, desea hacerla sufrir cuanto mayor es el amor que la profesa, y en este sufrimiento que la impone encuentra una amarga é inagotable dulzura.

Se hubiera desesperado Jacobo si Eva le hubiese dado las señas de su casa que con tanta insistencia pedia.

¿Qué hubiera hecho, qué habria sido de él cuando ya no estuviera á su lado para que él la torturase y la destrozara el corazón con los dardos de sus celos?

Hubiera pasado la noche errante y como un loco por las calles de París.

¿A quién hubiera participado el furor que le devoraba?

Todos los que habian sido sus amigos habian muerto: las cabezas más aguerridas habian caído.

Danton habia muerto; Camilo Desmoulins, muerto; Vergniaud, muerto.

Hasta Sanson, padre, á quien pidió un asilo, y que le salvó, hasta aquel honrado realista habia muerto de dolor por haberse visto obligado á ejecutar al rey.

Jacobo Merrey se refugió en América, al otro lado del Océano, y desde allí siguió con el pensamiento todos los acontecimientos que se habian sucedido en Francia.

Vió á Marat asesinado en el baño: á Danton, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine y Herault de Séchelles subir al cadalso: vió la caída de Robespierre y el 9 termidor: vió los progresos de la reac-

zado una prueba de amor más grande que las quejas, los sollozos y las lágrimas.

—¿Puedo hablar y me escuchareis? dijo con voz que la fuerza de voluntad hacia firme.

—¡Oh, sí, te escucho como si escuchara al ángel del juicio final! contestó Eva.

—No soy vuestro juez, replicó Jacobo; soy únicamente el mensajero encargado de haceros saber algunos detalles que es importante que sepais.

—Puedes ser para mí lo que gustes; te escucho.

—Es inútil que os diga que ignoraba á dónde os habian conducido los que os arrebataron de mi lado. Supe al mismo tiempo la emigracion y la muerte de vuestro padre, el que creí reconocer una noche en medio del combate y de la fusilería, en la selva de Argonne.

No dudando que en los papeles de vuestro padre encontraria noticias vuestras, hice me dieran una autorizacion para revisar aquellos papeles, y con ese objeto salí para Maguncia.

El cuartel general francés estaba en Francfort: fui hasta allí, y encontré un ayudante del general Custine, con el que he sido tan ingrato que olvidé su nombre.

—El ciudadano Carlos Andrés, murmuró Eva.

—Eso es.

—Yo no lo he olvidado, añadió Eva elevando los ojos al cielo.

—Me permitió enterarme de los papeles.

Jacobo Merey se detuvo un momento porque su voz se alteraba.

—Entre esos papeles, continuó, habia una carta vuestra dirigida á mí, y que vuestra tia envió á vuestro padre. ¡Cuánto hubiese dado en aquella época por haceros saber que os vendia vuestra doncella! Aquí está la carta, os la devuelvo; esta carta ya no sirve para mí.

—¡Oh, exclamó Eva cayendo á sus piés, guárdala, consérvala!

—¿Para qué? preguntó Jacobo abriéndola. ¿Habeis olvidado lo que decia?

Y la leyó en voz alta desde la primera línea hasta la última.

«Amigo mio, mi rey, mi maestro, y diria mi Dios si no tuviera que rogar á ese Dios y suplicarle me uniera contigo.»

—Dios os lo ha concedido, dijo Jacobo con la voz impregnada de profunda amargura; ya estamos reunidos.

Y acercó la carta al candelabro para reducirla á cenizas.

Pero Eva se precipitó sobre ella y la arrancó de sus manos, apagando la llama que empezaba á quemar un extremo.

—¡Oh! No, balbuceó, no; si tú la has conservado tres años era porque me amabas, y si la has leído y vuelto á leer es porque la has besado cien mil veces y la has llevado sobre tu corazon. Yo no tengo ninguna carta tuya; esta ocupará su lugar. Moriré con esta carta sobre mis labios, la pondrán en mi tumba, y si Dios me interroga, le enseñaré esta carta, diciendo: ¡Mira cómo le amaba!

Y cubriendo la carta de besos y lágrimas la guardó en su seno.

—Continúa, dijo; me matas, pero eso es un bien.

Y se dejó caer sobre la alfombra.

—En cuanto á esta, dijo Jacobo con voz insegura, á pesar de sus esfuerzos por conservarla tranquila, es del marqués de Charelet; la llevaron á Burges, en casa de vuestra tia, casi al mismo tiempo que supe estábais allí, y fui á buscaros. Me hicieron la observacion que, puesto que os buscaba, valia más me encargase de la carta que no dejarla debajo de la puerta por donde la habia lanzado el cartero.

Cuando llegué á Maguncia ya no os encontré; habiais partido. Adquirí noticias vuestras por Andrés; habia hablado con vos.

Un sollozo fué la respuesta de Eva.

Viéndome el 31 de Mayo proscripto, tuve un rayo de esperanza y bendije mi proscricion; ella me permitia ir á buscaros á Austria, en donde sabia que viviais.

Atravesé Francia y llegué á la frontera sin obstáculo ninguno; salí en posta para Viena, caminé de dia y de noche, mi carruaje no se detuvo hasta Josephplatz, núm. 11.

Hacia una semana que habiais partido.

Aquella fué mi última decepcion; pero no, me equivoco, no fué

la postrera, añadió Jacobo Merey dejando caer su brazo sobre el velador y su cabeza en su mano.

—Tomad, dijo; tomad, señora, ahí teneis la carta del marqués de Charelet; leed, aunque no sea sino por respeto á vuestro padre. Debe contener su última voluntad.

Está dirigida á vuestra tia; pero como ha muerto os pertenece á vos abrirla.

Eva rompió el sobre maquinalmente y como si obedeciera á una orden superior que la devolviera momentáneamente la fuerza, y la leyó acercándose á la luz que esparcía el candelabro.

«Maguncia el... 1793.

»Hermana mia:

»Mirad mi última carta como no recibida, y si todavía estais en esa, quedaos.

»He sido juzgado y condenado por los republicanos; dentro de doce horas todo habrá concluido para mí en este mundo.

»En el solemne momento en que voy á presentarme delante de Dios, se dirigen mis miradas sobre vos y mi hija.

»A vuestra edad, y con vuestras ideas religiosas, no me causais inquietud.

»Vivireis aislada y escapareis á la proscripcion, ó subireis sobre el cadalso con la cabeza erguida, como debe llevarla una Charelet.

»Pero no es lo mismo con respecto á mi hija, á mi pobre Elena. Tiene quince años, entra en la vida y no podrá ni vivir ni morir.»

—¡Oh! exclamó Eva, interrumpiéndose y levantando la cabeza, ¡os habeis equivocado, padre mio!

«Colocado desde esta mañana ante la nada de las cosas terrenales, no creo de mi deber al abandonar el mundo tener despues de muerto una responsabilidad que no me hubiera asustado en vida.

»Vivo, tenia sobre mi hija una potestad para dirigirla que no puedo tener despues de muerto.

»Si los dos dejamos de existir, nadie la ama más que ese hombre, y ella tampoco ama á nadie más que á él.



Sus largos cabellos la envolvian cual si fueran un velo.

«No es un hombre de nuestra raza; pero habeis oido decir muchas veces que es honrado y respetado; no es un noble, pero sí un sábio, y hoy creo es mejor ser sábio que noble.»

Eva dirigió una mirada á Jacobo; continuaba impasible.

«Además, continuó la jóven, si hay quien tenga derecho sobre ella, despues de mí y casi en el mismo grado, es él, que la recogió masa inerte, abandonada por mí en manos de unos aldeanos, y que ha hecho de ella la hermosa é inteligente criatura que teneis á la vista.

«Elena encontrará en él un buen marido y vos un protector, puesto que participa de los dañados principios que hoy triunfan.»

Eva se detuvo: habia leído el resto de la carta, y se ahogaba:

—¿Qué más? preguntó Jacobo con voz firme.

Eva hizo un esfuerzo y continuó la lectura.

«Doy, pues, mi consentimiento á su enlace, y con el pié al borde de la tumba les envio mi paternal bendicion.

«Deseo que mi hija me ame despues de muerto, ya que no tuvo tiempo de amarme en vida.—Vuestro hermano, MARQUÉS DE CHARELET.»

Eva dejó escapar la carta de sus manos, extendió los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho, como la Magdalena de Cánova.

Sus largos cabellos se habian desatado y la cubrian por completo cual si fuesen un velo.

Jacobo la miró un momento con esa mirada implacable que tiene el hombre para la mujer culpable.

Despues, creyendo sin duda que no habia sufrido bastante, la dijo:

—Recoged esa carta, es importante.

—¿Para qué? preguntó Eva.

—Porque es el consentimiento para vuestro enlace.

—Contigo, amado mio, dijo con voz dulce y resignada; contigo y no con otro.

—¿Por qué? preguntó Merey con indiferencia.

—Porque aquí está tu nombre.

—Bueno, repuso Jacobo con amargura, mi nombre se borrará

de ese papel lo mismo que se ha borrado de vuestro corazón.

Eva se levantó tambaleándose. Se escuchaba el ruido de un carruaje.

Sosteniéndose en los muebles, llegó hasta la ventana, y la abrió:

—¡Oh! es demasiado, exclamó.

Y lanzó un grito que llamó la atención del cochero.

Vió en una ventana abierta á una persona y comprendió que le llamaba; se dirigió á la puerta y allí puso el carruaje.

Eva se quitó de la ventana.

—Adios, le dijo á Jacobo; adios para siempre.

—¿A dónde vais? interrogó Merey.

—A donde tú me envias, á mi casa.

Jacobo se retiró un poco para dejarla libre el paso.

—¿No me darás tu mano por última vez? dijo Eva fijando en él una mirada de indescribible angustia.

Pero Jacobo no hizo más que saludarla.

—Adios, señora, dijo.

Eva se precipitó por la escalera, diciendo:

—Dios será ménos cruel que tú; así lo espero.

Jacobo oyó estas palabras. ¿Le hicieron reflexionar? ¿Adivinó el proyecto de Eva?

Creó que estaba vengado, ó si no lo estaba, quiso saber dónde encontrarla para prolongar el suplicio de aquella por quien hubiera dado su vida la víspera. Lo cierto es que fué á la ventana y se ocultó para ver y oír sin ser visto.

Eva salió de la fonda y puso en manos del cochero un luis de oro.

Un luis de oro eran cerca de 8.000 francos en *assignats*.

El cochero sacudió la cabeza.

—¿Cómo quereis que os dé la vuelta, señorita? En plata no tengo suficiente, y en *assignats* no soy bastante rico.

—Guardad el resto, amigo mio, dijo Eva.

—¿Cómo que guarde el resto, no me tomáis á la carrera?

—Sí.

—Pues entonces...

—Os regalo el resto.

—Preciso será aceptar lo que nos cae del cielo.

Y guardó el luis en su bolsillo.

Eva subió en el simon y el cochero cerró la portezuela.

—¿A dónde os he de conducir, señorita?

—Al medio del puente de Tullerías.

—Esas no son señas.

—Es lo mismo; vamos.

Jacobo Merey lo oyó todo, permaneció inmóvil un momento, y vacilando, de repente exclamó:

—¡Oh! no, no; me mataría yo también.

Y sin sombrero, rápido como el rayo, se lanzó fuera de la fonda dejando abiertas las puertas y ventanas.

IX.

El salvador.

Cuando se encontró Jacobo Merrey en la plaza del Carrousel, desaparecia el carruaje por el arco frente al rio.

Se lanzó en su seguimiento con la ligereza de que era capaz; pero al llegar al muelle, ya el coche entraba por el puente, deteniéndose en medio de él.

Eva bajó y fué directamente al parapeto.

Jacobo Merrey calculó que llegaría tarde para impedir se arroja-se al Sena.

Se deslizó por el declive y se encontró á la orilla del rio.

Una forma blanca se distinguía en el parapeto del puente.

Jacobo Merrey se quitó el frac y la corbata y adelantó hácia el rio.

De repente oyó un grito, un blanco fantasma cruzó por la sombra y resonó un golpe, y el agua se entreabrió y se volvió á cerrar.

Jacobo se lanzó cortando el agua al encuentro del cuerpo; desgraciadamente la noche era sombría, oscura, y el rio parecia tinta.

El nadador procuraba investigar con la vista, nada; pero el choque del agua le anunciaba no debía estar lejos el cuerpo de Eva.

Necesitaba respirar. Salió á flor de agua y vió una cosa blanca que se balanceaba á tres pasos de él y sobre la superficie.

Respiró y volvió á hundirse.

Sus manos se enredaron en el traje de Eva; la cogió; pero era preciso que pudiera sacar la cabeza para que respirase.

Sus cabellos flotaban, los asió, dió un vigoroso empuje con el pié, salió con ella á la superficie, abrió los ojos y vió las estrellas.

Eva, desmayada, completamente inerte, ni le ayudaba ni le entorpecía.

La corriente era muy rápida y les habia llevado á treinta pasos del puente.

Jacobo Merrey calculaba, que ayudado por la corriente podria ganar la orilla cortando el agua diagonalmente, cuando oyó gritar detrás de él:

—¡Eh! ¡El nadador!

Jacobo volvió la cabeza y vió una barca que se adelantaba hácia ellos.

Se sostuvo y sostuvo á Eva por encima del agua. Conducida la barca por la corriente, llegó hasta el alcance de su mano. Se afianzó en ella y puso á Eva en manos del barquero.

El hombre colocó á la jóven en el fondo de la barca, la tendió y la puso la cabeza un poco alta.

Despues ayudó á Jacobo á saltar á su vez.

Merrey se fijó entonces en que no tenian remos, sino solamente el achicador de variar el agua.

Con él habia dirigido la barca hasta la ahogada y su salvador.

El barquero era el cochero, quien viendo lo que pasaba habia bajado á la orilla, habia saltado en una lancha, quitándole la amarra; pero no encontrando remos, se sirvió del achicador.

Continuaron lo mismo, y dos ó tres minutos despues llegaron á tierra.

Tomaron á Eva entre los dos y la trasladaron desmayada hasta el puente, en donde, ayudado el cochero por Jacobo, subieron el ribazo y despues Merrey la tomó en sus brazos y la colocó en el carruaje.

El cochero preguntó las señas; Jacobo dió las de la fonda, y el carruaje salió á escape.

A la puerta se detuvo Jacobo, bajó, volvió á tomar en sus brazos á la jóven y sacó del bolsillo una moneda para recompensar al cochero; pero este separó la mano de Jacobo y le dijo:

—No se necesita; la señorita me pagó, y bien pagado.

Y se alejó al paso, y con direccion á la calle de Richelieu.

Jacobo subió rápidamente con Eva entre sus brazos y encontró la puerta de su cuarto como la había dejado.

Colocó á la jóven encima de una cama y se aseguró de que estaban suspendidas la respiracion y la circulacion de la sangre, la que no pudiendo penetrar en los vasos pulmonares, había refluído en las cavidades rectas del corazon.

Puso á Eva inclinada, y con un cuchillo abrió el vestido de arriba hasta abajo, dejando el busto descubierto, é inclinándola hácia el lado derecho la separó los dientes con el cuchillo.

Después, temiendo que aquella agua helada de donde la había sacado impidiera que volviese el calor, puso á calentar un cobertor de lana, y mientras en el respaldo de un sillón se calentaba delante de la chimenea, acabó de quitar los vestidos que cubrían el cuerpo de la infeliz jóven.

Envuelta en un cobertor muy caliente, empezó entonces Jacobo á emplear medios más activos, es decir, á procurar la respiracion artificial.

Empezó por frotarle suavemente el pecho y el vientre, simulando el acto respiratorio.

Eva, sin dar signos positivos de existencia, empezó á arrojar parte del agua que había tragado.

Era una ventaja.

Jacobo preparó su estuche. Estaba decidido, si continuaba aquella inmovilidad y si la respiracion no se restablecía, á emplear el tubo *laringe-traqueal*, operacion desconocida en aquella época, pero que pensó usar en caso necesario.

Aplicó el oído á la region del corazon y pudo notar que continuaba contraído, y entonces redobló la presion respiratoria, lo que hizo arrojase Eva nueva cantidad de agua.

Visto esto, recurrió á los últimos medios indicados en la medicina, y los que había vacilado en emplear.

En aquel tiempo en que Chaussier no había inventado aun el tubo laringe, se empleaba la trasmision del aire por medio del aliento, es decir, uniendo á la boca del asfixiado otra boca para introducir aire en los pulmones.

Jacobo acercó sus labios á los de Eva; pero no queriendo trasmitirla aire cargado de ácido carbónico, aspiró lo que pudo de aire atmosférico, y uniendo su boca con la de la jóven, la apretó la nariz y sopló tres veces, no con gran fuerza, para que recobrasen los pulmones elasticidad.

Un ligero movimiento de Eva indicó que al trasmitirle Merey su aliento le trasmitía la vida.

El método que acababa de emplear, unido á la suprema prueba de amor que le había dado Eva buscando la muerte porque él la abandonaba, influyó en el ánimo del doctor.

La impresion nerviosa que le había hecho cruel, impulsándole á obrar con tanta severidad, se dulcificó poco á poco.

Su corazon se dilató suavemente, suspiró y se llenó de lágrimas.

Tomó en su boca una cucharada de agua de melisa, y apoyando de nuevo sus labios sobre los de Eva, destiló, dejó caer gota á gota aquel licor, que al encontrar en el esófago un pequeño obstáculo, provocó la tos: aquella tos indicaba que la vida empezaba de nuevo y que todavía tenía Eva agua que debía arrojar.

Jacobo inclinó la cabeza de Eva: el agua cayó al suelo.

Empezó de nuevo á trasmitirla su aliento, y no asegurariamos si entonces la ciencia del médico fué un pretexto para los deseos sensuales del amante.

De repente sintió Jacobo que la boca de Eva se animaba: hizo un movimiento para alejarse, pero los brazos de la jóven le rodearon y entendió estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! te doy las gracias, nos has reunido en el cielo.

Eva se creía muerta precisamente al volver á la vida.

Merey se desasíó vivamente. Era más de lo que deseaba. Lejos estaba todavía del perdon, y á medida que recobraba Eva el conocimiento, recobraba Merey su dolor y su severidad.

Después de haber pronunciado aquellas palabras, dejó Eva caer su cabeza, acometida por esa especie de sopor en que recaen todos los asfixiados, en particular cuando la asfixia es por el agua.

La tocó los piés, estaban frios; indicio de que la circulacion no estaba restablecida por completo.

Llamó. Una criada de la fonda se presentó. Jacobo ordenó que pusieran sábanas en la cama y que caldearan el lecho.

La doncella obedeció. Jacobo levantó á Eva; envuelta en el cobertor, la sentó delante del fuego, y la puso, como si fuera un niño, sobre sus rodillas.

Al sentir el calor de la chimenea abrió los ojos Eva; pero temiendo estar bajo la influencia de un sueño, ó que Jacobo la alejara de sí al verla recobrar los sentidos, los volvió á cerrar sin decir nada, abandonándose á la dulce sensacion de verse arrullada en los brazos del hombre á quien amaba.

Hecha la cama y caldeada, Jacobo colocó en ella á Eva, quitó la manta que la envolvía, extendió aquel hermoso cuerpo y separó los cabellos, que estaban mojados y que podian causarle una sensacion de frio.

Estremeciéndose convulsivamente, acarició con la mirada á la magnífica estatua, y no pudiendo contenerse, ahogándose y sintiendo que se le oprimia el corazon, la cubrió rápidamente, se arrojó en una butaca y oprimió su cabeza entre las manos, y medio colérico, medio conmovido, rompió en sollozos.

Al escuchar aquellos sollozos, Eva, que no dormía y que solo procuraba prolongar la situacion vaga en que se encontraba, se incorporó suavemente, tendió sus hermosos brazos hacia Merey, permaneció inmóvil por un momento como la estatua de la Plegaria, y no pudiendo continuar viendo aquel dolor profundo sin tomar parte en él, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Oh! ¡Jacobo! ¡Jacobo!

Aquellas dos palabras, aunque pronunciadas en voz muy baja, fueron á herir el corazon del doctor, el que se agitó en su asiento, avergonzándose de que hubieran sorprendido aquel ímpetu de enternecimiento.

Entonces Eva se fijó en que Jacobo no tenia ni corbata, ni levita: habia arrojado á orillas del Sena aquellos objetos, y no los volvió á recoger.

Preocupado con socorrer y salvar á Eva, no se ocupó de sí mismo, y tenia el mismo traje con que se habia precipitado en el agua.

Sus cabellos estaban pegados á las sienes, y la camisa humeaba sobre su cuerpo.

Eva lo comprendió todo.

—Jacobo, le dijo, escúchame: no te suplicaré mas por mí; pero sí por tí; por tí, cuya vida es mil veces más preciosa que la mia; por tí, que eres el apóstol de esa sublime religion, la humanidad, que tanto te he oido predicar: Jacobo, no permanezcas empapado en agua; he oido decir que se podia hallar la muerte de resultas de eso.

—¿Creeis que para mí seria la muerte un mal? preguntó Jacobo. Eva sacudió la cabeza.

—Habiéndome salvado la vida, añadió, no tienes derecho para morir, ni abandonarme, porque entonces, ¿para qué me salvaste la vida? Si deseabas morir, debias haber muerto conmigo cuando ambos nos encontrábamos entre las ondas heladas y sombrías. Me figuré esto en un principio, pues al sentirte te reconocí. ¿Quién podia, sino tú, sacrificarse por una infeliz criatura como yo? Todavía conservaba el conocimiento. Sí, tuve un instante la intencion de rodearte con mis brazos y arrastrarte conmigo á lo más profundo del rio.

Pero, mi Jacobo, pensé que tal vez me salvabas por humanidad, y que no deseabas morir. En aquel momento perdí el conocimiento, y todo desapareció. Me creía muerta. Todo lo ví negro, mejor dicho, no veia ni sentia nada. Aparte de un fuerte dolor en el corazon, lo demás me encontraba bien: la sensacion general era el frio: me sentia helada, y despues sentí en el pecho como lanzas de fuego; el corazon estallaba y sentia como una catarata interior que corria desde mi cerebro, y mi alma estaba suspendida de mis lábios.

Entonces me dije: me ama siempre, puesto que siento sus besos. ¡Ah! me equivocaba; no era un beso á la mujer adorada; ¡era un socorro á la ahogada!

¡Ah, mi Jacobo! ¡Ya he vuelto en mí, y yo te suplico me obedezcas! ¡Dios mio! Esto no es amor; si fueras un extraño haria lo mismo y te suplicaria.

Tú me has salvado por piedad, y puesto que no era un beso lo que me prodigabas; puesto que no vuelvo á la vida con mis manos entre las tuyas, y que me dices que no crees una desgracia morir, sino al contrario, un bien, es prueba que todo ha concluido entre nosotros.

¡Pero, Dios mio, en cambio de ese amor que te devuelvo ofré-ceme que no morirás!

Jacobo Merey no sollozaba ni suspiraba: derramaba silenciosas lágrimas, las que bañaban sus mejillas y causaban á Eva una profunda tristeza.

Jacobo llamó; subió un criado.

—Que enciendan la chimenea en la habitacion próxima, dijo, y llevad allí mis baules; la tomo para mí, y esta señora permanecerá en esta.

Cinco minutos despues le avisaron que estaba preparada.

Jacobo Merey salió, y comprendiendo la mirada suplicante que le dirigia Eva, y que le seguía hasta la puerta, la dijo:

—Volveré despues.

Eva respiró.

Pero cuando se cerró la puerta detrás de Jacobo, cuando se encontró sola, Eva alargó el brazo y tomó el vestido que Jacobo habia abierto con el cuchillo para desnudarla más pronto.

En el corpiño de aquel vestido habia ocultado la carta que Merey quiso quemar y que Eva le arrancó de las manos.

Temblaba que se hubiera perdido en los acontecimientos de aquella noche. La buscó ansiosamente entre los pliegues del vestido, del corsé, de la camisa.

De repente lanzó una exclamacion de júbilo: habia encontrado el bienaventurado papel.

Aquella muy amada carta que tantas veces habia leído Jacobo, que tantas veces habia besado y acariciado.

Algunos caractéres se habian borrado por haberse empapado en agua del Sena.

Era un recuerdo más; recuerdo terrible que habia que añadir á los muchos recuerdos que despertaba aquella carta.

X.

El manuscrito.

Quando se presentó Jacobo, despues de un cuarto de hora de ausencia, habia cambiado de traje y hasta de semblante.

Su rostro estaba triste, anunciando que, si no para siempre, á lo ménos por largo tiempo estaria cubierto por sombrías nubes; pero su fisonomía, que hacia algunas horas indicaba el odio y la amenaza, presentaba el aspecto de melancólica serenidad.

La jóven envolvió á Jacobo en una mirada ansiosa, inquieta; él fué el primero que tomó la palabra.

—Eva, dijo, Eva, vais á escribir á vuestra doncella para que mañana os envíe ropa blanca y vestidos. Yo me encargaré de hacerla llegar á sus manos.

Era la primera vez que la nombraba Eva desde su encuentro en el teatro; así es que la jóven se estremeció: al escuchar las palabras de Jacobo sacudió la cabeza.

—No, dijo, es la segunda vez que me salvais la vida: la primera, la de la inteligencia; la segunda, la del cuerpo; hoy como anteriormente me habeis encontrado desnuda. Deseo que, así ahora como entonces, como hace nueve años, seáis vos quien me vista: os aseguro que no saldrá muy caro. No necesito ropa fina, ni vestidos elegantes.

—¿Pero qué hareis de vuestra casa y de todo lo que encierra?

—Jacobo, vendereis la casa y lo que contiene, y empleareis el producto en buenas obras. ¿Recordais, amigo mio, que habeis dicho muchas veces que si fuérais rico deseariais construir un hospital en

Tú me has salvado por piedad, y puesto que no era un beso lo que me prodigabas; puesto que no vuelvo á la vida con mis manos entre las tuyas, y que me dices que no crees una desgracia morir, sino al contrario, un bien, es prueba que todo ha concluido entre nosotros.

¡Pero, Dios mio, en cambio de ese amor que te devuelvo ofré-ceme que no morirás!

Jacobo Merey no sollozaba ni suspiraba: derramaba silenciosas lágrimas, las que bañaban sus mejillas y causaban á Eva una profunda tristeza.

Jacobo llamó; subió un criado.

—Que enciendan la chimenea en la habitacion próxima, dijo, y llevad allí mis baules; la tomo para mí, y esta señora permanecerá en esta.

Cinco minutos despues le avisaron que estaba preparada.

Jacobo Merey salió, y comprendiendo la mirada suplicante que le dirigia Eva, y que le seguía hasta la puerta, la dijo:

—Volveré despues.

Eva respiró.

Pero cuando se cerró la puerta detrás de Jacobo, cuando se encontró sola, Eva alargó el brazo y tomó el vestido que Jacobo habia abierto con el cuchillo para desnudarla más pronto.

En el corpiño de aquel vestido habia ocultado la carta que Merey quiso quemar y que Eva le arrancó de las manos.

Temblaba que se hubiera perdido en los acontecimientos de aquella noche. La buscó ansiosamente entre los pliegues del vestido, del corsé, de la camisa.

De repente lanzó una exclamacion de júbilo: habia encontrado el bienaventurado papel.

Aquella muy amada carta que tantas veces habia leído Jacobo, que tantas veces habia besado y acariciado.

Algunos caractéres se habian borrado por haberse empapado en agua del Sena.

Era un recuerdo más; recuerdo terrible que habia que añadir á los muchos recuerdos que despertaba aquella carta.

X.

El manuscrito.

Quando se presentó Jacobo, despues de un cuarto de hora de ausencia, habia cambiado de traje y hasta de semblante.

Su rostro estaba triste, anunciando que, si no para siempre, á lo ménos por largo tiempo estaria cubierto por sombrías nubes; pero su fisonomía, que hacia algunas horas indicaba el ódio y la amenaza, presentaba el aspecto de melancólica serenidad.

La jóven envolvió á Jacobo en una mirada ansiosa, inquieta; él fué el primero que tomó la palabra.

—Eva, dijo, Eva, vais á escribir á vuestra doncella para que mañana os envíe ropa blanca y vestidos. Yo me encargaré de hacerla llegar á sus manos.

Era la primera vez que la nombraba Eva desde su encuentro en el teatro; así es que la jóven se estremeció: al escuchar las palabras de Jacobo sacudió la cabeza.

—No, dijo, es la segunda vez que me salvais la vida: la primera, la de la inteligencia; la segunda, la del cuerpo; hoy como anteriormente me habeis encontrado desnuda. Deseo que, así ahora como entonces, como hace nueve años, seáis vos quien me vista: os aseguro que no saldrá muy caro. No necesito ropa fina, ni vestidos elegantes.

—¿Pero qué hareis de vuestra casa y de todo lo que encierra?

—Jacobo, vendereis la casa y lo que contiene, y empleareis el producto en buenas obras. ¿Recordais, amigo mio, que habeis dicho muchas veces que si fuérais rico deseariais construir un hospital en

Argenton? Llegó la ocasión, no la dejéis escapar: en vuestras manos está el llevar á cabo vuestro pensamiento.

Jacobo miró á Eva; la jóven sonreía como los ángeles.

—Pues bien, exclamó; apruebo vuestra idea, y desde mañana la pondré en ejecucion.

—Jamás me separaré de vuestro lado.

Jacobo hizo un movimiento: Eva sonrió tristemente.

—Jamás, continuó la jóven, saldrá de mi boca una palabra de amor, Jacobo, os lo juro; tan cierto como que me habeis salvado la vida.

Y ya lo veis, ya no os tuteo... mucho me costará... pero lo haré, añadió Eva enjugándose con la sábana las lágrimas que bañaban sus ojos y sus mejillas. No es suficiente el arrepentimiento, es preciso expiar.

—No hagamos promesas ni juramentos eternos. Ya sabeis cuán difíciles son de cumplir.

Eva guardó silencio; aquel reproche de Jacobo la habia cortado la palabra, la habia herido.

Al cabo de un momento repuso con firmeza:

—Jamás me separaré de vos, no siendo que me arrojéis de vuestra casa, Jacobo; ¿es mejor decíroslo así?

Merey no contestó; apoyaba su ardorosa frente sobre los cristales de la ventana para buscar en ellos sin duda un consuelo.

—Sea que permanezcáis en Paris, sea que volváis á Argenton, necesitáis de una persona al lado vuestro. Si algun dia, añadió con tembloroso acento; si algun dia os casáis y vuestra esposa deseara conservarme en su compañía, sería su doncella, su lectora, su amiga, lo que le fuera más agradable y útil.

—Vos, Eva, ¿no sois rica? ¿No os han devuelto todos los bienes que pertenecian á vuestra familia?

—Os equivocáis, Jacobo; nada poseo, puesto que si bien es cierto que me los devolvieron, son para los pobres. Yo deseo vivir con el pan que vos me deis, vestirme con el dinero que deba á vuestra generosidad; en una palabra, depender de vos por completo, mi señor, mi dueño, como dependia en la casita de Argenton, sabien-

do que si en un todo dependo de vos sereis para conmigo más humano, más cariñoso, Jacobo.

—Haremos del palacio de vuestro padre una casa de refugio para los necesitados de la provincia.

—Hareis lo que mejor os parezca, Jacobo; no desco más que volver al cuartito de nuestra casa de Argenton; no os pido más, nada más. Me enseñareis á cuidar los enfermos, ¿no es cierto? Las mujeres pobres y los niños, ¿verdad?

Si alguna vez reinan fiebres contagiosas y soy una de las atacadas, vos me curareis, vos os ocupareis de mí; quisiera morir en vuestros brazos, Jacobo, porque estoy segura que entonces, cuando mi enfermedad fuera tan grave que no pudiérais salvarme, entonces, antes de morir me abrazaríais y me perdonaríais.

—¡Eva!

—No os hablo de amor, no; ya lo veis, os hablo de la muerte.

En aquel momento dió la hora en el jardin de Tullerías.

Jacobo contó las tres.

—¿Recordareis todo lo que me habeis ofrecido, Eva? preguntó Jacobo con solemne acento.

—Jamás olvidaré ni una sola sílaba.

—¿Recordareis que habeis expresado que hay faltas para rescatar las cuales no bastaba el arrepentimiento, sino que era precisa la expiacion?

—Lo recordaré eternamente.

—¿Recordareis que habeis ofrecido ejercer la caridad hasta exponiendo vuestra vida?

—Dos veces he alcanzado con la mano la muerte; nunca la tendré miedo ni huiré de ella.

—Dormid, Eva, pensando en esos juramentos; mañana al despertaros encontrareis sobre vuestro lecho todo lo necesario para que os podáis vestir.

—Jacobo, buenas noches, dijo Eva con dulcísima voz.

Jacobo no la contestó; entró en su cuarto, y cerrando la puerta murmuró:

—¡Es preciso que esto se haga así!

Al día siguiente encontró Eva en una silla al lado de su cama seis camisas de batista y dos peinadores de muselina blanca.

Jacobo había salido muy temprano y había hecho las compras por sí mismo.

Encima de la mesa de noche encontró Eva un bolsillo, que contenía quinientos francos en oro.

Durante toda la mañana no dejaron de llegar costureras, modistas, zapateros, dependientes de tienda con objetos escogidos por Jacobo; pero que presentaban á Eva por si no fueran de su agrado.

A las dos tenía un ajuar completo; pero lo que más satisfacción causó á Eva fué ¡cosa extraña! el bolsillo con dinero, porque era señal de dependencia, y Eva de un modo ó de otro anhelaba pertenecer á Jacobo.

A las dos regresó Jacobo con un poder, en nombre de la señorita Elena de Charelet, para vender y disponer de todos sus bienes, empezando por la casa y muebles de la calle de...

El nombre estaba en blanco.

Eva no tenía más que llenar el blanco y firmar.

No quiso leer; se ruborizó al poner las señas, sonrió al firmar y devolvió con mano trémula á Jacobo el poder.

—¿Qué pensais hacer con vuestra doncella? interrogó Merey.

—Pienso pagarla el mes, darle una gratificación y despedirla, pues á mí no me hace falta.

—¿Cuánto es el mes?

—Quinientos francos en *assignats*; pero generalmente acostumbro darla un luis de oro.

—¿Cómo se llama?

—Artemisa.

—Bien.

Jacobo volvió á salir.

Las señas de la casa de Eva eran calle de la Victoria, núm. 17.

El notario que había hecho la escritura se llamaba el ciudadano Loubou.

Había costado cuatrocientos mil francos en papel, en una épo-

ca en que era ménos despreciado, valiendo los cuatrocientos mil francos en papel, sesenta mil en oro.

Jacobo se presentó inmediatamente en la casa de la calle de la Victoria, haciéndose reconocer como encargado de Eva, por la cual estaba muy inquieta Artemisa, su doncella.

La dió un luis por su salario y dos de gratificación, y la dijo quedaba despedida.

Lo primero que encontró de precioso en un estante fué un manuscrito con este encabezamiento:

«Narracion de todo lo que he pensado, de todo lo que he hecho, de todo lo que me ha sucedido desde que me separé de mi amado Jacobo Merey, escrito y destinado á él si llegamos á volvernos á ver algun dia.»

Jacobo lanzó un suspiro, enjugó una lágrima al leer aquellas palabras y guardó el manuscrito.

De todos los objetos que encerraba la casa, era lo único que no se vendería, pues todo, la casa inclusive, se ponía en venta.

Jacobo Merey mandó á buscar un tasador.

En aquella época en que el lujo volvía con más furor que antes, los objetos de buen gusto aumentaban su valor en lugar de perderlo.

El tasador aconsejó á Jacobo que hiciera ver la casa tal y como se encontraba á los elegantes y ricos, y que la vendiera con todo lo que encerraba.

De todos modos haría, dijo, un cálculo aproximado, que podría entregarle al día siguiente.

Inmediatamente se ocupó de aquel asunto.

Jacobo tomó el manuscrito, lo guardó en su seno, entre su levita abotonada y su chaleco, y escribió á Eva la carta siguiente:

«Eva:

»Como creo que nada teneis que os interese en Paris, es inútil, á mi parecer, que aguardéis aquí la conclusion de algunos asuntos que me detienen en esta capital, de modo que podeis marchar esta tarde por la diligencia de Burdeos para Argenton.

»No sé si Marta vive ó muere: llamad á la puerta; si vive, os abrirá, si ha muerto y nadie os responde, podreis ir á casa del se-

ñor Sergent, notario, calle de la Mariposa, y le enseñareis el párrafo que le concierne, le pedireis la llave de la casa y una mujer para que os sirva.

»Si Sergent ha muerto ó desaparecido de Argenton, llamareis á Bautista y á Antonio para que os abran la puerta.

»Ya en la casa, nada tengo que deciros.

»Como he tomado por mi cuenta todo lo que habeis escogido, nada teneis que gastar; os quedan, pues, los veinte lises que os he dejado esta mañana.

»Esa cantidad es más de lo que necesitais para ir hasta Argenton, á donde no tardaré en ir á reunirme con vos.

»He encontrado vuestro manuscrito y le voy á leer.

»JACOBO MEREY.»

El doctor llamó á un mandadero, le dió un *assignat* de cien francos y le envió con la carta á la fonda de Nantes.

Después volvió á tomar la pluma y escribió á sus arrendatarios. El primero á Rivers.

«Mi querido Rivers:

»Hasta que hagamos nuestras cuentas, que según mi opinión, y salvo que se verifiquen más tarde, asciende vuestra deuda á unos sesenta mil francos, enviadme treinta mil si podeis, dirigidos al Sr. Sergent, notario de Argenton.

»Si esta cantidad os parece demasiado crecida y pudiera causaros algun trastorno su envío, avisádmelo.

»Sabeis que no solo soy vuestro amigo, sino el hombre á quien habeis dado la hospitalidad cuando estaba proscripto, y á quien vuestros hijos, arriesgando su vida, condujeron fuera de Francia.

»Vuestro afectuoso y agradecido,

»JACOBO MEREY.»

A otros dos arrendatarios les escribió también para que le enviaran algunas cantidades, y poco más ó menos en los mismos términos que á Rivers, pero sin las palabras de agradecimiento que prodigaba á este.

Entre todos podia contar con una cantidad de ochenta mil francos, lo que unido al producto de la renta de la casa que habia habitado Eva en la calle de Provenza, bastaria para llevar á cabo sus proyectos.

El tasador, después de examinar todo, tasó la casa en sesenta y cinco mil francos, y lo que contenia en una suma poco más ó menos igual, lo que unido á lo suyo formaria unos doscientos diez mil francos.

Al día siguiente ofreció un resumen exacto de la tasacion.

El mandadero volvió con la respuesta.

No contenia más que estas palabras:

«Parto.

»Gracias.

»EVA.»

Efectivamente, á las cinco partia la diligencia de Burdeos, la cual estacionaba en la calle de Bouloy; habia un buen asiento de berlina para Eva.

No llevaba nada que no proviniera de Jacobo Merrey.

No le quedaba más que la memoria, el recuerdo imperecedero del pasado, que no habia podido dejar en las profundidades del Sena.

Al día siguiente al anoecer llegaron á Argenton. La diligencia paró en la fonda de la Posta, y allí bajó Eva con su equipaje.

Tomó un mozo para que llevara el baul, encaminándose á pie hasta la casita del doctor.

Eran las ocho de la noche y caía una lluvia fria y menuda: puertas y ventanas estaban cerradas, y todo sumido en el mayor silencio.

Al dejar Paris, tan ruidoso entonces y tan resplandeciente de luces, el contraste era extraordinario, y Argenton parecia una tumba.

El mozo iba delante con el baul sobre la espalda y un saco en la mano.

Eva caminaba llorando detras.

Aquella oscuridad, aquel silencio, aquella tristeza le oprimian el corazon.

Le parecia que entraba en Argenton con presagios funestos.

Se parecia á todos los séres que tienen el corazon tierno y henchido de fé; son supersticiosos.

Se hizo una pregunta sobre su felicidad, ó sea desgracia futura, pregunta que confió á la casualidad para que la resolviera.

Se dijo:

—Si encuentro á Marta muerta y la casa vacía, seré desgraciada para siempre; si Marta vive, mis desgracias terminarán dentro de algun tiempo.

Y Eva apresuró el paso.

A pesar de la oscuridad de la noche, vió como una masa sombría que se elevaba delante de ella.

Era la casa del doctor, coronada por el laboratorio.

Estaba oscuro, las ventanas cerradas, y ni un rayo de luz se veía por entre las contraventanas.

Eva se detuvo con una mano sobre el corazon y la cabeza inclinada hácia atrás.

El mandadero se volvió porque no oía ya sus pasos.

—Estais cansada, señorita, la dijo, y no hace un tiempo muy agradable para detenerse en el camino; os lo prevengo; es muy fácil coger una enfermedad, una pleuresía.

Lo que detenía á Eva no era el cansancio, era el mundo de recuerdos que evocaba aquella casa.

Cuanto más se acercaba á ella, más sombría, solitaria y triste se le aparecía.

Por fin llegaron á las escaleras que conducian hasta la puerta.

El mandadero dejó el baul en la primera escalera.

—¿Se llama? preguntó el mozo.

Eva recordó que ella llamaba de un modo conocido.

—No, aguardad; yo llamaré.

Al subir las escaleras le temblaban las piernas: al poner la mano en la aldaba la tenia tan fria como el metal del llamador.

Llamó con dos golpes repetidos, y despues con otro más prolon-

gado, y esperó. Un buho que tenia su albergue en el granero, situado encima del laboratorio, contestó con un gemido.

—¡Dios, Dios mio! murmuró Eva.

Y llamó segunda vez: el mandadero para ver mejor levantó su linterna.

En aquel momento, atraído el buho por la luz, pasó entre esta y Eva.

La jóven sintió sobre su rostro el viento de sus alas.

Arrojó un grito de angustia.

El mozo tuvo miedo y dejó caer la linterna.

La oscuridad era profunda, pero en aquel momento brilló una luz en una ventanita baja y estrecha.

—Me voy á encender mi linterna, dijo el mozo.

—No, no, contestó Eva, quedaos; me parece que oigo algun ruido en la casa y que se acercan: ¿veis la luz?

Efectivamente, se escuchaba el ruido de una puerta que se cerraba, y poco despues el pesado paso de una persona que bajaba la escalera lentamente.

Los pasos se acercaban á la puerta. Eva estaba muda y temblorosa, cual si se tratara de su vida ó muerte, y escuchaba con ansiedad procurando adivinar.

—¿Quién es? preguntó una voz cascada.

—Soy yo, Marta, yo, contestó Eva con alegre acento.

—¡Dios mio, la señorita! exclamó la anciana, la que, á pesar de los tres años de ausencia, reconoció la voz de Eva.

La puerta se abrió.

—¿Y el doctor, y mi buen amo? preguntó Marta con inquietud.

—Vive, contestó Eva; está bueno; dentro de algunos dias estará aquí: así me lo ha ofrecido.

—¡Que vuelva! ¡Que lo vea yo antes de morir! dijo Marta; eso es lo único que diariamente le he pedido á Dios; creo que me lo concede.

VI.

El manuscrito.

(Continuación.)

Al salir de la casa de la calle de la Victoria, Jacobo Merey volvió á la fonda de Nantes, y al encontrar vacía su habitación lanzó un profundo suspiro.

Tal vez se entristeció al pensar que lo habían obedecido demasiado pronto.

Mandó llamar á una prendera y la dió los vestidos que llevaba puestos Eva cuando se arrojó al Sena, todo, hasta las medias y los zapatos, ordenándola que entregara diez francos al primer pobre que encontrara en la calle. Solo conservó la carta del marqués de Charelet, la que volvió á leer y la guardó en su cartera.

Hecho esto, se encerró en el aposento de Eva, hizo que le sirvieran la cena, y cuando se encontró solo cerró las puertas, deslió el manuscrito y comenzó su lectura, ansioso y febril.

El primer capítulo decía:

En Francia.

El día 14 de Agosto de 1792, de funesto recuerdo, fui separada de mi muy amado Jacobo, al lado del que había permanecido siete años, y á quien adoraba desde que tuve uso de razón, desde que, gracias á él, tuve inteligencia.

A él debo todo. Anteriormente no veía, no entendía, no pensaba; estaba como esas almas que ha sacado Jesús del limbo, es decir, de la oscuridad, para ponerlas en contacto con el sol.

¡Desgraciada de mí si olvidara algun día ni aun por un segundo al que debo todo lo que soy!

Al llegar Jacobo á estas líneas, lanzó un suspiro, dejó caer la cabeza entre las manos, y una lágrima cayó de sus párpados sobre el papel.

Limpió el papel con su pañuelo y se enjugó los ojos, y después de un momento, ya más repuesto, continuó la lectura.

Por lo mismo que el golpe era inesperado, fué más violento y rudo.

Una hora antes de que se presentara el marqués de Charelet, á quien no me atrevo á llamar mi padre, porque solo lo he conocido para mi desgracia, no existía en el mundo un sér más dichoso que yo.

Una hora después no había sobre la tierra una criatura más desgraciada.

Estaba loca de dolor; más aun, idiota, desesperada.

Parecía que Jacobo se había quedado con todos los pensamientos, todas las ideas que con tanto trabajo había hecho germinar en mi cerebro durante aquellos siete años.

Me condujeron al castillo de Charelet.

Del palacio de Charelet, de sus inmensos salones, de sus espléndidos y ricos muebles, de sus retratos de familia no recuerdo sino una pintura sencilla.

Era el retrato de una mujer muy hermosa con traje de baile.

Me la enseñaron, diciendo:

—Ese es el retrato de tu madre.

—¿A dónde está mi madre? pregunté.

—Ha muerto.

—¿Cómo?

—Una noche se vistió para concurrir á una fiesta, y el fuego se apoderó de su vestido. Corrió de habitación en habitación; el viento activó la llama, y cuando acudieron á su socorro la encontraron tendida y medio ahogada.

Había una tradición en las cercanías, y era que alguna desgracia deba suceder á los habitantes del castillo, pues se oían gritos y se veían por la noche á través de las ventanas llamas y rayos de luz.

Se hablaba de la castidad de su vida, del bien que prodigaba, del reconocimiento y la gratitud que tenían por ella los pobres de los contornos.

Era al mismo tiempo una santa y una mártir.

En la situación en que se encontraba mi ánimo, se me presentaba mi madre como el único refugio, como mi intermediario para con el Señor.

Pasaba horas enteras delante de su retrato, y á causa de la misma insistencia con que la contemplaba me parecía que se iluminaba su semblante.

Cuando me levantaba despues de largas horas de estar de rodillas, me dirigia á los cristales de la misma habitacion, á una ventana que tenia vista al camino de Argenton.

Siempre esperaba, aunque comprendiera que era una locura mia, verte llegar ¡oh mi Jacobo! para libertarme.

Primero encargaron que no me permitieran salir, pero cuando vió el marqués de Charelet que caía en un estado de inexplicable entorpecimiento, ordenó que abrieran todas las puertas.

En el castillo habia una servidumbre numerosa, así es que un criado podia estar siempre á mi alcance.

Un dia encontré todas las puertas abiertas y salí maquinalmente, y á unos cien pasos del castillo me senté sobre una piedra y rompí á llorar amargamente.

Al cabo de un momento ví una sombra que se detenia delante de mí; levanté la cabeza: un hombre estaba de pié y me contemplaba con expresion de compasion profunda.

Me fijé en él casi asustada, porque era el mismo que habia acompañado al comisario y al marqués cuando me fueron á reclamar.

Era el mismo que habia estado pocos dias antes de nuestra separacion, mi muy amado Jacobo; que me habia encontrado en aquella visita tan embellecida; era, en fin, mi padre adoptivo, José, el guarda-bosque.

Aquel hombre me horrorizó: me levanté y quise alejarme.

Pero me detuvo diciendo:

—No debeis odiarme por lo que hice, mi querida señorita; no podia ménos de hacerlo. El señor marqués tenia un recibo, una papeleta mia, en la cual constaba que os habia recibido de su mano y que me obligaba á devolveros á él á la primera intimacion. Se presentó y fué necesario acompañarlo para dar testimonio: fuí á darlo.

En la voz de aquel hombre se notaba la verdad de lo que me decia; así es que, volviéndome á sentar, le dije:

—Os perdono, José, aun cuando habeis contribuido á hacerme desgraciada, muy desgraciada.

—No ha sido culpa mia, mi querida señorita; y si por mis complacencias puedo rescatarlo, mandad y os obedeceré con la mejor voluntad.

—¿Iráis á Argenton si os rogara?

—Desde luego.

—¿Y le entregareis una carta?

—Ciertamente.

—Esperad: no tengo ni papel, ni pluma, y en el castillo no querrán dármele.

—Voy á proporcionaros papel y un lapicero.

—¿A dónde vais á buscarlo?

—A la aldea.

—Os espero aquí.

José se marchó.

Desde que habia salido del castillo estaba escuchando ladridos furiosos.

Me volví hácia el sitio de donde venian, y ví á Escipion atado y que á pesar de la cadena se lanzaba á mi encuentro.

¡Mi pobre Escipion! Le habia olvidado durante aquellos ocho dias: ¿comprendes, mi amado Jacobo!

Hubiera olvidado hasta mi vida, ¡tanto era lo que habia sufrido!

Para mí fué una alegría verdadera el volver á ver á Escipion: en cuanto al pobre animal, estaba loco de felicidad.

José volvió con papel y un lápiz: te escribí una carta insensata, en el fondo de la cual solo descollaba un pensamiento: ¡te amo!

Partió mi mensajero: al día siguiente debía hallarlo á la misma hora en el mismo sitio.

Temia no me permitieran llevar á mi habitacion á Escipion, pero ni aun se fijaron en ello.

No me cansaba de hablarle de tí, creyendo ¡loca de mí! que me comprenderia: lo que sí es cierto, que cada vez que pronunciaba tu nombre, tal vez por el acento con que lo pronunciaba, lanzaba un cariñoso aullido como si quisiera indicarme: ¡tambien yo le amo!

A la madrugada estaba en mi ventana, pensando que José pasaria la noche en tu casa y volveria temprano por la mañana.

Me equivocaba: habia vuelto la noche misma. Cuando salí del castillo ví en el sitio en donde yo me habia sentado la vispera á un hombre tendido sobre la yerba y que al parecer estaba dormido.

Me acerqué: era él; pero á la primera ojeada comprendí que tenia que comunicarme malas noticias: me lo indicaba su semblante.

Efectivamente, habias partido, mi amado Jacobo, y no habias indicado á dónde te dirigias.

José me devolvió la carta que te habia escrito.

La rasgué en pedacitos, los que lancé al viento. Me parecia que destrozaba mi corazon.

José estaba desesperado.

—¿Nada puedo hacer por vos? me preguntó.

—Sí, le contesté; podeis, mi buen José, hablarme de él.

Entonces me volvió á referir cómo me encontraste, cosa que te habia oido yo referir; pero me contó otras cosas que no sabia: esa especie de milagros que habias hecho con animales furiosos. Cómo domabas los caballos, los toros, cómo tranquilizaste á Escipion.

Me enseñó el hueco en la pared en donde se refugió el perro cuando le obligaste á llegar arrastrando hasta tus piés.

De los animales pasó á los hombres, y me contó las curas maravillosas que habias hecho.

Un niño mordido por una vipera, y al que habias salvado con tu boca aplicada á la llaga: un cazador que se mutiló el brazo con

un fusil y que querian amputarle; pero tú te opusiste y se salvó.

¿Qué mas podré decirte, amado mio, mi Jacobo? Aquellos recuerdos me parecian siempre nuevos.

Un dia cambiamos de conversacion.

—Señorita, me dijo José sin darme tiempo para dirigirle una pregunta, ¿no sabeis la novedad?

—¿Qué novedad?

—Que parte el señor marqués. Emigra.

Inmediatamente pensé en el cambio que su partida podia causar en mi existencia y la libertad que me proporcionaria.

—¿Estais seguro? le pregunté con un movimiento de júbilo que no me fué posible reprimir.

—Esta noche se reunen en el castillo sus amigos: van á decidir el modo mejor para emigrar, y cuando cada cual se haya fijado en los medios para la fuga, partirán.

—¿Pero quién os ha dicho eso, José? Me parece que vos no estais relacionado con los amigos del marqués.

—No, es cierto; pero como sabe que tiro bien, que mato un conejo en el aire y una bubilla lo mismo, desearia tenerme á su lado,

—¿Y os ha hecho ofertas?

—Sí; pero pertenezco al pueblo y soy del pueblo, por lo cual le he contestado: «Señor marqués, si algun dia nos encontramos en el campo de batalla, será en distintos bandos, uno contra el otro.»

«Pero has dicho que eres hombre honrado, contestó el señor marqués, y por consiguiente, guardarás el secreto de mi partida.»

—Ese secreto, continuó José, no debe serlo para vos, puesto que no habeis de denunciar á vuestro padre, y os lo digo por si teneis que tomar algunas medidas, que tengais tiempo de tomarlas.

—¿Qué medidas quereis que tome? Yo de nada dispongo: disponen de mí; me veo obligada á confiar solo en brazos de la Providencia.

Al dia siguiente de esta conversacion me rogó mi padre que pasara á su aposento.

Le habia hablado dos veces desde que me habian separado de tí, mi muy amado; me habian preguntado si queria comer en mi

habitacion ó con los demás. Me apresuré á contestar: «En mi cuarto.» Cuando se vé una separada de aquel á quien ama, al encontrarse sola parece que se está á medias con él.

Pasé al gabinete del marqués.

Inmediatamente tomó la palabra.

—Hija mia, me dijo; las circunstancias son tales, que es preciso pensar en dejar la Francia. Además, mi opinion, mi rango en la sociedad, mi posicion entre la nobleza de Francia me obligan á ofrecer mi espada á los príncipes. Dentro de ocho dias estaré con el duque de Borbon.

Yo hice un movimiento.

—No os inquieteis por mí, dijo; tengo medios para salir de Francia. Vos nada teneis que temer, y como no correis ningun riesgo, ni teneis que cumplir ningun deber, os quedareis en Burges con vuestra tia. Vendrá mañana á buscaros. ¿Teneis que hacerme alguna observacion?

—Ninguna; nada tengo que deciros, sino obedeceros.

—Si se prolongase nuestra estancia en el extranjero, y si algun peligro corrierais en Francia, os escribiria para que os reunais conmigo y fijar nuestra residencia en el extranjero mientras dura esta infame revolucion, lo que espero no sea largo tiempo. Como solo nos quedan tres ó cuatro dias que pasar juntos, si os parece podeis comer al mismo tiempo que nosotros y con nosotros; esto me causará placer.

Me incliné como dando mi consentimiento.

Sin duda los jóvenes nobles que se habian reunido la vispera en el castillo permanecian aun, porque el marqués tenia como una docena de convidados.

Me presentó á ellos y ví muy pronto cuál era el objeto de esta presentacion.

Tres ó cuatro eran jóvenes, elegantes, bellos y bien formados. Mi padre deseaba saber si alguno de ellos llamaria mi atencion y fijaria mis pensamientos.

Mi padre no habria amado nunca, cuando semejante idea pudo pasarle por la imaginacion.

¿Cómo podia pensar que doce dias despues de haberme separado de tí, mi vida, mi alma, mi Jacobo, mi amado, pudieran fijarse mis ojos en otro hombre, ni pensar en él?

No me incomodé por tal suposicion; solamente me encogí de hombros.

Al dia siguiente llegó mi tia la canonesa; jamás la habia visto. Era una señora alta, seca, devota y mogigata.

Nunca ha debido ser bonita, y por consiguiente no habrá sido jamás joven.

Su padre, no pudiendo casarla, la hizo canonesa.

En 1789 salió del convento y entró en sociedad con seis ú ocho mil libras de renta que la habia señalado mi padre; pero no quiso salir de Burges, su ciudad natal, para venir al castillo de Charelet, y por consiguiente tomó una casa en Burges.

Algunos años despues de mi nacimiento la informaron de mi fealdad y de mi idiotismo, y despues nadie habia vuelto á ocuparse de mí, porque para ellos era yo un sér insignificante.

Cuando le escribió el marqués para que viniera á buscarme esperaba sin duda encontrar una horrorosa máscara, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, con ojos asombrados y no expresando sus ideas sino con palabras incoherentes.

Hacia media hora que estaba frente á frente conmigo y todavia aguardaba verme entrar: por último dijo que buscaran á su sobrina, y al decirle era yo, dió un salto de admiracion y su vista se fijó en mí con asombro.

Mi buena tia, obligada por los servicios que debia á mi padre á llevarme á su casa, hubiera preferido tal vez que fuera fea y tonta.

Yo dije en voz baja:

—Así me ama él, tia mia, y aunque os pese, así continuaré.

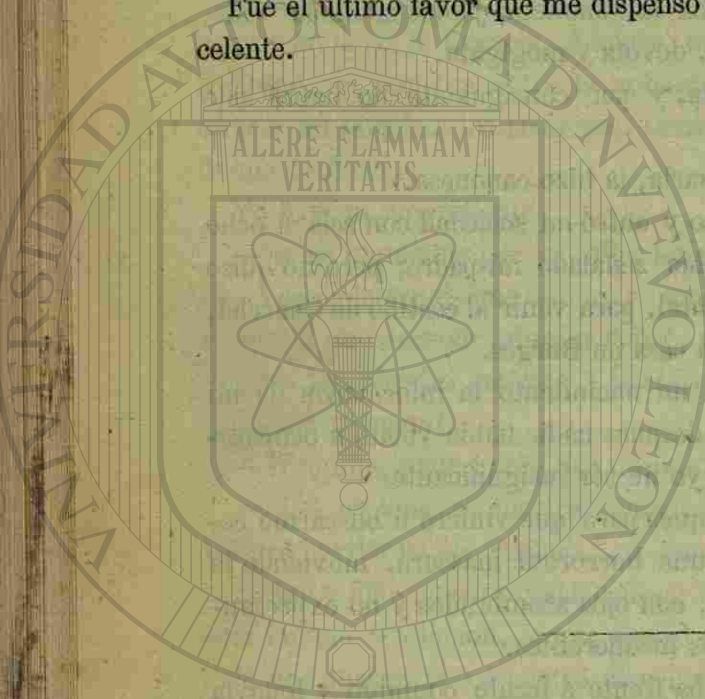
Nuestra partida decidieron que tendria lugar al dia siguiente: el marqués debia marchar en la noche del segundo dia.

Llevaba por Estado mayor parte de la nobleza de Berri y unos cincuenta aldeanos, á los que prometió mi padre dar cincuenta cuartos por dia.

El día de mi marcha dije ¡adios! á José el leñador, el que me dijo al separarse de mí:

—No sé las señas de Jacobo Merey; pero como pertenece á la Asamblea nacional, si le dirigís vuestras cartas á la Convencion llegarán á sus manos.

Fué el último favor que me dispensó aquel hombre bueno y excelente.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

El manuscrito.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

(Continuacion.)

Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente de salir de Charelet llegamos á Burges: nuestro viaje se había hecho en un carruaje de mi padre y con un caballo de sus cuadras; un aldeano nos condujo.

La canonesa debía quedarse con el caballo y coche, y volver á enviar al aldeano.

Dormimos, pues, en Chateauroux de resultas de este arreglo.

Estaba muriéndome de deseos de escribirte, mi amado Jacobo; pero sin duda el marqués había hablado de tí con su hermana, porque ni un instante me perdió de vista, haciendo que me acostara en su habitación.

Esperaba estar con más libertad en Burges, y así fué, porque me dieron un aposento con vista al jardín, y solo para mí.

Cuando llegamos, la señorita de Charelet se apresuró á organizar su casa.

Tenía una criada anciana llamada Gertrudis, la cual había estado con ella en el convento; pero al verme llegar declaró formalmente que ella no podría desempeñar aquel aumento de trabajo.

Mi tía hizo buscar una doncella por medio de Gertrudis y de su confesor, quien le envió una de sus hijas de confesion, llamada Julia.

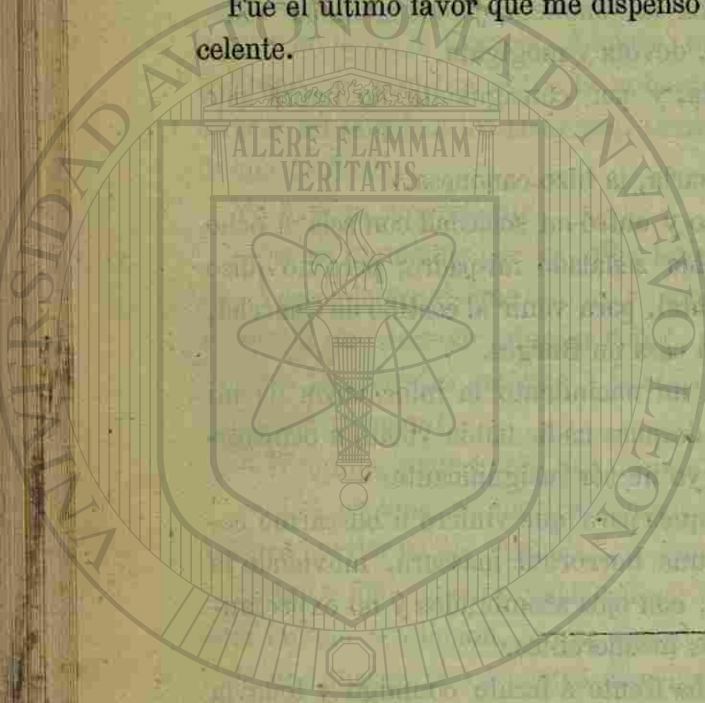
Yo la estudiaba; pero conocía poco el corazón humano; ni aun el de las doncellas.

Al tercer día creía que podía fiarme de ella, y la entregué una carta para tí: me aseguró la había llevado al correo, lo mismo que

El día de mi marcha dije ¡adios! á José el leñador, el que me dijo al separarse de mí:

—No sé las señas de Jacobo Merey; pero como pertenece á la Asamblea nacional, si le dirigís vuestras cartas á la Convencion llegarán á sus manos.

Fué el último favor que me dispensó aquel hombre bueno y excelente.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

El manuscrito.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

(Continuacion.)

Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente de salir de Charelet llegamos á Burges: nuestro viaje se había hecho en un carruaje de mi padre y con un caballo de sus cuadras; un aldeano nos condujo.

La canonesa debía quedarse con el caballo y coche, y volver á enviar al aldeano.

Dormimos, pues, en Chateauroux de resultas de este arreglo.

Estaba muriéndome de deseos de escribirte, mi amado Jacobo; pero sin duda el marqués había hablado de tí con su hermana, porque ni un instante me perdió de vista, haciendo que me acostara en su habitación.

Esperaba estar con más libertad en Burges, y así fué, porque me dieron un aposento con vista al jardín, y solo para mí.

Cuando llegamos, la señorita de Charelet se apresuró á organizar su casa.

Tenía una criada anciana llamada Gertrudis, la cual había estado con ella en el convento; pero al verme llegar declaró formalmente que ella no podría desempeñar aquel aumento de trabajo.

Mi tía hizo buscar una doncella por medio de Gertrudis y de su confesor, quien le envió una de sus hijas de confesion, llamada Julia.

Yo la estudiaba; pero conocia poco el corazón humano; ni aun el de las doncellas.

Al tercer día creía que podía fiarme de ella, y la entregué una carta para tí: me aseguró la había llevado al correo, lo mismo que

otra segunda y tercera; pero como no recibiera ninguna respuesta tuya, empecé á temer que habia confiado demasiado, y que Julia habria entregado mis cartas á mi tia en lugar de ponerlas en el buzón del correo.

Aparte de lo que sufría con nuestra separacion, mi amado Jacobo, y de la incertidumbre en que me encontraba, no de tu amor, porque, á Dios gracias, mi corazón me decia que me amabas lo mismo, sino del tiempo que tendria que estar separada de tí, el mes que estuve en Burges no fué de los más desgraciados.

Mi tia no me amaba, pero tenia consideraciones conmigo: el aldeano se quedó con nosotros, y mi tia le hizo vestir con librea y nos servia de cochero.

Todos los dias, con pretexto de mi salud y del cuidado que tenia por mí y por ella misma, nos paseábamos dos ó tres horas, y despues hasta la hora de la comida tenia yo libertad completa en mi aposento.

Yo lo aprovechaba para estar sola.

Desde que reflexioné en la traicion de Julia la aborrecí, hasta el punto que soy capaz de aborrecer, lo que no es mucho, y para no ver á una criatura que me era insoportable y á la que no queria causar el disgusto de verse despedida, la prohibí entrarse en mi habitacion.

Mi tia era suscritora del *Monitor*. Yo devoraba diariamente el periódico para ver si encontraba tu nombre.

Dos ó tres veces se realizó mi esperanza: primero al verlo entre los de los diputados del Indre, cuando formaron las listas; despues cuando te enviaron cerca de Dumuriez, al que serviste de guía en el Argonne, y por último, cuando presentaste en la Convencion las banderas de Valmy.

Ocho ó diez dias despues del combate de Valmy recibimos una carta del marqués, en la que indicaba que los asuntos políticos no caminaban segun sus deseos y esperanzas, y que nos advertia estuviéramos preparadas para poder al primer aviso ir á reunirnos con él.

Hicimos nuestros preparativos; de modo que solo nos faltaba po-

ernos en camino inmediatamente que el marqués nos enviara á llamar.

Le encontraríamos ocupado en el sitio de Maguncia.

En Francia se preocupaban mucho de la emigracion de los hombres, porque todos se expatriaban para volver como combatientes, pero no se fijaban en las mujeres.

Además, las autoridades de Burges eran realistas y nos dieron pasaporte y todos los documentos necesarios para asegurar nuestro viaje.

Nuestro carruaje nos sirvió, y en él, con caballos de posta, emprendimos nuestra marcha.

Llegamos á la frontera, y la salvamos sin dificultad y sin peligro.

Pero un poco más allá de Sarrelouis encontramos algunos emigrados presos, los que eran conducidos á una fortaleza ó ciudadela para fusilarlos.

Llegamos hasta Kaiserlantern.

En aquel punto supimos que Custine habia tomado á Maguncia.

Como jamás corren peligro dos mujeres que van en busca de un padre ó de un hermano, seguimos hasta Oppenheim.

Allí las noticias eran más positivas y más alarmantes.

En uno de los últimos combates que habian tenido lugar en los dias anteriores habian sido hechos prisioneros algunos emigrados, y cuando pronunció mi tia el nombre del marqués de Charelet, la contestó aquel á quien dirigia la palabra que efectivamente creia haber oido aquel nombre.

Los prisioneros habian sido conducidos á Maguncia, y solo en aquel punto se podrian adquirir noticias de si estaban vivos ó muertos.

Seguimos hasta Maguncia.

Al llegar á las puertas nos detuvieron.

Nos fué preciso escribir al general Custine.

Le dijimos la verdad; quiénes éramos y el sagrado objeto que nos conducia á Maguncia.

Un cuarto de hora despues fué á buscarnos un ayudante del general.

¡Ah, mi amado Jacobo! La noticia era terrible. Mi padre habia sido cogido prisionero con las armas en la mano y lo habian juzgado, condenado y fusilado en el término de veinticuatro horas.

No tenia yo razones poderosas para adorar á un padre que me habia abandonado siendo niña, y que despues me habia recogido destrozándome el corazon y separándome de un hombre adorado.

Sin embargo, al saber la terrible catástrofe, lloré sincera y filialmente.

Un incidente imprevisto y completamente inesperado dió tréguas á mi dolor.

El jóven oficial que nos habia dado el general para acompañarnos me pidió permiso para hablar conmigo de un asunto importante.

Interrogué á mi tia con una mirada pidiéndola permiso para acceder al deseo del jóven.

La canonesa creyó que, como el oficial era el que habia mandado el piquete que habia fusilado á mi padre, tendria tal vez que trasmitirme de parte del marqués algunas palabras supremas, su voluntad tal vez.

Autorizada por mi tia, le seguí á su despacho, ínterin ella recogia los documentos necesarios para acreditar la muerte de mi padre.

Pero ¿cuál seria mi asombro, y de quién dirás que me habló el jóven oficial?

De tí, de tí, mi amado Jacobo. Hacia dos dias que habias estado en Maguncia para informarte si entre los papeles encontrados en poder de mi padre habia alguno que encerrase nuestras señas, y no solo supiste que viviamos en Burges, sino que habias leído una carta mia, dirigida á tí, que habia interceptado mi tia, quien se la envió á su hermano.

Esta carta, mi amado Jacobo, me dijo el oficial con cuánto transporte, con qué júbilo la habias leído.

Me dijo tambien habias deseado una copia, pero que te habia autorizado á conservar el original, dejándole á él la copia.

Despues, mi amado Jacobo, besaste la carta y la guardaste en tu pecho como una reliquia sagrada.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué poca cosa era la voz de *sangre*, mi adorado Jacobo! ¡Cuán impotentes son estas palabras pronunciadas por un hombre á quien se creia extraño: *¡Es tu padre!* puesto que enfrente de una tumba, del sepulcro de mi padre, apenas cerrado, tu nombre, mi Jacobo, me hizo olvidar de todo! ¡Porque tú eres mi verdadero padre!

¡Aparte de la materialidad de la vida, te debo lo demás!

Soy tu hija, tu obra, tu creacion, y además, Dios, en su bondad suprema, ha querido que fuera otra cosa; ¡tu amor!

Cuando salí del despacho en donde el excelente jóven me acababa de dar noticias tuyas, estaba avergonzada de mí misma. ¡Derramaba lágrimas, pero eran por tí; sonreia tambien por tí!

¡Oh, cuánta verdad es lo que tú me habias dicho, que el amor es el alma de la creacion, el flúido perpétuo que conserva la vida, y que sus partículas durante nuestra vida forman la eternidad de los séres!

Soñamos con Dios; sentimos el amor; ¿no seria el amor el solo, el único, el verdadero Dios?

Oculté mi alegría bajo mi velo: ¿qué hubiera dicho la severa canonesa si hubiera adivinado que la sonrisa era verdadera y las lágrimas fingidas?

De nuevo renació mi esperanza. Desde que me habian separado de tí, era la primera vez que oia hablar de mi Jacobo: el hilo de mi vida, casi roto, se anudaba más firme que nunca con el amor y la felicidad. ¿Pero tú qué harias, amado mio, corriendo en pos de una decepcion nueva?

Te veia caminando en posta con la esperanza de encontrarme en Burges, impacientándote, dando prisa al postillon y llegando á nuestra sombría calle, enfrente de nuestra triste casa, la que encontrarías cerrada sabiendo nuestra partida.

¡Pero no importa! Me decia ¡cuán egoista era! que esas sacudidas darian nuevo ardor á tu cariño, así como la que yo acababa de tener galvanizaba el mio.

El resto del día fué consagrado á visitar la tumba del marqués: allí volví á derramar lágrimas de sentimiento.

El general nos dió permiso para mandar poner una piedra sobre la tumba con el nombre de aquel á quien cubria.

La señorita de Charelet se obstinaba en poner: *muerto por su rey*; pero el general la indicó que aquella inscripcion daria motivo á que fuera la piedra echa pedazos por los soldados de la república antes que pasaran veinticuatro horas.

En la misma noche salimos de Maguncia para Viena.

Allí queria la canonesa fijar su residencia.

Tenia unos doce mil francos en oro y no se podia contar con otra cosa; era toda nuestra fortuna.

Era evidente que la república heredaria los bienes del marqués de Charelet, emigrado, preso con las armas en la mano y que habia sido fusilado.

Partimos para Viena, pero no en posta, como anteriormente, sino en diligencia, en la que tomamos dos asientos; y tanto rogué, que permitieron á Escipion que subiera con nosotras.

Escipion era el diccionario de mi vida pasada.

Llegamos á Viena y nos apeamos en el sitio más aristocrático de la poblacion: en el Cordero de Oro.

Mi tia indicó en confianza al dueño de la fonda que deseaba tomar en un sitio tranquilo y aislado una casa pequeña.

Tres días despues se presentó una señora y nos condujo en carruaje á la plaza del Emperador José, en donde tenia una casa amueblada.

Esta casa nos convino perfectamente en todos conceptos. La dueña queria cien luises por año. Mi tia, despues de porfiar y dar explicaciones, la consiguió en dos mil francos, con la condicion de renovar si la convenia el contrato de año en año.

A la conclusion de cada año podia rescindir la escritura, pero una vez empezado el año tenia que pagarlo entero.

Nos instalamos en Josephplatz.

En cuanto me encontré en mi casa sin camarera que me espiase, porque mi tia habia creido conveniente suprimir aquel gasto, que

era inútil en circunstancias desgraciadas, inmediatamente te escribí y yo misma puse la carta en el correo.

Ni á la primera ni á tres más que dirigí me contestaste.

Me desesperaba: ¿me habias olvidado? Esto me parecia imposible.

¡Ay! ¡Despues he reflexionado!

Habia una causa importante para que no recibieras mis cartas.

No sabiendo tus señas, ponía las siguientes:

«Al caballero Jacobo Merey, diputado de la Convencion por el departamento del Indre.—*París.*»

Ignoraba la desconfianza del gobierno austriaco; las cartas se abrian y se leian. El encargado de este vil oficio las leia, y despues, no juzgando á propósito enviarlas, las arrojaba á un lado, en lugar de darlas curso. Para un indiferente eran tan poco importantes unas cartas de amor...

¡Y yo hubiera dado por una carta tuya la mitad de mi vida!

Aun suponiendo que mis cartas hubieran llegado á Francia, ¿cómo la policia francesa hubiera entregado á Jacobo Merey, diputado de la Convencion, cartas de Viena?

El apelativo *señor*, completamente abolido en París, trascendia á aristocracia á una legua.

Muy desgraciada fui cuando me hizo esas observaciones un sábio vecino nuestro, cuya esposa jugaba al whist con mi tia casi todas las noches, y á cuya casa concurríamos.

Una cosa que tal vez te hará reir, mi Jacobo, es que aquel sábio gustaba mucho de mi conversacion, porque decia que yo era una sábia.

¡Sábia yo! ¡Ay! Lo que hubiera debido saber era que para que mis cartas llegasen á tu poder era preciso poner en el sobre, nó al Sr. de Merey, sino al *ciudadano* Merey.

Quando supe, mi amado Jacobo, la causa de tu silencio, lejos de reprochártelo, te amé más todavía, deseando que tú tambien me amases con más ardor que antes; y puesto que sabia el por qué no contestabas, deducia que me amabas lo mismo; y en ese caso, ¿qué me importaba lo demás? ¿Tu amor no era el todo para mí? ¿No eras tú mi esperanza, mi vida?

VIII.

El manuscrito.

(continuación.)

La vida que hacíamos en Viena mi tía y yo se parecía á la que hacíamos en Burges.

Habíamos tomado una francesa para servirnos; una anciana esposa del criado de un agregado de la embajada, y que había fallecido en Viena, dejando á su viuda con escasos recursos.

Interin hubo en Austria embajada francesa, el antiguo amo del marido de Teresa la había socorrido; pero cuando pidió sus pasaportes y partió, quedó Teresa reducida á asistir en las casas de sus compatriotas, los nobles emigrados.

Desde la muerte de mi padre había caído mi tía en una especie de *spleen*, no ocupándose de nada y ménos de mis amores.

Estaba libre, tenía mi cuarto independiente y podía ocuparme si lo desaba en escribirte.

Durante los primeros meses de nuestra llegada te escribía todas las semanas; pero mi tristeza era profunda al ver que no me contestabas, aunque en mis cartas te rogase por las dulces horas de nuestro amor que me contestaras y no podía comprender que no recibieras mis cartas, puesto que yo misma las ponía en el correo, y que no me ocurría pudieran interceptarlas.

A los tres meses de estancia en Viena tuve un dolor profundo: mi pobre Escipion sucumbía poco á poco efecto de vejez.

Era, además de tí, el único sér que me amaba realmente.

Y él, que te había dejado voluntariamente para seguirme cuando el marqués me había arrancado de tu lado; él, que me había segui-

do al destierro, no me amaba más que tú, cuyo silencio, entonces incomprensible, me hacia creer me hubieras olvidado.

Si tu silencio provenía del orgullo herido, lo hubiera comprendido interin vivía el marqués; pero habiendo muerto no tenías ya motivo para no escribirme.

Además, ¿no sabía yo por el ayudante de Custine que me amabas siempre?

¿No lloré de júbilo cuando me contaron los transportes y la alegría que habías sentido al leer mi carta?

Reflexioné que sin duda mi cerebro no estaba completamente desarrollado, y que sin duda te había faltado el tiempo para concluir tu obra, mi creación, y que sin duda de aquel resto incompleto provenía la turbación en la cual me perdía.

Escipion no me dejaba un momento.

Podía decirse que la inmensidad de su cariño por mí la inspiraba la revelación de su muerte próxima.

Yo, viéndole debilitarse de día en día, le miraba tristemente.

Escipion era el catálogo de toda mi vida; antes que nadie me había amado. Cuando era yo un sér informe, me prestaba calor.

Cuando era impotente para percibirlo moralmente, le percibía físicamente.

Cuando se aclaró mi vista fué el primer sér que ví, y cuando poco á poco adquirí movimiento fué el primer medio que encontré para caminar. A los recuerdos tuyos se encuentra mezclado él, y fué por él por quien llegué hasta tí.

Desde que estoy separada de tí, mi amado Jacobo, hablo de tí con él, y hoy, que la muerte se acerca, que apenas su vista turbada puede verme, si le hablo de tí, si le pregunto en dónde está nuestro amado dueño, me comprende de quién se trata y con dulces quejas responde á tu nombre, y parece que me dice:

—No sé en dónde está, me sucede como á tí; pero ya ves que como tú lloro.

Aquí están prohibidos los periódicos franceses; pero como, gracias á tí, el alemán me es tan familiar como el idioma materno, leo los periódicos alemanes.

He leído tu voto para sentenciar á ese desgraciado rey, del que jamás habíamos hablado nosotros, del que no nos habíamos ocupado apenas y de quien casi ignoraba la existencia.

Cuando fueron en nombre de la patria á buscarte para luchar contra su espirante poder, no has querido votar la muerte, corazón misericordioso, y te has expuesto á las murmuraciones y tal vez á la venganza de toda la Asamblea, no por ser fiel á tu fé, porque conozco tus ideas, pero sí á la humanidad.

No tienes una idea de las ilusiones que aquí se forman. Todos los emigrados pasan por aquí, y entre esa inmensa multitud vemos muchos que hablan de su regreso á Francia como de un asunto seguro y próximo.

Segun ellos, la muerte del rey, lejos de ser perjudicial para la emigracion, es, al contrario, favorable para los emigrados. Si cae la cabeza del rey, Europa entera se levantará, y me parece imposible que Francia resista á Europa; por más que yo desee volver á Francia, porque ese regreso me acerca á tí, no quisiera fuera por ese medio, porque me parece una impiedad.

Es inútil decirte que mi tia se cuenta en el número de los que desean volver de ese modo á su patria.

Si no estuviera tan triste, amado mio, mi Jacobo, me causaría risa el asombro de mi tia, su admiracion por las sucesivas pruebas, por las inesperadas muestras de la educacion que me has dado.

En primer lugar, cuando llegamos á Alemania era grande su inquietud al considerar cómo se haría comprender, y su sorpresa no tuvo límites al verme hablar correctamente el alemán con los postillones y fondistas.

Primera admiración.

Hace ocho ó diez días fuimos á visitar los invernaderos del palacio, los que son muy hermosos: el jardinero por una casualidad es francés, y reconociendo éramos unos compatriotas, quiso hacerme los honores de sus dominios.

A las primeras palabras que cambiamos conoció que no era extraña á la botánica. Entonces me hizo ver las plantas más curio-

sas: las había magníficas, é imitando á los insectos, á las mariposas, á los pájaros y á los cascos.

Después, viendo mi curiosidad por los misterios de la naturaleza, me enseñó su colección de semillas, las que el pobre hombre no sabía formar artificialmente, quitándole á la flor sus estambres antes de ser fecundada y poner en el pistilo el pólen de otra clase.

Se quejaba de que, aunque fecundas, degeneraban ó volvían á su sér materno: le indiqué el medio de evitarlo, redoblando en cada generacion el pólen paterno.

El jardinero me escuchaba contentísimo, y como si yo fuera Kael-renter.

Mi tia, amado mio, estaba tan admirada como él, pues ha llegado á la edad de sesenta y nueve años sin saber distinguir una anemona de una tuberosa; así es que me miraba estupefacta.

Pero su asombro creció de punto cuando ayer, hablando de mi pobre Escipion, que morirá mañana, me puse á discutir con el confesor de mi tia, anciano sacerdote francés no juramentado, sobre el alma de los hombres y de los animales, y cuando le dije que el orgullo humano era el que había convertido en alma la inteligencia, perfeccionada en el cerebro racional más que en el animal, gracias á la cantidad mayor de materias cerebrales y que el animal tenía su alma en armonía con la inteligencia.

En vano traté de hacerles comprender que la naturaleza no era otra cosa en su eterna palpitacion que la cadena natural de los seres; que la sávia del árbol era la sangre del hombre, y que la planta más pequeña tenía vida y sentimiento, que iba creciendo de grado en grado en el molusco, en el insecto, en el reptil, en el pescado, en el mamífero, y por último, en el hombre.

El sacerdote me tachó de panteísta, y mi tia, que no sabía lo que era panteísmo ni tal vez jamás había oído hablar de ello, declaró que era atea.

¿Por qué, mi querido maestro, por qué, mi Jacobo muy amado, nosotros, que vemos á Dios en todas las cosas, en el universo, en el firmamento, en el Océano, que no puede abarcar nuestra mirada; en el álamo, que hace inclinar el viento; en la flor, que se abre al

sol; en la gota de rocío, que salpica la aurora; en lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, en lo invisible, en lo visible, en el tiempo, en la eternidad, por qué, repito, nos acusan de ateos, es decir, de no creer en ese Dios, á quien adoramos en todo y sobre todo?

Mi pobre Escipion murió esta mañana. Algun día le seguiremos y sabremos ese gran secreto de la tumba que no será revelado jamás, puesto que la sublime interrogacion de Shakespeare no obtuvo contestacion.

Esta mañana, no viéndole entrar cuando abrí la puerta de mi habitacion, pensé desde luego ó que habia muerto, ó que estaba tan enfermo que no podia llegar hasta mí.

Fuí á su casilla.

Todavía vivia, pero tan débil que ya no podia andar.

Su vista estaba fija en la puerta por donde esperaba que yo entrase.

Al verme, sus ojos se animaron, lanzó un aullido de alegría, agitó la cola y salió un poco de la casilla.

Tomé un taburete y fuí á sentarme cerca de él, y viendo que hacia esfuerzos para incorporarse, le puse la cabeza sobre mis piés.

Era lo que deseaba el fiel animal.

Cuando se colocó fijó los ojos en mí, y de cuando en cuando separaba su mirada como para buscar otra persona, sin duda á tí; pero despues la volvía hácia mí.

Verdaderamente podria creerse injusto que se negara el alma á un animal tan fiel y que se le conceda al vil asesino, que, por una corta ó crecida cantidad, asesina á mujeres y niños; á los que por dos francos diarios degüellan á los presos en las puertas de las cárceles, en lugar de aquel que ha consagrado su vida al cariño y á la abnegacion; esto me parece, no solo poco razonable, sino absurdo.

¡Oh, amado de mi alma! El día en que leas estas líneas, si llegas á leerlas, y que te fijes en la fecha 23 de Enero de 1793, me encontrarás demasiado niña, porque estoy absorta contemplando un

perro moribundo en los momentos en que te encuentras frente al patíbulo de un rey y entre los escombros de un trono que se derrumba. Pero todo en la vida es relativo.

El amor que se profesa al rey, es decir, á un hombre al que no se ha visto jamás, al que nunca se ha dirigido la palabra, depende de la educacion y de una especie de union social, mientras que el afecto que profeso al pobre animal que agoniza, pensando en mí segun el grado de su inteligencia, es un sentimiento de igual á igual, suponiendo que Escipion no haya sido superior á mí durante algun tiempo.

Con respecto á ese trono que se derrumba, cae minado por ocho siglos de despotismo y por la palabra de los grandes filósofos, los génios sublimes de nuestra época, y sus ruinas, símbolo de ódio y de venganza, tratan de arrastrar en pos de sí hácia el abismo todo lo que existe de más leal, patriótico y generoso.

Nuestro pobre Escipion ha muerto. Un postrer estremecimiento ha recorrido su cuerpo; se han cerrado sus ojos, ha lanzado un gemido débil y lastimero, y todo ha concluido para él.

¡Oh muerte! ¡Oh eternidad! ¿No es cierto que eres la misma para todos los seres creados, ó por lo ménos para aquellos cuyos corazones han latido por los que han sufrido y por los que han amado?

Escipion ha sido enterrado en el jardín, y sobre la piedra que le cubre he gravado una palabra sola: *Fidelidad*.

Al llegar á este párrafo Jacobo, se detuvo. Este hombre, que habia visto grandes acontecimientos con mirada serena, sintió agolparse las lágrimas á sus ojos.

La señal de una lágrima de Eva se veía en el manuscrito: una lágrima de Jacobo cayó cerca de ella.

Despues miró tristemente la cama en donde ella habia dormido, la silla en donde estuvo sentada, la mesa en donde comió, dió dos ó tres vueltas por el cuarto, volvió á sentarse en la butaca, tomó el manuscrito y continuó la lectura.

Pero existía una laguna entre la última fecha y la que estaba á la cabeza de la continuacion.

Era el día 26 de Mayo de 1793.

Mañana salgo para Francia. Ese es el primer uso que hago de mi libertad. No creo correré ningun peligro, y si alguno corriera, le soportaré con valor, porque será por tí, mi Jacobo; por tí, bien mio.

Mi tia ha muerto ayer de una apoplejía fulminante: estaba jugando al whist con dos señoras y su confesor: la tocaba jugar, tenia las cartas en la mano y no jugaba.

—Jugad, la dijo su compañero.

Pero en lugar de jugar, dió un suspiro y se cayó hácia atrás en la butaca.

Estaba muerta.

¡Qué felicidad! ¡Lo más tarde el 4 de Junio estaré en tus brazos, porque no puedo creer que me hayas olvidado!

Tal vez te sorprenderá que no dedique una palabra de sentimiento á la pobre señora, que mañana será conducida al cementerio, á la última morada, habiendo empleado seis páginas en hablarte de la muerte y la agonía de un perro.

Pero preciso es confesar que soy hija de la naturaleza, que no derramo una lágrima sino por lo que realmente siento, y que no puedo tener pesar por la muerte de una parienta que solo conocí como mi carcelera.

Hé aquí el epitafio que compuse para ella, cuyo orgullo heráldico estaria satisfecho sin ninguna duda, si fuera posible lo leyera:

*«Aquí yace
la muy alta y poderosa señorita
Claudia Lorena Anastasia Luísa Adelaida de Charelet.
Canonesa y superiora de las damas agustinas
de Burges.*

*El viento de la revolucion la condujo á tierra extranjera,
en donde murió el 30 de Mayo de 1793.*

Rogad al Señor por su alma.»

Hasta la vista, amado mio; la primera vez que te diga *¡te amo!* será de viva voz.

—¡Oh, desgraciada niña! exclamó Jacobo Merey dejando caer el manuscrito: llegaria al dia siguiente del dia en que salí de París...

Pero como crecia el interés, volvió á recoger las hojas, y dando un suspiro volvió á empezar ávidamente la lectura.

IX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¡Oh! En realidad estoy maldita desde que nací; esa maldicion que por un momento alejaste, cae de nuevo y más pesada que nunca sobre mi cabeza.

Llego á Paris; me hospedo en la fonda de la diligencia. Suben los baules á mi aposento, corro á la Convencion, me precipito en una tribuna, te busco con la vista entre los diputados; no te veo y pregunto cuáles son los girondinos.

Me enseñan los bancos vacíos.

—Allí estaban, me dicen.

—¿Qué estaban? ¿Y á dónde están?

—¡Encarcelados! ¡Prisioneros! ¡En fuga!

Vuelvo á bajar con intencion de interrogar á un diputado, cuya fisonomía me inspira confianza.

Me cruzo en el corredor con un representante.

En aquel momento una voz grita:

—¡Camilo!

Vuelve la cabeza.

—Ciudadano, le pregunto, ¿os llaman Camilo?

—Sí, ciudadana: es mi nombre.

—¿Sereis por casualidad el ciudadano Camilo Desmoulins?

—¡Para serviros! Ved si puedo seros útil en algo.

—¿Conocéis ó habeis conocido al representante de la Convencion, Jacobo Merey? le pregunté vivamente.

—Aun cuando perteneciente á un partido opuesto al mio, éramos amigos, me contestó.

—¿Podeis decirme dónde está?

—¿Sabeis si está proscripto ó preso?

—Hace diez minutos que no sabia estuviera proscripto. Acabo de llegar de Viena. Soy su prometida, y ¡le amo!

—¡Ah! ¡Pobre niña! ¿Habeis ido á su casa?

—Hace ocho meses que estamos separados, sin tener noticias uno de otro, y ni sé en dónde vivia.

—Yo lo sé: tomad mi brazo, iremos á la fonda en donde se hospeda: tal vez el dueño de la casa pueda darnos algunas noticias: por lo ménos sabrá si lo han preso en su casa.

Tomé el brazo de Camilo, atravesamos la plaza del Carrousel y nos dirigimos á la fonda de Nantes.

Preguntamos por el dueño: Camilo Desmoulins dió su nombre: nos hicieron entrar en un gabinete, del que tuvo la precaucion el propietario de cerrar la puerta.

—Ciudadano, le dijo Camilo; tú tenias hospedado en tu casa á un diputado de la Convencion, que era amigo mio y prometido de la ciudadana que me acompaña.

—El ciudadano Jacobo Merey; añadí yo.

—Sí; habitaba el entresuelo, pero desapareció el 2 de Junio.

—Escucha: nosotros no pertenecemos á la policia, repuso Camilo Desmoulins, ni al municipio, ni somos partidarios de Marat; por consiguiente, puedes fiarte de mí.

—Desde luego lo haria, contestó el fondista; pero ignoro lo que le ha sucedido al ciudadano Jacobo Merey: en la noche del 2 de Junio se presentó un gendarme con órden de prenderlo, y viendo que no estaba, ha permanecido aguardándolo anteayer y ayer, y comprendiendo era inútil, se fué.

—¿Y desde cuándo no habeis visto al ciudadano Merey?

—Desde el 2 de Junio por la mañana. Salió como de costumbre para ir á la Convencion nacional, y desde entonces no ha vuelto.

—Hasta las cuatro lo vi yo en su banco, dijo Camilo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y no habeis vuelto á saber de él? le pregunté desesperada.

—No.

—¿Pero cómo es posible que haya partido sin arreglar sus cuentas con vos? Eso no es probable.

—Todas las mañanas pagaba sus gastos el diputado Jacobo Merrey, su alquiler de casa y demás, preveyendo que tal vez llegaría un día en que tuviera que emprender la fuga.

—El hombre que toma esas precauciones no las toma para dejarse prender, dijo Desmoulins. Tal vez se habrá dirigido á Caen con los demás proscritos.

—¿Con cuál de sus amigos los girondinos estaba en más intimidad? pregunté vacilando.

—Con Vergniaud, contestó el dueño de la fonda; le he visto venir con frecuencia á visitarle.

—Vergniaud debe estar preso, replicó Camilo; Vergniaud es muy perezoso para que se haya fugado.

—¿Cómo podriamos saber si ese amigo estaba preso?

—Muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Julia Candeille estoy seguro que debe saberlo.

—¿Y quién es Julia Candeille?

—Una actriz encantadora del teatro Francés, que ha hecho con Vergniaud *La hermosa granjera*.

—Pero la señorita Julia Candeille, ¿no temerá comprometerse?

—¡Oh! la pobre muchacha se arrojaría al fuego por él.

—Sí, pero quiero decir, ¿si temerá comprometer á Vergniaud?

—No le haré más que una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Él está preso? Me contestará sí ó no, de modo que nada hay en eso que pueda comprometerla.

—Vamos, pues, á casa de Julia.

El dueño de la fonda llamó á un cochero, subimos y Camilo le dió las señas de la actriz; cinco minutos despues llegamos al número 12 de la calle Borbon-Villanueva.

—¿Subis conmigo ú os quedais en el carruaje? preguntó Camilo. Por pronto que yo baje, siempre el tiempo os parecerá largo, os lo prevengo.

—Subo con vos: ¿mi presencia no la alarmará?

—Me esperareis en la antesala: si tardo mucho, nada importa que seas atrevida y que entreis.

Subimos rápidamente una escalera elegante; Camilo llamó: la camarera se presentó y abrió la puerta.

—¡Oh! exclamó antes que Camilo tuviera tiempo de abrir la boca; la señorita ha prohibido se le avise, y ha enviado á decir al teatro Francés que no representaria. La señorita no puede recibir.

—Mi hermosa Marton, dijo Camilo sin hacer caso de lo dicho por la doncella, decid á la señorita Julia Candeille estas palabras: *el ciudadano Camilo*.

La camarera entró y casi al mismo tiempo se oyeron estas palabras:

—¡Oh! Si es Camilo, que pase, que pase al momento.

Camilo me hizo una seña y pasó á la habitacion de la actriz: cinco minutos despues me llamaron y yo entré precipitadamente.

La amada de Vergniaud estaba en la cama con los ojos enrojecidos por las lágrimas; pero como la coquetería es natural en la mujer, tenia un traje como al descuido, delicioso.

Nunca se podia haber tomado mejor postura para llorar.

—Señorita, me dijo la hermosa artista, he sabido que sufrimos por las mismas causas y que el sufrimiento moral nos hace hermanas. Aunque soy muy desgraciada, ¿qué puedo hacer por vos? Eso será una especie de bálsamo para mis dolores.

Y me hizo señas para que me sentara encima de la cama.

Me acerqué y me tomó las dos manos.

—Ahora, hablad, decid lo que gustéis; me dijo.

—¡Ay! exclamé, solo una cosa tengo que preguntaros. Segun dicen, el hombre á quien amo era amigo del que vos amais. ¿Están presos juntos ó han huido juntos? Dándome noticias de uno, podéis dárme las del otro; decidme todo, os lo suplico. El hombre á quien amo se llama Jacobo Merrey.

—Lo conozco, señorita. Me fué presentado por Vergniaud como uno de los hombres más distinguidos del partido de la Gironda. El 1.º de Junio, es decir, hace cuatro días, asistió á la última sesión, en la cual determinaron los girondinos retirarse á su provincia y sublevar los departamentos.

—¿Creeis que Jacobo haya adoptado ese partido? En ese caso podría figurarme en dónde estaria y en dónde podría yo encontrarle.

—No lo creo, porque al discutirse, su opinion fué contraria á ese pensamiento. Declaró que no se creia con derecho para ser en el interior un aliado de la Vendia, en el exterior un aliado del Austria.

—¿Y desde ese dia no habeis tenido noticia ninguna?

—Ninguna; y solo temo recibir de un momento á otro la nueva de que Vergniaud esta preso.

Y la señorita Candaille se limpio las abundantes y sinceras lágrimas que caian de sus ojos, con un pañuelo de batista bordado y perfumado.

—Por lo que escucho y por lo que estoy viendo, dijo Camilo Desmoulins, me parece que lo mejor que hay que hacer es que esta señorita, añadió dirigiéndose á mí, tome un hospedaje retirado y tranquilo para que nadie se fije en ella. Como hija de emigrado, como prometida de un girondino, no me parece su estancia en Paris exenta de peligros, y el tribunal revolucionario concluye muy pronto con los que le son sospechosos, y sobre todo con los que no lo son.

Yo, mientras se instala y permanece tranquila y aislada, me informaré, y Lucila ó yo llevaremos las noticias.

Miré á Julia Candaille, como interrogándola.

—Efectivamente, me parece lo más razonable segun mi opinion, dijo la encantadora actriz; si veo á Vergniaud, lo que dudo mucho, no porque yo ignore en donde está, sino porque la policía me espiará y esto me obliga á tener la mayor circunspeccion, si viera á Vergniaud, repito, le preguntaré, y si algo averiguo, en seguida advertiré á nuestro querido Camilo; contad conmigo en todo lo que yo pueda, mi jóven y hermosa amiga, continuó; nuestra causa es

la misma. Si nuestra amistad ha nacido entre lágrimas, no por eso será ménos duradera ni ménos íntima.

Y abrázandome otra vez se dejó caer sobre la almohada en una postura graciosísima.

—¿Qué decís? me preguntó Camilo cuando volvimos á subir al carruaje.

—Que en todo seguiré vuestros consejos y que soy de vuestra opinion.

—Pues bien: no perdamos tiempo para poner en ejecucion mi pensamiento. En la calle de Gres hay un hospedaje que debe conveniros perfectamente: tomaremos al pasar vuestros baules en la fonda, y vamos á verle y á instalaros en él.

—¿Pero y si no me conviene?

—Buscaremos otro, y no dejaremos el simon interin no encontremos lo que os convenga. En Paris no faltan ahora hospedajes desgraciadamente.

La casa de la calle de Gres me convino, y no podia haber encontrado otra cosa mejor y más á propósito. Se componia de dos habitaciones y un gabinete de tocador, muy aseado todo y con vistas á un patio; me instalé inmediatamente.

Dos horas despues recibí la visita de Lucila, quien se me ofreció y se puso á mi disposicion.

Lo único que deseaba y que ella podia proporcionarme era una doncella fiel y de confianza. Aquella misma tarde me envió una aldeana de Arcis-sur-Aube: su madre era hermana de leche de Danton. Habia llegado á Paris recomendada á él, pero Danton estaba en Sevres entregado por completo á sus nuevos amores. El gladiador procuraba adquirir fuerzas para la lucha futura, la cual se preparaba ya.

Camilo le habia reemplazado con su paisana y la colocó á mi lado.

Se llamaba María, y de apellido Rey, de modo que al enviarla á Paris cambiaron por precaucion sus nombres, pues en aquella época todo era sospechoso, y la llamaron Jacinta Pommier.

Estos nombres eran sencillísimos y los otros eran un crimen segun las circunstancias.

Era una muchacha buena y honrada, de la que jamás tuve queja.

Algunos días después se presentó Camilo en mi casa: había recibido noticias de Caen y sabía que Guadét, Gensonné, Pethion, Barbaroux y otros dos proscriptos se habían refugiado en aquella ciudad; pero Jacobo Merey no estaba con ellos.

Un día me anunció Jacinta á Danton. Había vuelto á Paris. Sabía yo que Camilo y él habían sido tus mejores amigos, y Desmoulins me había dicho que Danton te había ofrecido su casa para asilo y que no habías aceptado.

Corrí á la puerta de mi cuarto, en donde casi siempre estaba, y aunque estuviera prevenida de la fealdad de Danton, sin embargo, al encontrarme frente á frente con él, dí un paso atrás.

—Bueno, exclamó riendo; otra mala pasada que me juega mi semblante.

Y añadió comprendiendo que quería disculparme:

—No importa; estoy acostumbrado.

Entró, tomó una silla, se sentó y me dijo:

—¿Sabeis lo que me ha hecho ser ateo? Mi fealdad. Algunas veces me he dicho que si Dios se ocupaba, aunque no fuera más que como consejero, para formar los seres humanos, era una injusticia que á vos, por ejemplo, os hiciera tan hermosa y á mí tan feo. No, prefiero acusar á la casualidad, es decir, á la materia, que produce sin ocuparse de la forma, cuando pienso que hay un hombre más feo que yo: ¿conoceis á Marat? Ese es quien me supera.

—No lo conozco, ciudadano; jamás le he visto.

—Procurad conocerle, y después podreis recibirme sin asustaros.

—Os juro, ciudadano, que no ha sido... balbuceé ruborizándome.

—No hablemos más de eso; hablemos de Jacobo Merey.

—¿Venís á darme alguna noticia suya? exclamé estrechando sus manos entre las mías.

—¡Ah! dijo Danton riendo, eso me embellece.

—Os lo suplico, ciudadano, decidme lo que sepais.

—Nada sé, sino que os ama como un loco, y á fé mia tiene ra-

zon; nada existe tan bueno como el amor; tal como soy y con esta cara, estoy enamorado, enamorado de mi mujer, con quien hace pocos días me he casado. Un ángel, no tan bello como vos; pero digno de llevar con vos la cola del manto de la Virgen. No sé si sabreis que para casarme he reconocido todo eso, el Espíritu Santo, Dios padre, la Santísima Trinidad, todo, en fin. Me he confesado y me he purificado de piés á cabeza. Si supiera Marat todo eso, seria suficiente para guillotinar-me; pero vos no se lo direis, y en cambio os diré que á estas horas debe haber pasado la frontera Jacobo Merey, y que estará trastornando Viena para encontraros.

—¿Pero quién le ha dicho que yo estaba en Viena?

—Yo. Josephplatz, casa núm. 11: ¿era eso?

—¡Oh! sí: ¡Dios mio, Dios mio!

—Pues bien, si hubiérais tenido paciencia para aguardar, es probable que á estas horas estaríais en sus brazos.

—¡Por amor de Dios! Ciudadano Danton, exclamé, ordenad vuestras ideas ó me volveré loca.

—Es lo que deseo: veamos si os haceis cargo de lo que digo. ¿Conoceis la catástrofe del 31 de Mayo?

—¿La proscripción de los girondinos quereis decir?

—Sí; que no se efectuó realmente sino el 2 de Junio: ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien; hacia largo tiempo que Jacobo me había confiado su amor por vos, rogándome averiguase en dónde os encontrábais. Inútil es decir os cómo pude saberlo y obtener vuestras señas, las que recibí el 30 de Mayo, de modo que el 2 de Junio, al despedirme de él, al ofrecerle un asilo en mi casa, el que rehusó pretextando tenia otro más seguro, pero en realidad por no comprometer-me, al darle el último adios le dejé en su mano un papel que decía: *Josephplatz, núm. 11, Viena.*

—¿Y entonces partió?

—Lo creo así.

—¿De modo que se ha salvado?

—No abrigueis demasiada confianza en ese punto. La Providencia lo puede todo, pero hay ocasiones en que es caprichosa. Todavía no tenemos noticias tuyas; ya sabéis el refrán: *cuando no hay noticias, son buenas.*

—Pero entonces, añadí vacilando, ¿qué pensar?...

—Hablad.

—Por el mismo medio que habeis sabido mis señas, ¿no podríamos adquirir noticias tuyas?

—Lo espero así.

—¿Qué debo hacer?

—Lo que habeis hecho en el extranjero mientras Jacobo estaba aquí: esperar.

—¡Esperar! ¡Es tan largo esperar!

—¿Qué edad teneis?

—No he cumplido diez y siete años todavía.

—Podeis aguardar un año, dos, tres, sin que por eso temais que á su regreso os encuentre envejecida.

—¿Creeis que dentro de dos ó tres años habrá concluido todo?

—¡Pardiez! Cuando no haya nadie á quien guillotinar, será forzoso que se cambie de rumbo, y al paso que vamos, no se tardará mucho.

—Pero él...

—Sí; comprendo: él solo os preocupa y os causa inquietud.

—¿Creeis que haya pasado la frontera? ¿Que se haya salvado?

—Hoy estamos á 20 de Junio. Si le hubieran detenido se sabría. Si se hubiera matado, también se sabría; pero cuando se ama, no se trata de morir, sino de vivir. Todas las probabilidades son que habrá podido pasar al extranjero; voy á poner en campaña mi policía, y á las primeras noticias que tenga volveré á veros, á ménos que...

Se echó á reir.

—Ciudadano Danton, le dije; ¿quereis que os bese en recompensa de las noticias que me habeis dado?

—¿A mí? exclamó admirado.

—Sí; á vos.

Acercó á mi rostro su horrorosa fisonomía y le di un beso en cada mejilla.

—¡Ah! Pardiez, preciso es que le ameis con delirio.

Y salió riéndose.

—¡Oh! Sí; te amo, te amo con toda mi alma, amado mio, y haría otro sacrificio mayor que besar á Danton para volverte á ver.

Algunos dias despues volvió á verme Danton.

Su rostro manifestaba profunda tristeza.

—¡Pobre niña! dijo; hoy no deseareis darme un beso.

Me quedé petrificada, inmóvil, y palidecí densamente.

Hice un esfuerzo supremo.

—¡Dios mio! exclamé, ¡ha muerto!

—No; pero ha salido de Europa: se ha embarcado en Stettin.

—¿Para dónde?

—Para América.

—¿Entonces ya no corre ningun peligro? pregunté.

—Uno solo: el que le nombren presidente de los Estados-Unidos.

Dí un profundo suspiro y tendí la mano á Danton.

—Puesto que nada tengo que temer por su vida, paciencia. Hoy no os daré un abrazo y un beso; hoy me abrazareis vos.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

¡Oh, mi amado Jacobo, qué corazon de oro bajo esa ruda corteza!

El manuscrito.

(Continuación.)

¡Oh! mi muy amado Jacobo, acabo de presenciar un hecho tan horroroso, que en mucho tiempo no saldrá de mi pensamiento.

Ya te he dicho que habito en una casa de la calle de Gres.

Esta calle desemboca en la de Monsieur-le-Prince, la que conduce á la de la Escuela de Medicina.

Esta noche se ocupaba Jacinta en poner la mesa para servirme la cena, cuando escuché un gran tumulto en la calle, y en medio de los gritos de odio y de cólera que llegaban hasta mí, pude oír:

—¡Los girondinos! ¡Los girondinos!

Sabia que Vergniaud y Valazé habian sido presos. Creí que se habrian hecho nuevas prisiones, y á pesar de lo que me habia dicho Danton, me parecia verte en manos de los gendarmes arrastrado, destrozado, despedazado por el pueblo. Bajé como una loca, me precipité en la calle y corrí hácia donde corrían los demás.

Una gran multitud estaba detenida enfrente de una casa grande y triste de la calle de la Escuela de Medicina, núm. 20 (hoy 18), y que está paralela á la de la Torrecilla, que hace esquina.

Las amenazas, los gritos furiosos se cruzaban; las voces de asesinato y muerte volaban por el aire. Todas las miradas estaban fijas en las ventanas del primer piso; pero las cortinas estaban corridas y nada podia verse desde la calle.

De repente se abrió una de las ventanas, y una mujer pálida, desmelenada, furiosa, manchada de sangre, apareció gritando:

—No hay esperanza. ¡Está muerto! ¡Ha muerto el amigo del pueblo! ¡Marat ha muerto! ¡Venganza... venganza!

—¡Es Catalina Evrard! ¡Es madama Marat! gritó la multitud.

Y quiso forzar la puerta, defendida por dos centinelas.

En medio de este alboroto oír dar el reloj; eran las siete.

Los centinelas hubieran sido arrollados sin la llegada del comisario de policía, acompañado por seis hombres que habia tomado en el cuerpo de guardia inmediato.

Un peluquero apareció al lado de aquella desgraciada criatura, que continuaba gritando y retorciéndose los brazos.

—Mirad, dijo blandiendo un cuchillo ensangretado; mirad, este es el cuchillo con el que ha sido asesinado.

—Los girondinos han sido. ¡Viene de Caen! ¡Desgraciada! ¡Ellos la habrán enviado para asesinarlo!

Por la ventana abierta penetraban las miradas, y nuevas exclamaciones se dejaron oír.

—¡Oh! ¡Ya le veo!

—¿En dónde?

—En el baño.

—¿Muerto?

—Sí; tiene los brazos colgando y está cubierto de sangre.

Después, lo mismo que las ráfagas del viento, pasaban las voces furiosas que gritaban:

—¡Muerte á los girondinos! ¡Muerte á los traidores! ¡Muerte á los amigos de Dumuriez!

La multitud cada vez era más compacta, y yo empezaba á temer que me ahogaran, y viendo que tú no corrías ningun riesgo y que no se trataba de tí, buscaba una salida para escapar, cuando sentí una mano que se posaba en mi hombro.

Me volví y reconocí á Danton.

—¿Qué haceis entre esta multitud? ¿Quereis que os aplasten?

—No: le contesté en voz baja; he oido gritar ¡muerte á los girondinos! tuve miedo y corrí á saber lo que era.

—¿Está muerto realmente? me preguntó.

—Parece que sí; esa mujer al abrir la ventana ha anunciado su muerte al pueblo.

—Esa muerte es un gran acontecimiento, dijo Danton, y ella nos hundirá de nuevo en sangre.

—Pero me parece que el que la pedía era Marat.

—No; empezaba á cansarse. Vendrán otros que tomarán su copa vacía y que á su vez la llenarán. La muerte de Marat, hija mia, podeis creer que será la causa de la nuestra.

—¡La vuestra! exclamé.

—Sobre todo la mia. Este hombre estaba colocado entre Robespierre y yo. Robespierre le atacaba á él cuando no se atrevía á tocarme á mí. Ahora Marat no existe, y vamos á encontrarnos frente á frente el incorruptible y yo. No hay nadie que pueda parar los golpes. Es preciso que caiga uno de los dos, y sea el que quiera, concluye con la república. Volvereis á ver á Jacobo Merey más pronto de lo que yo creía, hija mia; entre tanto, ¿deseais ver á Marat?

—¡Gran Dios! ¿qué me proponéis?

—Haceis mal en no verle: es un espectáculo curioso, que no volveréis á ver nunca. Dicen que le ha asesinado una jóven de vuestra edad y tan bella como vos.

—¡Una jóven! exclamé; eso es imposible.

—¿No creéis en las mujeres fuertes, en Judit, en Jahel?

—¡Una jóven! ¿Qué motivo puede haberla impulsado á cometer ese atentado?

—El amor á la patria; ha visto que Francia ha hecho dimision y se presenta en lugar de Francia. Venid, venid, estoy seguro que no os arrepentireis.

—¿Pero entrareis vos?

—Como entran en este momento Drouet, Chabot y Legendre: entraré como diputado.

—¿Y yo, cómo entraré?

—Entrareis del brazo de Danton. ¡Oh! Antes de que caigamos Robespierre ó yo, todavía tenemos que crecer uno y otro; es positivo.

Danton hizo un movimiento para llevarme; me estremecí.

—¡Oh! Jamás; le dije.

—Pues yo quiero que podais describir este espectáculo á vuestro ó más bien á nuestro amigo, cuando ni Robespierre ni yo podremos referírselo.

Me dejé llevar; sentía una curiosidad irresistible.

Sin embargo, al llegar á la puerta hice un esfuerzo para escapar á mi conductor.

—Bueno, dijo Danton riendo; aunque no sea más que para asegurarme, si no me engaño, que hay en el mundo hombres más feos que yo.

Seguí á Danton. Sabia que lo que iba á ver era horrible; pero lo horroroso de vértigo y atrae.

Subí diez y siete escalones, de esas escaleras mitad de madera, mitad de ladrillo, con una gruesa balaustrada que nos condujo hasta el corredor.

Dos soldados guardaban la puerta de entrada. Atravesamos una habitacion en donde se veian algunos curiosos, aposento que por una puerta de escape iba á otras habitaciones oscuras, que caian al patio en donde se componia y plegaba el periódico.

Derecho derecho, me dijo Danton, ese es el dominio del regente y de los empleados de la imprenta.

Desde aquella antesala pasamos á un saloncito, no solo bastante limpio, sino hasta elegante, lo que tratándose de Marat sorprendia: verdad es que aquel salon no era de Marat; Marat no tenia casa: aquel saloncito era de la infeliz criatura que le daba asilo.

Aquel hombre sanguinario y tenebroso, aquel sombrío pájaro del motin, que no hacia otra cosa que gritar ¡muerte! en todos los tonos, aquel hombre, tanta es la voluntad infinita de Dios, habia encontrado una mujer que le amaba.

Ella era la que habia abierto la ventana para gritar maldicion sobre su asesino.

En la sala no era donde estaba Marat.

En aquel saloncito estaban los íntimos de la casa, los regentes de imprenta, los compositores, los que plegaban y los obreros que de-

pendian y ganaban el sustento por aquel obrero, más pobre que ellos.

Después se llegaba á una habitacioncita oscura, iluminada con dos velas y por la pálida claridad que entraba por la ventana.

Cuando aparecimos en el dintel de la puerta, apoyada yo en el brazo de Danton, que lo dominaba todo con su alta estatura, una mujer de alguna edad se lanzó hácia nosotros como si con sus uñas quisiera arañarnos el rostro.

—¡Una mujer! exclamó; ¡una mujer joven y hermosa! salid de aquí, pécora; este no es vuestro puesto.

Quise huir; Danton me detuvo, estrechando y sujetando mi brazo con el suyo.

Después separó con la mano aquella fúria, la que adivinando se acercaba la muerte á la puerta de Marat, no había querido que entrase Carlota Corday sino á la fuerza.

—Soy Danton, dijo.

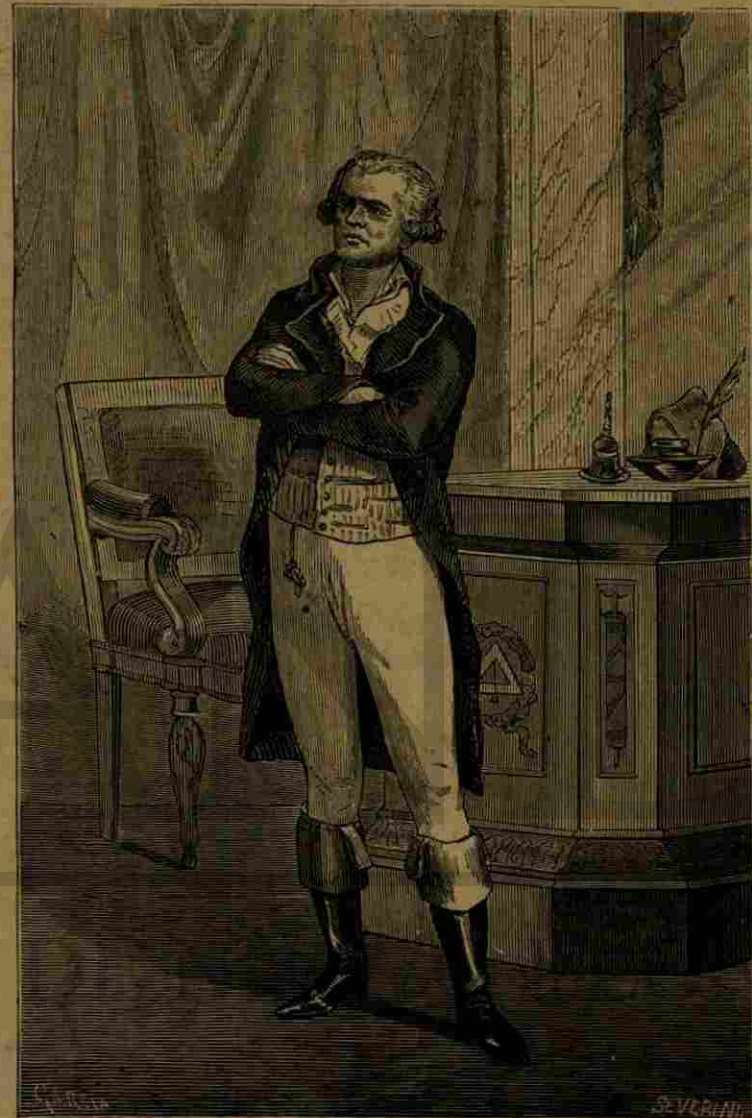
—¡Ah! Sois Danton, dijo Catalina, ¿y habeis querido verle, no es cierto? Comprendo; siempre nos regocija el cuerpo de un enemigo muerto.

Y fué á sentarse en un rincón estenuada.

Entonces me encontré á la vista de aquel terrible cuadro que me había atraído.

Sentado delante de una mesita colocada á la cabecera de un baño, y un poco hácia la izquierda, un escribano escribía, dictado por el comisario de policía, que estaba formando el proceso verbal.

A la cabecera del baño estaba una joven de veinticuatro á veinticinco años, con magníficos cabellos sujetos con una cinta verde y la cófia de las mujeres de Calvados. A pesar del calor intenso, á pesar de la lucha que acababa de sostener, su seno estaba cubierto con un pañuelo de seda sólidamente anudado por detrás del talle; el vestido era blanco, pero manchado de sangre. Dos soldados la sujetaban las manos y la dirigian en voz baja injurias y amenazas que ella escuchaba tranquila y con las mejillas sonrosadas; más bien con la sonrisa de la mujer, contenta de sí misma, que con la severidad melancólica del mártir.



DANTON.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Asesinato de Marat por Carlota Corday.

Aquella mujer era el asesino; era Carlota Corday. A sus piés, en el baño, era en donde el cuadro era repugnante. Marat estaba en el baño y el agua se habia vuelto de color de sangre; Marat, cubierto á medias con una sábana súa, la cabeza echada hácia atrás, la boca más torcida que de costumbre, los brazos colgando fuera del baño, los cabellos recogidos en una servilleta; Marat, con su cutis amarillento y arrugado, parecia uno de esos mónstruos sin nombre que exponen los titiriteros en las férias.

—Y bien, ¿qué os parece? preguntó en voz baja Danton.

—¡Silencio! contesté; escuchad.

El escribano preguntaba á la acusada:

—¿Os reconocéis culpable de la muerte de Juan Pablo Marat?

—Sí señor, contestó la jóven con voz firme y vibrante, casi infantil.

—¿Quién os ha inspirado el ódio terrible que le habeis manifestado?

—Nadie; no necesitaba el ódio de nadie; tenia suficiente con el mio.

—Este atentado ha debido de ser sugerido.

Carlota sacudió la cabeza, y dijo con dulce sonrisa:

—Se ejecuta mal lo que uno mismo no concibe.

—¿Qué odiábais en el ciudadano Marat?

—Sus crímenes.

—¿Qué entendéis por eso?

—Las llagas de la Francia.

—¿Qué esperabais matándolo?

—Devolver la paz á mi país.

—¿Creeis haber muerto á todos los Marat? preguntó.

—Tal vez muerto este cause miedo á todos los demás.

—¿Desde cuándo habeis formado ese plan de asesinato?

—Desde el 31 de Mayo.

—Contadnos las circunstancias que han precedido al asesinato.

—Hoy, al atravesar el palacio real, he buscado un cuchillero y he comprado un cuchillo recién afilado, con mango de ébano.

—¿Cuánto os costó?

—Dos francos.

—¿Qué habeis hecho despues?

—Le escondí en mi seno, tomé un carruaje en la plaza de Nuestra Señora de las Victorias, y dije al cochero me condujera aquí.

—Continuad.

—Esa mujer no queria dejarme entrar.

—¡Oh! no, gritó Catalina Evrard; tenia un presentimiento; él, el infeliz, gritó: «Dejadla pasar, quiero que pase.» ¡Ah! añadió sollozando, no escapa uno á su destino.

Y se dejó caer sobre una silla.

—¡Pobre mujer! murmuró Carlota mirándola tristemente; ignoraba que pudiera ser amado un mónstruo de su especie.

—¿Qué pasó entre vos y el ciudadano Marat cuando os presentásteis? preguntó el comisario de policia á Carlota.

—Me asusté de la fealdad de este hombre y me detuve cerca de la puerta.

—¿Sois vos, me dijo, quien me habeis escrito para ofrecerme noticias de Normandía?

—Sí señor, contesté.

—Acercaos y dádmelas. ¿Han llegado á Caen los girondinos?

—Sí señor.

—¿Han sido bien recibidos?

—Con los brazos abiertos.

—¿Cuántos son?

—Siete.

—Nombradlos.

—Barbaroux, Péthion, Roland, Louvet y...

No me dejó acabar.

—Está bien, dijo; irán á la guillotina antes de ocho dias.

Esto fué su sentencia de muerte: le herí. No dijo más que estas palabras:

—¡A mí, mi querida amiga!

Y espiró.

—¿Le habeis herido de alto abajo? preguntó el comisario.

—Me obligaba mi posicion.

—Podiais, añadió el comisario, al herirle horizontalmente, haber encontrado una costilla y no haberle matado.

—Tal vez, dijo con su siniestra sonrisa el capuchino Chavot, que estaba allí; tal vez se habria ejercitado de antemano.

—¡Oh! ¡El miserable fraile, dijo Carlota, parece que me toma por un asesino!

Los soldados creyeron que debian vengar á Chavot, y sacudieron bruscamente los brazos de Carlota.

Danton hizo un movimiento para ir hácia ellos.

Le contuve.

—Venid, le dije; ya habeis visto lo que deseábais ver, ¿no es cierto?

—¿Y vos tambien? me preguntó.

—Yo, más de lo que deseaba.

—¡Pues bien! Vámonos.

Al salir encontramos á Camilo Desmoulins, quien, como los demás curiosos, habia acudido.

—¿Tú aquí? le dijo Danton; ¿qué piensas de esto?

—Pienso, contestó Camilo chanceándose como siempre, que es una desgracia no tomar en toda su vida más que un baño para que siente tan mal.

—¡Incorregible! murmuró Danton. No te cortarán la cabeza por una idea, sino por una chanza.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Se aleja la persona materialmente de esos espectáculos, pero el pensamiento se aferra en ellos y no puede desecharlos.

Acompañada hasta mi casa por Danton, cuando me quedé sola volví á ver en un ángulo de mi cuarto, y como si fuera por entre los bastidores de un teatro, toda la escena que habia presenciado.

A Catalina Evrard reclinada en la silla: al comisario de policía con los dos puños apoyados en la mesa y dictando.

Aquel escribano impasible, escribiendo.

La hermosa jóven de pié, sujeta y maltratada por dos soldados, parecida á la estatua de la Justicia arrancada de su pedestal, y despues aquel repugnante capuchino, que la contemplaba con ojos de ódio y de lujuria.

Las demás figuras formaban el fondo del cuadro, pero ménos reales y bosquejadas apenas.

A pesar mio tendí los brazos á la bella heroina; á pesar mio la llamé mi hermana.

A las tres oí un gran tumulto: las calles habian estado toda la noche inundadas de curiosos.

En medio de la multitud, los hombres con los brazos desnudos gritaban, vociferaban, pedian á voces que les entregaran al asesino.

Era Carlota Corday, que conducian á la Abadía.

Contra lo que era de esperar, llegó á la cárcel sin ser hecha pedazos.

Al dia siguiente fué grande mi asombro cuando ví entrar á Danton con su jóven esposa, una niña rubia, bella, casi de mi edad, y que él arrojó en mis brazos.

La llevaba para que pasara la mañana á mi lado, poniendo por condicion que iria con ella á comer al campo y que permanecería allí algunos dias.

Me encontraba tan profundamente triste en mi soledad, amado mio, que acepté; además, se me presentaba la ocasion de hablar de tí con un corazon jóven, el que podria comprenderme.

Por otra parte, tú amabas á Danton; yo no podia amarle, pero amaria á su esposa.

Danton se marchó para adquirir noticias. Desde por la mañana se sabia algo de la jóven.

No era una advenediza, como podian pensar; no era la pasion por un girondino fugitivo lo que la habia impulsado á salir de su soledad y retiro.

Era el amor sincero hácia su patria.

La Francia se le figuraba una encantadora criatura entregada al sueño, y sobre cuyo seno está acurrucado ese espectro llamado pesadilla. Compró un cuchillo y asesinó al mónstruo.

Se llamaba María Carlota de Corday de Armans.

¡Cosa verdaderamente extraña! Su padre era republicano, ella republicana, y sus dos hermanos se encontraban en el ejército de Condé, es decir, con los realistas.

Solo los revolucionarios dividen de esa manera á las familias.

Era biznieta de Corneille, hermana de Emilia, de Jimena, de Camila.

Habia sido educada en el convento de la Abadía de las Damas, de Caen, fundado por la condesa Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, en donde recibian á las niñas pobres de la nobleza.

Quando se suprimieron las comunidades religiosas se refugió en casa de una tia suya, la señorita de Bretevelle.

No quiso llevar á cabo una obra que la conduciría al patíbulo sin llevar la bendición de su padre.

Hizo donacion de todos sus libros, ménos Plutarco, que llevó consigo; pasó por Argenton, en donde estaba el Sr. de Corday, se arrodilló delante de él, y bendecida y abrazada por el anciano, volvió á tomar su asiento en la diligencia; llegó á Paris el 11 y se hospedó en la calle de los Agustinos Viejos, núm. 17, fonda de la Providencia.

El pretexto de su viaje fué sacar del ministerio del Interior algunos papeles interesantes de una amiga emigrada, la señorita de Forbin; por consiguiente, habia pedido á Barbaroux una carta para su amigo y colega Duperret.

El dia 12 lo empleó en esas diligencias.

En el interrogatorio hemos visto que el dia 13, una hora antes de cometer el asesinato, compró en el palacio real el cuchillo con el que pensaba poner en ejecucion su proyecto.

¡Ah! Olvidé decirte que el único momento de debilidad que Carlota manifestó durante el interrogatorio, al que asistimos Danton y yo, fué cuando la presentaron el sangriento cuchillo, preguntándola si era aquel con el que habia dado muerte á Marat.

—Sí, dijo separando los ojos y rechazándole con la mano; sí, ese es; le reconozco.

Hé aquí lo que de ella se sabia el 14, á eso de la una del dia.

Durante la noche fué interrogada por los miembros del Comité de seguridad general y por varios diputados, y el resultado de esos interrogatorios era lo que se habia esparcido por Paris.

En cuanto á Marat, se trataba nada ménos que de conducirlo al Panteon de hombres ilustres.

Todo el dia permanecí con la esposa de Danton; le hablé de tí: ella á mí de su marido.

Me refirió que primero la habia inspirado miedo, pero que muy pronto habia comprendido que bajo aquella ruda corteza latia un corazon impetuoso, y que su talento estaba basado en su mayor parte sobre la bondad de su alma.

No; ciertamente no le amaba como yo te amo; le amaba como

debe amar á su marido una esposa buena y honrada. ¡A ti te amo como á un amigo, como á un hermano, como á un esposo, como á un amante, como á un maestro, como á mi Dios!

¡Oh! ¿A dónde estás, amado mio? ¿Piensas en mí con esa insistencia del pensamiento que devora, que me hace torcer mis brazos convulsivamente y llamarte, gritar sin saberlo en medio de mi sueño, despertando á la pobre Jacinta, que se acerca á mí asustada y preguntándome qué me sucede?

—Nada, le contesto; estaba soñando.

A las seis volvió Danton á buscarnos.

Estaba entusiasmado por Carlota; jamás habia visto, decia, un corazon más sencillo y al mismo tiempo más enérgico.

Al registrarla la habian encontrado un dedal, agujas é hilo.

—¿Por qué teneis estos objetos? la preguntaron.

—Creí que despues de matar á Marat me maltratarian, que podian desgarrarse mis vestidos y deseaba tener con qué coserlos en la cárcel; tal era mi intencion.

—¿No eres tú quien te presentaste en mi casa vestida de religiosa para asesinarme? le preguntó el carnicero Legendre.

—El ciudadano se equivoca, contestó Carlota sonriéndose: nunca he pensado que ni su vida ni su muerte interesara á la república.

Y como su dedal, su hilo y sus agujas habian sido encontrados en su bolsillo con el reloj y el porta-moneda, Chavot los tomó para verlos y los conservó largo tiempo entre sus manos.

—Creia, dijo la jóven, que los capuchinos habian hecho voto de pobreza.

Chavot manifestaba deseo de estar á su lado, pero con un pensamiento obscuro: quiso registrarla pretendiendo que su pañuelo estaba demasiado sujeto y que seria porque ocultase alguna cosa, y aprovechándose de que tenia las manos atadas, se arrojó sobre ella y deslizó la mano en su seno.

Pero al contacto del impuro, la casta jóven sintió tal repugnancia, que rompió las ligaduras que la sujetaban las manos; pero el pañuelo se abrió con el esfuerzo y permitió ver su pecho.

Los carceleros sintieron humedecidos sus ojos por las lágrimas y la acabaron de soltar las manos para que pudiera volver á ponerse el pañuelo.

Además la permitieron se bajara las mangas y se pusiera guantes encima de las cuerdas.

Esas eran las noticias del día.

¡Ah! Recuerdo, amado mío, que un pintor llamado David, amigo de Marat, pasó todo el día al lado del baño para sacar el retrato en la misma postura que yo le vi.

Al día siguiente se trató en la Asamblea de votar la conducción del cuerpo de Marat al Panteón.

A las seis partimos para la casa de campo de Danton, en donde habita con su esposa.

Durante los ocho primeros días de su enlace no se ha separado de ella un momento, y hasta delante de mí la colma de caricias. Con respecto á ella, me parece que siente, más que amor, asombro y miedo. Por más que el león lime sus dientes y esconda sus garras, no me parece que ella está tranquila con ese mónstruo sublime.

En la sesión de la noche se discutirá en la Convención cómo se debe sepultar á Marat.

Luisa ha impulsado á su marido á que asista.

— Espero, le ha dicho, que no permitireis que se profane el Panteón con la entrada en él del cadáver de ese vampiro.

Figúrate, Jacobo de mi alma, que tu amigo Danton, es decir, la revolución en persona, se ha casado con una jóven realista. Esto lo he adivinado en la velada que he pasado á su lado sobre la colina que domina el Sena, y desde la cual se domina el valle de Saint-Cloud.

¡Qué tranquilidad tan sorprendente! ¡Qué suave majestad en la naturaleza! Casi puede dudarse estemos á dos leguas de ese volcán que ruge y arroja llamas, y que se nombra Paris.

Por la noche, ese zumbido inmenso, mezcla de gritos, de imprecaciones, de voces, llega hasta nosotros como el sereno rumor de las hojas agitadas por el viento, como el murmullo de los arroyos ó de los enamorados pajarillos.

Luisa y yo nos preguntamos por qué el hombre que puede vivir feliz y tranquilo bajo la diáfana bóveda del cielo, acostado sobre el mullido y fresco césped, con un arroyuelo á sus piés y acariciada su frente por las hojas de los árboles, por qué prefiere las luchas de la tribuna, los ódios de los partidos y el lodo sangriento de las calles.

La sombra de Carlota Corday pasa delante de nosotras, escondida coquetamente en un nido de musgo, en su hermosa Normandía, con arroyos, césped y sombra que proyectan los magníficos olmos.

Pues bien, esta jóven ha dejado todo eso; ha andado cincuenta leguas con un cuchillo en la mano para hundirlo en el pecho de un hombre á quien jamás habia visto, contra el que no tenia motivo personal de rencor y al que odiaba con la violencia de su amor por su pátria.

¡Oh, amado Jacobo! Si algun día se apacigua la revolución, si Dios permite que los corazones que están separados se reúnan, si en lugar de esos terribles días 20 de Junio, 10 de Agosto, 2 de Setiembre, 21 de Enero y 31 de Mayo vienen otros tranquilos y serenos iluminados por el sol, nosotros tendremos una casita, una cabaña, una choza sobre una colina, desde cuya cima veremos serpentear el agua, segar las mieses y cortar los árboles. Nos sentaremos en la hora melancólica del crepúsculo y veremos ponerse el sol cubriéndose con el velo misterioso de la noche, y saludaremos las bellezas de la naturaleza con una mirada, con una sonrisa, con un beso.

Permanecemos allí hasta muy entrada la noche. Sucesivamente escuchamos que se extinguían los rumores del día, el ruido de los carruajes por el camino, el hacha del leñador en los bosques, el canto del cultivador, el gorgojo de los pajarillos en los árboles y el grito del mirlo. Vimos encenderse aquí y allá puntos luminosos, estrellas de la tierra, y con ellas el silencio se espació por el campo y solo se oyo el rumor extenso, prolongado, del ladrido de los perros que guardaban un rebaño de carneros, ó velaban en su casilla á la puerta de algun cortijo.

Cuán lejos estábamos al contemplar la hora del reposo, de pensar en la tumultuosa sesión, en Marat en el baño, retratado por David; en Carlota Corday, que aguardando la hora de ir al patíbulo, escribía desde la cárcel á Barbaroux.

Danton volvió á las doce. La sesión había sido tempestuosa; los franciscanos habían pedido el Panteón para Marat, y los jacobinos acogieron con frialdad aquella petición, y como Robespierre se declaró en contra, había sido rechazada.

Carlota Corday debía trasladarse al otro día á la Conserjería, y Marat ser enterrado en el cementerio de la antigua iglesia de los franciscanos, cerca de la cueva en donde había escrito largo tiempo.

Con motivo de la muerte, se notaba mucha agitación en el pueblo. Los pobres sabían que había sido su defensor, que toda la vida había escrito para ellos, y sin que hubieran leído sus artículos, estaban agradecidos.

La ceremonia tuvo lugar de las seis á las doce de la noche. Danton asistió y nos condujo con él. Marat, á la luz de los cirios, fué depositado al pie de un sáuce de los que crecían aquí y allá en el cementerio.

Era cerca de la una de la madrugada cuando se pronunció el último discurso.

Después que se concluía uno, gritaban diez mil voces: ¡Viva Marat! ¡Muerte á los jacobinos! Y esas voces me herían en lo más íntimo del corazón.

Muchos pedían que Carlota fuese conducida al cementerio y sacrificada encima de la tumba.

Danton procuraba en vano tranquilizarme, porque á cada movimiento en los grupos me figuraba que era ella que la conducían desde la Abadía como víctima expiatoria.

Volvimos á Sevres al amanecer. Yo estaba quebrantada por el terror.

XII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Era el 19 de Julio; hacía cuatro días que había sido asesinado Marat y que estaba presa Carlota.

En las calles de París se empezaba á gritar que duraba mucho la causa, y se preguntaba qué hacían los jueces.

La noticia de haber sido conducida Carlota á la Conserjería había dado esperanzas á los maratistas. Se sabía que los presos de la Conserjería no estacionaban en ella largo tiempo.

En ese día debía comparecer Carlota delante del tribunal revolucionario.

Danton se había entusiasmado por aquella alma romana y quería asistir á la sentencia.

Se sabía que había escrito á un joven diputado, sobrino de la abadesa de Caen. La carta no llegó á sus manos ó no se atrevió á contestar, cediendo á otro el honor de la defensa.

Nombraron por abogado de oficio á un joven aun desconocido, el ciudadano Chauveau Lagarde.

Danton volvió á su casa maravillado.

—¿Qué hay? le preguntamos al verlo entrar.

—Ella ha juzgado á todos y les ha condenado á la cadena de la historia, nos contestó.

Le pedimos pormenores, pero para él se encerraba todo en el majestuoso conjunto de su aparición. Solo notó que durante el in-

terrogatorio de la acusada, un jóven pintor alemán, llamado Hanner, habia sacado el retrato.

Tambien Carlota se habia fijado sonriéndose, y se habia colocado mejor para hacer más fácil la tarea del pintor.

Al volver á la cárcel, encontró á un sacerdote que la estaba esperando; pero como era republicana hasta el último extremo, rehusó los auxilios espirituales de aquel que se presentaba á ofrecérselos.

—Tengo el auxilio de arriba, respondió mirando al cielo, y espero que será suficiente.

Todo esto es magnífico, ¿no es cierto, amigo querido? pero me parece que no es propio de la mujer.

La ejecucion tuvo lugar á las ocho de la noche: Danton ha querido que asistiéramos: puse alguna dificultad, pero Danton me dijo:

—Esa mujer dará una leccion de muerte hasta á los hombres, y en los tiempos que corren, bueno es tomar esas lecciones.

—Además, añadió, es el postrer homenaje que se la rinde, asistir á su muerte.

¡Oh! mi amado Jacobo, en el caso que algun dia me condenen á muerte, quiero aprender á morir para no desfallecer y tener energía.

¡Oh, amigo mio! ¿Cómo podré referirte la muerte de Carlota? Tenia razon Danton: es un sublime espectáculo el de una criatura que muere valerosamente por conviccion.

No habia caído el hacha, y ya Carlota Corday pertenecia á la historia.

De boca en boca repetian lo que habia dicho, lo que habia hecho, millares de espectadores.

El pintor, gracias sin duda á ser comandante del segundo batallon de franciscanos, habia obtenido la gracia de concluir en el calabozo el retrato de la condenada, empezado en el tribunal. Volvió con ella á la Conserjería.

No sabiendo Carlota que seria juzgada, condenada y ejecutada en

el mismo dia, habia ofrecido que almorzaria con los porteros de la cárcel al dia siguiente.

Segun dicen, el matrimonio Richard son personas excelentes.

—Señora Richard, dijo al entrar; me dispensareis si no almuerzo mañana con vos, como os he ofrecido; pero ¿qué quereis? mejor que nadie comprendereis que no es culpa mia.

Al entrar en el calabozo volvió á colocarse para el retrato y habló serena con el pintor, pidiéndole que hiciera una copia del retrato para su familia.

El pintor estaba dando los últimos toques cuando el verdugo abrió una puertecilla, situada detrás de ella.

Se volvió; tenia en la mano las tijeras que estaban destinadas á cortar el cabello y sobre el brazo la camisa roja que tenia que ponerse.

La camisa de los parricidas para aquella mártir; ¡qué profanacion!

—¡Yal exclamó.

Y despues, como avergonzada de aquel primer impulso,

—Caballero, añadió con voz dulcísima y con graciosa y amable sonrisa; ¿quereis prestarme vuestras tijeras, si no os molesto?

El verdugo se las dió.

Entonces cortó un rizo de sus hermosos cabellos y se lo entregó al pintor, diciendo:

—No puedo ofreceros otra cosa que este rizo de mis cabellos; guardadlo como recuerdo mio.

Dicen que el verdugo volvió la cabeza y que lloraban los gendarmes.

Efectivamente, en honor de la humanidad, se notaba en las masas un notable cambio.

Durante aquellos cuatro dias que habian pasado, el rumor de la serenidad de la acusada se habia esparcido, y la energía y veracidad de sus respuestas habian hecho tal efecto, que al primer impulso de horror que inspira el asesino habia sucedido la admiracion, la sorpresa. Por eso á las siete de la noche, cuando apareció bajo el sombrío arco de la Conserjería la hermosa víctima envuelta en su sayo rojo, cobijada por un cielo sombrío y á la luz de los

relámpagos, se creyó que estallaba en el cielo la tempestad para reprochar á la tierra el crimen que cometía.

Tumultuosos gritos se dejaron oír, como la manifestacion de dos fanatismos contrarios; la admiracion y el odio y la venganza.

La tempestad huía delante de ella.

Cuando llegó al Puente Nuevo habia desaparecido, y una claridad diáfana iluminaba la plaza de la Revolucion, viéndose que el firmamento estaba limpio y sereno.

En la calle de San Honorato se disipó la última nube que empañaba al sol, y sus ardientes rayos acariciaron á la virgen que marchaba hácia la muerte.

Danton colocó á su mujer en un balcon del palacio que da á la plaza de la Revolucion, fuera temiendo algun accidente, fuera que temiera que su corazon tímido desfalleciese si estaba demasiado cerca.

Yo queria quedarme á su lado.

—No, me dijo Danton; vos sois una alma intrépida y vendreis conmigo. Cuando va á morir una mujer como esa, no se la mira desde un palco, ni desde un balcon, sino lo más cerca posible para poder decirle con la vista:

—Muere tranquila; no mueres por completo; víctima santa, tu recuerdo quedará en nuestros corazones.

Fuimos á colocarnos al lado derecho de la guillotina.

Confieso que yo andaba maquinalmente, y solo impulsada por Danton.

Mis piernas temblaban, mis ojos no veían sino á través de una nube y no oía más que un rumor confuso.

Estaba en el mismo estado que una persona que se desmaya y que su ánimo se sostiene aun sin haber entrado todavía en la region de las tinieblas.

Fuertes gritos me sacaron de mi entorpecimiento. Abrí los ojos y mis piés se clavaron al suelo, y me volví hácia el lado de donde provenia el ruido. La carreta aparecia por la puerta de San Honorato y se dirigia hácia el patíbulo.

¡Oh, amado mio! Nada más hermoso, nada más santo, nada más

sublime puede haberse aparecido á los ojos de los mortales desde el principio de los siglos que esta segunda Judit, ofreciendo su sangre para rescatar los pecados de Betulia, aventajando á la primera por su inocencia y pureza.

Desde aquel momento se fijaron mis ojos en ella y no pudieron separarse.

Un rayo de sol brilló en el cuchillo y reflejó en sus ojos.

Aquel relámpago, precursor de la muerte, me pareció la hacia palidecer; pero aquel instante de flaqueza pasó con la misma rapidéz del relámpago. Carlota se incorporó en la carreta, se apoyó en los travesaños de los lados y sonrió dulcemente, sin ostentacion y sin desprecio.

Bajó sola del fatal vehículo y subió las escaleras de la guillotina. El verdugo y sus criados la seguian como si fuera una reina.

Al llegar á la plataforma miró lentamente en derredor de ella.

Era un ángel: en aquella ejecucion que debia sublevar á las oleadas del pueblo, faltaba el pueblo.

Los que rodeaban el cadalso no eran curiosos, eran observadores sérios, hombres graves: eran médicos, diputados, eran filósofos.

Después, una multitud de mujeres dulces, simpáticas, bien vestidas, que asistian como se asiste á los funerales de una amiga, de una hermana, de una persona de la familia.

En lugar del acostumbrado tumulto se notaba un sombrío silencio en la plaza de la Revolucion.

Aquel silencio fué interrumpido por un grito de la víctima.

Al arrancarle el verdugo el pañuelo, la habia dejado el seno descubierto.

Aquel grito no era de temor: lo habia causado el pudor.

—Despachemos, dijo Carlota viendo su pecho medio desnudo; y ella misma se arrojó sobre la vástula.

Se escuchó un grito.

Se vió pasar la cuchilla como un relámpago vertical.

Al caer la hermosa y virginal cabeza, un ayudante del verdugo, llamado Legros, la tomó por los cabellos y la mostró al pueblo.

Después cometió la indignidad de darla un bofetón;

Los ojos volvieron á abrirse y las mejillas pálidas recobraron su color.

Un murmullo de horror y de indignacion circuló por toda la plaza.

—Prended á ese hombre por insulto á la humanidad, gritó Danton.

—¡Sí, sí, sí! gritaron mil voces; que se le prenda.

Los gendarmes que habian conducido á Carlota subieron á la plataforma de la guillotina, y le prendieron.

Tenia razon Danton, amado mio; si me fuera preciso morir ahora, creo que, gracias al ejemplo que he tenido delante de mi vista, me seria más fácil.

Habia soportado con valor aquel espectáculo, por más horroroso que fuese, y me habia exaltado en lugar de abatirme.

Yo me decia á mí misma:

—Si supiera la muerte de mi amado, compraria un cuchillo, me presentaria en casa de Robespierre, le mataria y moriria como habia muerto Carlota Corday.

¿Lo creerás? Por un momento envidié la suerte de aquella virgen, decapitada, abofeteada por un criado del verdugo, y deseé estar en su lugar; lo confieso.

¿Pero estaria yo tan hermosa como ella? ¿El sol haria por mí lo que por ella? ¿Saldria para formarme como á ella una aureola con uno de sus rayos, el más bello, el más risueño?

Solo temo una cosa, mi Jacobo; que caiga de su trono el Bruto pagano y que se funde una religion en la sangre de Carlota Corday.

La religion del puñal.

Despues de la ejecucion fuimos á buscar á la esposa de Danton al palacio del guarda-muebles. La pobre mujer me confesó que, aprovechando la ausencia de su marido, se habia refugiado en el fondo de la habitacion.

Nada habia visto.

Tomamos un carruaje descubierto para regresar á Sevres. La tempestad habia purificado el cielo por completo. Se respiraba ese

vivificante olor que se advierte en la atmósfera despues de una tempestad.

Danton estaba pensativo.

El valor grandioso y sin afectacion de aquella jóven le habia impresionado profundamente.

—Creia demasiado en su firmeza, dijo, pero no en su dulzura. Es sublime á su edad conformarse tanto con la muerte. No creía en esas miradas penetrantes, en esas vivas y radiantes centellas que se escapaban de sus ojos sobre el cadalso. Todo lo que odiaba estaba refundido en Marat, y habia muerto con él.

Nos ha dejado sin pensar siquiera en perdonar á sus verdugos. Su alma flota por encima de las mezquinas inspiraciones terrestres, y creo que si yo fuera más jóven sentiria una sombría voluptuosidad en seguirla y en buscarla en el mundo desconocido á donde acaba de dirigirse.

Generalmente los reos se sostienen por una animacion ficticia, por cantos patrióticos, por injurias que dirigen á sus enemigos y por sonrisas que envian á sus amigos.

Nada de esto ha necesitado, continuó Danton; tenia fé; la fé ha sido su columna de bronce.

Dios sabe cómo moriré yo, pero desearia morir como ella.

Luisa lloraba; yo estreché la mano de Danton entre las mias.

El manuscrito.

(Continuación.)

Se acercaba el aniversario del 10 de Agosto.

¿Recuerdas, mi amado Jacobo, que ese mismo día llegaron á Argenton los terribles detalles de esa jornada, y que esa fecha es el aniversario de nuestra separacion?

Esa fecha podrá ser muy gloriosa para la revolucion, pero con seguridad ha sido fatal para mí...

Las noticias del exterior eran malas; los ingleses continuaban el sitio de Dunkerque, los ejércitos aliados marchaban sobre Paris, la fiesta se celebraria casi á la vista de los prusianos (1).

Con cuatro dias de marchas forzadas hubieran podido asistir.

Las noticias del interior eran peores. Muerto Marat, habia sucedido *El Amigo del Pueblo* el periódico *El Padre Duchesne*, y como Hébert disponia del ministerio de la Guerra y del municipio, sacaba á manos llenas de ambas cajas, y si lo juzgaba necesario á sus intereses, á su odio ó á su amistad, tiraba seiscientos mil ejemplares de su periódico.

Todos los dias estallaban incendios en los puertos, y esto se atribuía á los ingleses.

La Convencion habia declarado á Pitt el enemigo del género humano; en los clubs no se hablaba más que de matar.

Matar á la reina en la primera ocasion, matar á los girondinos

(1) En el momento que traducimos estas lineas se encuentran los prusianos casi á las puertas de Paris. Tercera invasion en un cortísimo espacio de tiempo.—(Nota de la traductora.)

en el primer capricho, matar la soberanía hasta en el pasado, porque se ordenó la destruccion del Panteon de San Dionisio.

Danton se extenuaba gritando:

—¡Cread un gobierno!

Efectivamente, nadie gobierna y todos matan.

Danton está sombrío, inquieto; conoce que no posee ya los medios de accion sobre el pueblo que en 92, porque el entusiasmo ha desaparecido; solo existe la abnegacion.

—Los hombres no bastan, dijo Danton; se necesitan soldados.

Los confederados del 93 nada tienen que ver, segun creo, con los voluntarios del 92; están pensativos, vestidos humildemente y darán su brazo y su vida, pero con indiferencia y tristemente, como hombres que cumplen un deber.

Ya no es la entusiasta *Marsellesa* la que les guia y les impulsa; es el *canto de partida* el que les conduce. La música de Méhul es realmente espléndida; hay en esa música algunos toques de trompeta que deben penetrar por la Europa entera.

Dicen que la Convencion ha gastado en la fiesta del 10 de Agosto doscientos mil francos.

Han abierto dos museos. Danton nos condujo á su mujer y á mí.

Uno es el del Louvre: la sociedad artistica en general ha contribuido á su instalacion; la escuela flamenca é italiana están dignamente representadas.

Danton, que en pintura es un juez excelente, me ha hecho el favor de sorprenderse con mis conocimientos en ese arte.

El otro museo es de los monumentos franceses, y es un tesoro admirable de arqueología.

Los conventos, las iglesias, los palacios han contribuido á poblarlo. David, el que ha ordenado la fiesta, el que hizo el retrato de Marat en el baño, es el que ha hecho esa gran cronología de la Francia por siglos, casi por reinados.

Esas estátuas de mármol, tendidas sobre sus tumbas con la doble rigidez de la muerte y del granito, presentan, desde la cruz de Dagoberto hasta los bajos relieves de Francisco I, la historia de doce siglos y hablan á la imaginacion con la voz de la ciencia.

Allí también, por el exacto conocimiento que tengo de los trajes, merecí los elogios de Danton.

Parece, querido de mi alma, que has hecho de mí una mujer más completa de lo que yo creía. La buena y graciosa esposa de Danton, que no sabe nada de eso y que nunca ha oído hablar de arte ni ciencias, está aun más asombrada que su marido.

Me contempla con admiración, lo que me hace ruborizar; pero me recuerda que es á tí á quien debo todo eso.

Esperaba ver en la fiesta alguna gigantesca efigie de Marat. Me equivocaba. Danton nos dijo que se había opuesto Robespierre.

Voy á describir la fiesta, según nos la refirió Danton.

Tal vez algún día leerás este manuscrito; entonces sabrás que no he estado un día ni un instante sin pensar en tí.

Para esa fiesta se hizo David historiador, arquitecto y autor dramático. Compuso una pieza en cinco actos de la revolución.

En la plaza de la Bastilla elevaron una estatua de la Naturaleza, algo parecida á Isis, arrojando el agua de la regeneración.

La Libertad, colosal estatua que hizo colocar en la plaza de la Revolución.

Y por último, un titán, el pueblo; Hércules derribando delante del palacio de los Inválidos al federalismo, bajo las facciones de la Discordia.

Para llegar á este último grupo es preciso pasar por debajo de un arco de triunfo que tenía todo el ancho del *boulevard* de Italia: después del grupo de los Inválidos se va al altar de la patria, situado en el centro del Campo de Marte.

En cada uno de estos puntos, designados como descanso, se detenía y cumplía su acto patriótico el cortejo, que había salido de la plaza de la Bastilla.

Danton se vió obligado á formar parte de la Convención, y nos puso á su esposa y á mí bajo la salvaguardia de Camilo Desmoulins y de Lucila.

Camilo Desmoulins, aunque miembro de la Convención, no tenía puesto fijo en estas fiestas. Curioso como un pilluelo de París, deseaba verlo todo para criticar todo.

Lucila reía como una loca con las chanzas de su marido: yo por mi parte confieso que aquel cuadro tenía algo de grandioso que me impresionaba muchísimo.

Hèrault de Séchelles, como presidente de la Convención, iba á la cabeza del cortejo: si lo hubieran elegido por su belleza, no podían encontrar otra cosa mejor.

Es verdaderamente el hombre de las ceremonias nacionales, y yo me lo figuraba con la túnica griega ó la toga romana.

Subió sobre los escombros de la Bastilla, presentó una copa etrusca, la llenó de agua, la llevó á sus labios y la pasó á los ochenta y seis ancianos que representaban los departamentos, del que cada cual llevaba una bandera.

Bebían y decían después:

—Nos sentimos renacer con el género humano.

El cortejo bajó por el *boulevard*. La terrible sociedad de los jacobinos marchaba á la cabeza con su bandera, símbolo de su policía universal y mostrando en las nubes un ojo abierto.

Detrás de los jacobinos marchaba la Convención.

David, para simbolizar la fraternidad del pueblo con sus representantes, los había despojado de sus trajes y vestían como los demás que les habían elegido diputados, solo que estaban encerrados en una cinta tricolor, que llevaban los enviados de las asambleas primarias. Camilo no pudo menos de reírse.

—Ved, nos dijo; los jacobinos llevan á la Convención.

Los jueces revolucionarios ostentaban un penacho negro, indicio de su terrible misión de luto.

Con respecto á los demás, el municipio, los ministros, los obreros caminaban mezclados, solo que como título de la nobleza del trabajo llevaban los artesanos sus herramientas ó algo que indicara su oficio.

Los reyes de la fiesta eran los humildes y los desheredados de la sociedad. Los ciegos, los ancianos y los niños expósitos iban en carros.

A los más pequeños, que no podían sostenerse todavía, los conducían en las cunas.

Dos ancianos, un hombre y una mujer iban conducidos en una carreta, la que arrastraban sus cuatros hijos, como Cleobis y Biton.

Sobre otro carro se veía una urna, indicando que allí se encerraban las cenizas de los héroes.

Ocho caballos blancos con penachos rojos, y que sacudían la cabeza á cada toque de trompeta, conducían el carro.

Detrás iban los parientes de aquellos que habían sido muertos en aquella memorable jornada, con la frente coronada de flores y con la alegría reflejada en el rostro, indicando que no deben sentirse los que mueren por su patria.

Una carreta muy parecida á la del verdugo llevaba tronos, coronas y cetros.

La guillotina había desaparecido de la plaza de la Revolución. Al pié de la estatua de la Libertad, el presidente hizo arrojar las insignias de la monarquía, y el verdugo adelantándose les prendió fuego.

Al mismo tiempo les fué dada libertad á tres mil pajarillos, los cuales se lanzaron en el espacio extendiendo sus alas gozosamente y formando una alegre nube.

Dos palomas fueron á posarse en el regazo del vestido de la estatua de la Libertad.

El cadalso, colocado de nuevo en su puesto al día siguiente, las haría huir asustadas.

Desde la plaza de la Revolución se dirigieron al Campo de Marte: la estatua de Hércules, derribando al Federalismo, estaba colocada sobre una roca elevada, delante de la cual habían formado una plataforma. Todo el cortejo pasó por ella.

Al llegar los ochenta y seis ancianos entregaron al presidente la bandera que cada cual llevaba en la mano.

El presidente las unió todas con una cinta tricolor, proclamando de ese modo la alianza de los departamentos con la capital.

Las colocaron derechas frente al altar en donde humeaba el incienso y á la vista de todos.

Hérault de Séchelles leyó la aceptación de la nueva ley que proclamaba la igualdad.

Cuando dijo las últimas palabras retumbó el cañon.

Amado Jacobo, no soy más que una débil mujer, pero te juro que en aquel momento sentí tan ardiente y profundo entusiasmo, que las lágrimas se agolparon á mis ojos.

¡Ah! Si hubieras estado allí, si me hubiera encontrado apoyada en tu brazo, en lugar de estarlo del de un extraño, me hubiera arrojado en tus brazos y hubiera llorado de enternecimiento.

¡La república francesa fundada sobre la base de la igualdad!

El carro que llevaba la urna con las cenizas de las víctimas del 10 de Agosto se adelantó hasta el templo que se había levantado al extremo del Campo de Marte: allí tomaron la urna, la colocaron sobre el altar y todos se arrodillaron. El presidente besó la urna, y dijo en alta voz estas palabras:

—¡Sagradas cenizas, urna sagrada, os abrazo en nombre del pueblo!

Un hombre se acercó á Camilo Desmoulins, y le preguntó:

—Ciudadano, ¿puedes decirme por qué no veo aquí como en 1792 aquella espada de la justicia cubierta con crespones negros y conducida por hombres coronados de ciprés?

—Porque cuando la cuchilla cae por todas partes, no hay necesidad de mostrarla; contestó Camilo Desmoulins.

Olvidaba expresar que el arco de triunfo de los Italianos estaba consagrado, mi amado Jacobo, á las mujeres que obligaron el 5 y 6 de Octubre al rey y á la reina á regresar de Versalles.

He oído referir que esas heroínas eran buenas madres de familia, que, hambrientas y moribundas, habían dejado á sus hijos: hermosas y castas jóvenes, que al encontrarse frente á frente con el rey, no se atrevieron á decir una palabra; que desfallecieron delante de la reina, y no como las presenta el pintor, atrevidas y desvergonzadas.

Las mujeres del arco de triunfo son más hermosas incontestablemente, pero las otras eran más tiernas y atractivas.

Con las primeras sombras de la noche se disipó aquella multitud; unos tranquilos y serenos volvieron á Paris, y los otros, no menos apacibles é indiferentes, se sentaron sobre la yerba, ya un poco

marchita por los ardores del mes de Agosto, y disfrutaron la frugal comida que habian llevado.

Nosotros estábamos á mitad de camino de Sevres, á donde debia reunírse nos Danton. Camilo y Lucila comian con nosotros.

Tomamos un carruaje, y media hora despues llegamos á la casa de campo de Danton.

No tardó mucho el marido de Luisa en llegar, acompañado por un hombre á quien yo no conocia, pero que tú debes conocer: se llama Carnot.

Era un hombre pequeño de estatura, con calzon corto, peinado á lo Juan Jacobo Rousseau, y con un frac gris. Su aspecto era el de un jefe de ministerio. Contaban con él para hacer frente á los ingleses que sitiaban á Dunkerque y á los prusianos que han tomado Valenciennes, mejor dicho, que les han entregado.

Por su destino en el ministerio de la Guerra sabia todas las noticias, las que cada vez eran más deplorables. Danton tenia gran confianza en el, pero á mí me parece que Robespierre no le queria.

Era laborioso y trabajador obstinado, que pasaba su vida en ir de la calle de San Florentin á Tullerías, en donde buscaba las antigüedades. Cuando va al ejército se quita el frac gris y se pone en traje de general, y despues que gana una batalla regresa á Paris para continuar haciendo planos.

Lo que sobre todo causa inquietud es Valenciennes, por ser un foco de reaccion y fanatismo.

En tierra francesa se cantaba el *Salvum fac imperatorem*. Las mujeres lloraban de júbilo dando gracias á Dios: los emigrados tiraban sus espadas gritando:

—¡A Paris! ¡A Paris!

Me admiraba pensando que aquel hombre, que apenas contaba cinco piés y dos pulgadas, y que no bebia más que agua, iba á marchar para combatir con su frac gris al duque de York, hermano del rey de Inglaterra, que tenia seis piés de estatura y que bebia diez botellas despues de comer.

Segun decian, mejor le hubiera parecido estarse tranquilo en Valenciennes, porque no le agradaba molestarle; pero las señoras, que

estaban locas por él, y los emigrados, que le comparaban á Malborough, le atormentaron tanto, que al fin sacó su espada y dijo:

—*Or non, or never* ¡Ahora ó nunca!

Estas últimas noticias anunciaban que las avanzadas enemigas estaban en San Quintin.

Danton redactó un decreto de leva, que se encargó de presentar al dia siguiente el hombre del frac gris en la Convencion, y que me pareció una obra maestra.

«Todos los franceses quedan requeridos... los jóvenes, para ir al combate; los hombres casados, para fabricar armas y trasportar municiones; las mujeres, para hacer tiendas, vestidos y asistir en los hospitales; los niños, para hacer hilas; los ancianos animarán en los sitios públicos á los guerreros y les inspirarán el odio á los reyes y la unidad de la república.»

Desde el dia siguiente pensamos en empezar á cumplir con nuestra mision Luisa Danton y yo.

El manuscrito.

(Continuación.)

¡Ah! amado mio, mi Jacobo; estoy estenuada. ¿Cómo vivir? ¿Cómo morir? Morir me parece más fácil que vivir, y no es la primera vez que deseo ir á esperarte ó á reunirme contigo en esa cita de la muerte á la cual nadie puede faltar.

Han repetido tu nombre diez, veinte, treinta veces: les faltabas tú para el número: necesitaban veintidos cabezas.

La tuya fué reemplazada por un tal Mainvielle, conocido y célebre por los asesinatos de la Glaciere y de Aviñon.

Dicen que has muerto de fatiga en no sé qué gruta del Jura, con Louvet, ó devorado por los lobos con Roland.

De todos modos, te han creído muerto, y solo por eso no te han juzgado y condenado con ellos.

¡Oh, Dios mio! Si estuviera segura de esto, cuán pronto concluiría con esa enfermedad del cuerpo que se llama vida.

Hacia tiempo que veía á Danton sufrir alternativas de cólera y de dolor.

Esperaba que la causa de los girondinos no se llevase á efecto. ¿No eran los girondinos quienes habian tomado la iniciativa de la revolucion?

¿No eran los girondinos los que habian hecho el 10 de Agosto?

¿No eran ellos los que habian declarado la guerra á los reyes?

Pero de repente, interin los ingleses en el Norte sitiaban á Dun.

kerque, en el Mediodia entregaban los realistas Tolon á la Inglaterra.

Era demasiada clemencia para con la reina y los girondinos.

¿No acusaban á los girondinos de complicidad con la reina, y por consiguiente con los realistas?

El dia en que se supo en Paris la toma de Tolon, Robespierre, dueño de la situacion, ordenó que se continuaran dos causas que hasta entonces no se habian atrevido á sentenciar. La de la reina y la de los girondinos.

Al entrar los prusianos por Champaña, Paris les habia dado el espectáculo de los asesinatos de las cárceles.

A los realistas que se sublevaban en la Vendia, á los ingleses que compraban Tolon se les presentaria la cabeza de la reina y la de los veintidos girondinos.

¿Comprendes, amado mio? Aun cuando solo doce de tus amigos estuvieran á merced del tribunal revolucionario y los demás hubieran emprendido la fuga ó hubiesen muerto, se le ofrecia al pueblo veintidos cabezas, y era preciso dárselas.

Se añadieron en la lista los nombres de diputados que jamás votaron con la Gironda.

Quisieron hacer que Danton entrara en el comité de salvacion pública.

Si hubiera entrado era una salvaguardia para su vida; ¿quién podia atacar á un individuo del terrible comité?

Pero para entrar tenia que aceptar dos condiciones horribles.

La muerte de los girondinos.

Los asesinatos de la Vendia.

Una noche vimos entrar á Danton más abatido que nunca.

—Estoy cansado y desanimado de esas carnicerías, dijo.

Y despues, mirandó á su esposa, añadió:

—Prepárate á venir mañana conmigo á Arcis-sur-Aube.

Arcis-sur-Aube era su país natal; Danton, como Anteo, que recobraba fuerzas al tocar la tierra en donde habia nacido, deseaba recobrar en aquel manantial su vida y su vigor perdido.

—¿Venís con nosotros? me preguntó.

—¡Oh! no, le contesté; debéis comprender que si alguna probabilidad tengo de adquirir noticias de *él* será viendo de día en día la causa de los girondinos.

—Los dos estamos en un error; yo debía quedarme, vos partir. Aquella misma noche fué á verle Garat; recordarás que era ministro de Justicia despues de Danton.

Le encontró enfermo; más que enfermo, consternado.

Hizo todo lo que pudo para obtener que permaciesa en Paris; le presentó á Robespierre aprovechando su ausencia para exterminar á Hébert y á Chaumette: cuando regresara, sus amigos lo serian de Robespierre, y se volverian contra él como se habian vuelto los de los girondinos contra ellos.

—Tu marcha, amigo mio, es un verdadero suicidio; no te atreves á matarte y quieres morir.

—Tal vez, dijo Danton; ¿pero la ruina de mi partido, la pérdida de mi influencia, mi popularidad humillada, no es nada? Todo eso no es nada; lo que me aniquila, lo que me destroza el corazon es no poder salvarles. Vergniaud, la elocuencia personificada. Pethion, el honor; Valazé, la lealtad; Ducos y Fonfrede, la abnegacion.

Y gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Danton.

—¡Y soy yo, yo, quien descargué sobre ellos el terrible golpe el 31 de Mayo! Quería que me dejaran el camino libre, pero no quería que desaparecieran, que murieran.

Garat se separó de su amigo sin que hubiera podido conseguir nada.

Me quedaban Camilo y Lucila, pero estaba muy lejos de tener con ellos la intimidad que con Luisa y Danton.

Tenia por él la amistad confiada y respetuosa que se tiene por el hombre de gran talento. Hasta en sus flaquezas le encontraba sublime.

Partió el 13 de Octubre. El volcan se apagó. ¿Se volveria á encender?

Lo dudo.

El 16 subió la reina al patíbulo.

Su muerte no causó el efecto que se podia esperar.

Se sabia que el general Jourdan estaba dando una batalla en Wattignies, de la cual dependia la salvacion de la Francia.

El hombrecillo del frac gris y del calzon corto habia salido de Paris y se habia dirigido al ejército, en donde se puso su uniforme de general, batiéndose durante dos dias.

El primero se perdió, pero al segundo batió al enemigo, cuando este le creia en retirada con su ejército.

Hecho esto, volvió á ponerse su frac gris y volvió á Paris el 19, anunciando que el general Jourdan acababa de ganar una batalla.

Nada habia dicho con respecto á sí mismo.

Esta victoria daba una fuerza inmensa á Robespierre, á quien Danton, en un momento de desfallecimiento, habia cedido el puesto, y que viéndose dueño de él, refundió en sí el gobierno.

Al dia siguiente de esta victoria, Fouquier-Tinville pidió los autos para continuar la causa de tus desgraciados amigos. Todas las medidas fueron tomadas, no solo para matarlos, sino tambien para deshonorarlos.

La causa de ellos se vió en seguida de la de un miserable llamado Perrin, estafador de intereses públicos, condenado á cadena y á ser expuesto sobre la guillotina.

Entre él y los nobles girondinos tuvieron cuidado de no cortar á nadie la cabeza, para que el cadalso permaneciera hasta su ejecucion como poste de ignominia.

Primero les habian conducido á la cárcel de los Carmelitas, ensangrentada todavia con los asesinatos de Setiembre.

Se les puso separados del resto de la cárcel. En un calabozo habia diez y ocho camas.

Vergniaud llevaba ya algunos meses de prision y no habia querido pedir nada á nadie.

Sus vestidos caian á pedazos, y ya hacia tiempo que su último *assignat* habia pasado á manos de un preso más pobre que él.

Su cuñado vino de Limoges á Paris y le entregó algun dinero y ropa; pudo entrar en el calabozo con su hijo, de edad de diez años, y verle.

Al ver el niño que su tio estaba como un malvado, con el rostro

pálido y descarnado, los cabellos en desorden, la barba larga y los vestidos destrozados, rompió á llorar amargamente, y en lugar de abrazar á su tío, que le tendía los brazos, se refugió en los de su padre, el Sr. Allnaud.

Pero Vergniaud lo atrajo hácia sí, diciendo:

—Tranquilízate y mírame; cuando seas mayor, cuando Francia sea libre, cuando no encuentres en las calles de Paris esa máquina repugnante que se llama la guillotina, dirás:

«Cuando yo era niño ví á Vergniaud, al fundador de la república, en la época más bella y en el traje mejor de su vida; aquel que es perseguido por los villanos y miserables se prepara á morir por los hombres libres.»

Pero el apóstol entre ellos, el mártir feliz con su suplicio, era Valazé, al que su graduacion en el ejército le habia familiarizado con la muerte.

Aquel tenia fé y aseguraba que todas las religiones nuevas necesitaban sangre. Se adivinaba que estaba satisfecho con ofrecer la suya para el sacrificio.

—Valazé, le decia un día Ducros, ¡si no te condenaran seria castigarte!

El 22 de Octubre les comunicaron la acusacion.

El 26 empezó la causa.

A las doce entraron en el tribunal revolucionario. Los vimos á todos sentarse, uno despues de otro, en el banco de los acusados.

En vano se hubiera buscado en el rostro de aquellos nobles mártires una de esas señales que hacen decir:

—¡Ese es un culpable!

Por lo mémos, en los autos no se hizo alarde de hipocresía. Todos comprendieron que lo que precedia al cadalso era una mera fórmula, y que solo se trataba de condenarlos á muerte.

Los acusadores, Hébert y Chaumette, fueron admitidos como testigos, y ni aun se les nombró abogado que los defendiera.

Se les acusaba de cosas extrañas: de los asesinatos de Setiembre, los que siempre habian querido castigar; se les acusaba de haber sido amigos de Lafayette, de Orleans y de Dumuriez.

Hasta los jueces sentian vergüenza de condenar por aquellas acusaciones y declaraciones.

La causa duró siete dias; el sétimo estaba ménos adelantada que el primero. Fué preciso que se mezclaran los jacobinos.

Una diputacion se presentó para intimar á la Asamblea que al tercer dia se declarase el jurado bastante instruido.

Camilo me dijo que habian encontrado escrita la sentencia por mano de Robespierre, porque este deseaba á todo trance su muerte.

Al segundo dia, y cuando se comprendió lo odioso de la acusacion, Garat, á quien yo habia visto en casa de Danton, se dirigió á Robespierre para tratar de salvar á los girondinos. Habia preparado una especie de súplica para la clemencia.

Robespierre la leyó.

Garat ha referido lo que sufrió, escuchándole, Robespierre. Su máscara, tan impasible como el pergamino extendido sobre una calavera, se agitaba convulsivamente.

En los párrafos más expresivos se cubria el rostro con las manos para que no vieran el relámpago de odio que dejaban escapar sus pupilas. Sin embargo, escuchó hasta la última línea.

—Está perfectamente, dijo. ¿Pero qué quereis que yo haga? Nada puedo hacer, ni yo, ni nadie. Decís que no tienen abogado; no lo necesitan, puesto que todos son abogados.

El decreto de la Convencion fué presentado en el tribunal revolucionario á las ocho de la noche.

Gracias al decreto, el jurado se encontró de repente bastante instruido, y declaró que era inútil continuar los debates. Los jueces no hacian más que entrar y salir en el salon de deliberaciones.

El presidente anunció que sobre su conciencia habian condenado á muerte á los veintidos girondinos.

Senti temblar el brazo de Camilo.

—¡Oh, desgraciado, exclamó en voz baja, mi libro les mata!

Comprendí que Camilo habia escrito un libro contra los desgraciados girondinos.

Aquella sentencia era tan inesperada, que nadie queria creer en ella.

Los sentenciados lanzaron un grito de maldición contra sus jueces. Los gendarmes estaban estupefactos y como paralizados; cada uno de los acusados hubiera podido sacar el sable de un gendarme y asesinar á los jueces, sin que nadie se opusiera.

En aquel momento Valazé cayó rodando al suelo, como si se hubiera desmayado.

—¿Desfalleces? preguntó Brissot.

—No; muero.

Acababa de clavarse un compás en el corazón.

Eran las once de la noche.

Se pasó un momento consagrado á la emoción del público, á las maldiciones de los sentenciados, á los cuidados inútiles que se prodigaron á Valazé, quien habia quedado muerto en el acto.

Después los sentenciados se abrazaron y gritaron:

—Morimos inocentes; ¡viva la república!

Los muertos y los vivos bajaron del tribunal y tomaron la escalera que conducía á la Conserjería. Habían ofrecido á los otros presos que les informarían de su suerte. Encontraron un medio muy sencillo.

Cantaron la primera estrofa de la *Marsellesa*, cambiando una palabra en el último verso.

Allons enfants de la patrie

Le jour de gloire est arrivé

Contre nous de la tyrannie

Le conteau sanglant est levé.

Los presos escuchaban con ansiedad.

La palabra *cuchillo*, que sustituía á la de *estandarte*, les hizo comprender todo.

Entonces en los calabozos estallaron gritos, lágrimas, sollozos.

Los girondinos no lloraban.

Les esperaba una buena comida enviada por un amigo.

Valazé asistió á ella muerto; el tribunal ordenó que el cuerpo del suicida fuera conducido á la cárcel, para llevarlo después en la carreta hasta el patíbulo con sus compañeros y enterrarlo con ellos.

¡Terrible tribunal! Ni con la muerte podían escaparse de sus garras, pues que hacia guillotinar á un cadáver.

Se ha dicho que fué Bailleul el diputado que, aunque proscrito como ellos y escondido en París, les envió esa última comida, lo que les permitió hacer *una comida libre*, como la llamaban los cristianos sentenciados al circo.

Vergniaud fué nombrado presidente de la mesa.

Su rostro estaba sereno y risueño.

—No os admireis, dijo, temiendo humillar á sus amigos por su serenidad. No dejo en el mundo ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos. Estaba solo en la vida, ahora os tendré por hermanos en la muerte.

Como nadie asistió á esta comida postrera, como no sobrevivió ninguno de los que á ella asistieron, no se puede decir sobre qué objetos versó la conversacion.

Un carcelero pudo, sin embargo, recoger estas palabras pronunciadas por Ducos.

—¿Qué haremos mañana á estas horas?

—La jornada habrá acabado para nosotros y estaremos durmiendo, contestó Vergniaud.

Cuando empezaron los primeros albos y penetraron en el calabozo de los girondinos por la estrecha ventanilla, hicieron palidecer las bugías encendidas.

Vamos á acostarnos, dijo Ducos; la vida es tan poca cosa, que no vale la hora de sueño que perderíamos para sentirla.

—Veamos, dijo Lassource; es tan temible la eternidad, que mil vidas no son suficientes para prepararnos á ella.

A las diez les despertaron el ruido de los cerrojos. Los que estaban despiertos vieron entrar á los ejecutores que iban á preparar las cabezas para la cuchilla.

Entonces los unos después de los otros, risueños y sumisos, inclinaron la cabeza bajo las tijeras y tendieron los brazos para que los ataran.

Se habia permitido la entrada en el calabozo á otro preso, al abate Lambert, para que en aquel momento supremo prepara-

se para la muerte á los que desearan sus auxilios espirituales.

Gensonné recogió un rizo de sus cabellos, y entregándosele al abate, le dijo:

—Decid á mi esposa que es lo único que puedo enviarla mio, pero que muero consagrándola todos mis pensamientos.

Vergniaud sacó el reloj, lo abrió, y dentro de la caja de oro grabó una cifra y una fecha con la punta de un alfiler. Hecho esto, encargó al abate Lambert que se lo entregara á la mujer que amaba. Tal vez á la actriz Julia Candeille.

Cuando concluyeron de prepararlos hicieron bajar á los sentenciados al patio de la cárcel.

Les aguardaban cinco carretas, rodeadas por una multitud inmensa.

El día se presentaba oscuro y lluvioso: uno de esos días sombríos que encierran toda la tristeza del invierno.

Se habia prohibido ofrecer ningun licor que pudiera confortar á los sentenciados, creyendo que de ese modo no conservarían su serenidad y grandeza de alma.

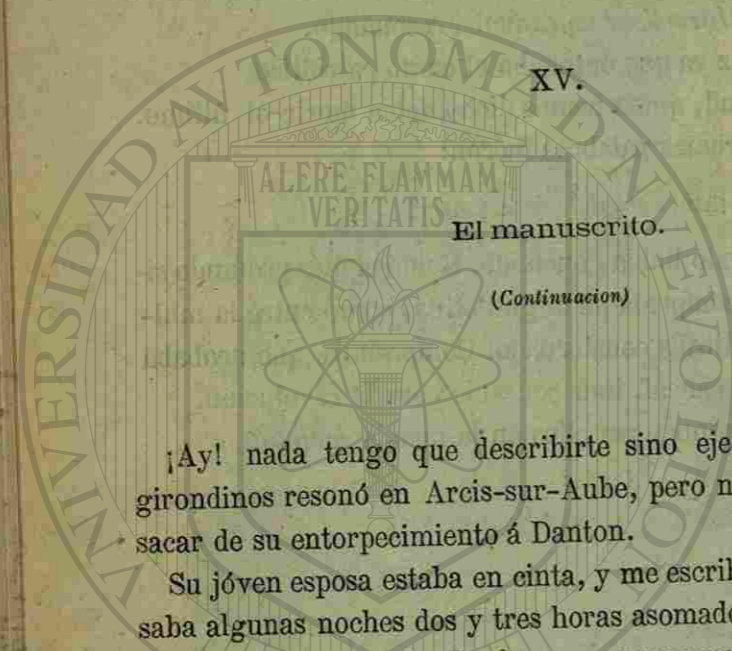
Estaban cuatro en cada carreta: en la última, cinco con Valazé. Su cabeza, sacudida por el movimiento de la carreta, se golpeaba sobre las rodillas de Vergniaud, el que, como el más culpable, estaba destinado á morir el último, es decir, por haber sido el más elocuente, el más noble, el más valiente.

En el momento en que la carreta salía por el arco sombrío de la Conserjería, todos entonaron á una voz y como una marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*:

Allons enfants de la patrie.

Este canto, escogido por ellos para marchar á la muerte, ¿no encerraba el doble significado del patriotismo y de la abnegación? ¿No indicaba que al escuchar la voz de la patria, hasta para ir á la muerte debía irse cantando?

Al pié de la guillotina depositó la primera carreta sus cuatro víctimas. Se abrazaron como símbolo de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte.



El manuscrito.

(Continuación)

¡Ay! nada tengo que describirte sino ejecuciones: la de los girondinos resonó en Arcis-sur-Aube, pero no fué suficiente para sacar de su entorpecimiento á Danton.

Su jóven esposa estaba en cinta, y me escribía que su marido pasaba algunas noches dos y tres horas asomado á la ventana de su dormitorio, contemplando el campo, preocupado y pensativo.

Allí con los ojos fijos en el cielo, escuchando los rumores de la noche, aspirando la brisa, Danton, cuya religion no era sino el panteísmo, parecia prepararse á devolver á la naturaleza los elementos que de ella habia recibido.

El 3 de Diciembre apareció de nuevo fortalecido por la soledad y el reposo.

Habló en la tribuna con más elocuencia que nunca; pero nadie comprendió de lo que habia hablado. Apenas se fijaron en qué se habia presentado de nuevo en la Convencion.

El *Monitor* tenia orden de no publicar su discurso.

Encontró el vacío en torno suyo; sus más íntimos y fervientes amigos se habian unido con Robespierre; solo dos continuaban siéndole fieles; Bourdon de l'Oise y Camilo Desmoulins.

Recordarás aquel grito que lanzó Camilo cuando sentenciaron á los girondinos:

—¡Desgraciados! ¡Yo les he perdido!

El club de los jacobinos le pidió cuenta de aquellas palabras: Camilo escribía bien, pero hablaba mal. Era tartamudo, y Robespierre contaba con que tartamudeando no seria fácil que pudiera hacerse comprender muy bien.

Pero hé aquí que para hacer frente al defecto que le habia dado la naturaleza, su corazon le otorgó el poder de las lágrimas.

—Sí; exclamó; sí, lo repito, me he equivocado. De los veintidos, siete eran nuestros amigos. ¡Ay! Sesenta amigos asistieron á mi boda; todos han muerto; no me quedan más que dos; Robespierre y Danton.

El discurso de Danton, que no habia sido ni fué impreso en el *Monitor*, era una especie de abdicacion de toda idea sin pretension política.

Dijo, lo que era verdad, que los dos años de lucha que habia sostenido no le dejaban ni orgullo, ni veleidad, ni vanidad. Lo mismo que Camilo, se unió á Robespierre, haciéndose subalterno suyo.

Su discurso concluia diciendo:

—Dios quiera que la república pueda hacer un día gracia á sus enemigos, como la hizo Enrique IV.

Dos ó tres dias despues pidió Robespierre con voz llorosa quinientos mil francos para los indigentes.

Cambon, el verdadero ministro de Hacienda, el dantonista Cambon, que sentia tanto entregar dinero, contestó bruscamente:

—Quinientos mil francos no es bastante; te ofrezco diez millones.

Los diez millones fueron discutidos y votados.

En fin, llegó el 26 de Diciembre; Robespierre reclamó en la Convencion que se activasen las sentencias revolucionarias.

Un partidario de Danton subió á la tribuna pálido y trastornado, diciendo:

Se va á guillotinar á un inocente, y esta es la prueba.

Se necesitaba ya retroceder hácia la clemencia de tal modo, que la Convencion votó una próroga, y más de veinte diputados se lanzaron fuera de la sala, unos para correr al palacio de Justicia,

otros á la plaza de la Revolucion, para impedir que se ejecutara á un *inocente*.

Esto dió esperanzas á los dantonistas y fueron más allá de lo que hubiera deseado Danton.

Bourdon de l'Oise, javalí con pelo rojo, dejó caer toda la responsabilidad de las precipitaciones sobre el agente público del comité de salvacion, Héron, agente secreto de Robespierre.

El immaculado, el puro Robespierre aparecia como ajeno de todo; no tenia relacion con la policia ni conocia á Héron.

Pero desde la casa en donde estaba el comité de salvacion pública, habia un corredor que comunicaba con Tullerías.

Allí era en donde los agentes de Héron iban á entregar á Robespierre los paquetes sellados para ponerle al corriente de todo.

Con frecuencia solian llevarle tambien pliegos de igual clase las niñas, las que los entregaban á las hijas de Duplay el carpintero, y allí los encontraba Robespierre al volver á su casa.

Una vez que concedia su confianza á una persona, la sostenia hasta la imprudencia, y esto aseguraba la impunidad á Héron, haciéndole insolente hasta el punto de insultar á los diputados.

Como habia muchos que tenian motivos de queja contra él, la proposicion de Bourdon de l'Oise fué aceptada; la Asamblea votó la prision de Héron.

Entonces se presentaron todos los robespierristas, los que habian recibido de su jefe la palabra orden. Aquella determinacion fué votada en su ausencia, y por consiguiente, si se llevaba á efecto Robespierre estaba perdido, ó por lo ménos cruelmente herido.

Primero pidió Couthon á la Asamblea que no retirase su confianza al comité de salvacion pública. Despues Moise Bayle probó que en varios asuntos habia dado Héron prueba de destreza y de astucia, y por último Robespierre, que hizo alardes de enternecimiento, que habló de las almas sensibles y de su ambicion para obtener la palma del martirio.

La prision de Héron fué revocada.

Si Héron hubiera sido preso, nuestro amigo Danton hubiera ocupado el puesto de Robespierre.

Bruné, el amigo íntimo, hombre determinado, hubiera puesto la mano sobre los satélites de Héron. Westermann daria de sablazos á Henriot, y sublevaria los arrabales con su amigo Santerre.

Entonces hubieran impuesto á Danton, el hombre popular por excelencia y que era deseado por la Convencion.

Pero salvado Robespierre, Danton estaba muerto.

Robespierre se habia visto al borde del abismo, y queria colmarlo con los cadáveres de los dantonistas.

Al verle pálido y tembloroso por el choque que habia recibido, Billaud le tomó la mano y le dijo en voz baja:

—¿Se necesita matar á Danton, no es cierto?

Robespierre hizo un movimiento de sorpresa por el atrevimiento de aquellas palabras.

—¡Cómo! dijo fijando sus ojos en los de Billaud; ¿asesinariais á los primeros patriotas?

—¿Por qué no? contestó Billaud.

—¿Pero vos? preguntó Robespierre.

—Sí; yo.

Robespierre mandó llamar á San Justo y á Couthon, y les dijo que habia quejas contra la inmoralidad y la corrupcion de Danton.

Couthon y San Justo lo celebraron.

Se dirigieron al comité de salvacion pública, en donde se empezó á hablar.

Lindet, empleado en las oficinas, avisó á Danton.

Danton se encogió de hombros.

—Pues bien, dijo, no importa; prefiero ser guillotinado más bien que guillotinator.

Al indicarle que apelara á la fuga, respondió:

—¿Creeis que se puede llevar á la patria en la suela del zapato?

—Por lo ménos ocultaos, le dijo.

—¿Se puede ocultar Danton?

Efectivamente, era difícil esconderlo.

De tal modo, que antes de que supiera que estaba juzgado preparaban un cementerio nuevo para él.

Sin embargo, Danton tenia el presentimiento de lo que iba á suceder. Danton nos refirió que al salir del palacio de Justicia con Soubervielle, jurado del tribunal revolucionario, y con Camilo en una de esas noches oscuras, sombrías y frias que inspiran siniestros pensamientos y que hacen desbordar los secretos del alma, se detuvo en el puente Nuevo y contempló el agua melancólicamente.

Soubervielle se acercó á él.

—¿Qué haces? le preguntó.

—Mira, ¿no te parece que el rio tiene color de sangre? dijo Danton.

—Verdad es, contestó Soubervielle; el cielo está rojo y detrás de esas nubes se ocultan lluvias de sangre.

Danton se volvió apoyándose en el parapeto.

—¿Sabes que al paso que van, dentro de poco no habrá seguridad para nadie? Los patriotas más fieles se verán confundidos con los traidores; la sangre que viertan los generales en los campos de batalla no les dispensará de verter el resto sobre el patíbulo; estoy cansado de vivir.

—¿Qué quieres, dijo Soubervielle, esas gentes empezaron por pedir jueces incorruptibles y acepté el puesto de jurado; pero ahora no quieren más que verdugos complacientes. ¿Qué puedo hacer? No soy más que un buen patriota ignorado y desconocido. ¡Ah, si yo fuera Danton!

Danton le puso la mano sobre el hombro.

—Danton duerme, dijo, calla; despertará cuando sea tiempo; todo esto empieza á causarme horror.

Soy un hombre de revolucion; no soy sanguinario... Pero tú, añadió dirigiéndose á Camilo, ¿por qué guardas silencio?

—¡Estoy cansado del silencio!... respondió Camilo; me pesa la mano; algunas veces he deseado tornar la pluma en puñal y dar de puñaladas á esos miserables. Mi tinta es más indeleble que su sangre; su mancha es inmortal.

—¡Bravo, Camilo! replicó Danton; empieza desde mañana. Tú has lanzado á la revolucion, á tí te toca contenerla; y descuida, mi mano te ayudará; ya sabes que es fuerte.

Tres dias despues apareció *El Viejo Franciscano*.

Hé aquí lo que decia al dia siguiente del encarcelamiento de Fabre de Eglantine, amigo de Camilo, en su número 6:

«Considerando que el autor de *Filinta* acaba de ser conducido al Luxemburgo antes de llegar al cuarto mes de su calendario; queriendo aprovechar el momento en que todavía tengo pluma y tinta y los piés en los morillos, voy á publicar mi fé política, en la que he vivido y moriré, sea por un cañonazo, sea por el puñal, sea con la muerte de los filósofos, como decia el compadre Mathieu.»

Este número violento anunciaba otro más violento todavía.

Ví que Camilo se perdía, y no olvidando que era uno de tus amigos á quien me habias legado y que me acogió á mi llegada á París, corrí á la calle de la Comedia Antigua, en donde Lucila me habia recibido varias veces en tiempos del poder de Danton y de Camilo, y en donde sus amigos aterrados iban á rogar á Desmoulins que se detuviera en la pendiente si todavía era tiempo.

Allí estaba un oficial muy patriota llamado Brune, el que me pareció atrevido. Almorzaba con Camilo y le recomendaba la prudencia. Pero Camilo se habia lanzado y miraba como una cobardía retroceder.

Le llevaron las pruebas, las corrigió con serenidad y continuó almorzando, diciendo:

—Milagro, ¡esta noche ha muerto un hombre en su cama!

Y despues, viendo que Brune se encogia de hombros,

—*Edanus et bibamus*, añadió en latin para que Lucila no lo entendiera, y creyendo que yo no le comprendia, continuó:

—*Cras enim moriemur*.

Me acerqué á Lucila, que estaba preparando el chocolate, y le dije lo que acababa de oír.

—Dejadle, dejadle, me respondió; que cumpla su mision; él salvará la Francia; aquellos que piensen de otro modo no probarán mi chocolate.

El sitio en que debian enterrar á Danton estaba elegido; no faltaba más que prenderle.

Camilo añadió la última gota que faltaba para que rebosara la copa, pidiendo un comité de clemencia. El 28 de Marzo nos avisó Danton que comía con Robespierre; algunos amigos de ambos habían hecho un esfuerzo postrero para reconciliarles.

Resolví permanecer en Sevres aquella noche para tener noticias de aquella reunion, cuyo pretexto era la comida.

Esta tenía lugar en casa de Panis, en Charenton.

Danton regresó á la una de la madrugada.

—¿Qué hay? dijimos al verlo entrar en casa.

—Nada, contestó; con ese hombre es imposible; no es un hombre; es un espectro.

No se sabe cómo atacarle ni por qué lado sorprenderle; no tiene nada de humano, y creo hemos quedado más enemigos que antes.

—Pero, en fin, dijo la esposa de Danton, ¿qué ha pasado? Dános más pormenores.

—¿Para qué? ¿Sé yo lo que allí han dicho? ¿Acaso se puede sacar algo en limpio de las palabras de Robespierre? Recriminaciones de ambos: me ha echado en cara Setiembre, como si no supiera que fué Marat el autor.

Yo le reproché Lyon y Nantes; de modo que en resumidas cuentas nos hemos separado peor que nunca.

Al día siguiente se esparcía el rumor de lo que había pasado.

Robespierre le dijo á Panis:

—Ya lo ves; no hay medio de atraer á ese hombre al partido del gobierno: dentro de él le corrompe; fuera, amenaza. No tenemos fuerza bastante para despreciar á Danton y somos demasiado animosos para temerle. Queremos la paz; el quiere la guerra, pues la tendrá.

Los amigos de Danton corrieron á Sevres suplicándole que conjurase la tempestad que se preparaba y suplicándole que resistiera.

—La Montaña es tuya y el carnicero Legendre; le dijeron unos.

—Las tropas son tuyas; dijo el alsaciano Westermann.

—La opinion pública está á favor nuestro, añadió Camilo Desmoulins, que á través de los números de *El Viejo Franciscano* sentía palpitar el corazón de la Francia.

Pero Danton no contestó á sus amigos más que con una sonrisa de indiferencia y de orgullo, diciendo:

—No se atreverán á un ataque contra mí; soy más fuerte que ellos.

Al día siguiente, el 31 de Marzo á las seis de la mañana, le prendieron á él y á sus amigos.

A quien más cruelmente hirió el encarcelamiento fué al infeliz Camilo.

Los gendarmes entraron en su casa para prenderle en el mismo momento en que rompía el sobre de una carta que empezaba con estas palabras:

«Tu madre ha muerto.»

Al mismo tiempo supo que Danton estaba preso.

—Está bien, dijo; iré á donde vaya él.

Abrazó á su hijo Horacio, que dormía en su cuna, y se entregó á los gendarmes.

Le condujeron á la cárcel del Luxemburgo, y llegó cuando llegaba Danton.

Ambos entraron juntos, y el primero á quien vieron fué á Hérault de Séchelles, quien aguardando la muerte jugaba á los bolos con los hijos del portero.

Al ver á Danton y á Camilo Desmoulins corrió hácia ellos y los abrazó.

Al esparcirse por Paris la noticia de su prision, causó una consternacion general.

El manuscrito.

(Continuación.)

Camilo Desmoulins era el más desgraciado y estaba como un loco.

Lloraba, se daba la cabeza contra la pared y llamaba á Lucila.

—¿Para qué sirven esas lágrimas? le dijo Danton; nos mandan al patíbulo, pues vamos alegremente.

Una voz les interrogó desde un calabozo inmediato.

Era la de Fabre de Eglantine.

—¿Quién eres, infeliz, preguntó, pobre desgraciado, que así te lamentas?

—Soy Camilo Desmoulins, contestó el preso.

Entonces se ha efectuado la contrarrevolucion, pensó Fabre de Eglantine.

Al entrar en el Luxemburgo y al pasar debajo del arco, que solo para morir se volvía á ver, Danton bajó la cabeza y murmuró:

—En esta época hice constituir el tribunal revolucionario; pido perdón á Dios y á los hombres.

El 2 de Abril, á las once de la mañana, condujeron á los acusados delante del tribunal.

Luisa, la esposa de Danton, estaba en cinta y no tuvo valor para asistir.

En la causa figuraban también dos ó tres hombres manchados por sus estafas, para que el público creyera cómplices de aquellos miserables á Danton, Camilo Desmoulins y Herault de Séchelles.

Al ver á Danton entre aquellos dos ladrones, Delaunay y Despagnae, el escribano no pudo contenerse; arrojó la pluma y fué á abrazar á Danton.

—Vuestra edad, vuestro nombre y el lugar de residencia, preguntaron.

—Soy Danton, contestó: tengo treinta y cinco años, y mi residencia será mañana la nada y mi nombre quedará en el panteón de la historia.

La misma pregunta le fué hecha á Camilo Desmoulins.

—Soy Camilo Desmoulins, y tengo treinta y tres años; la edad de Jesucristo.

Desde que estaba en la cárcel habia escrito Camilo dos cartas á su esposa, las que habia recibido Lucila.

Medio loca de dolor, andaba errante por los contornos del Luxemburgo, y Camilo, pegado á las rejas, procuraba verla, no pensando más que en ella y en la muerte.

Lucila se dirigió á Robespierre; le escribió recordándole que Camilo habia sido su amigo, y que Robespierre asistió como uno de los testigos á su enlace. Robespierre no contestó.

Entonces la jóven fué á ver á la esposa de Danton; queria que la acompañara en casa de Robespierre y que las dos, de rodillas, le pidieran la vida de ambos esposos.

La esposa de Danton no accedió.

—Aunque estuviera segura de salvarle, dijo, no cometería esa bajeza. El que se llama Danton puede morir, pero no debe envilecerse.

—Sois más grande que yo, dijo Lucila, y se marchó desesperada.

Inútil es hacer mención de su sentencia.

A las cuatro se presentaron los criados del verdugo para atar las manos de los sentenciados y cortarles los cabellos.

Danton les dejó ejercer su oficio y despues se miró en un espejo.

—Han conseguido ponerme más feo que de costumbre, dijo; felizmente que así no me presentaré delante de la posteridad.

Camilo Desmoulins no habia creído nunca que consintiera su muerte Robespierre; así es que, al ver entrar á los criados del verdugo, se entregó á un terrible acceso de cólera.

No esperó á que se acercaran, sino que se lanzó sobre ellos y luchó como un desesperado.

Fué preciso que le arrojaran al suelo y que le sujetaran para atarle las manos y cortarle los cabellos.

Cuando tenia puestas ya las cuerdas, rogó á Danton que le sacara del pecho un rizo de los cabellos de Lucila y que se los pusiera en la mano, porque deseaba estrecharlos al morir.

En la carreta iban catorce.

Durante el trayecto, Camilo no hizo más que apelar al pueblo.

—Pueblo, gritaba, ¿no me reconoces? Soy Camilo Desmoulins, soy el que hizo el 14 de Julio, el que te dió la escarapela que ostentas.

A estos gritos contestaba la multitud con insultos, interin Danton, procurando tranquilizarle, decia:

—Muere sereno y no te ocupes de esa ruin canalla.

Cuando llegaron á la calle de San Honorato, frente á la casa del ebanista Duplay, en donde vivia Robespierre, vieron que puertas y ventanas estaban cerradas.

El pueblo redobló su gritería:

Pero Danton se puso de pié en la carreta, y todos callaron.

—Por muy escondido que estés, dijo, oirás mi voz: ¡Te arrastro, Robespierre! ¡Robespierre, pronto me seguirás!

Y Robespierre oyó aquellas palabras, y aseguran que dijo, bajando la cabeza:

—Sí; tienes razon, Danton; inocentes ó culpables, todos daremos nuestras cabezas por la república. La revolucion designará á los suyos más allá del patíbulo.

Hérault de Séchelles bajó el primero; pero antes se volvió para abrazar á Danton.

El ejecutor no lo permitió.

—¡Imbecil! dijo Danton, ¿cómo evitarás que dentro de poco se besen nuestros rostros en la cesta.

Camilo Desmoulins subió el segundo y recobró sobre el cadalso toda su serenidad, y mirando la cuchilla roja de sangre, dijo:

—Hé aquí el término del primer apóstol de la libertad.

Y despues, dirigiéndose al verdugo,

—Harás entregar, le dijo, á la madre de mi esposa los cabellos que encontrarás en mi mano.

Danton subió el último. Jamás se habia ostentado más altanero ni más imponente. Miró con desprecio al pueblo á derecha é izquierda, y le dijo al verdugo:

—Les enseñarás mi cabeza; vale la pena.

Al día siguiente fui á Sevres para unir mis lágrimas con las de la viuda de Danton, pero encontré cerradas puertas y ventanas; la pobre familia, decapitado su jefe, habia partido sin decir á dónde.

Me dirigí á casa de Lucila; habia sido presa aquella mañana.

Ocho dias despues subió á la guillotina.

La muerte me privó de la única amiga que me quedaba; Paris era para mí un desierto.

Entonces cruzaron por mi imaginacion las ideas más siniestras.

Por un momento tuve intencion de abandonar la Francia y salir para América para buscarte y llamarte en aquel nuevo mundo.

¡Ay! Una cosa, en la cual hasta entonces no habia pensado, me dió el último golpe.

Me quedaban solo algunos cientos de francos; no tenia para pagar el pasaje.

El manuscrito.

(Continuación.)

Desde aquel momento, considerándome sola, abandonada, sin noticias tuyas, sin tener la certeza de que vivías, caí en un entorpecimiento del que no salía sino para recaer en él.

Te he dicho que tenía una criada de pueblo, llamada Jacinta. Al día siguiente de la muerte de Danton me pidió licencia para ir á ver á una tía que tenía en Clamart.

Le concedí el permiso que deseaba, y sabiendo que no tenía á nadie para servirme más que á ella, dejó todo preparado para que nada me faltara durante aquellas veinticuatro horas que pensaba estar ausente.

Al día siguiente volvió mucho más pronto de lo que yo creía. Había sucedido en Clamart un acontecimiento extraño.

Cerca de las nueve de la mañana se había presentado un hombre, todavía joven, con la mirada extraviada y el traje destrozado á causa de una noche de marcha por entre espinos y zarzas.

Entró en el ventorrillo de *Puits-san-vin*, pidió de comer y comió ávidamente, lo que llamó la atención de los aldeanos que bebían á su lado y que formaban parte del comité revolucionario de Clamart.

Mientras comía se puso á leer, volviendo las páginas del libro con una mano tan blanca y tan cuidada que los *descamisados* que estaban allí no dudaron fuese un enemigo de la república.

Por consiguiente, los aldeanos le prendieron, y montado sobre un caballo viejo, á causa de que no podía andar un paso, le llevaron hasta la cárcel de Bourg-la-Reine.

Pregunté inmediatamente qué edad podría tener el prisionero. Jacinta me contestó que estaba tan extenuado por el cansancio

y las privaciones, que no era fácil adivinar su edad. Solo había oído decir que era uno de los que participaban de la proscripción de los girondinos y que había logrado fugarse.

Entonces sentí un dolor y una esperanza; pense si aquel proscrito serías tú, mi muy amado Jacobo. Mandé en busca de un carruaje, hice subir conmigo á Jacinta, y salimos para Clamart, pues aun cuando el preso ya no estaba allí, deseaba tomar todas las noticias posibles y no perder ningún detalle.

En Clamart empecé á dudar que fueras tú, porque las señas que me daban del preso distaban mucho de ser las tuyas.

Pero el sufrimiento causa tales estragos en nosotros, que continué tomando informaciones.

Cerca del anochecer llegamos á Bourg-la-Reine; el preso estaba en un calabozo y debía ser conducido á Paris al día siguiente.

Nos hospedamos en una fonda pequeña, en donde aguardé el día con impaciencia, sin acostarme y sin dormir. Allí se me confirmaron las noticias de que el preso andaba errante hacia cerca de un año, ya en Francia, ya en el extranjero, y que había sido preso cuando trataba de volver á Paris.

Se equivocaban; era precisamente en los momentos en que trataba de salir de Francia.

Al amanecer abrí la ventana. En el pueblo había un gran alboroto. Todos corrían hácia la cárcel.

Mandé á Jacinta para que se informase y viera lo que había sucedido. Jacinta volvió asustada.

El preso se había envenenado aquella noche y le habían encontrado muerto en la cama.

Interin sabía que estaba vivo, me habían faltado las fuerzas; pero al saber que había muerto, no vacilé un momento.

Al llegar á la cárcel supimos su nombre. Era un nombre que con frecuencia había oído pronunciar con respeto por Danton y por Camilo Desmoulins.

Se llamaba Condorcet.

Quise verle; entramos. Estaba tendido sobre la cama y parecía que dormía.

Era un hombre como de cincuenta y cinco años, casi calvo; una fisonomía serena, grave y llena de bondad.

Me incliné sobre la cama y le contemplé largo rato.

¡Aquella era la muerte!

Por segunda vez me acometió el deseo de morir. ¿No valía más aquel reposo que la vida agitada y sin esperanza que tenía? ¿Por qué continuar con ella? ¿Para saber un día u otro tu muerte como la esposa de Condorcet la de su marido?

El veneno que había usado era sin duda muy suave, puesto que le había dado la muerte de una manera tan tranquila.

La cantidad había sido muy pequeña, pues nos enseñaron la sortija en donde se había encerrado.

—¡Oh! ¿En dónde encontraría yo aquel veneno? ¿Por qué antes de separarme de ti no me habías preparado un anillo para el caso en que me viera separada de ti?

Me informé de si se había ofrecido alguna persona para velar al muerto: nadie había tenido la caridad de indicarlo.

Entonces pedí que me dejaran rezar al lado suyo.

Sabía que la esposa de Condorcet era joven y bella: sabía que tenía un niño y que amaba con profunda ternura á su marido, aunque podía ser su padre. Sabía que en la calle de San Honorato, núm. 352, tenía una tienda de ropa blanca.

Por encima de la tienda, en otro piso, hacia retratos, y de este trabajo y de la renta de la tienda vivía ella, una hermana enferma, su niño y una anciana criada.

Accedieron á mi deseo, y como el cadáver no debía enterrarse hasta el día siguiente, tomé una pluma y le escribí á la señora de Condorcet la siguiente carta:

«Señora:

»Soy una mujer que llora como vos al hombre de quien está separada tal vez para siempre. La casualidad me ha conducido »cerca del lecho mortuario de uno de los hombres más grandes de »nuestra época.

»No le nombro, señora; adivinareis de quién hablo. Os envío mi

»doncella y el carruaje que me condujo aquí y que os conducirá. »No debo tener el honor de cumplir con los últimos deberes para »con aquel por quien rezo en este momento.»

Entregué la carta á Jacinta y la dije la llevara á Paris á las señas que indicaba el sobre.

Partió.

Cerca del anochecer, los que habían acudido durante el día fueron desapareciendo poco á poco.

Tal es la influencia de la religion, que de aquellos hombres, entre los que había algunos groseros, no hubo ni uno que me insultara ni que se burlara de mí.

Cuando llegó la noche se presentó el carcelero con dos velas, las que puso sobre la chimenea, y me preguntó si se me ofrecía algo.

Pedí una taza de caldo, me la sirvieron y me quedé sola.

¿Quién ha podido decir, amado Jacobo, que la muerte es aterradora? Cuando el amor, que es el alma de la vida, desaparece por el horizonte como el sol cuando se pone, entonces la existencia no es más que una noche sombría, y la noche es hermana de la muerte.

Por consiguiente, durante aquellas cinco ó seis horas que velé al lado de un cadáver, tomé esta resolución:

Tengo dinero para dos meses, poco más ó menos: no quiero mendigar, no sé trabajar. Viviré estos dos meses, durante los cuales tal vez permita la Providencia que reciba noticias de mi amado.

Si dentro de dos meses no he sabido nada, como la muerte por hambre es demasiado dolorosa, iré á la plaza de la Revolucion, y gritaré:

—¡Viva el rey!

Y tres días despues habré concluido, y dormiré tan tranquila y tan impasible como ese cuerpo, cerca del que he pasado toda la noche.

¡Ay! amigo mio, cuanto más contemplaba ese cadáver, más me engolfaba en la fatal creencia de la nada.

Ese cadáver era el de un hombre de talento, de un hombre de bien, de un hombre religioso y bueno. Si alguna vez un alma emanada de la esencia celeste ha morado en un cuerpo, era aquella.

Cuántas veces durante aquella larga velada, sola con él, en medio de la soledad, del silencio, cuando solo yo velaba en la cárcel y tal vez en el pueblo, cuántas veces le dije: Cadáver, ¿qué has hecho de tu alma?

Me parecía que el alma, al ser invocada en la hora solemne de la noche, daría alguna señal de vida: lo que no contesta no tiene vida.

Si el alma debiera contestar, hubiera contestado á Shakespeare cuando interrogaba á la muerte por boca de Hamlet.

Nunca podría dirigírsele un apóstrofe más sublime, una súplica más ferviente que la que él dirigió á la muerte.

¿Qué hizo Shakespeare? Viendo que la muerte era muda, envió á Hamlet para que buscara en la tumba el secreto de la muerte.

Este secreto era la nada: si el hombre ha pasado una vida de pesares y dolores, alentado por esa esperanza vaga y frágil, y la ve desaparecer con el último suspiro para caer en esa noche sin recuerdos, sin luz, sin eco, de donde salió el día en que vió la primera luz, entonces, ¿qué sería de nuestros proyectos, mi amado Jacobo, de pasar la vida eterna unidos? Después de las ilusiones del tiempo perdido, vendría la pérdida de las ilusiones de la eternidad.

¡Y si se comprendiera la intencion del Señor, al dejarnos en esa duda! Pero no, sus actos son incomprensibles, como lo es Dios mismo.

¡Cuando un rey envía un mensajero más allá de los mares, le dice el objeto de su mensaje temiendo se estravie!

Cuando Luis XVI envió á Laperouse á Oceanía, le trazó el camino que debía seguir en aquel mundo desconocido.

Laperouse ha muerto; pero si hubiera vivido hubiese sabido á lo que iba y lo que debía alcanzar.

Mil veces más tempestuoso que el Océano indio es el Océano de la vida, y no nos dicen lo que debemos hacer, ni lo que sucederá cuando una tempestad nos destruya.

Los talentos más privilegiados, creados por ese Dios mudo é invisible, hacen esa pregunta desde hace seis mil años ó más, ya se hayan llamado Homero, Moisés, Solon, Zoroastro, Esquilo ó Con-

fucio, Dante ó Shakespeare; esa pregunta, dirigida al cadáver de un hermano, de un amigo ó de un extraño, es la misma que yo he dirigido á este cadáver, que por lo mismo que ha buscado á la muerte debía estar más dispuesto á responderme, y sin embargo, ni una fibra, ni un músculo se ha estremecido para contestar si ó no.

¡Oh! amigo mio; cuando estaba á tu lado creía, porque la fé va siempre de acuerdo con la esperanza, con el amor, con la alegría.

Pero hoy, lejos de tí, asiada en mi soledad, con mis pesares, ni aun dudo. Solo creo en la ausencia del mal y del bien, en el eterno descanso, en la disolucion de nuestro sér, que se efectúa en el seno de la ignorante naturaleza, que produce sin preferencia el árbol venenoso y la planta salutífera, el perro que acaricia á su amo, y la víbora que muerde al que la ha calentado en su seno.

A las tres de la mañana escuché el ruido de un carruaje que rodaba por las calles del pueblo, y que por último se detuvo en la puerta de la cárcel.

Llamaron; las puertas se abrieron, y conducida por el carcelero y por Jacinta, vi entrar á la señora de Condorcet.

El primer movimiento fué arrojarse loca de dolor sobre el lecho en donde estaba el cadáver de su marido.

Aproveché aquella desesperacion para deslizarme fuera de la habitacion, bajar á la calle y alejarme precipitadamente.

A las seis llegué á mi casa, me acosté y me dormí profundamente.

Habia tomado mi resolucion.

XVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Al despertarme, fué mi primera ocupacion contar el dinero que me quedaba.

Tenia doscientos diez francos en plata, treinta ó cuarenta mil francos en papel, pero la cuenta era la misma, porquesi un pan costaba doce sueldos en plata, se pagaba ochenta francos en papel.

Debía un mes á Jacinta; la pagué este y dos más adelantados; se tenta y cinco francos.

Me quedaban ciento treinta y cinco francos.

Nada dije á la pobre muchacha de mi resolucion, y continué vi- viendo lo mismo que de costumbre.

¡Ay! nadie vivía como acostumbraba.

Habíamos llegado, no á la eterna noche, pero al crepúsculo de ella: 93 era un volcan, pero su llama era la luz. En aquella época se vivía ó se moría: hoy se agoniza.

Gritaban en las calles: *El Amigo del Pueblo.*

El Amigo del Pueblo ha muerto.

Gritaban: *El Padre Duchesne.*

El Padre Duchesne ha muerto.

Gritaban: *El Viejo Franciscano.*

El Viejo Franciscano ya no existe.

Se decía: ¡Ahí va Danton! Y corrían para ver á Danton.

Pero despues decían: ¡Ahí va Robespierre! Y se cierra la puerta para no ver á Robespierre.

Le ví por primera vez y le reconocí enseguida.

Habia ido al cementerio Monceaux, no diré á rezar en las tum-

bas de Danton, de Camilo Desmoulins y de Lucila, pero sí á consultarles.

Creía que los sepulcros de los tribunos serian más elocuentes que el cadáver de un filósofo.

No solo la muerte es la noche, sino tambien el silencio.

Las fosas de nuestros amigos están cerca de la tapia que separa el cementerio del parque de Monceaux.

Oí hablar del otro lado de la cerca, y tuve la curiosidad de saber quién se atrevía á turbar con su voz el reposo de los muertos.

La cerca está muy baja y una piedra que se habia caído me permitió mirar, y entonces ví á Robespierre.

Decían que todos los dias necesitaba un paseo de dos horas, y que habia escogido para eso el parque reservado de Monceaux.

¿Ignoraba que la muerte estaba á dos pasos de él?

¿Ignoraba que una cerca le separaba del árido recinto, del lecho de cal viva y devoradora en donde dormían Danton, Camilo Desmoulins, Herault de Séchelles y Fabre de Eglantine?

¿Era un reto que lanzaba á los muertos, como se lo habia lanzado á los vivos?

Caminaba muy de prisa, de tal modo que los que le acompañaban apenas podían seguirle.

Estenuado, delgado, con los músculos del rostro agitados y guiñando los ojos, ¿á dónde iba? ¿Cuándo se detendría?

Ya era tiempo. Viendo todos los dias guillotinar mujeres y niños, se ha perdido el miedo á la guillotina.

El periódico de Proudhom era el único que existía; despues de haber cesado de publicarse, volvió á aparecer, y refería en uno de sus números que al volver un curioso de presenciar la ejecucion de algunos sentenciados, le preguntó á su vecino:

—¿Qué haría yo, amigo mio, para que me guillotinaran?

¡Oh! ¡mi amado Jacobo! He llegado á la actualidad en mi manuscrito; pues al hablar del periódico de Proudhom, recuerdo que hace algunos dias contaba que un sentenciado leía en un libro cuando le llamaron. Interin le cortaron el cabello, continuó leyendo, y fué así hasta la guillotina, y al pié de ella puso una señal, dejó el libro

sobre el asiento de la carreta y entregó sus manos para que las ataran.

Anteayer me refirió Jacinta que cinco prisioneros se escaparon de manos de los gendarmes, no para huir, sino para asistir una vez más al teatro de Vaudeville.

Uno de ellos regresó al tribunal revolucionario, preguntando:

—¿Sabeis á dónde están mis gendarmes? Se han extraviado.

Encontraron á un hombre dormido en una tribuna de la Convencion.

—¿Qué haceis aquí? le preguntaron.

—Vine para asesinar á Robespierre, pero estaba hablando y me dormí.

He recibido la visita de la esposa de Condorcet, quien deseaba darme las gracias.

Es una figura virginal, que Rafael pudiera haber escogido como tipo de la metafísica. Tiene treinta y tres años: primero ha sido canonessa. Condorcet no habia sido preso por acercarse á ella; al contrario, se alejaba. Habia estado oculto en la calle de Servandoni, á donde, temerosa y asustada, iba una vez por semana á ver á su esposo.

El temió por los riesgos que corria su mujer. Por Cabanis se habia procurado un veneno activo, y como yo, habia fijado un término á su suplicio.

Deseaba terminar su libro *El progreso del ingenio humano*. El 6 de Abril escribió la última página por la noche, y á la madrugada partió.

No llegó muy lejos, como hemos visto. En Clamart fué conocido y en Bourg-la-Reine se envenenó.

Esta pobre esposa, *triste hasta la muerte*, como dice el Evangelio, estaba destinada á procurarme un momento de alegría.

Me dijo que sabia existian aun cuatro girondinos ocultos, dos en Burdeos y dos en la gruta de San Emilion.

Ignora su nombre; si recibe noticias me las comunicará.

¡Oh! ¡mi amado Jacobo! ¿No podria dar la casualidad que fueses uno de ellos?

De aquí á un mes ó dos, todo puede cambiar. Se ódia mucho á Robespierre, te lo aseguro.

Desde la muerte de Danton todo recae sobre él. No se olvida que apeló á la clemencia, y que esa fué la causa de la muerte de nuestros amigos, lo que les abrió la tumba.

Robespierre ha hecho morir á las mujeres; por ellas morirá, no materialmente como Marat por Carlota Corday, pero moralmente.

La muerte de Carlota Corday, serena, intrépida, sublime, fundó una religion, la de la admiracion.

La de la Dubarry, infeliz criatura que gritaba sobre el patíbulo: «Señor verdugo, todavía un momento, un instante todavía,» fundó la religion de la piedad.

Pero la ejecucion de la pobre Lucila ha causado más efecto aun. No hay una criatura humana, pertenezca á una ú otra opinion, que no haya sentido desgarrársele el corazon con su muerte.

¿Qué delito habia cometido? Querer salvar á su amado, á su esposo.

Andar errante alrededor de la cárcel, haber llorado, rogado, suplicado: haber escrito á Robespierre:

«Me habeis amado, habeis querido enlazaros conmigo.»

Tal vez fuera ese el crimen, sobre todo si Cornelia Duplay leyó la carta.

En la muerte de Lucila todos han exclamado:—¡Ah! esto es demasiado.

Aquí tienes la prueba de lo que te decia, amado Jacobo. Ya he dicho que la esposa de Condorcet tiene una tienda de ropa blanca, y además su estudio de pintura, cerca de la casa que habita Robespierre.

Un tumulto espantoso y un ruido inmenso la hicieron asomar á su ventana.

El alboroto era delante de la casa del carpintero Duplay.

Hé aquí lo que había sucedido: Una jóven realista, hija de un papalista de la Cité, se había presentado por tres veces en casa de Robespierre.

A la tercera, Cornelia Duplay concibió sospechas por tal insistencia; llamó á los oficiales de la carpintería y prendieron á la jóven.

En una cesta llevaba dos cuchillos pequeños.

Interrogada por su insistencia, no contestó más sino que deseaba ver cómo era un tirano.

Ha sido conducida á la Fuerza, y formará parte de la *hornada* que se prepara para la guillotina con el nombre de asesinos de Robespierre.

Por la noche han pedido los jacobinos Legendre y Rousselin, sollozando de temor, que se ponga una guardia á Robespierre.

Por eso cuando un hombre está condenado, y él lo está, se renunen amigos y enemigos para acabarlo de perder.

La pobre y jóven Renaud, su enemiga, le llamaba tirano y quiere matarlo. Rousselin y Legendre le han proclamado tirano al pedir guardia para él.

He pasado toda la noche pensando si, puesto que estoy decidida á morir, no sería mejor utilizar mi muerte.

Segun he oido, trata de hacer una gran solemnidad, una gran fiesta al Sér Supremo, en la que se simbolizará á sí mismo como redentor del mundo.

No tiene bastante ese hombre con ser amo, que quiere ser Dios.

Me pregunto á mí misma si no sería un sublime ejemplo el de herirle en medio de su triunfo.

Pero si este era un ejemplo grande, ¿por qué no le da Dios mismo?

Puesto que un hombre así existe, es que Dios permite su existencia, y al permitirle será porque le sirva para sus planes secretos é incomprensibles.

¿Vivirá como instrumento del castigo divino?

No; porque en ese caso solo castigaria á los malvados; no, porque libertaria á las mujeres y á los niños.

¿Vivirá por olvido ó por indulgencia?

En ese caso, ¿será el hombre el que deba reparar las flaquezas de Dios?

No; no, amado mio, no tengo el alma ni de Jaël, ni de Judit, ni de Carlota Corday. Prefiero presentarme á ese desconocido sér, que debe recibirme en la otra vida, con las manos limpias de sangre.

Tengo bastante con rendir cuentas de la vida.

La adelantada fiesta se ha efectuado. Jamás se ha visto el camino tan sembrado de flores, ni aun el dia del *Corpus*, cuando Dios lo recorria.

Se dice que ha concluido el reinado de sangre y que empieza el de la clemencia. ¡Robespierre ha oficiado como pontífice del Sér Supremo!

La guillotina ha desaparecido de la plaza de la Revolucion.

Sí, pero lo mismo que desaparece el sol para reaparecer al dia siguiente, así se ha ocultado en Occidente para reaparecer en Oriente.

Las ejecuciones de hoy más serán en el arrabal San Antonio; esto es lo que habrá adelantado París con la fiesta al Sér Supremo.

Las carretas no pasarán ya el puente Nuevo, la calle de Roule ni la de San Honorato.

Robespierre quiere condenar, pero no desea que los sentenciados, al pasar por delante de la casa del carpintero Duplay, puedan gritar como Danton:

—¡Te arrastro Robespierre! ¡Robespierre, me sigues!

Y sin embargo, se prepara una fiesta espléndida.

Cincuenta y cuatro personas en un dia, entre las cuales siete ú ocho mujeres jóvenes y bellas.

Si se retrasara un poco, tendria la esperanza de formar parte del cortejo.

Cada dia se refieren hechos horrorosos, que hacen desbordar la cólera pública como la lava de un volcan.

He aquí lo que pasó ayer en Plessis:

Un condenado llamado Osselin, nombre tristemente célebre, al ser llamado para subir en la fatal carreta se hundió un clavo en el corazón.

Le cogieron y le arrastraron. El hundía el clavo cada vez más, pero sin conseguir matarse.

Los carceleros tenían lástima y le impulsaban hacia atrás, diciendo:

— ¡Está muerto!

Los criados del verdugo le arrastraban hacia delante, diciendo:

— ¡Vive!

Pudieron más. Le subieron en la carreta, la hicieron ir al trote y le guillotinaron vivo todavía.

¿No te parece, amado mío, que hechos de esa clase manchan y empañan la luz de Dios, y que se siente vergüenza de vivir aun después de haberlos presenciado?

Tengo intenciones de arrojar al Sena los dos ó tres luises que me quedan todavía y procurar concluir más pronto.

Me acostumbraré á la muerte hablando un poco del cementerio.

¿Recuerdas, mi Jacobo, amado mío, la magnífica escena de Hamlet, en la que los sepultureros se chancean unos con otros, y uno de ellos pregunta cuál es el momento más duradero, y que viendo que su interlocutor se estravia cada vez, exclama:

— ¡Imbecil! es la fosa, puesto que solo el juicio final podrá destruirla?

Pues bien, amigo mío, en nuestra época, en la que no hay nada sólido, la fosa ha adquirido la fragilidad de todas las cosas humanas.

Esa piedad que había despertado la muerte de Lucila, y que hizo exclamar: «¡Ah! ¡esto es demasiado!» esa piedad se ha extinguido.

¿Cómo no había de suceder así?

Las carretas, hasta la muerte de Danton y de Lucila Desmoulins, contenían veinte ó veinticinco sentenciados: hoy contienen sesenta.

Es una enfermedad aguda, que se torna crónica.

La guillotina acostumbra servirse la comida de dos á seis de la tarde, y se acercan á verla como se visita á las fieras en el Jardín de Plantas.

A la una se ponen en marcha las carretas para llevarla el abasto.

En lugar de quince ó veinte bocados, tiene ahora cincuenta ó sesenta: el apetito se adquiere comiendo.

Es ahora como una rutina, como una máquina necesaria.

Fouquier-Tinville da vueltas á la rueda y se marea con ella.

Hace dos días propuso poner la guillotina en el teatro.

Pero todo esto aumenta los muertos y los cadáveres necesitan cementerios en donde reposar.

La plétora cadavérica ha empezado en la Magdalena.

Verdad es que el rey, la reina y los girondinos están allí.

Los vecinos han gritado: ¡bastante! y se ha cerrado el cementerio para abrir el de Monceaux.

Danton, Camilo Desmoulins, Lucila, Fabre de Eglantine, Héroult de Séchelles, etc., etc., etc., lo han inaugurado, y después, como no tiene más que 29 toesas de largo por 19 de ancho, se ha llenado al momento; la guillotina buscó otro sitio.

Se la concedió el cementerio de Santa Margarita, y con sesenta cadáveres diarios tardó poco en colmarse.

Hubiera habido el remedio de arrojar sobre cada muerto un pie de cal viva, pero estaban mezclados los muertos de los arrabales y los de la población, y se hubieran abrasado juntos.

Los arrabales tuvieron piedad de sus muertos, y no quisieron que se calcinaran; esto se comprende.

Transportaron los guillotinos á la abadía de San Antonio, pero á siete pies del suelo encuentran agua, y por consiguiente, todos los pozos del barrio podían envenenarse con facilidad.

Los hombres callan, pero la tierra habla; dice que la sobrecargan y que la arrojan más cadáveres de los que puede soportar y descomponer.

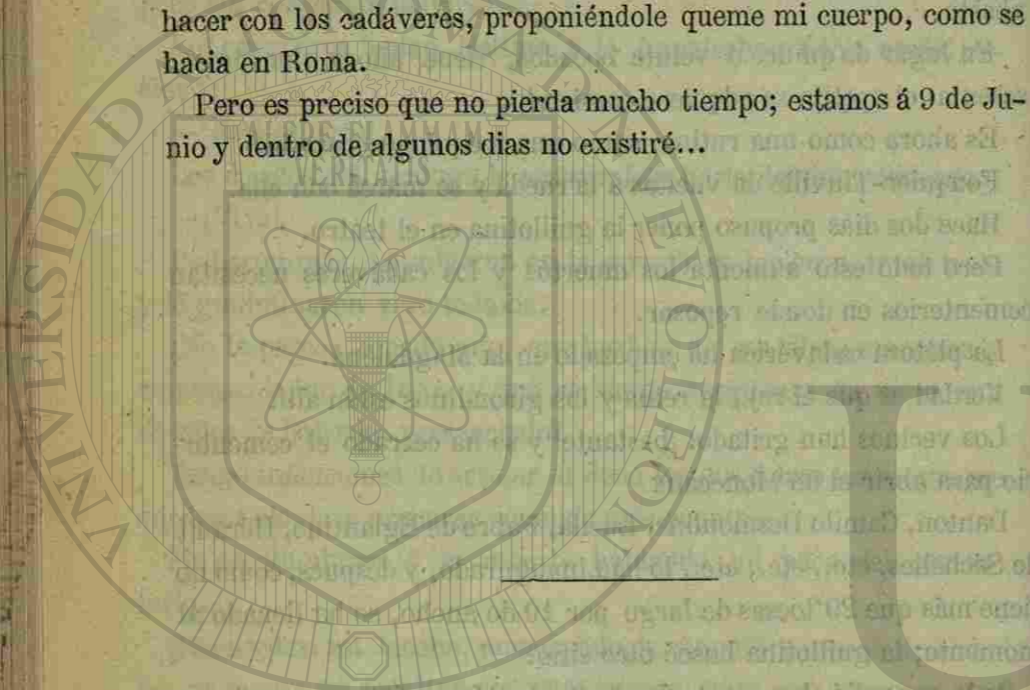
Te confieso, amado mío de mi alma, que cuanto más me acerco

al término de mi carrera, término que yo misma he fijado, más pienso en mi pobre cuerpo.

¿Qué dirá mi alma cuando despues de tantos cuidados flote en el aire y le vea, rechazado por la arcilla, fundirse y calcinarse?

Me ocurre la idea de escribir al municipio, el que no sabe qué hacer con los cadáveres, proponiéndole queme mi cuerpo, como se hacia en Roma.

Pero es preciso que no pierda mucho tiempo; estamos á 9 de Junio y dentro de algunos dias no existiré...



XIX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Más vale así; han vuelto á poner la guillotina en la plaza de la Revolucion. Eso me ha devuelto toda mi tranquilidad. Me contrariaba no morir en el sitio en donde han muerto todas las personas decentes.

Qué quieres, mi Jacobo, la sangre no puede desmentirse, y aunque no tenga ya ni mis propiedades, ni mis castillos, ni mis casas, ni mis granjas, ni mis cien mil francos de renta, no por eso de jo de ser la hija del marqués de Charelet.

Por lo ménos estoy tranquila en punto á la inmortalidad del alma. Puesto que Robespierre ha reconocido, en nombre del pueblo, que existe, existirá.

Un pueblo entero, tan inteligente como el nuestro, no hubiera reconocido una cosa por unanimidad si no hubiera tenido pruebas. ®

La fiesta de las camisas rojas se acerca; se dice será para el 17 de este mes; probablemente será el último espectáculo de esa clase que podré ver.

Los dos principales personajes de este drama son una madre y una hija; la señora y señorita de San Amaranto.

La madre es, segun dicen, viuda de un guardia de Corps, muerto el 6 de Octubre. La hija está casada con un hijo del Sr. de Sartines,

Estas dos señoras, realistas ambas, recibían mucha gente: vivían en la casa que hace esquina á la calle Vivienne.

En el salón donde se jugaba tenían varios retratos del rey y de la reina.

El hermano menor de Robespierre era uno de los que frecuentaban la casa. Te he indicado que se efectúa una especie de reacción contra Robespierre el mayor.

Prendieron á las dos infelices mujeres y á los que frecuentaban la tertulia.

Se creía que Robespierre el menor serviría de salvaguardia á las dos señoras, pero entonces su hermano se inclinaba á la clemencia, y eso por dos mujeres realistas.

Podía ensañarse la calumnia en aquel vasto campo.

Pero Robespierre no cayó en el lazo á pesar de su ternura por su hermano; ordenó que se sentenciara con ellas á la joven Renaud, la que se había presentado en su casa para conocer á un tirano, y al hombre que se había dormido en la tribuna pensando en asesinarle.

Además, siendo el padre de la patria, se convino en que la *horrida* de sus asesinos iría al cadalso con camisas rojas.

Debe ser una gran fiesta, mucho más cuando el 17 de Julio se concluyen mis recursos.

Amado mio; ayer he cumplido diez y siete años: durante diez años no he sido ni feliz ni desgraciada, puesto que no sentía júbilo ni tristeza: durante cuatro años he sido tan feliz como puede serlo una mujer: he amado y he sido amada.

Desde hace dos años mi vida se pasa en alternativas de esperanzas y angustias. Como jamás he hecho mal á nadie, no creo que Dios desea poner á prueba mi resignación, ni ménos aun castigarme.

Tal vez en estos momentos me valdría más, en lugar de la educación filosófica que de tí he recibido, haber sido instruida por un sacerdote en la religión católica, que dispone al cristiano á recibir el mal ó el bien bendiciendo y dando gracias á Dios.

Pero mi razón rechaza otro razonamiento que no sea este.

O Dios es bueno, ó es injusto.

Si es bueno, no puede enviar el mal; si es injusto, no hay nada que me pueda hacer creer que una injusticia proviene de un sér divino, celeste.

Prefiero, amado Jacobo, encerrarme en esa sublime filosofía que no admite un Dios personal, ocupándose de cada individuo en particular, cuando tiene que ocuparse del órden general y universal.

«Se necesita órden de Dios para que caiga un gorrion,» ha dicho Hamlet.

Pero Dios ha dicho: «Caigan los gorriones, y caen.»

Lo mismo nos sucede, mi inolvidable Jacobo, que á los gorriones.

Dios ha poblado nuestro globo con todas las razas vivientes, desde el monstruoso elefante hasta el invisible espíritu que nos anima; lo mismo ama á uno que á otro, y ha tomado sus medidas para la conservación de las razas.

¿Por qué cree la raza humana que tiene un Dios solo para ella? ¿Será porque es la más altanera, la más vindicativa, la más feroz, la más orgullosa?

Por eso se ha formado un Dios de los ejércitos, un Dios de las venganzas, un Dios de las tentaciones.

¿No ha introducido en sus oraciones esta blasfemia. *Ne nos inducas in tentationem?*

Dios, mi muy amado Dios fastidiado de su eterna grandeza, de su infinita majestad, y ocupándose ¿de qué?

De inducirnos á la tentación: eso es absurdo; eso es inaudito; eso es increíble.

Nos ordena que recemos por mañana y noche y que pidamos á Dios perdón de las ofensas; roguémosle que ante todo nos perdone las oraciones que encierran una ofensa á su augusto sér.

Tenemos además el orgullo de que nosotros, los pigmeos de la tierra, podemos ofender á Dios.

¿En qué? ¿Cómo? ¿Desconociéndole? Nosotros no le desconocemos, le buscamos.

Si hubiera deseado ser más conocido, se hubiera mostrado más.

¿Comprendes á Dios trasformándose en enigma y dándose á conocer al hombre en la eternidad?

Cada pueblo se ha creado un Dios, que solo es bueno para unos y que no sirve para los otros.

Los indostanos se han forjado un Dios con cuatro cabezas y cuatro manos, en las que sostiene la cadena del mundo, el libro de la ley, el punzon para escribir y el fuego del sacrificio.

Los egipcios se han hecho un Dios mortal, y cuya alma pasa á su muerte al cuerpo de un buey.

Los griegos se forjaron un Dios parricida, tan pronto cisne, tan pronto toro, y arrojando desde el cielo con el pié al único hijo legítimo que haya tenido.

Los judíos se han creado un Dios envidioso, vindicativo, que anega la tierra para que los hombres sean mejores y que comprende que son peores despues que anteriormente.

Los mejicanos son los únicos que han creído en un Dios visible; en el sol.

Nosotros los privilegiados de la creacion, tenemos al Hombre-Dios, el de la sana moral, el que nos ha dado una religion de amor, esperanza y abnegacion, de caridad y templanza, de justicia y bondad.

Pero esa religion, mi amado Jacobo, no observada en toda su pureza, desconocida para muchos y mal comprendida por los más, tiene por esto mismo poca fuerza para contener los crímenes que ella prohíbe, porque la sociedad carece de fé, de piedad y en la generalidad encierra la religion cristiana en algunas oraciones sin estudiarla ni profundizarla, y por consiguiente sin observar sus sublimes máximas.

Señor, Señor, en el momento en que me preparo á comparecer delante de vos, tal vez haria mejor rezando, humillándome, creyendo y sometiendo mi inteligencia á la fé, es decir, creyendo lo que no veo y rechazando como falso lo que veo.

Pero si me habeis dotado con la inteligencia, es para que me sirva; vos habeis dicho: La luz no se ha hecho para ocultarse; el sol es para alumbrar la tierra.

¡No, Señor, no; alma del mundo, no; creador de lo infinito, no; dueño de la eternidad, no; jamás podré creer que tu suprema aspiracion sea ser adorado vulgarmente, ni encerrado en el estrecho dogma de la creencia, cuando el universo entero no es bastante para contener tu grandeza!

Hoy es el dia en que se celebra la ceremonia roja en el altar de la Revolucion.

Ayer vino la esposa de Condorcet; tenia que hablar conmigo.

Yo habia ido á despedirme de mis tumbas en el cementerio Monceaux.

Hoy iré á las dos en casa de la esposa de Condorcet. Vive en la calle de San Honorato, 352. Allí estaré bien para ver pasar la comitiva.

Ahora, amigo querido, ignoro lo que sucederá; no sé si algun dia leerás este manuscrito, porque tampoco sé si vives ó si has muerto.

La señora de Condorcet es la única persona que conozco en el mundo de los vivos. Si solo estás proscrito y vuelves á Francia, sabrá al momento tu regreso, y entre sus manos deposito este manuscrito.

¿Podré continuarlo en la cárcel? ¿Podré repetirte hasta el instante en que suba á la fatal carreta, te amo? Sí.

Escribir que te amo, decir que te amo siempre me será posible, y la última palabra que pronuncien mis labios bajo la cuchilla del verdugo, y que esta cortará en dos, será: ¡Te amo!

Llevo conmigo el manuscrito: tal vez lo que la señora de Condorcet tiene que decirme sea importante, y en ese caso lo trascribiré.

Habia hecho muy bien al traer el manuscrito; de ese modo sabrás que busqué la muerte solo cuando habia perdido la última esperanza.

Ayer leyeron en la Convencion la siguiente carta, escrita por el agente de Robespierre en Burdeos:

«Burdeos 13 Junio.

»¡Viva la república, una é indivisible!

»Los dos girondinos que estaban ocultos en Burdeos han sido denunciados y presos; uno de ellos se ha dado de puñaladas y ha muerto en el acto.

»Los otros dos están en las grutas de San Emilion y se les caza con perros.»

«8 de la noche.

»Acabo de saber que han sido presos; desgraciadamente han ahogado á uno de ellos en la lucha.

»Los otros dos no han querido decir su nombre; son desconocidos en Burdeos.

»Mañana por la noche la guillotina hará justicia.

«Viva la república.»

Hace cuatro dias que se ha escrito esa carta: por consiguiente, han muerto ya.

Si fueras una de esas cuatro víctimas, ¿cómo no ha venido tu espíritu á decirme adios?

Despues de muerto has sabido en dónde estaba yo; los muertos lo saben todo.

O tú no eras ninguno de ellos, ó no existe el alma.

¡Oh! Yo, si vives, iré á darte el último adios en donde quiera que estés, no siendo que...

Ya llega el cortejo de los asesinos de Robespierre.

Verdaderamente es magnífico. ¡Cincuenta y cuatro camisas rojas! Diez carretas que han tardado dos horas en llegar de la Conserjería hasta la calle de San Honorato.

La casa del carpintero Duplay está cerrada, como el dia de la ejecucion de Danton y de Camilo Desmoulins.

Comprendo estuviera cerrada aquel dia, eran amigos; pero hoy, Robespierre, son tus asesinos. ¿Será que no estés seguro? ¿Que no crees lo son?

En ese caso tiende una cadena de un lado á otro de la calle y que esa comitiva de inocentes no vaya más allá.

¿No puedes perdonar una vez ya que asesinas diariamente?

Era buena ocasion para representar tu papel de Dios.

Vamos, soberano pontífice, extiende la mano y pronuncia el célebre *quos ego* de Neptuno.

¡Ah! Ahora la ofrenda era digna de la divinidad.

Te han espigado esa yerba humana en toda la escala social.

La de San Amaranto y su hija, los cuatro municipales, Marino, Loulés, Froidiez y Dangé, la señorita de Grand-maison, una actriz de los Italianos y Luisa Renaud, la jóven que deseaba conocer á un tirano.

Ya lo ha visto.

¡Pero y esa pobre niña de diez y seis años, esa infeliz Nicole, que no tiene más crimen que haber llevado la comida á su señora!...

¡Oh! ¡Esto es magnífico! La ejecucion durará cerca de una hora.

Además, hay cañones y soldados, de modo que no se ha visto un aparato igual desde la ejecucion de Luis XVI.

Adios, mi Jacobo; adios, amado mio; adios, mi vida; adios, mi alma; adios todo lo que he amado, todo lo que hubiera amado siempre...

¡Adios!...

Corro á ver todo eso y á dar mi maldicion á ese hombre...

El manuscrito de Eva.

*(Continuacion de hojas sueltas.)**Cárcel de la Fuerza 17 de Junio 1794 (por la noche.)*

Estoy en la cárcel de la Fuerza, en el mismo aposento que ocupó Vergniaud.

Referiré lo que ha sucedido.

Deseaba asistir á la ejecucion; bajé de casa de la señora de Condorcet y me coloqué delante de la carreta.

Un hombre con uniforme de general, cubierto con un sombrero con plumas, hacia un molinete con su sable para abrir camino á la carreta.

Era el general Henriot.

Me dijeron que solo en ocasiones solemnes era el proveedor de la guillotina.

El que me dió estas explicaciones era un hombre como de cuarenta y cinco años, ancho de hombros, y segun me parecia, muy conocido de la plebe, porque sin usar sus fuerzas hercúleas le abria paso la multitud y le saludaba.

—Caballero, le dije; tengo el mayor interés en ver lo que va á pasar: ¿me haceis el favor de permitirme que vaya al lado vuestro para que pueda aprovecharme de vuestra popularidad y de vuestra fuerza?

El desconocido me midió de alto abajo con una mirada bondadosa, y me dijo con amabilidad:

Todavía es mejor que tomeis mi brazo, pero no me llameis *caballero*, ciudadanita; es una asa que añadida al nombre trasciende á aristocracia para un hombre como yo. Tomad mi brazo, y si queis ver, podeis hacerlo mejor que nadie.

Me apoyé en su brazo; deseaba ver, pero sobre todo ser vista.

Me habia ofrecido lo que podia cumplir. A pesar de la multitud compacta que nos rodeaba, no nos cerraba el paso, y continuaba saludando á mi compañero, y al cabo de diez minutos nos encontramos en el mismo sitio en donde estuve con Danton el dia de la ejecucion de Carlota Corday, es decir, á la derecha de la guillotina.

Detrás de mí estaba la famosa estatua de la Libertad, modelada por el escultor David para la fiesta del 10 de Agosto.

¿Pero qué habia sido de las dos palomas que se refugiaron aquel dia en su regazo?

Las carretas se detuvieron segun el orden que llevaban desde su salida de la Conserjería y en medio de los gritos é injurias de la muchedumbre.

No habian colocado los sentenciados más ó ménos culpables antes ni despues como hacian generalmente; sabian que ese dia eran todos inocentes y que daba lo mismo unos que otros.

No puedes figurarte, amado Jacobo, el aspecto que presentaba aquella terrible carnicería.

Durante una hora, una hora eterna, interminable, funcionó la horrorosa máquina, cayendo la cuchilla cincuenta y cuatro veces, y cada vez extinguiendo una vida henchida de ilusiones y esperanzas.

Los verdugos estaban cansados ya: los pacientes les animaban.

Varias veces sentí que el brazo del hombre sobre el que me apoyaba se estremecía, y que cada vez que caia la cuchilla recorria su cuerpo un movimiento convulsivo.

Su rostro estaba sombrío y profundamente triste, y le oí murmurar:

—¡Oh, esto es demasiado; los hombres, pase; pero mujeres, mujeres, infelices!

Ya no faltaba más que la pobre Nicole, la jovencita de diez y

siete años, la desdichada artesana, cuyo solo delito era el haber llevado la comida á la señorita de Grand-maison.

El espía de la policía que habia ido á prenderla al sétimo piso en donde habitaba, y en el que solo habia un jergon, contaba que habia sentido agolparse las lágrimas á sus ojos y que le habia dicho al comité que era imposible hacer guillotinar á aquella niña.

Pero sus observaciones no se habian escuchado, y la juzgaron y la sentenciaron como á los demás.

La pobre criatura vió guillotinar á sus cincuenta y tres compañeros, y antes de morir agonizó cincuenta y tres veces.

Por último llegó su vez.

—¡Oh! murmuró mi protector desconocido, ¡esa tambien, esa tambien! ¿No os parece infame? Y delante de tantos hombres que no dicen nada... ¡Oh! Ya se apoderan de ella... la hacen subir á la guillotina; ¿no les da vergüenza? Mirad, mirad; ella misma se coloca sobre la tabla...

Entonces se oyó una voz dulcísima, que decia:

—Señor verdugo, ¿estoy bien así? Decidme.

Despues cayó la cuchilla y se oyó un ruido sordo.

El hombre que me sostenia cayó como herido por un rayo, y yo, en medio de aquel lúgubre silencio, grité:

—¡Ah! maldito sea Robespierre, y desgraciado el dia en que dió á la tierra y al cielo ese espectáculo... ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!...

Hubo un gran movimiento; me sentí llevada y oí confusamente estas palabras:

—¡El ciudadano Santerre se ha desmayado; pues cuidado, que ese es todo un hombre!

Cuando recobré los sentidos me encontré en un coche simon con dos agentes de policía, los que, segun pude comprender, me conducian á la cárcel.

Solo que desconociendo por completo el barrio de Paris en donde me encontraba, pues jamás habia pasado por él, pregunté que á dónde me conducian.

Uno de los agentes me respondió.

—A la cárcel de la Fuerza.

Al llegar á una encrucijada leí *calle Pavie*, y casi al mismo tiempo se abrió una maciza puerta y me encontré en un patio. Me hicieron bajar del carruaje y entrar en una habitacion de la cárcel.

Me preguntaron mi nombre.

—Eya, contesté.

—¿Vuestro apellido?

—No le tengo.

—¿Qué delito ha cometido? preguntó el alcaide.

—Lanzar gritos sediciosos.

El registro esta hecho.

—Bien, dijo el alcaide á los dos agentes, podeis retiraros.

Ambos salieron.

El carcelero me hizo subir al piso segundo. Cuando llegamos al corredor silbó á un perro enorme.

—No tengais miedo, me dijo, nunca ha hecho mal á nadie.

Hizo que el perro me olfateara.

—Ya este es vuestro guardian: si algun dia os diera la idea de escaparos, lo que dudo deseais, él se encargaria de impedirlo. Pero no os hará ningun daño, tranquilizaos. ¿Verdad, Pluton? El otro dia trató de evadirse un preso; Pluton le sujetó por la muñeca y me lo presentó sin un araño.

Entré en el cuarto que me tenia destinado.

—¿Creeis, le dije, que permaneceré aquí mucho tiempo?

—Tres ó cuatro dias, me parece.

—Mucho es, contesté.

El carcelero me miró con sorpresa.

—¿Teneis prisa? me preguntó.

—Mucha.

—Efectivamente, dijo; puesto que al fin se ha de concluir...

—Cuanto más pronto mejor, añadí.

—Si estais tan resuelta, ya hablaremos de eso.

—¿Qué quereis decir?

—Que os haré favor, como dicen en el teatro. Esta es la cárcel de los cómicos; aquí hemos tenido lo mejor de la Opera; ahora tenemos parte de la Comedia francesa, y entre tanto, ¿cómo vivireis?

—Como se viva aquí. Es la primera vez que vengo, añadí sonriendo, y no sé las costumbres de la casa.

—Quiero decir que si teneis dinero para que os hagan la comida aparte, ó si quereis comer el rancho.

—No tengo un cuarto, pero aquí teneis una sortija; su valor podrá costear mis gastos; me parece que podrá responder de dos ó tres días de manutencion.

El carcelero examinó el anillo como aquel que conoce las alhajas. Efectivamente, hacia diez años que estaba en la Fuerza, y por sus manos habian pasado muchas joyas.

—¡Oh! exclamó, dos meses os mantendria con esta sortija, y aun no seria mal negocio.

Y llamó á su mujer.

—Señora Ferney.

Se presentó en seguida.

—Os recomiendo á la ciudadana Eva, encarcelada por gritos sediciosos. Dadle un buen cuarto y todo lo que pida.

—¿Hasta papel, tinta y plumas? pregunté.

—Papel, tinta y plumas; todos los presos piden lo mismo en cuanto llegan aquí.

—Vamos, veo que no me aburriré mucho tiempo.

—Lo creo así, contestó el carcelero; sin embargo, me alegraria teneros aquí lo más posible.

—¿Aunque fuera más de lo que dure el valor del anillo? le pregunté sonriendo.

—El tiempo que Dios quisiera.

La dulzura del carcelero, la buena educacion de su mujer y la palabra *Dios* que vibraba bajo las bóvedas de la cárcel me admiraban de más en más.

Han estado aquí tantos aristócratas que se ha dulcificado con su roce la rudeza de los carceleros.

Además, lo que yo he sabido despues es que Ferney y su mujer tienen la reputacion de ser en extremo bondadosos para con los presos.

La buena Ferney barrió el cuarto, puso sábanas limpias á la ca-

ma y me ofreció traerme papel, pluma y tintero, y me preguntó qué habia hecho para que me encerraran en la cárcel.

—Ya lo sabeis por el registro; he lanzado gritos sediciosos contra el rey Robespierre.

—Callad, hija mia, callad, me dijo: tenemos aquí muchos que desempeñan el ruin oficio de espías de la cárcel. Se acercarán á vos y os confesarán crímenes supuestos para que vos les confieis crímenes verdaderos; lo mismo para las mujeres que para los hombres. Desconfiad de todos; no podemos ménos de acoger á esa canalla, pero procuramos advertir á los presos, como hacen las personas honradas.

—¡Oh! yo no temo nada.

—¡Ah! pobre niña, lo mismo deben temer los inocentes que los culpables.

—Pero si yo soy culpable: he gritado: ¡abajo Robespierre! ¡abajo el mónstruo! Le he maldecido.

—¿Y para qué habeis hecho eso?

—Para morir.

—¡Para morir! repitió asombrada la buena mujer.

Y tomando la vela, me miró con atencion, y continuó:

—¿Morir vos? ¿Qué edad teneis?

—Acabo de cumplir diez y siete años.

—Sois hermosa.

Me encogí de hombros.

—Vuestro traje anuncia que sois rica.

—Lo he sido.

—¿Y deseais morir?

—Sí.

—¡Vamos! ¡vamos! paciencia, dijo en voz baja: esto no puede durar mucho; os lo aseguro.

—¿Qué me importa? Que dure más ó ménos, es lo mismo para mí.

—Ya comprendo, dijo la carclera poniendo de nuevo la luz encima de la mesa y continuando su limpieza. ¡Pobre jóven! La han guillotinado á su amante y desea morir.

No contesté, y continuó su ocupacion.

Cuando concluyó me preguntó qué deseaba cenar.

La pedí una taza de leche.

Poco después subió con la taza de leche, papel, tintero y plumas.

—¿No sabéis á quién acaban de traer á la cárcel?

—No.

—A Santerre, ¡hija mia! al famoso Santerre; el rey del arrabal de San Antonio. ¡Ah! lo que es á ese no le guillotinarán sin que griten. ¿Deseáis verle?

—Le conozco.

—¿De veras?

—No solo me apoyaba en su brazo cuando me prendieron, sino que tal vez soy la causa de su prision. Quisiera que me perdonara, eso sí; ¿podré verle, podré hablarle un momento?

—Voy á decírselo á Ferney; creo que no habrá inconveniente. ¡Ah! por lo ménos aquí los presos no están incomunicados: pueden verse y hablarse y prestarse consuelos mutuamente.

La carcelera salió: permaneci pensativa y meditabunda, y haciéndome de nuevo esta pregunta:

—¿Qué es el destino?

Hé aquí un patriota conocido más bien por su impetuosidad que por su indiferencia. Ha tomado parte en todo lo que se ha hecho desde la toma de la Bastilla hasta hoy. Ha tenido como un leon con cadena al arrabal; ha prestado grandes servicios á la revolucion, y ha tenido la curiosidad, como yo, de presenciar esa ejecucion monstruosa.

Le encontré; el temor de verme envuelta y ahogada entre la multitud me hizo apoyarme en su brazo. La vista de tal espectáculo produjo en nosotros dos resultados opuestos.

A él le abatio, á mí me exasperó y me arrancó una maldicion para el verdugo, y hénos aquí en la misma cárcel, tal vez destinados á ir al cadalso en la misma carreta.

Si no le hubiera encontrado, para mí era lo mismo, pues que mi resolucion estaba tomada; pero ¿y para él, lo hubiera sido?

En el momento en que me entregaba á estas reflexiones, se abrió la puerta y oí la voz fuerte del cervecero, que decia:

—¿A dónde está la linda ciudadanita que desea que yo la perdone? Nada tengo que perdonarla, absolutamente nada.

—Sí tal, le dije, porque es probable que haya tenido la culpa de que os encontréis aquí.

—¿Qué estais diciendo? La culpa fué mia, que me desmayé como una mujer. Desmayarse es un crimen.

¿Pero quién habia de pensar que un elefante como yo podria desmayarse? Soy un animal. Pero confesad que desgarraba el alma la voz de la pobrecita Nicole, que le decia con voz dulce al verdugo: «¿Estoy bien así, señor verdugo?» No habeis podido contener la maldicion que se escapaba de vuestros lábios y se la habeis lanzado al rostro: habeis hecho bien; que destrozce las entrañas de los que no han tenido valor para escupírsela en su cara. ¡Oh! esas muertes, esas ejecuciones de mujeres serán su perdicion.

—¿De modo, que me perdonais?

—¡Ah! ya lo creo: ¡os admiro! ¡os alabo! Tengo una hija de vuestra edad, no tan bella como vos; pues bien, quisiera que hubiera hecho lo mismo, aunque muriera como debeis morir y aun cuando tuviera que acompañarla yo y subir con ella.

—Celebro oiros hablar así, Sr. Santerre. Sabiendo que os habian conducido á la cárcel por mi causa, no hubiera muerto tranquila.

—¡Morir! No, todavía no. ¡Ah! Cuando sepan en mi arrabal que estoy preso, va á causar una revolucion. Quisiera estar allí para ver á mis cortesanos...

—Sí; pero sabed ante todo, Sr. Santerre, y es que, suceda lo que quiera, no hareis nada para salvarme, porque os advierto que mi deseo es morir.

—¿Morir vos?

—Sí; y si os lo ruego me ayudareis, ¿no es cierto?

Santerre sacudió la cabeza.

—Repetidme una vez más que me perdonais y volved á vuestro cuarto.

La ciudadana Ferney me hace señas de que es tiempo que nos separemos.

—Os perdono con todo mi corazon, me contestó, aun cuando nuestro encuentro me condujera á la guillotina. Hasta mañana.

—¿Cómo decís hasta mañana?...

Me volví á la ciudadana Ferney.

—¿Podremos vernos mañana?

—A las horas de paseo.

—Entonces digo como vos, ciudadano Santerre: hasta mañana.

Salió. Tomé mi taza de leche y me puse á escribirte todo lo que antecede.

En este momento dan las dos de la madrugada en la casa de Ayuntamiento. No puedes figurarte la tranquilidad que experimento al pensar que mañana ó pasado descansaré en la tumba.

XXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cárcel de la Fuerza 18 de Junio de 1794.

Amigo mio: Creo que he tomado ya idea de lo que es la muerte: he dormido seis horas, y mi sueño ha sido profundo, sin ensueños y libre de todo sentimiento.

Pero, sin embargo, aunque se busque una comparacion, nada puede parecerse á la muerte.

Si la muerte fuera un sueño como el que yo he tenido, nadie, temeria la muerte, así como no se teme al sueño.

Lavoisier ha dicho que el hombre era *gas sólido*; no puede reducirse á más sencilla expresion su personalidad.

El cuchillo cae sobre el cuello y el gas se disuelve.

¿Pero ese gas que constituye al hombre, á qué se reduce cuando se mezcla de nuevo á ese todo infinito, es decir, cuando vuelve á su manantial?

¿Qué era antes de nacer?

Nada; porque antes de nacer era *la nada*.

La muerte es necesaria, tan necesaria como la vida. Sin la muerte, es decir, sin la sucesion de los séres, no habria progreso, no habria civilizacion.

Sucedíéndose unos á otros, pueden las generaciones ensanchar los horizontes y el porvenir.

Sin la muerte, se estacionaria el mundo.

¿Pero qué hace la muerte con los muertos?

—Os perdono con todo mi corazon, me contestó, aun cuando nuestro encuentro me condujera á la guillotina. Hasta mañana.

—¿Cómo decís hasta mañana?...

Me volví á la ciudadana Ferney.

—¿Podremos vernos mañana?

—A las horas de paseo.

—Entonces digo como vos, ciudadano Santerre: hasta mañana.

Salió. Tomé mi taza de leche y me puse á escribirte todo lo que antecede.

En este momento dan las dos de la madrugada en la casa de Ayuntamiento. No puedes figurarte la tranquilidad que experimento al pensar que mañana ó pasado descansaré en la tumba.

XXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cárcel de la Fuerza 18 de Junio de 1794.

Amigo mio: Creo que he tomado ya idea de lo que es la muerte: he dormido seis horas, y mi sueño ha sido profundo, sin ensueños y libre de todo sentimiento.

Pero, sin embargo, aunque se busque una comparacion, nada puede parecerse á la muerte.

Si la muerte fuera un sueño como el que yo he tenido, nadie, temeria la muerte, así como no se teme al sueño.

Lavoisier ha dicho que el hombre era *gas sólido*; no puede reducirse á más sencilla expresion su personalidad.

El cuchillo cae sobre el cuello y el gas se disuelve.

¿Pero ese gas que constituye al hombre, á qué se reduce cuando se mezcla de nuevo á ese todo infinito, es decir, cuando vuelve á su manantial?

¿Qué era antes de nacer?

Nada; porque antes de nacer era *la nada*.

La muerte es necesaria, tan necesaria como la vida. Sin la muerte, es decir, sin la sucesion de los séres, no habria progreso, no habria civilizacion.

Sucedándose unos á otros, pueden las generaciones ensanchar los horizontes y el porvenir.

Sin la muerte, se estacionaria el mundo.

¿Pero qué hace la muerte con los muertos?

El abono de las ideas, el pasto de las ciencias.

Verdaderamente es muy triste pensar que es para lo único que sirven nuestros cuerpos despues de convertirse en cadáveres.

¡Abono de la tierra la sublime Carlota Corday! ¡Abono la pobre Lucila! ¡Abono la infeliz jovencita Nicole! ¡Oh! ¡Cuán consolador es el poeta inglés cuando pone en boca del sacerdote que bendice á Ofelia en su lecho fúnebre, las siguientes palabras!

«¡Oh, tú, que de la vida no has podido soportar el peso, virgen, reposa en paz en esa tumba humilde, para que el Señor haga en sus metamorfosis con tu alma un ángel, con tu cuerpo, rosas.»

¡Ay! La ciencia moderna todavía se conforma con que del cuerpo broten rosas, pero no cree se forme del alma un ángel.

Este ángel, ¿en dónde se colocaría?

Interin la ignorancia astronómica ha creido que existia el cielo, los colocaba en el cielo; pero la ciencia moderna ha hecho desaparecer el empireo de los griegos, el firmamento de los indios y el cielo de los cristianos.

Cuando era la tierra el centro del mundo; cuando, segun Talés, flotaba como un navío sobre las aguas; cuando, segun Pindaro, estaba sostenida por columnas de diamante; cuando el sol, segun dice Moisés, daba vueltas en torno de ella; cuando dice Aristóteles que teniamos ocho cielos por encima de nosotros, el de la luna, el del sol, el de Mercurio, el de Vénus, el de Marte, el de Júpiter, el de Saturno, y por último el firmamento, bóveda sólida en donde estaban sembradas las estrellas, se podia situar, aunque fuera en un cielo pagano, á Dios, á los ángeles, á los serafines, á los santos y santas, lo mismo que se apodera el conquistador del reino que ha conquistado.

Que la tierra es despues de la luna el planeta más pequeño; que la tierra camina; que el sol está fijo; que los ocho cielos han desaparecido; que en su lugar solo existe lo infinito...

¡Oh, amigo mio! ¿Por qué me enseñaste esas cosas, árbol de la vida, árbol de la ciencia, árbol de la duda?

.....

Ferney y su mujer me han dicho que no siendo que los agentes de policia hayan ido á denunciarme directamente al tribunal revolucionario, era fácil que me dejaran olvidada aquí sin formarme causa.

Sería tener desgracia.

Estoy tan cansada de la vida, más desierta, más silenciosa, más muda para mí que la muerte, que todos los medios me parecen buenos para librarme de ella.

He encontrado uno.

Puesto que no se acuerdan de formarme causa, me pasaré sin ella.

Aquí hay dos recreos por día.

Los presos pueden tomar parte en los dos.

Paseo en el patio y veo salir á los sentenciados para la plaza de la Revolución.

Cuando haya una *hornada*, bajaremos Santerre y yo para ver marchar á los condenados: tendré las manos atadas á la espalda y los cabellos sujetos por detrás.

Me deslizaré entre los sentenciados y subiré á la carreta: entonces no habrá más remedio, á menos que la guillotina me deseché.

Solo que necesito persuadir á Santerre: esa es la dificultad.

Verdaderamente ese cervecero es un hombre de bien á carta cabal. Cuando le dije que eras tú á quien amaba, cuando añadí que habian cazado á los dos últimos girondinos en las grutas de San Emilion, cuando además le indiqué que uno de esos mártires serias tú tal vez, recordó que tambien lo habia oido decir.

Entonces le dije que solo podia confiarme á él; que solo á él podia pedirle el favor de ayudarme, y dejó correr sus lágrimas, pero consintió.

Mañana hay una ejecucion; se anuncian tres carretas, lo que hará unas diez y ocho personas.

¡Una más, una menos, no llamará la atencion!

Te he dicho todo cuanto tenia que decir, amado mio; voy á procurar dormirme, y como el caballero de Canolle, ensayarme.

19 Junio.

¡He pasado una noche excelente, amado mio! Dios quiera que sea tan dulce la primera que me aguarda. He soñado contigo, con nuestra casita de Argenton, con el jardin, con el pabellon, con el árbol de la vida, con el manantial; en fin, he visto en sueño todo nuestro pasado.

¿Será la avanzada de la eternidad, Señor? Si es así, gracias mil os sean dadas.

La hora de llegar las carretas se acerca, y no quiero que me esperen.

Adios, amado mio, adios, ahora será el último: voy á ver el espectáculo sobre la escena, no en el teatro.

Jamás, amado mio, me he sentido tan serena y tan gozosa; te lo repito por la vez postrera.

Si has muerto, voy á reunirme contigo; si vives, te aguardaré... ¡Oh! pero la nada... la nada...

Las carretas llegan: entran en el patio; adios.

Santerre viene á buscarme.

Ya voy...

¡Te amo! ¡Te amo!—*Tu Eva en la vida y en la muerte.*

XXII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Vuelvo á tomar la pluma: la guillotina me ha rechazado: ¡estoy maldita!

Esperaba estar á la hora en que escribo estas líneas descansando de la vida en brazos del Señor, ó por lo ménos en el seno de la tierra.

¿Me veré obligada á suicidarme?

Te escribo á la casualidad; tengo la conviccion de que has muerto, mi amado Jacobo; he procurado saber el nombre de los cuatro girondinos muertos en Burdeos en el patíbulo, ó destrozados por los perros en las grutas de San Emilion.

Imposible es averiguar su nombre: los periódicos hablan de su muerte, nada más.

En fin, tal vez vives, y sin duda por eso no ha permitido Dios que muera.

Todo sucedió como esperaba, excepto el desenlace, que ha sido muy inesperado.

Me habia vestido de blanco; ¿no iba á reunirme contigo, mi amado prometido?

Al llegar al patio encontré á los sentenciados que subian á las carretas, y á Santerre, que me aguardaba.

Otra vez volvió á suplicarme que renunciara á mi proyecto y que no insistiera en condenarme á la muerte.

Insistí sonriendo y rogándole me ayudara.

No puedo explicarte la serenidad que sentía en mi interior: parecía que corría por mis venas un fluido celeste.

El día estaba hermosísimo: era uno de esos apacibles días del mes de Junio, en cuyas tardes ¡cuántas veces escuchábamos bajo el emparrado, estrechándonos las manos en nuestro paraíso perdido, cantar al ruisenior entre las copas de los árboles!

Santerre, obedeciéndome, me ató las manos.

Un rosal cargado de rosas sube por la pared del patio: figúrate en qué sitio crecen los rosales; tal vez regados con sangre.

Las flores del rosal estaban rojas.

—Cortad un capullo y dádmele, le dije á Santerre.

Cortó el capullo y me lo puso entre los dientes.

Me incliné suavemente hácia él y me besó en la frente.

Figúrate, amado mio, la última heredera de los Charelet recibiendo por último adiós en la tierra el beso del cervecero del arrabal de San Antonio.

Subí en la última carreta: nadie puso dificultad. Es tan extraño ver á los hombres buscando la muerte, que no podían creer que yo no estaba sentenciada.

Había treinta condenados en la carreta; conmigo treinta y uno.

Inútilmente busqué entre mis compañeros una fisonomía que me fuera simpática: no encontré ninguna.

La guillotina cada día era más insaciable, y los aristócratas disminuían.

La penúltima ejecución, la de la señora de San Amaranto, había podido difícilmente ostentar, de cincuenta y cuatro guillotinos, veinticinco nobles.

La última *hornada*, que era de treinta y cuatro, no tenía más nobles que un hijo natural del señor de Sillery, y el infeliz diputado Osselin, condenado por haber ocultado á una mujer que amaba; pero ese era un patriota y no un aristócrata.

Mis compañeros eran treinta condenados á presidio; ladrones cerrajeros, para los que no hay puerta segura, cuyo solo mérito era la cadena, y que, á falta de otra cosa mejor, levantaban hasta el patíbulo.

¡Pobre guillotina! Había comido primero el pan blanco.

Creía que los gendarmes me harían bajar, tan grande era el contraste entre mis compañeros y yo; pero las carretas emprendieron la marcha: dirigí una postrera mirada de gratitud á Santerre y partimos.

El pueblo que nos cercaba y cubría nuestro trayecto se admiraba tanto como los gendarmes al verme con tales compañeros, tanto más, cuanto que, no teniendo la carreta más que seis asientos, y siendo yo la sétima, permanecía de pié.

Mi presencia excitaba rumores; pero rumores de piedad y conmiseración.

El pueblo empezaba á cansarse de ver convertidas las plazas públicas en matadero.

Escuchaba las voces de la multitud, que decían:

—¡Ved qué hermosa es!

Y otras exclamaban:

—Apuesto que no tiene diez y seis años.

Un hombre gritó:

—Creí que desde la San Amaranto se había acabado con las mujeres.

Y los murmullos crecían y se mezclaban con los insultos que dirigían á los otros sentenciados.

En la esquina de la calle de la Ferroniere, la multitud era más compacta y más grandes las muestras de simpatía.

Es extraño; la proximidad de la muerte presta á los sentidos una agudeza extraordinaria. Oía todo y veía todo lo que se hacía y decía.

Una mujer gritó:

—Es una santa, y la guillotinan para que rescate á los bandidos que la acompañan.

—Mirad, añadió una jóven, lleva una flor en la boca.

—Es una rosa que le habrá dado su amante al separarse de ella, y quiere morir con esa rosa.

—Es una maldad matar niñas de esa edad; ¿qué delito puede haber cometido?

Aquel concierto de piedad que se elevaba en favor mio me causaba un efecto singular; me hacia superior á mis compañeros materialmente, y precediéndome, parecia abrimme las puertas del cielo.

Un hermoso jóven de 20 años se abrió paso por entre la multitud, llegó á la primera fila y puso la mano sobre la carreta.

—Amadme, me dijo, y arriesgaré mi vida por salvaros.

Sacudí suavemente la cabeza y levanté los ojos al cielo sonriéndome.

—Subid á la gloria, me dijo.

Los gendarmes, que le vieron acercarse y hablarme, quisieron detenerle; pero él se defendió, y ayudado por la multitud, desapareció entre esta.

Me encontraba en un estado tan dichoso como nunca habia experimentado, no siendo apoyada sobre tu corazon. Me parecia que cuanto más adelantaba hácia la plaza de la Revolucion, más me acercaba á tí.

Mirando continuamente al cielo, me parecia que se habia formado una especie de aureola, á través de la cual veia á Dios en toda su temible y sublime majestad.

Parecíame que, además de los rumores de la tierra, empezaba á ver y oír cosas que solo á mí me era dable oír y entenderlas.

Escuchaba una armonía celeste, veia séres luminosos, transparentes, que se deslizaban por el firmamento.

En la esquina de la calle de San Martín y de la de los Lombardos me sacó de mi éxtasis el estorbo de algunos carruajes que impedían el tránsito.

Era un chirrion que venia de la Roqueta, ó de San Lázaro, ó de Bicetre, y que conducia al otro lado del Sena unos doce presos.

El comité de salvacion pública habia tenido buena mano, porque eran aristócratas.

Cuatro gendarmes escoltaban á los presos, y al chocar nuestra carreta con el chirrion fué cuando descendí á la realidad. Entre los presos iba una mujer jóven, de mi edad, poco más ó ménos, morena, con ojos negros; una verdadera y espléndida belleza.

Nuestras miradas se cruzaron, y por un flúido simpático, nuestras almas se comprendieron. Me tendió los brazos; los míos estaban atados... mis labios envolvieron el capullo de rosa, y lo lancé con toda la fuerza que me fué posible. Cayó en su regazo. Lo tomó y se lo llevó á los labios.

El chirrion y la carreta se desengancharon y continuaron su camino; la última para la plaza de la Revolucion, la primera hácia el puente de Nuestra Señora.

Este episodio del viaje hizo descender mi espíritu desde las sublimes alturas á donde le habia trasportado la contemplacion, hasta las realidades terrenales.

Contemplé á mis desgraciados compañeros.

Solo encontré en torno mio el amor á la vida y el terror de la muerte impreso en todos los semblantes.

Aquellos desgraciados, sin virtudes, sin conciencia, sin remordimiento, no teniendo ni aun la fé política que sostenia entonces á los sentenciados, no encontraban apoyo ni en la tierra ni en el cielo.

No se atrevian á levantar la cabeza ni á mirar en torno suyo: de vez en cuando se preguntaban unos á otros con voz sorda y para saber cuántos minutos les quedaban de vida:

—¿En dónde estamos?

Esperando consolarlos, les dije:

—En el camino del cielo, hermanos míos.

Pero uno de ellos me contestó brutalmente:

—No preguntamos eso, sino si falta mucho para llegar.

—Estamos en la calle de San Honorato, le respondí.

Después, un poco más lejos, contesté á otras dos preguntas:

—Barrera de los Sargentos.—Palacio Igualdad.

Y ellos contestaban con rechinamientos de dientes y con blasfemias, en las que por casualidad se mezclaba el nombre de Dios.

La carreta llegó delante de la tienda de la esposa de Condorcet. Procuré verla por última vez; pero todo estaba cerrado, el piso bajo y el principal.

—Adios, mi hermana en el duelo, dije al pasar. Voy á llevar

noticias tuyas al hombre de talento que te amó á la vez como padre y como esposo.

Uno de mis compañeros me oyó, y deslizándose á mis piés, me dijo:

—¿Tú crees en la otra vida?

—Si no creo, por lo ménos espero.

—Y yo ni creo ni espero, añadió.

Y se sacudió la cabeza convulsivamente contra el asiento que ocupaba un momento antes.

—¿Qué haces, desgraciado? le pregunté.

—Hago la prueba de saber por el dolor si vivo todavía; ¿y tú?

—La muerte me hará ver con el reposo que he cesado de vivir.

Otro levantó la cabeza y me miró con ojos extraviados é irritados.

—¿Sabes lo que es la muerte? me preguntó.

—No; pero dentro de un momento lo sabré.

—¿Qué crimen has cometido para morir con nosotros?

—Ninguno.

—Y sin embargo, vas á morir.

Y despues, como si la blasfemia pudiera llegar y herir al creador de todo lo que existe, dijo:

—¡No hay Dios, no hay Dios, no hay Dios!

¡Pobre humanidad, que cree hay un Dios individual, y que en su orgullo piensa que ese Dios se ocupa de lo más pequeño desde su nacimiento hasta su muerte!

Cree que para satisfacer un capricho ó para evitarse un sufrimiento le ruega... que cambie con un milagro el órden general de la naturaleza.

—A falta de la justicia divina, dijo uno de los condenados, hay la humana: yo he robado, he roto ventanas, forzado puertas, cajas de dinero, escalado tapias; he merecido el presidio, pero no la guillotina. Que me envíen á Rochefort, á Brest, á Tolon, estaban en su derecho; pero no tienen el de matarme.

—Mira, le dije, grita, dile eso á Robespierre; pasamos delante de la puerta de su casa, tal vez te oirá.

El presidiario lanzó un gemido sordo, y poniéndose de pié, gritó:

—¡Tigre de Arrás! ¿Qué haces con las cabezas que cortan para tí y con la sangre que derraman en tu nombre?

Un concierto de maldiciones se elevó de todas las carretas, mezclado con los gritos de la multitud, que pronunciaban el nombre de Robespierre.

Empezaba á despopularizarse.

—Te doy gracias, rey del terror, exclamé; me reunes con lo que amo.

La explosion pasó, y los condenados recayeron en su entorpecimiento; en las carretas reinó el mayor silencio.

Además, solo una tercera parte de aquellos hombres tuvieron la fuerza de levantarse y de gritar.

El que se golpeó la cabeza contra el banco y que habia permanecido de rodillas, me dijo:

—¿Sabes oraciones?

—No; pero sé rezar.

—Pues entonces reza por nosotros.

—¿Qué quereis que le pida á Dios?

—Lo que tú quieras; mejor sabes que nadie lo que nos hace falta.

Recordé á las vírgenes del circo que consolaban á los moribundos antes de que tuvieran la dicha de ser mártires.

Levanté los ojos al cielo.

—De rodillas, dijo el presidiario, de rodillas, que va á rezar por nosotros.

Los seis condenados se arrodillaron; los de las otras carretas, que no podían oírlos, rodaban como reses que llevan al matadero.

—Dios mio, exclamé, si existís de otro modo que como inmensidad impalpable, como poder invisible, como manifestacion de la sublime obra de la naturaleza; si, como nos enseña la Iglesia, mirais nuestros dolores y escuchais nuestras súplicas; si estais en un mundo superior, reservad la recompensa de las virtudes y el castigo de los crímenes; dignaos recordar, al ver estos hombres á

vuestros piés, que la justicia humana ha usurpado vuestros derechos, y que castigados en más que sus crímenes en la tierra, no pueden además ser castigados en ese reino desconocido que busca la ciencia y que los libros santos llaman cielo.

Que descansen allí por la eternidad con el mérito de su expiación y en la gloria infinita de vuestra justicia misericordiosa.

—¡Amen! murmuraron dos ó tres voces.

—Pero si, por el contrario, continué, la puerta por donde todos vamos á entrar es la nada; si de repente caemos en las tinieblas, en la insensibilidad, en la muerte; si no hay nada más allá de la vida, como no lo hay antes de ella, entonces, amigos míos, demos de todos modos gracias á Dios, porque la ausencia del sentimiento evita el dolor, y dormiremos entonces durante la eternidad con ese reposo sin ensueño, del que el cansancio de un día agitado nos ha dado ya la muestra en este mundo.

—¡Oh! no, exclamaron los presidiarios; que nos castigue Dios más bien con sufrimientos eternos que con la nada eterna.

—¡Señor! ¡Señor! exclamé; os suplican desde el precipicio; escuchadles, Señor; escuchad nuestras plegarias y acogednos en vuestra misericordia.

XXIII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Caminamos un momento en silencio. Despues, de repente corrió entre la multitud y se comunicó á los condenados un estremecimiento convulsivo.

Las carretas pasaban por la puerta de San Honorato, y aunque estuvieran sentados de espaldas y no pudieran ver todavía la guillotina, adivinaron que estaban enfrente de ella.

A mí me sucedió lo contrario: tuve un impulso de alegría; me puse de puntillas y vi que la guillotina descollaba por encima de todos y que sus brazos rojos se elevaban hasta el cielo.

Yo casi preferia la nada, que tanto temian los desgraciados, á la duda en que vivia hacia dos años.

—Ya hemos llegado, ¿no es eso? me preguntó con voz sombría un presidiario.

—Dentro de cinco minutos estaremos.

—Seremos de los últimos, porque estamos en la última carreta, añadió otro de aquellos infelices como si hablara consigo mismo. Somos treinta, uno por minuto; hace media hora, que es lo que nos queda de vida.

La multitud continuaba insultándoles á ellos y compadeciéndose de mí. Tanta era la gente, que los gendarmes no podian abrir paso á las carretas.

Fué preciso que, ya en la plaza de la Revolucion, Henriot, que estaba al lado del cadalso, saliese con el sable en la mano, y en

vuestros piés, que la justicia humana ha usurpado vuestros derechos, y que castigados en más que sus crímenes en la tierra, no pueden además ser castigados en ese reino desconocido que busca la ciencia y que los libros santos llaman cielo.

Que descansen allí por la eternidad con el mérito de su expiación y en la gloria infinita de vuestra justicia misericordiosa.

—¡Amen! murmuraron dos ó tres voces.

—Pero si, por el contrario, continué, la puerta por donde todos vamos á entrar es la nada; si de repente caemos en las tinieblas, en la insensibilidad, en la muerte; si no hay nada más allá de la vida, como no lo hay antes de ella, entonces, amigos míos, demos de todos modos gracias á Dios, porque la ausencia del sentimiento evita el dolor, y dormiremos entonces durante la eternidad con ese reposo sin ensueño, del que el cansancio de un día agitado nos ha dado ya la muestra en este mundo.

—¡Oh! no, exclamaron los presidiarios; que nos castigue Dios más bien con sufrimientos eternos que con la nada eterna.

—¡Señor! ¡Señor! exclamé; os suplican desde el precipicio; escuchadles, Señor; escuchad nuestras plegarias y acogednos en vuestra misericordia.

XXIII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Caminamos un momento en silencio. Despues, de repente corrió entre la multitud y se comunicó á los condenados un estremecimiento convulsivo.

Las carretas pasaban por la puerta de San Honorato, y aunque estuvieran sentados de espaldas y no pudieran ver todavía la guillotina, adivinaron que estaban enfrente de ella.

A mí me sucedió lo contrario: tuve un impulso de alegría; me puse de puntillas y vi que la guillotina descollaba por encima de todos y que sus brazos rojos se elevaban hasta el cielo.

Yo casi preferia la nada, que tanto temian los desgraciados, á la duda en que vivia hacia dos años.

—Ya hemos llegado, ¿no es eso? me preguntó con voz sombría un presidiario.

—Dentro de cinco minutos estaremos.

—Seremos de los últimos, porque estamos en la última carreta, añadió otro de aquellos infelices como si hablara consigo mismo. Somos treinta, uno por minuto; hace media hora, que es lo que nos queda de vida.

La multitud continuaba insultándoles á ellos y compadeciéndose de mí. Tanta era la gente, que los gendarmes no podian abrir paso á las carretas.

Fué preciso que, ya en la plaza de la Revolucion, Henriot, que estaba al lado del cadalso, saliese con el sable en la mano, y en

union de cinco ó seis gendarmes facilitase el paso con juramentos terribles.

Lanzó tan bruscamente á su caballo, que del primer impulso, y atropellando mujeres y niños, llegó hasta la última carreta.

Me vió de pié en medio de aquellos hombres arrodillados.

—¿Por qué no estás de rodillas como los demás? me preguntó.

El presidiario que me habia rogado que rezara por ellos, lo oyó y se levantó.

—Porque somos culpables y ella es inocente, dijo con voz sorda; porque somos débiles y ella es fuerte; porque nosotros lloramos y ella nos consuela.

—Bueno, gritó Henriot; otra heroína como Carlota Corday ó madama Roland; creí que ya nos habíamos librado de ellas.

Y dirigiéndose á los conductores:

—¡Vamos, gritó, el paso está libre, marchad!

Y las carretas continuaron su camino.

Cinco minutos despues se detenía la primera al pié del patíbulo. Las demás fueron deteniéndose sucesivamente.

Un hombre con casaca corta y gorro frigio estaba al pié de la guillotina, entre la escalera y las carretas que conducian el cargamento humano.

En voz alta pedía el número y el nombre del sentenciado.

Este bajaba solo ó acompañado de los criados del verdugo, subía á la plataforma, se agitaba un momento y desaparecía. Se oía un golpe seco y nada más.

El hombre de la casaca llamaba á otro.

El presidiario que contaba con la media hora llevaba cuenta con cada uno de los golpes, y gemía y se estremecía.

Al llegar á los seis golpes hubo una interrupcion.

Dió un suspiro y sacudió la cabeza para hacer correr el sudor, que no podía enjugar.

—Han concluido con la primera carreta, murmuró.

Efectivamente, le tocó el turno á la segunda y despues á la tercera, y así sucesivamente hasta que llegó á nosotros. Lentamente nos acercamos al pié del cadalso, y allí nos detuvimos.

Los golpes continuaron, y el desgraciado continuaba contando, palideciendo cada vez más y estremeciéndose violentamente.

Al sexto, la misma interrupcion y el mismo movimiento.

Los golpes fueron ya más perceptibles, porque habíamos avanzado un paso más, y parecia que resonaban en nuestro corazon.

El presidiario seguía contando, pero al llegar al número diez y ocho se extinguió la voz en sus lábios y cayó sobre sí mismo, no escuchándole más que una especie de ronquido.

Los golpes continuaban con terrible regularidad.

Una carreta era la que faltaba para llegar á la nuestra: ella era el único que nos separaba del cadalso.

El presidiario que me habia rogado que rezara levantó la cabeza.

—Ya nos llega el turno, me dijo con voz ahogada; ¡niña angelical y santa, bendecidme!

—¿Puedo acaso con mis manos atadas? le contesté.

—Volvedme la espalda y os desataré, me dijo.

Efectivamente: me volví, y sentí que con los dientes soltaba mis ligaduras, y que mis manos estaban libres.

Entonces me volví, y con todo mi corazon, con verdadera piedad las extendí sobre su cabeza.

—Que Dios sea misericordioso para vos, le dije; y si una pobre criatura que necesita bendicion tambien para ella puede bendecir, yo os bendigo, y que Dios me lo tome en consideracion.

—¿Y yo, y yo? gritaron varias voces.

Y los otros presidiarios se levantaban con firmeza.

Y á vosotros tambien, les dije; valor: morid como hombres y como cristianos.

Aquellos hombres se pusieron de pié al escuchar mis palabras, y aguardaron.

La penúltima carreta estaba vacía; la nuestra rodó y á los pocos pasos se detuvo: habia llegado á su sitio.

Entonces empezó la voz de nuevo para llamar á cada uno.

Mis compañeros bajaron unos en pos de otros: el que habia contado los golpes tenia el número veintinueve: fué preciso llevarle, porque estaba desmayado.

El número treinta se adelantó antes que le llamaran.

En aquel momento le tocó su vez.

—Rogad por mí, me dijo, y bajó sereno y firme.

Con mis palabras habia rechazado la desesperacion, recobrando la serenidad.

Antes de poner la cabeza en el tajo fatal, me dirigió una mirada suprema.

Le mostré con los ojos el cielo.

Su cabeza cayó, y bajé.

El hombre de la casaca me detuvo.

—¿A dónde vas? me preguntó admirado.

—A morir, le contesté.

—¿Cómo te llamas?

—Eva de Charelet.

—Tú no estás en lista.

Insistí porque me dejaran pasar.

—Ciudadano ejecutor, dijo el hombre de la casaca señalándome con la mano, hé aquí una jóven que no está en lista y que no tiene número; ¿qué se hace? Ella quiere morir.

El verdugo se acercó al balaustre, y me contempló.

—Volver á llevarla á la cárcel y dejarla para otro dia.

—¿Para qué se ha de dejar, puesto que está aquí? gritó Henriot. Vamos, concluyamos de una vez; me están esperando para comer.

—Dispensad, ciudadano Henriot, dijo el verdugo con deferencia, pero con voz firme. El otro dia me injuriaron, me insultaron, me amenazaron por la jovencita Nicole, y sin embargo, estaba en lista y numerada. Anteayer por Osselin, que estaba medio muerto y que debian haber dejado que concluyera con tranquilidad, me arrojaron piedras, y tambien estaba en lista.

Hoy, por esta jóven, que no está contada ni nombrada, me harian pedazos. Gracias: en un principio, pase; pero hoy están muy cansados... ¿No escuchais la multitud?...

Efectivamente, el pueblo hacia ese ruido que se nota en las olas cuando se acerca la tempestad: era como rugido sordo, pero amenazador.

—Pero si yo estoy satisfecha y pronta para morir, dije al verdugo, ¿qué importa que esté en la lista ó no?

—Me importa á mí, hermosa niña, replicó el verdugo: no des- empeño mi oficio por entusiasmo; lejos de eso, os lo aseguro.

—¡Diablo! ni yo tampoco, dijo el hombre de la casaca: tengo que dar cuenta al tribunal revolucionario: me entregaron treinta cabezas, pero no treinta y una. Las cuentas corrientes conservan la amistad.

—¡Miserable! gritó Henriot blandiendo el sable; y dirigiéndose al verdugo, añadió: Te ordeno que acabes con esa aristócrata, y si no me obedeces tendrás que verte conmigo.

—Ciudadanos, exclamó el verdugo dirigiéndose al pueblo: ape- lo á vosotros. Se me ordena que ejecute á una niña que no está en lista; ¿debo hacerlo?

—¡No, no, no! gritaron millares de voces.

—¡Abajo Henriot! ¡Abajo los guillotinales! gritaron los espec- tadores.

Henriot, medio ébrio como siempre, lanzó el caballo entre la multitud para llegar á los que le amenazaban.

Entonces empezaron á llover piedras y á sonar palos y basto- nazos.

—Toma mi brazo, ciudadana, me dijo el hombre de la casaca.

El alboroto aumentaba. El pueblo se lanzaba hácia el cadalso para derribarlo: los gendarmes acudian al socorro de su jefe. Que- ria morir, pero no queria que me hicieran pedazos, ni que me atropellaran los caballos.

Me dejé conducir. El pueblo, que me reconocia y que creia que deseaban salvarme, abria paso y gritaba:

—¡Pasad, pasad!

En el muelle de Tullerías encontramos un carruaje. El hombre de la casaca corta abrió la portezuela, me hizo subir y subió de- trás de mí.

—¡A los Carmelitas! le gritó al cochero.

El carruaje partió á galope; subió por el muelle de Tullerías, pasó el puente con velocidad y llegó á la calle de Bac.

Continuamos andando como un cuarto de hora, al cabo del cual nos detuvimos en la puerta del convento de los Carmelitas, destinado hacia dos años para cárcel.

Mi compañero bajó del carruaje y llamó á una puerta pequeña, delante de la que se paseaba un centinela.

El soldado se detuvo, miró con curiosidad en el interior del coche, vió una mujer sola, y calculando que eso nada tenia de sospechoso, continuó sus paseos, interrumpidos por nuestra llegada.

El hombre de la casaca habia llamado dos ó tres veces á la puercecilla cuando esta se abrió, y apareció el portero acompañado por dos perros. Aquellos animales me recordaron al perro Pluton, el de la cárcel de la Fuerza, que me habia olfateado el dia de mi llegada por orden del honrado Ferney.

—¡Ah, ciudadano comisario! eres tú, exclamó; ¿qué ocurre? ¿Qué hay de nuevo?

—Que te traigo una pensionista, contestó el hombre de la casaca.

—Ya sabes que todo está lleno, ciudadano comisario, dijo el portero.

—Bueno, es una aristócrata; puedes ponerla con los dos que te envié hoy.

—Que venga; una más ó menos, ¿qué importa? dijo el portero encogiéndose de hombros.

—Ven, me dijo el hombre de la casaca.

Bajé del coche y entré: la puerta se cerró detrás de nosotros, y seguí á mi protector.

—Pasad á la alcaidia.

—Poned un nombre falso, me dijo en voz baja el hombre de la casaca corta.

Estaba aturdida de lo que sucedia en torno mio. Obedecí maquinalmente... Tú nombre fué lo que pasó por mi imaginacion.

—¿Cómo te llamas? me preguntó el portero.

—Elena Merey, contesté.

—¿De qué te se acusa?

—Ni lo sabe, dijo el comisario; pero eso se aclarará dentro de dos ó tres dias: yo me ocuparé de eso y volveré á indicártelo.

Despues me dijo en voz baja:

—Procurad solo una cosa: que os olviden.

Y salió haciéndome una seña de esperanza: sin duda creia que la vida me interesaba.

Me quedé sola con el portero.

—¿Tienes dinero, ciudadana? me preguntó.

—No, le contesté.

—Entonces vivirás con las costumbres de la cárcel.

—Como gustéis.

—Ven.

—Os sigo.

Atravesamos el patio, despues un corredor húmedo, y me condujo á un calabozo estrecho y sombrío, al que se bajaba por dos escalones, y al cual se entraba por una reja que caia al jardin del antiguo monasterio.

En el calabozo habia dos mujeres, segun habian dicho: una era la hermosa criatura que habia visto en el chirrion en la esquina de la calle de los Lombardos.

Tenia entre sus labios el capullo de rosa que yo la habia enviado.

Me reconoció, dió un grito de júbilo y corrió á mí con los brazos abiertos.

Contesté con una exclamacion de sorpresa y la estreché contra mi corazon.

—¡Es ella! ¿comprendes, querida Josefina? ¡Es ella! ¡Qué dicha volverla á ver! ¡Qué felicidad! ¡Yo que creia que la habian guillotinado!

La hermosa criatura á quien envié mi capullo de rosa era Teresa Cabarrús.

La otra se llamaba Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general Beauharnais.

XXIV.

Manuscrito

(Continuacion.)

Habia todavía quien me quisiera en el mundo; esto me ligaba de nuevo á la vida.

Esta amistad naciente me hizo adquirir confianza, extendiéndose por hilos imperceptibles hasta mi amor hácia tí; no sé por qué volví á tener esperanza, la que yo creía perdida.

De vez en cuando se agitaba en el fondo de mi pecho una idea. —Si no hubiera muerto... si viviera...

Mis dos nuevas amigas y compañeras me preguntaron algo de mi historia; para ellas mi regreso desde la guillotina tenia algo de fabuloso, de extraño.

Lo mismo que Euridice, volvía de la region de la muerte.

Después de haberme visto en la carreta de los sentenciados, después de haber recogido mi única herencia, el capullo de rosa cortado en el patio de una cárcel, me volvía Teresa á ver viva y salva.

Habia pasado por debajo de la guillotina.

Les referí todo.

Las dos eran jóvenes; ambas amaban, ambas se consumían de impaciencia y de anhelo de vivir.

Cada vez que llamaban á la puerta se miraban temblando y sentían en todo su ser la agonía de la muerte.

Me escucharon con tal asombro que participaba de la incredulidad.

Tenia diez y seis años, era hermosa, y sin embargo deseaba morir, porque estaba cansada de la vida.

Solo la idea de aquellos condenados, que bajaban uno á uno y que escuchaban el ruido sordo de la cuchilla que separaba las cabezas del tronco, las hacia estremecer.

Tambien ellas me refirieron sus aventuras.

No sé por qué me parece que estas dos mujeres, tan hermosas y tan distinguidas, están llamadas á representar un gran papel en la sociedad, y por eso me ocuparé de ellas más extensamente.

Además, si tú vives y yo muero, y si vuelves algun día, deseo conozcas á las dos mujeres á quienes he confiado los últimos secretos de mi corazón.

¿Qué harías si no te escribiera? Esta será la segunda parte de mi manuscrito, en el que dejaré consignado todo, todo, hasta mis más íntimas alegrías ó mis acerbos dolores.

Al escribirte me persuado de que vives todavía; me digo: no es probable, pero es posible que algun dia lea estas líneas. Verás en cada página que he pensado en tí constantemente y que no he cesado de amarte un momento.

Teresa Cabarrús es la hija de un banquero español: á los catorce años la casaron con el marqués de Fontenoy.

Un verdadero aristócrata, un marqués orgulloso con sus blasones y con sus castillos y creído de lo imprescindible de sus derechos feudales, un anciano jugador y libertino.

Desde los primeros dias de su matrimonio vió Teresa que estaba mal casada.

Los sentimientos del marqués de Fontenoy estaban de acuerdo por completo con el antiguo régimen, y cuando apareció la ley de sospechosos se hizo justicia á sí mismo, y encontrándose sospechoso se decidió á dirigirse á España.

Partió acompañado por Teresa. En Burdeos se hospedaron los fugitivos en casa de un tío de Teresa, el que llevaba el mismo apellido de su padre, Cabarrús.

¿Por qué se detuvieron en Burdeos, en lugar de continuar su camino?

¿Por qué? ¡Cuántas veces he oído esta interrogacion en el camino de la vida humana!

Porque estaban destinados á detenerse en Burdeos, y de esa detencion debia depender todo su porvenir.

Mientras están en casa de su tío, sabe Teresa que un capitán de un buque inglés, que debia darse á la vela, llevando á bordo trescientos emigrados, rehusaba llevar anclas porque no le habian entregado el completo de la suma estipulada.

Faltaban tres mil francos, y les era imposible á los fugitivos completar aquella cantidad.

Hacia tres dias que aguardaban llenos de angustia y desesperacion.

Teresa, que no disponia de su fortuna, pidió aquella cantidad á su marido, quien la contestó que, como él tambien emigraba, no podia deshacerse de una suma tan crecida.

En aquella época tres mil francos en oro era una fortuna.

Se dirigió á su tío, quien la dió parte de la cantidad: vendió algunas alhajas y pudo completar el resto.

Teresa entregó los tres mil francos al capitán inglés, que esperaba en una posada de la poblacion.

El capitán preguntó al hostelero que quién era aquella mujer tan hermosa que no habia querido decir su nombre.

El hostelero la miró, la vió alejarse y le dijo que no era de Burdeos; que no la conocia.

El capitán refirió al posadero que era ella la que acababa de entregarle los tres mil francos que le faltaban, y que se disponia á partir.

Efectivamente, pagó su cuenta y salió.

El posadero era robespierrista; corrió al comité y denunció á la ciudadana... El no sabia quién era, pero sí que era hermosa y muy jóven.

Al volver del comité atravesó la plaza del Teatro, y vió á la marquesa de Fontenoy paseándose del brazo de su tío Cabarrús.

Reconoció á la mujer misteriosa y confió el secreto á dos ó tres terroristas amigos suyos, los que persiguen á Teresa, gritando:

—¡Esa es, esa es la que da dinero á los ingleses para que huyan los aristócratas!

Los terroristas se arrojan sobre ella y la separan del brazo de su tío.

Tal vez la hubieran destrozado sin más informaciones, si un jóven de veinticuatro á veinticinco años, hermoso, y vestido con el uniforme de los diputados en comision del gobierno, no hubiera visto desde un balcon lo que pasaba en la plaza.

Bajó precipitadamente, se lanzó entre la multitud, y llegando hasta Teresa la cogió por un brazo, diciendo:

—Yo soy el diputado Tallien: conozco á esta mujer; si es culpable, pertenece á la justicia; si no lo es, herir á una mujer, y á una mujer inocente, seria doble crimen, sin contar lo que tienen de cobardes los hombres que maltratan á una mujer.

Y Tallien, entregando á Teresa á su tío Cabarrús, á quien conoce, les dice en voz baja:

—Huid: no teneis tiempo que perder; huid.

Pero Tallien no contaba con el presidente del tribunal revolucionario, Lacombe, quien acababa de saber lo que habia pasado y habia dado orden para prender á la marquesa de Fontenoy.

La prendieron cuando enganchaban el carruaje para partir.

Al dia siguiente de su detencion se presentó Tallien en la escribanía.

Tallien, ¿habia reconocido á la marquesa, ó aparentaba no conocerla?

El amor propio de la hermosa Teresa hizo creyera lo primero.

Cuando ella me refirió sus amores no conocia yo todavía á Tallien; de modo que juzgué por lo que me referia la bella prisionera.

Hasta entonces, sus relaciones con Tallien habian sido como las de una novela; pero aquella novela, ¿era una casualidad, ó un decreto de la Providencia?

El desenlace nos lo dirá.

Teresa me lo refirió y del mismo modo lo trascibo.

Mad. Lebrun era entonces el pintor en moda para las señoras.

Dibujaba lo natural, embelleciéndolo y haciéndolo más gracioso.

Resultaba de esto que la mujer más bella parecía aun mejor.

El marqués de Fontenoy había deseado, más por mostrárselo á sus amigos que por sí mismo, poseer un retrato de su mujer.

La condujo en casa de Mad. Lebrun, la que extasiada al ver aquel delicioso modelo, se comprometió á hacer el retrato, pero con la condicion que veria á la marquesa cuantas veces lo creyera necesario.

Cuando el original era una belleza regular, la embellecía un poco y nada más.

Pero cuando el modelo era una perfecta y acabada hermosura, entonces la artista pedia lecciones á la naturaleza y no descuidaba nada para llegar á la perfecta reproduccion del original que tenia delante.

En ese caso, y ya en los últimos toques, consultaba con todos de tal manera, que el marqués, deseando ver el retrato que tanto le hacian esperar, convidó á varios amigos para que asistieran á la penúltima sesion, para admirar la pintura que Mad. Lebrun estaba concluyendo.

Rivarol era uno de sus amigos, como casi todos los hombres cuya agudeza toca al talento, pero sin llegar á ser un génio; Rivarol era brillante en la conversacion, pero perdia extraordinariamente con la pluma en la mano y sobrecargaba de tachas lo que ya era casi imposible leer.

Habia hecho para la librería Panckoucke el prospecto de un periódico nuevo que deseaban publicar.

Los compositores y el regente se habian cansado en vano en descifrar el prospecto y no habian podido leerlo.

Tallien, que era corrector en la casa del ilustre librero, propuso llevar el prospecto á Rivarol, leerle con él, y despues de esta especie de traduccion, volver á llevarlo para la imprenta.

Por consiguiente, se presentó en casa de Rivarol, é insistiendo para verle, la criada le confió que estaba en casa de la pintora Lebrun, es decir, en la casa inmediata.

Tallien fué, encontró la puerta abierta, no halló quien pudiera anunciarle, oyó hablar en el estudio, y con el privilegio que ya se empezaba á tener de la igualdad de clases, abrió la puerta y entró.

Tallien era hombre de imaginacion; así es que calculó sus tres saludos. El primero, respetuoso y dirigido á Mad. Lebrun: el segundo, para la marquesa de Fontenoy, manifestando su admiracion: el tercero, de condescendencia para Rivarol, como hombre de ingenio y reputacion.

Despues se volvió á la pintora, y la dijo con soltura y gracia:

—Señora, tenia que hablar sobre un asunto urgente al señor de Rivarol... dificilmente se le encuentra en casa... me dijeron que estaba aquí, y me atrevi á cometer la indiscrecion de venir, tanto por conocer á un pintor tan célebre, cuanto por encontrar al señor de Rivarol.

Tallien en aquella época tenia apenas veinte años; lo mismo que Teresa, estaba en la fuerza de su belleza y de su juventud.

Sus largos cabellos negros, rizados y sedosos, coronaban una fisonomía animada por ojos hermosísimos, en los que brillaba el germen de la ambicion.

Mad. Lebrun, admiradora, como hemos dicho, de todo lo bello, saludó á Tallien, y extendiendo la mano á Rivarol, dijo:

—Podeis hablar lo que gustéis, y como si estuviérais en vuestra propia casa.

Rivarol, lastimado por el prospecto, quiso tratar á Tallien como á un pobre corrector ó regente de imprenta; pero Tallien, muy instruido en el latin y en el griego, hizo ver dos errores cometidos por Rivarol, uno en el idioma de Ciceron y otro en el de Demóstenes.

Rivarol, que deseaba se burlasen de Tallien, comprendió que se burlaban de él, y se calló.

Tallien iba á retirarse, cuando la pintora le dijo deteniéndole:

—Caballero, acabais de hacer comprender á Rivarol dos errores en dos diferentes idiomas, y no dudo que habreis estudiado á Fidas y á Apeles, como á Demóstenes y á Ciceron. No sois adulator, ca-

ballero, y eso es lo que necesito, porque todos los que me rodean no se ocupan de otra cosa que de disminuir mis defectos.

Tallien se acercó sin cortedad, y aceptando el papel de juez que se le imponía, se fijó en el retrato.

Contempló largo rato la pintura y largo rato al original.

—Señora, le dijo, á vos os sucede lo que á todos los pintores de gran talento; á Van-Dyck, á Velazquez, á Rafael: siempre que el arte puede copiar á la naturaleza, triunfa; pero cuando la naturaleza sobrepuja al arte, el arte queda vencido.

Creo que nada hay que hacer en ese rostro, porque jamás llegaréis á la perfección del original; pero podeis dar una sombra más oscura á la cabeza y esto le realzaria: hecha esta pequeña corrección, me parece podeis entregar el retrato. Léjos del original será admirable; pero aun cuando empleeis todos los artificios artísticos, estando cerca nunca parecerá tan bello.

Pasaron dos años: Tallien habia subido, y era secretario particular de Alejandro Lameth.

Una noche que la marquesa de Fontenoy habia comido en casa de su amiga la esposa de Lameth, Tallien, sin duda guiado por el deseo de volver á ver segunda vez á la que habia impreso profundamente su imagen en su corazón, tomó algunas cartas y se presentó preguntando si estaba en casa el Sr. Lameth.

Las dos señoras estaban tomando el fresco en una azotea llena de macetas de flores.

—Alejandro no está en casa, dijo la condesa; pero yo iba á llamar para que cortaran esa rama de rosas blancas para la señora de Fontenoy; no sois un servidor, Tallien, pero os pido el favor de cortarla.

Tallien la rompió con los dedos y se la presentó á la condesa.

—No ha sido para mí para quien os he pedido esas flores, dijo la señora de Lameth; pero puesto que habeis alcanzado la rama, tened á lo ménos el gusto de ofrecérsela á la persona á quien estaba destinada.

Tallien se acercó á la marquesa, y al ofrecerle aquellas rosas rompió una, la que fué á caer en el regazo de Teresa.

La marquesa comprendió los deseos que manifestaban los ojos del jóven; así es que tomó la rosa y se la dió.

Tallien, loco de felicidad, se inclinó y salió.

La marquesa de Fontenoy tenia, pues, razon para creer, cuando en la cárcel de Burdeos la anunciaron que deseaba hablarla el prócsul Tallien, que la habia reconocido, pero que aparentaba no conocerla.

Continuacion del anterior.

¿No te parece encantador, mi amado Jacobo, esos poéticos y novelescos amores de Tallien y Teresa Cabarrús?

Decia que al dia siguiente se presentó Tallien en la escribanía y previno á la marquesa de Fontenoy que deseaba hablarla.

Teresa contestó que, siéndole imposible dar un paso, rogaba al ciudadano Tallien tuviera la bondad de bajar á su calabozo.

El procónsul bajó.

El carcelero caminaba delante de él avergonzado por no haber dado un sitio mejor á una prisionera á quien *estimaba* el procónsul Tallien, hasta el punto de bajar á visitarla en el calabozo.

No era ni aun eso el sitio que habitaba la infeliz Teresa; era un verdadero foso.

Hay personas que nacen enemigas de todo lo bello, elegante y noble, y que basta poseer esas cualidades para ser odiado por ellas y despertar el rencor y la envidia.

Tal era lo que le sucedia al calabocero de Teresa.

Tallien encontró á la marquesa acurrucada sobre una tabla en medio del calabozo: admirado el procónsul de encontrarla así, la preguntó la razon.

—Huyo de los ratones porque durante la noche me han mordido los piés, infestándome con su olor.

El procónsul se volvió al carcelero y le lanzó una terrible mirada, que brilló como un relámpago.

El carcelero tuvo miedo.

—Se puede poner á la ciudadana en otra habitacion mejor.

—No, dijo Tallien, no hay para qué; dejadme aquí vuestra linterna y enviadme á mi ayudante inmediatamente.

El carcelero trató de disculparse otra vez; pero Tallien le despidió con una seña, la que paralizó toda idea de resistencia.

El miserable salió.

—Hé aquí, ciudadano Tallien, dijo con amargura Teresa, cómo debiamos volver á vernos por tercera vez. Nuestras primeras entrevistas me hacian esperar que la tercera fuera de otro modo.

—No he sabido vuestro encarcelamiento hasta esta mañana, contestó Tallien, y aunque lo hubiera sabido ayer tarde no me hubiera atrevido á venir. En medio de los espías que nos rodean nada puedo hacer por vos sino con la condicion de que ignoren nos conocemos, pues de lo contrario nada adelantaria.

—Pues bien, sea así; pero supongo me hareis salir inmediatamente de aquí.

—Sí; de este calabozo, al momento, dijo Tallien.

—Del calabozo no, de la cárcel, os lo suplico.

—Eso me es imposible: estais denunciada y presa por el tribunal revolucionario, y teneis que comparecer ante él.

—¿Comparecer delante de ese tribunal? ¡Oh, no! Eso seria estar ya condenada; una infeliz criatura, hija de un conde, esposa de un marqués, que está medio muerta de miedo por haber pasado la noche con una docena de ratones, es para estos tiempos un plato succulento para la guillotina.

Tallien se golpeó la frente.

—Pero ¿qué necesidad teniais de venir á Burdeos para pagar á un capitán inglés el pasaje de los enemigos de la patria?

—No he venido por eso. He encontrado en mi camino trescientos desgraciados, que he podido rescatar al cadalso por un puñado de oro. Suponed que en lugar de ostentar ese sombrero con plumas y esa faja tricolor fuérais un particular; estoy segura que hubiérais hecho lo mismo.

—¿Pero no era suficiente hacer emigrar á los otros ó favorecer su emigracion, sino que vos misma emigrábais!

—¿Yo? ¡Qué disparate! Me dirigía á España á ver á mi padre, al que no he visto hace cuatro años; ¿llamais á esto emigrar? Vamos, haced que nos devuelvan la libertad á mi marido y á mí, y que podamos partir; es lo que os pido.

—¿A vuestro marido? Creí que estábais separada de él por divorcio; á lo ménos me parecía...

—Tal vez es así; pero ciertamente que en los momentos en que se encuentra en la cárcel, y expuesta su cabeza, no me acordaría yo de eso.

—Escuchad, dijo Tallien; os aseguro que no soy el dueño absoluto, y que solo podré hacer dar la libertad á uno de los dos: el otro quedará en rehenes; ¿deseais partir? Decídmelo: en ese caso quedará vuestro esposo; ¿quereis que él parta? Vos permaneceréis aquí. Decídmelo: os dejo en libertad completa, pero es lo único que me es dable hacer.

—Y ¿garantizais la vida del que quede? preguntó la señora de Fontenoy.

—Sí, mientras que mi cabeza esté sobre los hombros.

—En ese caso, que parta mi esposo, dijo Teresa con adorable expresion de abandono; me quedaré yo.

—Vuestra mano para sellar el pacto.

—No, no sois digno de besar mi mano despues de haberme dejado tan abandonada; mi pié en ese caso; lo que de él hayan dejado los ratones.

Y descalzó su pié, verdadero pié de española, sobre el cual se veian las señales de los roedores nocturnos, y se lo dió á besar.

Tallien lo tomó con ambas manos y apoyó sobre él sus lábios.

—Juego mi cabeza, dijo; pero ¿qué me importa? me pagan de antemano.

En aquel momento se abrió la puerta del calabozo, y se presentó el ayudante acompañado por el carcelero.

—Amaury, dijo Tallien, espera aquí la órden de libertad para la ciudadana Fontenoy. Voy á buscarla al tribunal, y cuando me la entregen te la enviaré y ella te dirá á dónde desea ir.

Un cuarto de hora despues se recibió la órden: la ciudadana

marquesa de Fontenoy se hizo conducir á casa de Tallien, y el carcelero escribia á Robespierre:

«La república está vendida por todas partes: el ciudadano Tallien acaba de perdonar por su propia autoridad á una aristócrata, la marquesa de Fontenoy, presa por órden del comité de salvacion pública y antes de habérsela tomado declaracion.»

Teresa cumplió su palabra: su marido partió, y ella, no solo quedó en rehenes para Tallien, sino en casa de Tallien.

Desde aquel dia respiró Burdeos. Es extraño que una mujer hermosa y jóven sea cruel.

Teresa, la gracia, la dulzura y la persuasion personificada, habia cautivado á Tallien, y cautivó á Lacombe y á Isabeau.

Era una de esas naturalezas como la de Cleopatra ó la de Teodora, bajo cuya mano se doblega la cabeza de los tiranos.

Burdeos comprendió lo que debia á la hermosa Teresa. En los teatros, en los paseos, en las revistas, en las sociedades populares era frenéticamente aplaudida por el pueblo, el que miraba en ella la Egería de la Montaña, el génio de la república.

Teresa comprendió que solo podia tener su amor una disculpa: dulcificar al feroz representante, al hombre implecable; arrancar los dientes y cortar las garras al leon.

Su gloria era que descansara la guillotina, y si frecuentaba los clubs y tomaba la palabra era para que su popularidad sirviera para la misericordia.

Recordaba que habia pasado una noche en un calabozo de la cárcel de Burdeos, y que los ratones habian mordido sus lindos piés.

Hacia que Tallien la diese la lista de los presos. ¿Qué ha hecho este? ¿Qué ha hecho aquel? preguntaba.

—Sospechoso, la contestaban.

—Tambien me acusaban de sospechosa. ¿Qué hubiera ganado la república con haberme guillotinado?

Y una lágrima caia sobre el papel y borraba el nombre.

Aquella lágrima abria el encierro.

Pero la denuncia del alcaide produjo fruto. Una mañana llego á

Burdeos un enviado de Robespierre. Tallien fué reemplazado por él y partió con Teresa para Paris.

Robespierre se equivocó en su plan; el viento se inclinaba á la clemencia; Tallien, á quien Robespierre creia despopularizado por su indulgencia, fué nombrado presidente de la Convencion.

Desde aquel momento se declararon ódio mortal aquellos dos hombres.

El enviado de Robespierre le escribió desde Burdeos:

—Ten cuidado; Tallien aspira á representar gran papel.

No atreviéndose Robespierre á atacar de frente á Tallien, hizo que el comité de salvacion pública prendiera á Teresa.

La detencion tuvo lugar en Fontenoy-de-las-rosas.

Teresa fué conducida á la cárcel de la Fuerza.

Esto sucedió quince dias antes que me prendieran.

XXV.

Manuscrito.

(Continuacion.)

En un calabozo oscuro y húmedo, parecido al de Burdeos, fué arrojada Teresa.

Apoyada contra la pared permaneció toda la noche, y subida sobre una mesa, por temor de los ratones.

Dos ó tres dias despues la pusieron en comunicacion y la trasladaron á un cuarto, en el que habia ocho mujeres.

¿Adivinas, amado mio, en qué pasaban el tiempo y las noches interminables aquellas ocho presas?

Jugaban al tribunal revolucionario.

Siempre condenaban á la acusada; la ataban las manos, la hacian pasar la cabeza por entre los palos de una silla, la daban un golpe en el cuello y habia concluido.

De las ocho, cinco partieron para representar realmente en la plaza de la Revolucion el papel que habian estudiado en la cárcel de la Fuerza.

Entre tanto, Tallien rondaba alrededor de la cárcel, envuelto en una capa y procurando ver la sombra querida de Teresa por entre las rejias de las ventanas.

Por último, se decidió á tomar alquilada una buhardilla, desde la cual podia ver el patio en donde los presos se paseaban.

Una tarde, en el momento en que se disponia á volver al calabozo, porque, gracias á la bondadosa mujer de Ferney, habia dis-

Burdeos un enviado de Robespierre. Tallien fué reemplazado por él y partió con Teresa para Paris.

Robespierre se equivocó en su plan; el viento se inclinaba á la clemencia; Tallien, á quien Robespierre creia despopularizado por su indulgencia, fué nombrado presidente de la Convencion.

Desde aquel momento se declararon ódio mortal aquellos dos hombres.

El enviado de Robespierre le escribió desde Burdeos:

—Ten cuidado; Tallien aspira á representar gran papel.

No atreviéndose Robespierre á atacar de frente á Tallien, hizo que el comité de salvacion pública prendiera á Teresa.

La detencion tuvo lugar en Fontenoy-de-las-rosas.

Teresa fué conducida á la cárcel de la Fuerza.

Esto sucedió quince dias antes que me prendieran.

XXV.

Manuscrito.

(Continuacion.)

En un calabozo oscuro y húmedo, parecido al de Burdeos, fué arrojada Teresa.

Apoyada contra la pared permaneció toda la noche, y subida sobre una mesa, por temor de los ratones.

Dos ó tres dias despues la pusieron en comunicacion y la trasladaron á un cuarto, en el que habia ocho mujeres.

¿Adivinas, amado mio, en qué pasaban el tiempo y las noches interminables aquellas ocho presas?

Jugaban al tribunal revolucionario.

Siempre condenaban á la acusada; la ataban las manos, la hacian pasar la cabeza por entre los palos de una silla, la daban un golpe en el cuello y habia concluido.

De las ocho, cinco partieron para representar realmente en la plaza de la Revolucion el papel que habian estudiado en la cárcel de la Fuerza.

Entre tanto, Tallien rondaba alrededor de la cárcel, envuelto en una capa y procurando ver la sombra querida de Teresa por entre las rejas de las ventanas.

Por último, se decidió á tomar alquilada una buhardilla, desde la cual podia ver el patio en donde los presos se paseaban.

Una tarde, en el momento en que se disponia á volver al calabozo, porque, gracias á la bondadosa mujer de Ferney, habia dis-

frutado un momento más del paseo, vió caer una piedra á sus piés.

Todo es un acontecimiento para los presos; le pareció que aquella piedra debía encerrar un misterio; la cogió y encontró liado á ella un papel.

Lo ocultó rápidamente y tiró la piedra: no podía leerlo porque ya era el anochecer y estaban prohibidas las luces.

Durmió con el papel en la mano, deseando que amaneciera para enterarse de su contenido.

Apenas vió la luz del alba se levantó, se acercó á la ventana y leyó con los primeros rayos de luz lo siguiente:

«Velo por vos: salid al patio todos los días: no me vereis, pero estaré cerca de vos: confianza.»

La letra estaba desfigurada y no tenia firma el papel; pero ¿quién, no siendo Tallien, podia interesarse por Teresa?

Esperó con impaciencia que llegara la hora en que subia Fernéy: hizo todo lo que pudo por hacerle hablar; pero el carcelero no contestó y se puso un dedo en los labios.

Durante ocho días seguidos recibió Teresa por el mismo medio noticias de su protector.

Pero sin duda los espías advirtieron á Robespierre, y le dijeron que Tallien habia alquilado una buhardilla frente á la cárcel de la Fuerza.

Se pasó la orden para que Teresa fuese conducida á los Carmelitas con otros ocho ó diez presos.

De modo que, al mismo tiempo que salia yo de la Fuerza pequeña, salia ella de la Fuerza grande.

La carreta de los condenados salió por la puerta de la calle del Rey de Sicilia, y el chirrion de los prisioneros por la puerta de la calle de los Rosales.

En la calle de los Lombardos se encontraron porque tenian que atravesar la calle de San Honorato para ir al puente de Nuestra Señora.

Entonces fué cuando vi á Teresa y la envié mi capullo de rosa. Cuando llegó á las Carmelitas la pusieron en el cuarto de Jose-

fina Beauharnais, de donde hacia poco que habian sacado á la señora de Aiquillon.

La condesa de Beauharnais era una mujer como de veintinueve á treinta años, natural de la Martinica, en donde su padre desempeñaba el cargo de gobernador del puerto.

Habia llegado á Francia de quince años, y se habia casado con el vizconde Alejandro de Beauharnais.

El general Beauharnais habia servido como tantos otros á la revolucion, y esta misma le condujo al patíbulo, en donde acaba de morir.

Aunque no muy feliz con su marido, habia hecho, como la marquesa de Fontenoy, todo lo que habia podido por salvarlo; pero sus diligencias solo habian servido para comprometerla.

Presa y conducida á los Carmelitas, esperaba ser llamada de un día á otro delante del tribunal revolucionario.

Tenia dos hijos del general Beauharnais, Eugenio y Hortensia (1), pero era su pobreza tan extremada, que Eugenio habia entrado como aprendiz en casa de un carpintero, y Hortensia en una tienda de ropa blanca solo por la comida.

La víspera de la llegada de Teresa se habian llevado la cama de la señora de Aiquillon.

—¿Qué haceis? preguntó Josefina al carcelero.

—Ya lo veis, me llevo la cama de vuestra amiga.

—¿Pero en dónde dormirá esta noche?

—Esta noche no necesitará cama.

Efectivamente, habian ido en busca de la señora de Aiquillon, la que no volvió más.

Quedaba un colchon en el suelo, el que debia servirnos á las tres no siendo que una de nosotras durmiera sobre una silla.

Preciso es confesar, querido Jacobo, que el aspecto de nuestro cuarto nada tenia de alegre. El 2 de Setiembre habia sido teatro del asesinato de varios sacerdotes, y la sangre habia salpicado á las paredes en algunos sitios.

(1) Madre de Napoleon III.
TOMO II.

Además se veían algunas inscripciones lúgubres, último grito de la esperanza ó de la desesperacion. Vino la noche, y con ella las ideas más tristes. Las tres nos sentamos sobre el colchon, y como yo era la única que no tenía miedo, me dijo Teresa:

—¿No sientes temor?

—¿No os he referido que había buscado la muerte?

—¡Morir á los diez y seis años! me dijo Josefina.

—¡Ay! he vivido más que una mujer de veinticuatro años.

—En cuanto á mí, repuso Teresa, confieso que tiemblo al menor ruido.

¡Dios mio! ¡Dios mio! Tú has visto guillotinar á treinta personas, has sentido el aire que hacia la cuchilla al pasar como un relámpago, y sin embargo, no han encanecido tus cabellos.

—Lo mismo que Julieta al ver á Romeo tendido bajo su balcon, así me parecía á mí que veía á mi amado tendido en la tumba aguardándome. No moría, iba á buscarle y nada más. Vosotras lo poseéis todo en el mundo; prometidos, hijos, y por eso anheláis vivir: yo lo tengo todo en la tumba, por eso quiero morir.

—Pero ahora, me dijo con expresion cariñosa, ahora que has encontrado dos amigas, ¿deseas todavía morir?

—Sí, si vosotras morís.

—¿Pero y si no?

—Entonces desearé vivir.

—Mira, dijo Teresa abrazándome y besándome, si pudieras salvarnos...

—¿Cómo? Mucho me alegraría, ¿pero de qué modo?

—¿Cómo?

—Sí. Estoy presa como vosotras.

—Sí; pero por lo que nos has dicho, podrias salir si quisieras.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Estás protegida por ese hombre de la casaca corta, por un comisario.

—¿Protegida?

—Ciertamente; ¿no te ha hecho encerrar con otro nombre?

—Sí, es verdad.

—¿No te ha dicho que volvería?

—Pero cuándo, no lo sé.

—No sé; pero deseo sea lo más pronto posible...

—Los dias caminan muy de prisa.

—Si supieras su nombre...

—No lo sé.

—Se podría preguntar al portero.

—Más vale dejarle volver, puesto que ha dicho que volvería.

—Sí; pero de aquí hasta allá...

—Puedo salvar á una de vosotras.

—¿A cuál? preguntó vivamente Teresa.

—Justo será que fuera la que tiene hijos, á Josefina.

—¿Sois un ángel! me dijo esta abrazándome; jamás aceptaría ese sacrificio.

—Escuchad, amigas mías, ¿cuántos dias hace que estais aquí?

¿Cuánto que estais presas?

—Yo, dijo Teresa, hace veintidos dias.

—Y yo, añadió la condesa de Beauharnais, diez y siete.

—Pues bien, es probable que ni mañana ni pasado se ocupen de vos. Tenemos tres ó cuatro dias para que vuelva el comisario, y si no vuelve, le haremos buscar: entre tanto vamos á dormir: la noche es buena consejera.

Y nos acostamos en el colchon en brazos una de otra.

Pero creo que dormí yo sola.

El manuscrito.

(Continuación.)

Los días pasaban y ningun cambio se efectuaba en nuestra situación.

Ninguna noticia recibíamos, y no sabíamos en qué grado estaban los partidos de irritación ó de lucha.

Mis dos compañeras temblaban y palidecían al menor ruido que se escuchaba en los corredores.

Una mañana se abrió la puerta y me dijo el carcelero que me aguardaban en la escribanía.

Mis dos compañeras le miraron aterradas.

—Nada temáis, les dije; ni estoy juzgada ni condenada, y no puedo, por consiguiente, ser ejecutada.

Me abrazaron con efusión y como si creyeran verme por última vez.

Pero les juré que no saldría de los Carmelitas sin despedirme de ellas.

Bajé; según me figuraba, era el comisario, mi protector, el que me aguardaba.

—Tengo que tomar declaración á esta jóven; dejadme solo con ella.

Llevaba el mismo traje que la primera vez, la casaca y el gorro frigio, lo que á primera vista le daba un aspecto feroz; pero bajo aquella máscara se veían unos ojos bondadosos, leales y rasgos suaves que concluían en una boca que demostraba bondad.

—Ya ves, ciudadana, que no te he olvidado.

Me incliné en señal de gracias.

—Ahora háblame como á quien desea tu bien, y confíame tu secreto.

—No tengo ninguno.

—Entonces, ¿cómo ibas en la carreta de los sentenciados, cuando ni te habían juzgado ni condenado?

—Porque deseaba morir.

—¿De modo que lo que me han dicho en la Fuerza era verdad?

—¿Qué?

—Que te habías hecho atar las manos y que habías subido á la carreta porque no se habían fijado en tí?

—¿Quién te dijo eso?

—El ciudadano Santerre.

—¿Y á él nada le resultará por el favor que me hizo?

—No.

—Pues bien, te dijo la verdad: ahora me toca á mí.

—Escucho.

—¿Por qué te tomas ese interés por mí?

—Te he dicho que soy comisario de distrito. Yo fui el encargado de prender á Nicole; al prenderla se me saltaron las lágrimas, y su ejecución me causó los primeros remordimientos que he tenido en mi vida. Juré entonces que si se presentaba la ocasión de poder salvar á una pobre inocente como ella, no la dejaría escapar. La Providencia os puso en mi camino, y vengo á deciros: ¿deseáis vivir?

Me estremecí: la vida me era indiferente; pero reflexioné que contaban sobre ella dos pobres criaturas que estaban en la cárcel.

—¿Y cómo podéis sacarme de aquí? le pregunté.

—Es muy sencillo; ningun cargo resulta contra vos; me he informado en la Fuerza; aquí aparecéis en el registro con otro nombre. Vengo á buscaros para trasladaros á otra cárcel; os dejo al pasar en el puente Nuevo, ó en el de Tullerías, ó en donde gustéis, y os vais en paz.

—He ofrecido despedirme de mis compañeras.

—¿Cómo se llaman?

—¿No hay riesgo en que os diga su nombre? le dije.

—Me ofendeis en eso.

—La condesa de Beauharnais y la marquesa de Fontenoy, Teresa Cabarrús.

—¿La querida de Tallien?

—La misma.

—La cuestion está hoy entre Robespierre y su amante. Si triunfa Tallien, me recomendareis á ella.

—Desde luego.

—Subid, y bajad pronto: estamos en una época en la que se debe hacer esperar á la muerte, pero no á la vida.

Subí gozosa y satisfecha.

—¡Oh! exclamaron al verme: buena noticia, ¿no es cierto?

—Sí; he vuelto á ver á mi comisario y me ofrece la libertad.

—Acepta, acepta, me dijo Teresa abrazándome, y sálvanos.

—¿Cómo?

Sacó de su pecho un puñal aguzado como una aguja, mortal como una víbora: despues, con unas tijeritas que habia dejado la de Aiquillon á Josefina, cortó un rizo de sus cabellos y lo enrolló en el puñal.

—Toma, me dijo; buscarás á Tallien, le dirás que acabas de dejarme, y que al decirme si queria hicieras algun encargo, te he entregado este puñal y estos cabellos. «Da ese puñal á Tallien, y dile de mi parte que estoy citada para dentro de tres días para presentarme en el tribunal revolucionario, y que si dentro de veinticuatro horas vive aun Robespierre, que es un cobarde y que yo moriré.

Comprendí aquella cólera española, aquella energía, aquel ímpetu fogoso.

—Bien, la dije: se lo diré; y vos, señora, añadí dirigiéndome á Josefina Beauharnais, ¿no me dais tambien algun encargo?

—Yo, dijo con su dulce voz de criolla, no tengo más que á Dios que vele por mí y me defienda. Si pasais por la calle de San Honorato, entrad en la tienda de ropa blanca, núm. 362; besad

en la frente á mi querida Hortensia, y decidla que ese beso se lo trasmita á su hermano. Decidla que estoy tan buena como se puede estar en una cárcel sombría y cuando se tiene el corazon destrozado por la inquietud y la incertidumbre. Añadid que si muero será pronunciando su nombre y recomendándole á Dios.

Ambas me abrazaron: Teresa me atrajo hácia sí y me dijo en voz baja:

—Tú no tienes dinero y tal vez lo necesites para salvarnos: partiremos.

Y me puso en la mano veinte luises de oro.

Quise hacerla algunas observaciones.

—Dispensa, me dijo, dispensa; pero la verdad, en un asunto de tanta importancia, y en el que se trata de nuestras cabezas, no quiero que te detengas por un luis ó dos.

Tenia razon; tomé los veinte luises y los guardé en el bolsillo. Oculté en mi pecho el puñal, y bajé á reunirme con mi protector.

Entre tanto habia arreglado todo con el portero.

Me dió el brazo: salimos; nos aguardaba un carruaje de alquiler.

En el trayecto, mi comisario, que no estaba muy seguro que Robespierre fuera inamovible, me puso al corriente de los acontecimientos.

Robespierre, desde la ejecucion de las camisas rojas, se habia retirado al parecer á su albergue, dejando que la Francia marchase por sí sola y á la casualidad; pero hacia algunos dias que no dejaba al comité de salvacion pública, al que hacia firmar listas por Herman.

Robespierre era el 5 termidor.

Aguardaba á San Justo para estallar.

San Justo llevaba siempre las manos llenas de denuncias. Cuando se reuniera el triunvirato, San Justo, Couthon y Robespierre, se pedirian las últimas cabezas, que era indispensable sacrificar al terror.

Estas eran las de Fouché, Collot-D'Herbois, Cambon, Billaud-Varenes, Tallien, Barrere, Leonard-Bourdon, Lecointre Merlin

de Thionville, Fréron, Panis, Dubois-Grancé, Bentabole, Barrás...

Quince ó veinte nada más.

Despues vendria la clemencia.

Por todas partes se empezaban á levantar acusaciones contra el que llamaban el *dictador*.

Pero ese *dictador*, sediento de sangre y ambicioso de poder, ¿les daria tiempo para acusarle?

¿No se adelantaria él á sus planes y llegaria á ser el árbitro supremo de los destinos de la Francia?

Durante un mes que habia estado ausente, habia redactado Robespierre su apología.

Hombre de legalidad, creia que solo debia ser responsable de la legalidad.

Era el 8 termidor. El desenlace debia tener lugar dentro de tres ó cuatro días.

Le pregunté á mi comisario en dónde podria encontrar á Tallien.

Me indicó en dónde vivia; calle de la Perla, 460, en el Marais. Bajé del carruaje en la calle de San Honorato.

Allí, mi protector se despidió de mí; le pregunté su nombre.

—Es inútil, me dijo; si obteneis buen resultado, yo vendré á pedir mi recompensa; si nada adelantais, entonces no podreis hacer por mí lo que deseo, ni yo podré ayudaros en nada.

El coche de alquiler partió con direccion á los bulevares.

Entré en la calle de San Honorato, y llegué al número 352.

Penetré en la tienda de lencería, que era la de la esposa de Condorcet. Allí pregunté por la señorita Hortensia.

Me mostraron una encantadora niña de diez años, que tenia ojos magníficos y cabellos largos y sedosos.

Trabajaba para comer.

Pedí que me dejaran hablar con ella en particular.

Obtenido el permiso, la conduje á la trastienda y la dije que iba de parte de su madre.

La pobre niña rompió á llorar amargamente, se arrojó á mi cuello, y me abrazó.

La dí dos luises para su tocado, pues lo necesitaba bastante.

Pregunté por la señora de Condorcet.

Me dijeron que estaba en su estudio de pintura, en el entre-suelo.

Subí y entré. Al verme, arrojó un grito y me abrazó estrechamente.

—¡Oh! exclamó, os creia muerta; me habian dicho que os habian visto en la carreta.

En dos palabras la puse al corriente de todo.

—¿Qué pensais hacer? me dijo.

—No lo sé, contesté sonriendo; tal vez soy la montaña que encerraba el raton en su seno: tal vez soy el grano de arena en donde se estrelle el carro del terror.

—¿De todos modos, permaneceréis aquí?

—Despues de lo que os he dicho, ¿no temeis comprometeros?

Sonrió y me tendió la mano.

La dije que aquella misma noche tenia que hacer una diligencia, y la pregunté si podria llevarme la llave para entrar y salir sin molestar á nadie.

—Tanto más fácil es, cuanto que duermo en mi casa de Anteuil y que sereis la dueña aquí.

Y me entregó la llave.

La sesion de la Convencion fué tempestuosa. La apología de Robespierre no obtuvo el éxito que se figuraban sus partidarios. La apertura de la sesion fué una insigne torpeza.

Barrere anunció la toma de Amberes, es decir, la recuperacion de toda la Bélgica.

Carnot habia vuelto á tomar á Amberes y fué atacado por Robespierre, quien estaba ignorante de aquel triunfo.

Desgraciadamente el *dictador* no era un orador capaz de en una improvisacion salir de aquel apurado trance, y empezó su discurso con estas palabras:

«La Inglaterra, con quien tenemos en nuestros discursos tanta consideracion, se ve maltratada por nuestro ejército.»

El discurso duró dos horas.

Lecomte, enemigo de Robespierre, viendo el poco efecto que causaba el discurso, pidió á voces que se imprimiera.

Un robespierrista no se hubiera atrevido á pedir la impresion de él.

La Asamblea votó la impresion por costumbre.

Entonces se lanzó un hombre á la tribuna: era Cambon, el hombre honrado por excelencia. Robespierre le habia llamado bribon, así como traidor á Carnot.

—Pido un momento: no nos apresuremos; antes de verme deshonrado, hablaré.

Y claramente y en pocas palabras explicó un sistema de hacienda y terminó con estas frases:

—Ha llegado la hora de decir la verdad. Un hombre solo paraliza á la Convencion; este hombre es Robespierre. ¡Juzgadnos!

Entonces se levantó Billaud, y dijo:

—Tienes razon, Cambon; es preciso arrancarle la máscara. Si es verdad que ya no hay libertad para emitir su opinion, prefiero que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que no ser por mi silencio cómplice de un crimen.

—Yo, dijo Panis, pido únicamente que se me diga si mi nombre está en la lista de proscripcion. ¿Qué he ganado con la revolucion? Ni aun para comprar un sable á mi hijo, ni un vestido á mi hija.

En la sala estallaron entonces los gritos: ¡Que se *retracte*, que se *retracte*!

Pero Robespierre contestó con serenidad:

—Nada tengo que retractar: he arrojado mi escudo: me he presentado á mis enemigos descubierto: no he adulado á nadie, no he calumniado á nadie, no temo á nadie. Persisto, y no tomo parte ninguna en la decision de la Convencion para que se imprima ó no mi discurso.

Multitud de voces salieron de los cuatro frentes de la sala, gritando:

—Que se revoque la publicacion.

La publicacion fué revocada.

El golpe fué terrible.

En el mero hecho de no aceptar la Convencion las acusaciones de traicion y conspiracion presentadas por Robespierre contra los comités y representantes del pueblo que se encontraban en comision del gobierno, era acusar á Robespierre de las calumnias que él habia expresado.

Robespierre contaba tomar la revancha en los jacobinos. Aquella sociedad que le debia su fundacion, su importancia y su influjo, era su sosten de bronce.

Resolví asistir á la sesion. Me habian dicho que hasta las doce de la noche no encontraria en su casa á Tallien.

Me envolví en una capa, como las mujeres del pueblo, prestada por la viuda de Condorcet, y me dirigí á los jacobinos.

En la cueva en donde se celebraban las sesiones nos ahogáramos.

El municipio estaba ya advertido del golpe que habia recibido su héroe en la Convencion.

Se vió pasar á Henriot embriagado sobre su caballo, como sucedia en los casos solemnes.

Estaba dando órdenes para que al dia siguiente se formase la Guardia nacional.

Robespierre entró á las nueve en medio de generales aplausos.

Su rostro pálido estaba inmóvil, y sus ojos brillaron. Subió á la tribuna, teniendo en la mano su apologia, para leerla á los jacobinos, como la habia leído en la Convencion.

Pero Robespierre no se cansaba jamás de leer sus discursos.

Fué escuchado como un Dios por sus apóstoles, y aplaudido con entusiasmo.

Despues, cuando concluyó y se extinguió la salva de aplausos dijo:

—Ciudadanos, es mi testamento el que os presento. Os lego mi memoria, vosotros la defendereis. Si es preciso que beba la hiel, lo haré con serenidad.

—La beberé contigo, exclamó David.

—¡Todos, todos la beberemos! gritaron abrazándose unos y otros.

Solo se escucharon lágrimas y sollozos.

El entusiasmo rayó en frenesí.

Couthon subió á la tribuna y pidió que se borrara de la lista de la Convencion á los miembros que habian votado contra la publicacion del discurso de Robespierre.

Los jacobinos votaron por unanimidad.

Los exaltados robespierristas rodearon á su apóstol.

Pedian que se hiciera un segundo 31 de Mayo.

Robespierre, instado y cercado, dejó escapar estas palabras:

—Pues bien; ved si podeis hacerlo. Separad en la Convencion los buenos de los malos.

En aquel momento se oyó un inmenso rumor hácia la parte más oscura de la sala.

Los jacobinos acababan de ver entre ellos á Billaud y Collot d'Herbois, los enemigos más encarnizados de Robespierre; los que habian escuchado lo dicho contra la Convencion y la autorizacion que habia dado á sus secuaces para separar los malos de los buenos.

Voces de muerte se elevaron contra ellos y se blandieron los puñales.

El presidente anunció que se levantaba la sesion.

Ambos partidos pensaban que era muy corto el plazo de una noche para prepararse al combate del dia siguiente.

Salí con la multitud: eran más de las once de la noche; por consiguiente, habia llegado el momento de ver á Tallien.

Al salir me encontré detrás de Robespierre: iba apoyado en Coffinhal; cerca de él se encontraba el carpintero Duplay.

Se hablaba de la sesion del dia siguiente: el triunfo de los jacobinos no tranquilizaba por completo á los amigos de Robespierre.

—Nada espero de la Montaña, decia; pero la mayoría es jóven; ella me escuchará.

En la puerta de su casa le aguardaban la mujer de Duplay y sus dos hijas.

Al verlo corrieron hácia él; las tranquilizó y entraron todos en el pasadizo que conducia á la casa del carpintero.

La puerta se cerró tras ellos.

Retrocedí: la curiosidad me habia arrastrado en pos de aquel hombre, y volví á seguir la calle de San Honorato, dirigiéndome hácia el palacio Igualdad.

A pesar de que era tarde, circulaba mucha gente por las calles. En las venas de la capital discurria una fiebre ardiente y devoradora.

Muchas personas salian misteriosamente de sus casas; otras entraban con no menor sigilo y misterio; se cambiaban palabras de un lado á otro de la calle y señales de unas ventanas á las otras.

Cuando llegué al extremo de la calle de la Ferrouniere, tomé por la del Temple y llegué á la de la Perla.

La calle estaba mal alumbrada; me costaba trabajo leer los números; sin embargo, creí reconocer el núm. 460.

Vací al encontrarme á la puerta de un pasadizo oscuro, que me pareció la única entrada de aquella casa sombría, en cuya fachada no se veia una luz.

De repente se abrió la puerta, y un hombre vestido con casaca corta y llevando un baston grueso en la mano, apareció en el dintel.

Tuve miedo, y dí un paso hácia atrás.

—¿Qué quieres, ciudadana? me preguntó aquel hombre dando un golpe en el suelo con el baston.

—Quiero hablar al ciudadano Tallien, le contesté.

—¿De dónde vienes?

—De la cárcel de los Carmelitas.

—¿Pero de parte de quién?

—De parte de la ciudadana Teresa Cabarrús.

Aquel hombre se estremeció.

—¿Dices la verdad?

—Condúceme hasta él y lo verás.

—Pues ven.

El hombre abrió la puerta; me deslicé por el pasillo, pasó delante de mí y subió por una escalera poco alumbrada.

Desde los primeros escalones escuché el rumor de varias voces que al parecer discutian.

La discusion era violenta, y segun nos acercábamos se distinguia más.

Oí el nombre de Robespierre, de Couthon, de San Justo, de Hénriot.

Aquellas voces provenian del segundo piso. El hombre del baston se detuvo delante de la puerta y la abrió.

Un foco de luz inundó la escalera; pero al vernos, cesó la discusion y todos se callaron.

—¿Qué hay? preguntó Tallien.

—Una mujer que viene de los Carmelitas, y que, segun dice, dijo mi guia, trae noticias de la ciudadana Teresa Cabarrús.

—¡Que entre! exclamó Tallien.

El hombre del baston me dejó pasar. Dejé caer mi capa sobre el balaustre de la escalera, y me adelanté hasta el centro de la sala.

—¿Quién de los presentes, dije, es el ciudadano Tallien?

—Yo, me contestó el más jóven de aquellos hombres.

Me dirigí hácia él.

—Acabo de separarme de la ciudadana Teresa Cabarrús, quien me dijo: «Lleva este rizo de mis cabellos y este puñal á Tallien, y dile que debo comparecer pasado mañana delante del tribunal revolucionario, y que será un cobarde si dentro de veinticuatro horas existe aun Robespierre.»

Tallien se apoderó del puñal y del rizo.

Besó apasionadamente los cabellos, y enarboló el puñal.

—Ya habeis oido, ciudadanos, dijo: sois completamente libres para no acusar mañana á Robespierre; pero sí así no lo haceis, yo le daré de puñaladas y tendré la gloria de salvar á Francia de un tirano.

Todos los que se encontraban allí extendieron la mano sobre el puñal de Teresa Cabarrús.

—Juramos, dijeron, que ó morimos mañana, ó Francia se salvará.

Entonces Tallien se volvió hácia mí, y me dijo:

—Si deseas ver algo tan grande como la caida de Appio ó la

muerte de César, ven mañana á la sesion, jóven, y podrás despues referirle á Teresa lo que hayas visto.

—Sí; pero si deseais obtener buen éxito no os lanceis en la discusion, no le concedais la palabra.

—*La muerte sin frases*, dijo uno que se encontraba cerca de Tallien.

—Bien, Sieyés, gritaron todos: eres hombre que das buenos consejos, y ese debe ser seguido.

XXVII.

El manuscrito.

(Continuación.)

Tallien insistió porque me acompañara el hombre del baston, que era su vigilante, su guardia de Corps.

Volví á casa de la viuda de Condorcet por el mismo camino que habia tomado para ir á casa de Tallien.

Sentia una impresion extraña.

Tal vez acababa de ser la intermediaria entre el brazo que debe herir y el pecho que debia recibir el golpe.

Habia tomado involuntariamente una parte activa en lo que debia sucederme al dia siguiente.

Que sirviera el puñal para herir á Robespierre ó al mismo Tallien, el resultado era que yo habia entregado el puñal.

Mientras que habia estado en mi poder, ínterin que me dejaba llevar por el deseo de salvar á mis amigas, no habia pensado en ello; pero al verlo pasar á manos de Tallien, comprendí que era su cómplice.

La fiebre que me habia sostenido mientras que no cumplí mi cometido, me abandonó al encontrarme en la calle.

Habia cesado el ruido; pero sin embargo, en la grande arteria de Paris, la calle de San Honorato, tan pasajera siempre, se encontraba bastante gente.

Tuve la curiosidad de ir hasta la casa del carpintero Duplay. Todo estaba cerrado.

Ni un rayo de luz filtraba por las ventanas.

¿Dormian con la tranquilidad de una conciencia pura?

¿Velaban en la oscuridad y en el silencio con la turbacion de una imaginacion agitada?

Dí las gracias al hombre del baston al llegar á la casa que me servia de asilo, y le puse una moneda en la mano.

—La tomo por curiosidad, ciudadanita, me dijo; porque hace largo tiempo que no he visto ninguna.

Subí á mi entresuelo: cerré las persianas, pero dejé las contraventanas abiertas. No podia dormir: estaba inquieta por mis dos amigas.

En la tarde del dia siguiente todo se habria decidido. Yo, que no habia temblado por mí misma; que habia visto sin palidecer el cuchillo de la guillotina y los rayos de sol, que se reflejaban en él y en la sangre de treinta personas, temblaba por aquellas dos presas, á las que conocia hacia pocos dias, que eran extrañas para mí, pero que me habian estrechado en sus brazos cuando me veia tan sola en el mundo.

Por lo que habia presenciado en la sesion de los jacobinos, juzgaba del ascendiente que tenia Robespierre sobre la multitud.

—Beberé la cicuta, habia dicho con la misma serenidad que Sócrates.

Y un coro de fanáticos se unió á él diciendo:

—Todos participaremos de ella.

Nuestros amigos, ó mejor dicho, nuestros aliados, ¿tendrian valor, no solo de empezar el combate, sino tambien de continuarlo? ¿Tendrian la fuerza para impregnarse y seguir el consejo de Sieyés?

—La muerte sin frases.

El génio necesita muy pocas palabras para expresar el pensamiento; para hacerle comprender en el presente, en el porvenir y dejarlo esculpido en bronce.

A no dudarlo, era Sieyés, el hombre que en aquella reunion enarbolaba la bandera del talento, más elevado que los otros.

Pero si bien era el génio, no era el hombre de accion ni de ejecucion.

Cerca de las tres cerré la ventana y me acosté.

Pero mi sueño fué febril, y en él tuve ensueños insensatos.

Lo único que se agitaba en mi cerebro eran las palabras de Siyés, que pasaban y repasaban sin cesar como la péndola de un reloj.

En aquellas frases se encerraba la sentencia de Robespierre.

Cuando empezaba á conciliar el sueño, llegó el día: me desperté á las ocho ó las nueve. Me pareció oír ruido en la calle; corrí á la ventana precipitadamente y la abrí.

A la puerta del carpintero Duplay habia un grupo de jacobinos, y muchos entraban y salían: sin duda iban á tomar órdenes de Robespierre.

En medio de aquella multitud se detuvo un hombre, fijó en mí sus ojos, y su mirada pasó por entre las persianas entreabiertas.

Las cerré rápidamente; pero fué tarde, porque me reconoció.

Dos minutos despues llamaban á la puerta, la que abrí sin temor ninguno.

Era el comisario, mi protector: le hice entrar y le rogué que se sentara, porque me pareció que estaba cansado.

—No es oferta que debe desecharse, me dijo; estoy estenuado de cansancio: toda la noche la he pasado de pié.

Los partidos están frente á frente, y el combate se dará hoy.

—¡Oh! le dije, os confieso que desearia asistir á esa batalla; ¿en dónde creéis que debe tener lugar, en los jacobinos ó en la Convencion?

—En la Convencion, ciertamente; allí se alberga la legalidad, y Robespierre es el hombre de la legalidad.

—¿Cómo haria para asistir á la sesion? Estoy sola, y para entrar en la Convencion habrá mucha dificultad.

—Tomad esta tarjeta, me dijo; la sesion empezará á las once: comed pronto alguna cosa que os permita permanecer hasta que se concluya la diseusion.

Al salir me encontrareis allí; por si me necesitais, ya sabeis que podeis mandar.

—Si os fuera posible disponer de una hora, podriais hacerme un gran favor.

—¿Cuál? Decid.

—Ir á los Carmelitas, y procurar de un modo ó de otro que le dijeran á Teresa Cabarrús que habian hecho su encargo; lo celebraria mucho, os lo aseguro.

—Puedo hacer más, añadió el comisario; para despistar á los lebreles, haré que las muden de cárcel; si Tallien sale mal en su empresa, la primera orden de Robespierre será condenar á su querida. Pues bien, ínterin la buscan en los Carmelitas y averiguan á dónde ha sido trasladada, se pasarán dos ó tres días, y en las actuales circunstancias es mucho ganar tres días.

—¡Oh! si se obtiene buen resultado, ¿qué podriamos hacer por vos? exclamé.

—Cuando llegemos á ese caso, replicó, como todo pasará por las manos de Barrás, de Tallien y de sus amigos, no será difícil que pida algo... en fin, veremos: ahora ocupémonos de las presas y de la sesion de hoy, que será muy importante.

—Pues bien, convenido, le dije; partid, no perdais un momento, os lo ruego, y pensad que estarán angustiadas y medio muertas de inquietud y de incertidumbre.

—¿No teneis aquí nadie que os sirva? me preguntó.

—Nadie.

—Bien. Ahora al bajar os enviaré algo del café para almorzar; dos huevos frescos y un poco de caldo, ¿no os parece bien?

—Perfectamente, y os lo agradeceré... Partid.

No os olvidéis que en cuanto almorceis es preciso vayais á la Convencion para que veais todo lo que pasa hoy.

Media hora despues estaba instalada en la tribuna inmediata á la del presidente.

A las once se abrió la sala y las tribunas se llenaron de gente, como yo habia previsto; pero lo que manifestaba la profunda inquietud que embargaba á los miembros de la Asamblea era que estos llegaban en corto número.

Primero, de los setecientos diputados que habian proclamado la república el 21 de Setiembre de 1792, faltaban más de doscientos, que habian sucumbido en el cadalso.

Era terrible ver sitios vacíos en los bancos, pues cada uno de ellos era una tumba.

En el centro un espacio tan vasto como un fosa general: era el sitio de los girondinos. En la Montaña el banco de Danton, el de Héroult de Séchelles y el de Fabre de Eglantine.

Aquí y allá espacios vacíos, bancos que desde que estaban desocupados nadie había querido ocuparlos.

Aquellos vacíos acusadores, ¿a quién se le debían?

A un hombre.

¿Quién había dado el golpe á los veintidos girondinos, por boca de Danton?

¿Quién había herido á los veinticinco franciscanos, por boca de San Justo?

¿Quién hirió á Chaumette?

¿Quién á Hébert?

El mismo, y siempre el mismo.

Que se interrogara á esos bancos vacíos, á esas tumbas, fuera una por una, fuera simultáneamente, y todas repetirían un nombre: Robespierre.

Para los conjurados eran aquellos sepulcros cómplices terribles.

En los días de las sangrientas represalias, he visto siempre que toma más parte la mano de los muertos que la de los vivos.

Y la víspera en los jacobinos, aquel hombre había tenido la debilidad de ofrecer, ó la fuerza de mandar que se purificase la Convencion.

¿Cuántos entrarían en aquella purificación?

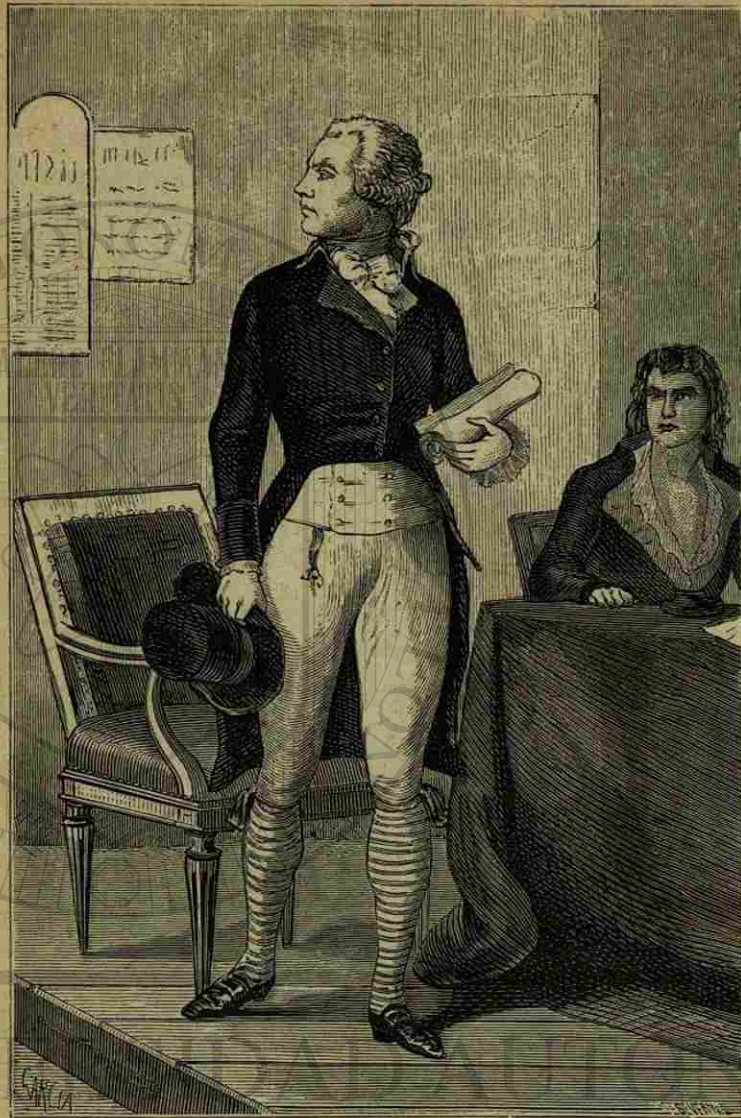
Lo ignoraba: como Sylva, podía contestar: *no lo sé*.

Poco á poco iban llegando los diputados: estaban cansados, y más que cansados, inquietos.

Se veía que pocos habían pasado la noche en su lecho. Unos porque conspiraban, otros porque temían les prendieran.

Su vista buscaba... ¿qué buscaba? Lo que buscan los ojos cuando se prepara un gran acontecimiento, cuando se cierne una tempestad en el cielo, cuando se aproxima un temblor de tierra.

¡Lo desconocido!



ROBESPIERRE.

Al entrar había visto las oleadas del pueblo, que aguardaba amenazador y entregado á la ociosidad.

Eran las doce y todavía no había llegado Robespierre. Herido en su amor propio por el golpe del día anterior, decían que no entraría en la Convención sino á la cabeza del Ayuntamiento armado, y lo que servía de punto de apoyo á esto mismo era que Hénriot, embriagado como de costumbre, acababa de hacer colocar sus cañones en batería en la plaza del Carrousel.

Tampoco Tallien había parecido en la Cámara de sesiones; pero no se ignoraba que estaba en la sala de la Libertad con sus amigos, y que como era preciso pasar por aquella sala para entrar en la de la Convención, detenía á su paso á todos los diputados, se quedaba con algunos y enviaba á sus puestos á los otros con la lección enseñada.

¿Esperaban á Robespierre como esperaban á César, Bruto, Casio y Casea? ¿Le darian allí de puñaladas, *sin frases*, como había dicho Sieyès.

Un murmullo prolongado anunció la entrada de aquel que aguardaban con tanta impaciencia, y tal vez algunos con más temor que impaciencia.

El que hubiera podido analizar aquel rumor, hubiese encontrado algo de todo, desde la amenaza hasta la especulación y la lucha.

Desde el día célebre de la fiesta del Sér Supremo, jamás había ostentado Robespierre tanto lujo en su traje.

Llevaba un frac azul barbo, calzon claro, chaleco de piqué blanco con flecos.

Su marcha era lenta y firme. Lebas, Robespierre el menor y Couthon, sus fieles parciales, le seguían.

Tomaron asiento en derredor suyo, y ni miraron, ni saludaron á nadie.

Sin embargo, desde su sitio veían con cierto desden, que no podían ocultar á los jefes de la Llanura y de la Montaña, que irreconciliables hasta aquel día, entraban, síntoma amenazador, del brazo uno de otro.

Hubo un momento de silencio.

Poco despues entró San Justo, llevando en la mano el discurso que pensaba leer, discurso que debia derribar á los comités y renovarlos con hombres adictos á Robespierre.

El partido jacobino, temiendo la impetuosidad de aquel jóven, habia exigido la víspera que leyera el discurso á una comision antes de pronunciarlo en la Convencion.

Pero no habia tenido tiempo: acababa de escribir la última línea. Su palidez y el círculo negro de sus ojos manifestaban lo que habia pensado para escribirlo.

Fué á la tribuna: detrás de él entró una oleada de diputados con Tallien á la cabeza. Collot d'Herbois, el enemigo personal de Robespierre, ocupaba el sillón de la presidencia.

Lo habian escógido expresamente, y por si le faltaba el valor, á su lado estaba un hombre al que no le faltaria energía, un dogo partidario de Danton, Thuriot, aquel que si lo recuerdas, mi Jacobo, votó tan encarnizadamente la muerte del rey, que desde entonces en lugar de Thuriot le llamaron *Tue-roi* (mata-rey). Fuera descuido, fuera desprecio, olvidó San Justo pedir la palabra; subió derecho á la tribuna y empezó su discurso.

Peró apenas pronunció las primeras palabras, cuando Tallien, con una mano dentro del pecho, sin duda empuñando el puñal de Teresa, dió dos pasos hácia adelante y dijo:

—Presidente, pido la palabra que ha olvidado pedir San Justo.

Un estremecimiento recorrió todo el auditorio. Comprendian que aquellas palabras eran una declaracion de guerra.

¿Qué diria Collot d'Herbois?

¿Dejaria la tribuna á San Justo? ¿Se la daria á Tallien?

—Tiene la palabra el ciudadano Tallien, dijo Collot d'Herbois.

Reinó un silencio profundo. Tallien subió á la tribuna y sacó del pecho su mano crispada.

—Ciudadanos, dijo, en lo poco que acaba de decirnos San Justo he comprendido que se congratulaba de no pertenecer á ningun partido. Tambien yo pretendo lo mismo, y por esto quiero haceros oír la verdad. Tal vez os sorprenderá; pero resonará hoy, pues

desde hace algunos dias no se hace sino sembrar la mentira y la inquietud.

Ayer se aisló un miembro del gobierno y pronunció un discurso, no en general, sino en particular.

Hoy otro iba á hacer lo mismo; esas individualidades no sirven sino para agravar los males de la patria, destrozarla y precipitarla en el abismo. Pido que se descorra la cortina por completo.

—Sí, gritó desde su banco Billaud Varennes, más pálido y sombrío que de costumbre; sí; ayer la sociedad de los Jacobinos votó la purificacion de la Cámara. ¿Y qué es ese voto? Parece imposible y se resiste creer que hayan votado la muerte de los de la mayoría, que rechazaron la votacion en favor de la publicacion del discurso de Robespierre. Es decir, que esa mayoría, que esa purificacion se compone de doscientos cincuenta de entre nosotros.

—¡Imposible! ¡Imposible! gritaron por todos los ángulos de la sala.

—Collot d'Herbois y yo estábamos en los Jacobinos, ciudadanos, y lo hemos escuchado, escapando por milagro á los puñales de los asesinos.

—¡Allí, allí, allí! continuó señalando á la Montaña; allí veo uno de los que levantaron el puñal sobre mí.

Al escuchar estas palabras se levantó una tempestad de gritos.

—¡Prendedle, detenedle, á la cárcel!

Billaud le nombró: era un nombre desconocido para el auditorio, pero conocido de los porteros de estrados, los que se arrojaron sobre él y le detuvieron. Despues de esto reinó una agitacion en la Asamblea, como sucede siempre en una sesion tempestuosa, precursora de grandes acontecimientos.

—La Asamblea, continuó Billaud, no desconocerá que se encuentra entre la espada y la pared: si es débil, aunque sea por una hora, está perdida.

—No, no, exclamaron todos los miembros de la Convencion subiéndose en los bancos y agitando sus sombreros; no; arrollará y hundirá á sus enemigos. Habla, Billaud, habla. ¡Viva la Convencion! ¡Viva el comité de salvacion pública!

—Pues bien; puesto que hemos llegado al momento de las aclaraciones, continuó Billaud, pido que contesten todos los individuos que sean interrogados por la Asamblea. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que nos encontramos, cuando sepais que la fuerza armada está á las órdenes de los parricidas, y que Henriot es el cómplice de los conspiradores.

Temblareis cuando sepais que hay aquí un hombre (y lanzó una mirada feroz á Robespierre), que cuando se trató de enviar diputados á los departamentos, estudió la lista de los convencionales, y de setecientos individuos, no encontró veinte dignos de aquella mision.

En todos los bancos se escuchó un murmullo del orgullo herido, rumor imponente y amenazador.

—¿Y es Robespierre, continuó Billaud, el que nos decia ayer, el que se atrevió á decirnos que se habia alejado del comité porque estaba oprimido?

No lo creais: Si se alejó, ha sido porque, habiendo dominado por espacio de seis meses al comité, este, cansado de su dominio, se ha rebelado contra él y ha organizado su defensa.

Felizmente se retiró en el momento en que queria que se aceptara el decreto del 22 prairial, ese decreto de muerte, que nos hizo á cada uno de nosotros llevar la mano á la cabeza, como para sostenerla sobre los hombres.

Millares de voces interrumpieron á Billaud, no para sostener sus acusaciones, sino para afirmarlas.

Reinó un instante el silencio; pero era uno de esos silencios como la calma que precede á la tempestad y que encierra un mundo de amenazas.

XXVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Aquel silencio presagiaba de tal modo la tormenta, que las miradas de aquellos hombres se cruzaban como relámpagos.

—Sí; ciudadanos, prosiguió Billaud Varennes; sabed que el presidente del Tribunal revolucionario, al que le está casi prohibida la iniciativa, propuso ayer en los jacobinos, en esa sociedad no solo enemiga, sino hasta ilegal, que se proscribiesen y se borrasen de la Convencion los nombres de aquellos diputados que habian osado resistir á Robespierre.

Pero el pueblo me escucha, añadió Billaud volviéndose á las tribunas; ¿no es cierto, pueblo, que velas por tus representantes?

—¡Sí, sí! El pueblo está aquí, gritaron á una voz los de las tribunas.

—Desde hace algun tiempo hemos presenciado un espectáculo extraño, y es que los mismos que invocan sin cesar la virtud y la justicia, son los que primero se atreven á hollar la justicia y la virtud.

—¿Cómo? Hombres aislados que no conocen á nadie, que no se mezclan en intrigas, que salvan la Francia organizando la victoria, ¿esos hombres son conspiradores? ¿Y en el mismo dia en que, gracias á sus consejos y á su plan de campaña, vuelve Anveres á ser tomada á los ingleses por la Francia, vienen los conspiradores y les acusan de traicion en este recinto?

El abismo está delante de nosotros; los verdaderos traidores es-

—Pues bien; puesto que hemos llegado al momento de las aclaraciones, continuó Billaud, pido que contesten todos los individuos que sean interrogados por la Asamblea. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que nos encontramos, cuando sepais que la fuerza armada está á las órdenes de los parricidas, y que Henriot es el cómplice de los conspiradores.

Temblareis cuando sepais que hay aquí un hombre (y lanzó una mirada feroz á Robespierre), que cuando se trató de enviar diputados á los departamentos, estudió la lista de los convencionales, y de setecientos individuos, no encontró veinte dignos de aquella mision.

En todos los bancos se escuchó un murmullo del orgullo herido, rumor imponente y amenazador.

—¿Y es Robespierre, continuó Billaud, el que nos decia ayer, el que se atrevió á decirnos que se habia alejado del comité porque estaba oprimido?

No lo creais: Si se alejó, ha sido porque, habiendo dominado por espacio de seis meses al comité, este, cansado de su dominio, se ha rebelado contra él y ha organizado su defensa.

Felizmente se retiró en el momento en que queria que se aceptara el decreto del 22 prairial, ese decreto de muerte, que nos hizo á cada uno de nosotros llevar la mano á la cabeza, como para sostenerla sobre los hombres.

Millares de voces interrumpieron á Billaud, no para sostener sus acusaciones, sino para afirmarlas.

Reinó un instante el silencio; pero era uno de esos silencios como la calma que precede á la tempestad y que encierra un mundo de amenazas.

XXVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Aquel silencio presagiaba de tal modo la tormenta, que las miradas de aquellos hombres se cruzaban como relámpagos.

—Sí; ciudadanos, prosiguió Billaud Varennes; sabed que el presidente del Tribunal revolucionario, al que le está casi prohibida la iniciativa, propuso ayer en los jacobinos, en esa sociedad no solo enemiga, sino hasta ilegal, que se proscribiesen y se borrasen de la Convencion los nombres de aquellos diputados que habian osado resistir á Robespierre.

Pero el pueblo me escucha, añadió Billaud volviéndose á las tribunas; ¿no es cierto, pueblo, que velas por tus representantes?

—¡Sí, sí! El pueblo está aquí, gritaron á una voz los de las tribunas.

—Desde hace algun tiempo hemos presenciado un espectáculo extraño, y es que los mismos que invocan sin cesar la virtud y la justicia, son los que primero se atreven á hollar la justicia y la virtud.

—¿Cómo? Hombres aislados que no conocen á nadie, que no se mezclan en intrigas, que salvan la Francia organizando la victoria, ¿esos hombres son conspiradores? ¿Y en el mismo dia en que, gracias á sus consejos y á su plan de campaña, vuelve Anveres á ser tomada á los ingleses por la Francia, vienen los conspiradores y les acusan de traicion en este recinto?

El abismo está delante de nosotros; los verdaderos traidores es-

tán aquí; es preciso que se llene ese abismo con sus cadáveres ó con los nuestros.

El golpe fué terrible para Robespierre: ya no se podía retroceder; pálido y convulsivo se lanzó á la tribuna.

—¡Abajo el traidor! ¡Abajo el tirano! ¡Abajo el dictador! gritan por todas partes.

Pero Robespierre había comprendido que la hora suprema había llegado, que era preciso, como el javalí, dar la cara á la multitud que rugía contra él. Se agarró al balaustre de la tribuna; subió á pesar de todos; tocó la plataforma.

El sudor bañaba su frente: estaba pálido, lívido; le faltaba un paso para reemplazar á Billaud. En medio de un tumulto espantoso abrió la boca para hablar, porque tal vez creía que al oírle cesaría el tumulto.

Tallien vió que la tribuna iba á ser suya, y comprendiendo el riesgo, se lanzó á su vez y separó á Robespierre bruscamente.

Era un nuevo enemigo, un nuevo acusador: volvió á reinar silencio.

Robespierre miró asombrado en torno suyo. Desconocía aquella Asamblea sobre la que había reinado por espacio de tres años y la que estaba acostumbrado á manejar á su antojo.

Entonces empezó á comprender el peligro que corría en aquella lucha mortal.

Tallien aprovechó el silencio, y exclamó:

—Hace un momento pedía que se desgarrase la cortina: ya se ha hecho. Los conspiradores están desenmascarados; la libertad triunfará.

—Sí, sí, gritó la sala entera, sí; ya empieza á triunfar. Acaba, Tallien, acaba.

—Todo presagia que el enemigo de la Representación nacional caerá á nuestros golpes: hasta hoy me había impuesto silencio; dejándole que formara en la sombra la lista de proseripcion, no podía decir: *He visto, he oído*; pero ayer también yo estaba en los jacobinos y *he visto y he oído*, y he temblado por la patria.

Un nuevo Cronwell reclutaba su ejército, y esta mañana he to-

mado en mi mano el puñal que descansaba detrás del busto de Bruto para hundírselo en el corazón si la Convención no tenía valor suficiente para acusarle.

Y Tallien apoyó el puñal de Teresa sobre el pecho de Robespierre; un rayo de sol hizo brillar la hoja.

Robespierre no hizo un movimiento para detener el golpe.

Pero los reflejos del sol en el acero le hicieron guiñar los ojos, como los de los pájaros nocturnos con la claridad del día.

—Pero no, continuó Tallien separando el puñal del pecho; nosotros somos representantes del pueblo y no asesinos: este tirano pálido y enfermizo no tiene ni la fuerza ni el talento de César.

La Francia ha puesto en nuestras manos la espada de la justicia, no el puñal de la venganza. Acusamos al traidor; juzguémosle, sentenciémosle; pero no le asesinemos.

No más proseripciones, no más 31 de Mayo, ni aun contra el que hizo las proseripciones y el 31 de Mayo.

Que condene á Robespierre la justicia nacional.

Jamás había estallado en la Cámara tal torrente de aplausos; parecía que se desplomaba la bóveda de la Convención.

—Ahora, añadió Tallien, pido que se prenda al miserable Henriot, que por tercera vez en este momento prepara sus cañones contra nosotros.

Antes que nada desarmemos al dictador; quitémosle su guardia pretoriana y despues le juzgaremos.

En la Asamblea se oyó una especie de rugido: eran dos años de odio y de terror que se iluminaban y que respiraban por la escotilla que había abierto Tallien.

—Pido, prosiguió, que decretemos la sesión permanente, hasta que la espada de la justicia asegure la existencia de la república y hiera á los que conspiran contra ella.

Las proposiciones de Tallien se ponen á votación y se votan con entusiasmo.

Robespierre quiere hablar: no ha bajado de la tribuna, á la que se sujeta; tiene los labios palpitantes y el rostro contraído.

Sus dientes están apretados y en vano procura hacerse oír.

Por todas partes gritan: ¡Abajo el tirano!

La palabra de orden dada por Sieyès se ha sostenido; Robespierre no hablará: *No hará frases.*

Tallien prosigue diciendo:

—No hay uno de nosotros que no pueda citar de este hombre un hecho de inquisición ó de tiranía; pero es su conducta de ayer en los jacobinos la que debe causaros horror. Allí se reveló el tirano; por ese hecho quiero destruirlo. ¡Ah! si pudiera recordar todos los actos de opresión, probaría que todos se han cometido desde que Robespierre está encargado de la policía general.

Robespierre hizo un esfuerzo, llegó casi hasta Tallien, y gritó extendiendo el brazo:

—Eso es falso; eso...

Pero el tumulto empezó de nuevo más terrible que nunca.

Entonces comprendió Robespierre que era inútil su deseo de apoderarse de la tribuna, la que le arrebatara una conspiración.

Buscó un sitio desde el cual pudiera dominar á la Asamblea. Se fijó en la Montaña, y bajando rápidamente los escalones de la tribuna, se lanzó entre sus antiguos amigos, y desde un banco vacío quiso hablar.

—¡Callate! le gritó una voz; estas en el sitio de Danton.

Robespierre bajó hácia el centro.

¡Ah! exclamó, montañeses, no quereis dejarme hablar, y sin embargo, es á vosotros, hombres irreprehensibles, á los que pido un asilo y no á esos bandidos.

—¡Atrás! gritó otra voz; ocupas el sitio de Vergniaud.

Robespierre se alejó de los bancos de la Gironda, como si efectivamente se viera perseguido por la sombra de aquellos que habia hecho decapitar.

Como herido por un rayo, se lanzó á la tribuna por segunda vez, y enseñando el puño al presidente, dijo:

—¡Presidente de una Asamblea de asesinos! Por última vez, ¿quieres concederme la palabra?

—La tendrás por turno, contestó Henriot, que habia reemplazado en el sillón de la presidencia á Collet d'Herbois.

—No, no; gritaron los conjurados; que se defienda, como los demás, delante del tribunal revolucionario.

Pero se obstina; por encima de ese ruido, de ese tumulto, de aquellos gritos, se oye el chillido de la voz de Robespierre, el que se extingue de repente por la ronquera que le acomete.

—Es la sangre de Danton que le ahoga, gritó una voz.

Esta última puñalada hace estremecer á Robespierre, el que se crispa como tocado por el alambre eléctrico.

—¡La acusación! grita una voz desde la Montaña.

—¡La prisión! grita otra del centro.

La Asamblea entera apoya la última.

Abrumado Robespierre, agotadas sus fuerzas y sin esperanza, cae sobre un banco.

—Puesto que acusan y juzgan á Robespierre, exclaman dos voces á la par, pedimos ser acusados y juzgados también con él.

Una de las voces era la de Lebas; la otra la de Robespierre el menor.

—¡Hermano mio, exclama Robespierre levantándose, dejadme defender la causa de mi hermano, que se pierde por mí!

Si le hubieran dejado hablar, tal vez se hubiese salvado por el camino de la piedad; pero no, no fué así, porque de nuevo las palabras *acusación*, *prisión*, cayeron sobre él como la roca de Sísifo.

—¡Qué difícil de vencer es un tirano! dijo Freron, que pedia venganza por la sangre de Camilo Desmoulius y de Lucila.

Se puso á votación la prisión por el presidente Thuriot, y fué votada por unanimidad.

—No se trata solo de haberla votado, sino de que lo ejecuten.

Por segunda vez dió orden Thuriot de ejecutar el decreto, el que comprendia á Robespierre, Lebas, Robespierre el joven, Couthon y San Justo, los que se colocan á su lado, en el primer banco de la Llanura: el vacío reinaba en torno suyo.

Los porteros vacilan en cumplir con su deber: ¿cómo se atreverán á poner sus manos sobre los reyes de la Asamblea, de los que han recibido órdenes tantas veces?

Por último se acercan á ellos y les notifican el decreto de la Convencion.

Los cinco acusados se levantan y salen lentamente para ser conducidos al comité.

La Asamblea respira: aquella lucha de cuatrocientos diputados contra un hombre indica lo poderoso que era aquel hombre. Mientras que permanecía allí se preguntaban: ¿Hemos acabado?

Yo respiré tambien y salí precipitadamente.

El rumor de la prision de Robespierre se habia esparcido ya por la plaza del Carrousel, y desde allí se cernia sobre Paris.

No sé si seria ilusion mia, pero me pareció que todas las bocas sonreian, que todos los corazones estaban alegres y gozosos.

Las gentes corren unas á las otras gritando:

—¿Sabeis lo que sucede?

—No, ¿qué sucede?

—Robespierre está preso.

—¡Imposible!

—Le he visto conducir á los comités.

Y el que acababa de recibir la noticia corre á esparcirla.

Pero las noticias pasan dificilmente por entre las rejas y puertas de roble: mis ojos buscan inútilmente á mi comisario, quien me ofreció que estaria en el patio del Carrousel.

De repente arrojé un grito: un hombre me miraba con atencion, era él.

Se habia adelantado á la opinion pública quitándose el gorro frigio y la casaca corta: su traje era como el de un particular.

Se acercó á mí sin afectacion.

—¿Necesitais algo? me preguntó:

—Quisiera que mis pobres amigas supieran el triunfo de Tallien.

—Tened cuidado y no entreis demasiado en el dominio de las esperanzas.

Los comités pueden declarar que no hay motivo para la acusacion y dar una sentencia de *no ha lugar*.

El tribunal revolucionario, ante el cual va á presentarse, le per-

tenece en cuerpo y alma, y puede afirmar que no es culpable y proporcionarle un triunfo como el de Marat. Lo que se ha hecho no es más que dar el primer paso, y por eso os digo: esperad.

—No importa, contesté; ¿está ganado, no es verdad? Pues ahora, al segundo.

—Andad reposadamente; atravesad el puente, entrad en la calle de Bac, hasta la de Lilla, y allí me conducirá un carruaje para reunirme con vos.

Me encaminé á la calle de Bac; al llegar á la de Lilla oí el ruido de un carruaje que se detenia; subí en él: mi comisario estaba dentro.

Dió orden al cochero para que siguiera la calle de Lilla; los muelles hasta la Greve, y que nos condujera á la cárcel de la Fuerza.

Allí habian vuelto á llevar á las prisioneras.

Encontré al honrado portero Ferney, encontré á Santerre, quien al verme lanzó exclamaciones de júbilo; me creía guillotinado. Les dí la noticia del encarcelamiento de Robespierre.

Cosa extraña; el que pareció alegrarse más fué el carcelero.

No presentó ninguna dificultad cuando el comisario le indicó que me condujera á la habitacion de las dos presas.

Al verme no conoció límites su júbilo; mi sonrisa les indicó que las noticias eran buenas.

—¡Triunfo! exclamé, ¡triunfo! Robespierre está acusado y preso.

—¿Y Tallien, preguntó Teresa, cómo se ha portado?

—De un modo magnífico; lleno de valor, y sobre todo de amor.

—Lo que es verdad, que si solo se hubiera tratado de él le hubieran cortado la cabeza. ¡Es tan perezoso!

—Vamos, vamos, llevarás un nombre ilustre, ciudadana Tallien, dijo Josefina Beauharnais.

—Ambiciono otro mejor, dijo con su altivez española Teresa.

—¿Cuál?

—¡El de Nuestra Señora de Termidor!

Como habia dicho juiciosamente mi comisario, no habiamos su-

bido más que el primer escalon, y Robespierre podia bajar de él más poderoso que nunca.

Entre todos se convino que al dia siguiente sabrian por mí misma los acontecimientos con todos sus detalles, que no serian ménos importantes que los que acababan de pasar.

Teresa reflexionó que me seria muy difícil encontrarme en lo que debia suceder entre multitud de mujeres y de hombres con mi traje de mujer.

Me indicó que podia ir á su casa de los Campos Eliseos y tomar uno de los trajes de hombre que tenia costumbre de ponerse cuando iba á caza con su marido el marqués de Fontenoy. Me dió una carta para su anciana nodriza que guardaba la casa, y al mismo tiempo tranquilizaria á la pobre mujer y la daria noticias de Teresa.

La referí lo mucho que debiamos á mi protector, y de antemano la pedí que si triunfábamos, era un hombre que no debiamos olvidar. Me prometió todo lo que quise.

La hora adelantaba y era preciso salir de la cárcel: dije que no ofrecia volver al dia siguiente, porque si éramos vencedores, preferia advertir á Tallien, para evitarle investigaciones inútiles para saber en dónde estaban; pero que escribiria, palabra por palabra, y minuto por minuto lo que sucediera, y gracias al honrado comisario estaba segura que llegaria á sus manos mi carta.

Nos abrazamos con la mayor efusion Josefina Beauharnais, Teresa y yo; bajé satisfecha y henchida de esperanza aquella escalera que descendí la última vez para ir al cadalso.

XXIX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Volvimos á subir al carruaje y fuimos directamente á casa de Teresa, situada en el paseo de las Viudas. Allí encontré á la anciana española que la habia criado.

Empecé por darle noticias de su ama, y despues le entregué la carta, en la cual la ordenaba que me dejara escoger entre sus trajes de hombre el que mejor me conviniera.

Escogí una levita castaña con cuello bajo; un sombrero con alas anchas, el que ocultaba casi por completo mi rostro, con un hebilla de acero y una cinta negra, sin pluma.

Dos camisas con chorrera; dos chalecos, uno blanco, otro color de camello; unos calzones de color claro y botas hasta la rodilla.

En seguida volvimos á subir al carruaje y mi comisario me condujo á su casa.

Nos costó bastante poder atravesar por la calle de San Honorato, porque una multitud inmensa estaba reunida delante de la casa del carpintero Duplay.

Acababan de saber la prision de Robespierre, y los gritos de Duplay y de su anciana madre habian atraido á los vecinos y á todos los que pasaban por la calle, y los curiosos permanecian clavados en su sitio, aguardando obtener allí noticias más detalladas.

No era menor mi curiosidad que la de los demás que habian acudido á los gritos de la familia Duplay.

Preciso es confesar que en todo el barrio tenia la familia del carpintero la reputacion de honrada y buena.

bido más que el primer escalon, y Robespierre podia bajar de él más poderoso que nunca.

Entre todos se convino que al dia siguiente sabrian por mí misma los acontecimientos con todos sus detalles, que no serian ménos importantes que los que acababan de pasar.

Teresa reflexionó que me seria muy difícil encontrarme en lo que debia suceder entre multitud de mujeres y de hombres con mi traje de mujer.

Me indicó que podia ir á su casa de los Campos Eliseos y tomar uno de los trajes de hombre que tenia costumbre de ponerse cuando iba á caza con su marido el marqués de Fontenoy. Me dió una carta para su anciana nodriza que guardaba la casa, y al mismo tiempo tranquilizaria á la pobre mujer y la daria noticias de Teresa.

La referí lo mucho que debiamos á mi protector, y de antemano la pedí que si triunfábamos, era un hombre que no debiamos olvidar. Me prometió todo lo que quise.

La hora adelantaba y era preciso salir de la cárcel: dije que no ofrecia volver al dia siguiente, porque si éramos vencedores, preferia advertir á Tallien, para evitarle investigaciones inútiles para saber en dónde estaban; pero que escribiria, palabra por palabra, y minuto por minuto lo que sucediera, y gracias al honrado comisario estaba segura que llegaria á sus manos mi carta.

Nos abrazamos con la mayor efusion Josefina Beauharnais, Teresa y yo; bajé satisfecha y henchida de esperanza aquella escalera que descendí la última vez para ir al cadalso.

XXIX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Volvimos á subir al carruaje y fuimos directamente á casa de Teresa, situada en el paseo de las Viudas. Allí encontré á la anciana española que la habia criado.

Empecé por darle noticias de su ama, y despues le entregué la carta, en la cual la ordenaba que me dejara escoger entre sus trajes de hombre el que mejor me conviniera.

Escogí una levita castaña con cuello bajo; un sombrero con alas anchas, el que ocultaba casi por completo mi rostro, con un hebilla de acero y una cinta negra, sin pluma.

Dos camisas con chorrera; dos chalecos, uno blanco, otro color de camello; unos calzones de color claro y botas hasta la rodilla.

En seguida volvimos á subir al carruaje y mi comisario me condujo á su casa.

Nos costó bastante poder atravesar por la calle de San Honorato, porque una multitud inmensa estaba reunida delante de la casa del carpintero Duplay.

Acababan de saber la prision de Robespierre, y los gritos de Duplay y de su anciana madre habian atraído á los vecinos y á todos los que pasaban por la calle, y los curiosos permanecian clavados en su sitio, aguardando obtener allí noticias más detalladas.

No era menor mi curiosidad que la de los demás que habian acudido á los gritos de la familia Duplay.

Preciso es confesar que en todo el barrio tenia la familia del carpintero la reputacion de honrada y buena.

Como mi entresuelo se hallaba á pocos pasos de su casa, subí rápidamente y juzgué que era el momento de utilizar el traje de hombre.

Estaba muy poco acostumbrada á los trajes masculinos; pero sin embargo, al cabo de diez minutos me aseguré que envuelta en mi capa podía pasar por entre los grupos, sin que conocieran que era mujer.

Bajé y me mezclé con los curiosos.

La mujer de Duplay, fanática por su huésped, apelaba á la buena reputacion de que gozaba Robespierre, como hombre honrado, como ciudadano incorruptible, y á los que revelaban en su rostro dudar de esto, les decia:

—Podeis entrar, ciudadanos; podeis visitar sus habitaciones, y si encontráis ni una alhaja, ni una moneda de plata, ni un *assignat* de cincuenta francos, confesaré mi error, y diré que Robespierre era un hombre de malas costumbres.

Efectivamente, aquella multitud curiosa invadia la casa como en una peregrinacion, y desde luego comprendia que eran las de un hombre irreprochable.

Desde la puerta se veia el patio, los talleres y bancos cargados de sierras, escoplos y garlopas, las que anunciaban estar en casa de un artesano honrado y laborioso.

Si subian á la bohardilla habitada por Robespierre, admiraban más aun y contemplaban la prueba de aquella vida pobre y ocupada.

Los papeles colocados en tablas de pino y amontonados unos sobre otros, demostraban infatigables trabajos; sin embargo, se comprendia, se veia que, como en el santuario de un Dios, habian puesto allí los mejores muebles de la casa; un lecho azul y blanco, como el de una jóven; algunas sillas, un bufete de pino, sí, pero hecho por el dueño de la casa, y cuyo modelo habia dado su huésped, sin duda para que al trabajar pudiera extender su mirada por el patio y distraerse con la vista de las cuatro jóvenes, del hijo y del sobrino, que completaban la familia del carpintero.

En una biblioteca pequeña de pino, y abierta, habia un Rousseau

y un Racine; y en las paredes, suspendidos por la mano fanática de la mujer de Duplay y de su hija Cornelia, se veian multitud de retratos de su ídolo, de modo que por todos los lados á donde volviera la cabeza, Robespierre se encontraba con un retrato suyo.

En uno de aquellos retratos estaba representado con una rosa en la mano.

La anciana madre de Duplay, la mujer de este y sus hijos hacian pasar á los curiosos diciendo:

—¿Es esta la morada de un hombre malo? ¿De ese tirano que dicen sus cobardes enemigos que aspiraba á la dictadura ó á la soberanía?

Una de las cuatro hijas del carpintero no decia nada, no se mezclaba en nada y sollozaba en un rincon sentada en una silla.

Era la mujer de Lebas: su marido se habia sacrificado por Robespierre y habia sido preso con él.

Quando me disponia á salir, ví á dos soldados que guardaban la puerta y á otros dos que entraban: iban á prender á toda la familia del carpintero.

Confieso que la vista de aquel interior casi pobre, la inspeccion de aquella modesta habitacion me produjo profunda impresion.

¿Me habria equivocado? ¿Los que acusaban á Robespierre, no dirian la verdad? Me repetia lo que tú, amado Jacobo, me habias repetido tantas veces con respecto á ese hombre: me decias que caminaba por una senda inflexible, pero incorruptible; su inflexibilidad le habia conducido demasiado lejos, haciendo de él el hombre sanguinario odiado de todos, y que para que se salvaran millares de cabezas era preciso que cayera la suya.

La esposa de Lebas fué presa como las demás, pero ni se lamentó, ni se defendió; continuó llorando por su marido; nada más.

Volví á mi casa; tenia el corazon oprimido; delante de mi vista se presentaba sin cesar aquel aposento modesto, en el que las Duplay deseaban se encontrara una joya, una moneda de plata ó un *assignat* de cincuenta francos.

Aquel hombre que se creaba tan cortas necesidades, ¿por qué era ambicioso? ¿De oro? En todas partes se leia escrito con letras de

molde su desprecio por el dinero. ¿De poder tal vez, de orgullo, de gloria? Esto era lo cierto.

Aquellos retratos que formaban en el cuarto de Robespierre como una comitiva, atestiguaban que el ruido y la avidez de celebridad era á lo que habia sacrificado aquella existencia tan modesta en apariencia.

Era el orgullo herido, la bilis que rebosaba de su corazon lo que le habia hecho derribar las cabezas que descollaban por encima de la suya.

Repetia con frecuencia, decia la anciana Duplay, que el hombre, fuera cual fuera su posicion, no necesitaba para vivir más de tres mil francos por año. ¡Cuántos sufrimientos habia sentido aquel corazon cada vez que miraba por encima de él!

Toda la noche hubo en la calle mucho ruido; en la casa sólo habian quedado la más joven de las hijas de Duplay y una criada anciana: no cerraron la puerta; ¿para qué? Hubieran tenido que abrirla á cada momento.

Estenuadas de cansancio, se durmieron ambas, dejando la casa á merced de los que quisieran entrar.

Habia sucedido una cosa horrible, y que yo no supe hasta el dia siguiente.

Al esparcirse el rumor de la prision de Robespierre por la poblacion, otra voz corrió y fué repetida por todas las bocas.

—¡Robespierre ha muerto! ¡No más guillotina!

Esto expresaba perfectamente lo identificado que estaba su nombre con el patíbulo.

Sin embargo, el Tribunal revolucionario continuaba juzgando como si Robespierre no estuviera preso.

Una acusada, al sentarse en el banco, fué acometida de un ataque de epilepsia.

El absceso fué tan violento, que los jueces la preguntaron si padecia aquella enfermedad.

—No, contestó; pero me habeis hecho sentar en el mismo sitio que se sentó ayer mi hijo, y habeis condenado al desgraciado niño.

Como la sesion de la Convencion se terminó á las tres, y á las

tres y media sabia todo Paris la caida de Robespierre, el pueblo, que, como hemos dicho, estaba cansado de aquella matanza, esperaba que ya no habria más ejecuciones.

El verdugo sacudia la cabeza si le preguntaban, y cuando, siguiendo su costumbre, preparó el Tribunal revolucionario su *horrida* cotidiana; cuando las pesadas carretas fueron á estacionarse en el patio del palacio de Justicia, preguntó á Fouquier-Tinville:

—Ciudadano acusador público, ¿no teneis que darme alguna orden?

Fouquier ni aun se detuvo á reflexionar, y contestó secamente:

—Ejecuta la ley.

Es decir, «continúa matando.»

Aquel dia hubo cuarenta y cinco sentenciados, y lo que hacia más cruel su muerte fué que habian oido referir la prision de Robespierre, lo que les daba la esperanza de su salvacion.

Pero se vieron salir por el arco sombrío las cinco carretas cargadas y conduciendo á los condenados á la barrera del Trono, en donde debian ser ejecutados.

Aquellos desgraciados pedian gracia y levantaban al cielo sus manos atadas, preguntando que si su causa habia sido sentenciada por aquel que á su vez iba á ser juzgado, ¿por qué se hacia válida aquella sentencia?

La multitud murmuraba y decia tambien que tenian razon aquellos infelices y que debian perdonarles.

Algunos saltaron á las bridas de los caballos, detuvieron las carretas y quisieron hacerlas retroceder; pero Henriot, que estaba libre, y sobre el que no se habia podido ejecutar la orden de la Asamblea, llegó á galope con sus gendarmes repartiendo sablazos á diestro y siniestro, y la multitud se dispersó lanzando una maldicion postrera, y diciendo:

—Sin duda no era cierta la buena noticia de que Robespierre estaba preso y que estábamos libres de la guillotina.

Cerca de las siete oí tocar llamada: mi disfraz me animó y me disponia á salir arrostrando el peligro que pudiera haber, cuando encontré en la escalera á mi honrado comisario.

—No salgais, me dijo; ha sucedido lo que yo habia previsto. El municipio se subleva contra la Asamblea. Preso Henriot en el palacio real al regresar de la ejecucion de la plaza del Trono, ha sido puesto casi inmediatamente en libertad: el carcelero de la cárcel del Luxemburgo, á donde condujeron á Robespierre y á sus amigos, rehusó abrir la puerta de la cárcel, pretextando que tenia órden del Ayuntamiento.

Robespierre insistia por el encierro; el Tribunal revolucionario es su amigo; los miembros de él los ha nombrado Robespierre, y son partidarios suyos; pero la insurreccion del municipio, la lucha, el combate contra la Convencion y el resultado le son desconocidos.

Más aun; es ilegal, y siendo abogado como Vergniaud, está pronto como este á sacrificar su vida por el derecho y la legalidad.

Quería morir como habia vivido: inflexible.

Viendo que el Luxemburgo no queria abrir sus puertas para él, añadió mi comisario, ordenó Robespierre á sus guardianes, y estos obedecieron, que le condujeran á la direccion de la policia municipal.

Obedecieron; y si les hubiera dicho que le dejaran libre, tambien lo hubieran hecho.

A pesar de estar preso, su inmenso poder pesaba en la balanza tanto como el poder ejecutivo de la Asamblea.

Esto me refirió el comisario, añadiendo que aquella noche debia haber graves conflictos.

Me suplicó que permaneciera en casa hasta por la mañana, y que entonces vendria él á darme permiso para salir y á referirme lo que hubiera ocurrido durante la noche.

Yo era para él un objeto tan precioso, que por su gusto me hubiera encerrado con llave.

Efectivamente, si triunfaba Robespierre, como se ignoraba lo que habia hecho por mí, quedaba en buen lugar, y si triunfábamos nosotros, los favores que nos habia dispensado podian ser el manantial de su fortuna.

Me encontraba muy cansada; su posicion le permitia informarse

de todo mejor que yo; le ofrecí que no saldria, pero con la condicion que al dia siguiente temprano me daria todos los pormenores de lo que sucediera.

Me dijo que iba á encargarse de subieran la cena; acepté; no habia tomado nada desde por la mañana y eran cerca de las doce de la noche.

Dormí muy mal, con sobresaltos continuos y asustada, yo, que habia deseado morir; yo, que por mí misma habia ofrecido mi cabeza al verdugo; yo, que creia no tener ningun motivo para amar la vida ni nadie que me interesara en el mundo; yo, que habia sido desechada por la guillotina á pesar de mis esfuerzos para acabar en ella.

Me estremecia al menor ruido, y mi corazon latia con violencia al escuchar las pisadas de los caballos que pasaban por la calle.

¡Qué cosa tan extraña es el amor á la vida! El mio, á falta del hombre á quien adoraba, se habia dedicado á dos mujeres desconocidas para mí, y por las que hubiera dado mi vida para salvarlas si hubiera tenido precision; pero no perderia ya la vida sin sentirlo.

Algunos minutos despues que saliera el comisario, mi protector, me llevaron la cena. Hacia un rato que estaba tocando la campana de somaten del Ayuntamiento, y como estaban abiertas mis ventanas y solo se encontraban cerradas las persianas, oia su vibracion, la que me anunciaba ocurría algo muy grave.

Le pregunté al mozo del café que me traia la cena, por qué tocaban á somaten; me contestó que corria la voz que se habia escapado Robespierre.

—¡Libre! Pues si yo creia que él no deseaba verse libre...

—Bien, no le habrán pedido su consejo para libertarlo. El municipio ha enviado á un auvernés, un tan Coffinhal, capaz de levantar en peso las torres de Nuestra Señora, con órden de llevarse á Robespierre.

Coffinhal no se ha detenido en nada; ha ido á la alcaldía, y cuando ha visto que Robespierre no queria seguirle, se lo ha llevado.

Sus amigos le siguieron gozosos; no penetraban como Robes-

pierre; pero él, que sabia que al arrancarle de la prision era para conducirlo á la muerte, gritaba á la multitud:

—Me perdeis, amigos míos, perdeis á la república.

—Ello es que á estas horas, continuó el mozo, Robespierre será alcalde primero de Paris, si no se ha hecho rey.

Bajo la impresion de estas noticias me acosté, y toda la noche estuve intranquila.

Por la mañana temprano se presentó mi comisario, fiel á su palabra; á las ocho llamaba á mi puerta y hacia ya dos horas que yo estaba levantada, vestida y asomada á las celosías.

La noche se habia pasado en una situacion singular.

La Convencion habia permanecido serena y tranquila, y pensando en morir con dignidad.

Collot d' Herbois, sentado en la presidencia, habia dicho:

—Ciudadanos, sepamos morir en nuestro puesto.

El Ayuntamiento aguardaba tambien lo mismo que la Convencion.

Esperaba su principal apoyo de los jacobinos, y no se presentaba ninguna comision formal de la sociedad. Robespierre y San Justo se conceptuaban como abandonados.

El paralítico Couthon, que en los grandes peligros se consideraba más bien como un estorbo que como una ayuda, se habia retirado á su casa con su mujer y sus hijos.

Como era el hombre más eminente de los jacobinos, le escribieron Robespierre y San Justo desde el palacio del Ayuntamiento:

«Couthon, los patriotas están proscriptos: el pueblo entero se subleva; seria hacerle traicion si no vinieras al Ayuntamiento en donde nos encontramos».

Couthon se presentó, y Robespierre le tendió la mano diciendo:

«Sepamos soportar nuestra suerte,» casi al mismo tiempo que Collat d'Herbois decia en la Convencion: «Sepamos morir en nuestro puesto.»

Un acontecimiento así hubiera trastornado á Paris tres meses antes.

Se hubieran armado los partidos, se hubieran lanzado unos contra otros y hubieran combatido; pero estaban agobiados, habian

perdido lo mejor de su sangre, la vida pública estaba agotada.

Lo que todos experimentaban era un fastidio universal, un desfallecimiento infinito. Parecia que en aquellos banquetes públicos habia renacido Paris por un momento, pero el municipio los habia prohibido.

Toda la noche se habia pasado en tomar ineficaces medidas.

Un diputado desconocido, llamado Beaupré, habia hecho votar la creacion de una comision de defensa, la que solo servia para animar á los comités: estos recordaron á un tal Barrás, colega de Freron, cuando la toma de Tolon á los ingleses: le nombraron general, pero general sin ejército; no pudo hacer otra cosa que algunos reconocimientos alrededor de Tullerías.

Aquí llegaba de su relato mi protector, cuando oimos un inmenso rumor de caballería, cajas y cañones. Corrimos á la ventana: era la seccion del *Hombre armado*, la que convocada durante la noche, decidió enviar sus cañones á la Convencion.

Tallien era la causa de aquel movimiento. Como vivia en la calle de la Perla, cerca del Marais, habia corrido á la seccion, anunciando que la Convencion estaba en peligro, que la municipalidad queria contrarestar el poder de la Asamblea nacional dando asilo á diputados cuya prision habia decretado. La seccion enviaba sus cañones á la Asamblea y se encargaba de recorrer los distritos para que la ayudasen las cuarenta y siete secciones restantes de Paris.

El asunto comenzaba á tomar un giro favorable á la Convencion.

Pude conseguir de mi guia que me condujera hasta el municipio para que por mí misma pudiera juzgar en favor de quién se decidiria la jornada.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Con bastante trabajo habia logrado la Convencion reunir mil ochocientos hombres en la plaza del Carroussel.

Los habia puesto á las órdenes de Barrás, su general. Los vimos al pasar por Tullerías; Barrás los alineaba en los malecones.

Era un jóven gendarme como de diez y nueve años el que habia detenido la víspera á Henriot.

Cuando libertaron al robespierrista, faltó poco para que lo asesinaran y habia corrido al comité de salvacion pública anunciando la libertad de Henriot.

Encontró á Barrere, y le anunció que el general del Ayuntamiento estaba libre.

—¿Cómo? le dijo Barrere, ¡lo tenias en tu poder y no le diste un tiro! Debia hacerte fusilar.

El jóven no despreció el dicho. Su ambicion era dar aquel dia un gran golpe que le distinguiera de sus compañeros y le abriera la carrera militar.

Armado con su sable y dos pistolas cargadas con bala, tomó el camino de la casa de Ayuntamiento, en donde se encontraban Robespierre, San Justo, Couthon, Lebas y el jóven Robespierre.

Al llegar al muelle de Le Pelletier vimos un gentío inmenso reunido, el que impedia el tránsito.

Preguntamos qué era aquello, y nos contestaron azorados:

—¡Son ellos!

—¿Quiénes son ellos?

—Los diputados Robespierre y Couthon.

A estas palabras redoblamos nuestros esfuerzos para penetrar hasta el centro, ocupado por una compañía del distrito de Graviillers. Tendidos en el suelo estaban dos hombres arrojando sangre por algunas heridas horrosas.

Uno de ellos estaba tan desfigurado por un pistoletazo, que le habia destrozado la mandíbula, que no le reconocimos. Fué necesario que nos dijeran que era Robespierre.

No queriamos creerlo hasta que mi acompañante le levantó la cabeza, le volvió hácia mí y me dijo espantado:

—Es él.

¿Cómo habia sucedido aquella catástrofe?

¿Cómo encontráramos en el arroyo, rodeado por hombres feroces que gritaban: «¡Arrojemos al Sena á esas pícaros!» á dos hombres, delante de los que hacia tres dias apenas temblaba Paris?

—Escuchad, me dijo mi compañero; aquí no se trata de hacernos los aristócratas.

Estais vestida de hombre; vamos á entrar en un figon inmediato; os sentareis á una mesa y yo mandaré preparar el almuerzo: mientras me esperais me mezclaré entre esos hombres y volveré con la clave del enigma.

Como están ahí Robespierre y Couthon, es decir, los dos jefes del partido, no harán nada sin ellos: si se los llevan, seguidlos; ya sabré á dónde van y os encontraré.

Como lo que proponia me pareció bien, acepté: entramos en un figon, subí al entresuelo y me senté á una mesa que estaba cerca de la ventana, porque de este modo podia ver lo que pasaba en la calle.

—Id y volved pronto, le dije á mi compañero.

Partió. Llamé al tabernero con pretexto de darle la lista para el almuerzo, pero en realidad para pedirle la explicacion de la terrible tragedia.

No sabia gran cosa más que nosotros.

Me dijo que al querer prender á Robespierre se habia disparado

un pistoletazo con el objeto de matarse; pero que el tiro, en lugar de herirle en la frente, le había herido en la mandíbula.

Otros decían que un gendarme había querido prenderlo, y que viendo que se resistía, había disparado sobre él un pistoletazo, lo que le puso fuera de combate.

Había pasado como un cuarto de hora cuando volvió mi compañero.

Había ido hasta la fuente, es decir, hasta la casa de Ayuntamiento, y traía noticias exactas.

El joven gendarme que había preso la víspera á Henriot, y á quien Barrere había amenazado con hacerle fusilar por haberle dejado escapar, resolvió, como hemos dicho, dar un golpe de Estado, y ya hemos visto que se dirigió al Ayuntamiento con su sable y sus pistolas.

Su intención era prender á Robespierre.

Al llegar encontró la plaza de Gréve casi desierta. La mitad de los cañones de Henriot estaban vueltos hácia el municipio; los otros presentaban la boca en varias direcciones; pero nada indicaba tratasen ni de la defensa ni del ataque los que así los dejaban abandonados.

A la puerta del Ayuntamiento había dos centinelas, y en las escaleras estacionaban los jacobinos mas fanáticos y exaltados.

Quieren impedir el paso al joven.

—Orden secreta, dice.

Con aquella palabra vence todos los obstáculos. Pasa el vestíbulo, sube la escalera, pasa la sala del consejo, entra en un corredor en donde hay tanta gente, que no sabe qué hacer para pasar.

Pero ve á un hombre á quien conoce como partidario de Tallien.

Es Dulac, el hombre del baston, el mismo que me condujo á mi casa hacia dos noches.

Llegan juntos á la puerta de la secretaría; Dulac llama repetidas veces; la puerta se entreabre; el gendarme hace un esfuerzo y entra, mientras Dulac cierra la puerta y mira por entre los cristales.

En aquella sala estaban Robespierre y sus amigos.

El joven gendarme recorre con la vista y ve á Couthon sentado en el suelo como los turcos; á San Justo de pié y tocando con los dedos en un cristal; á Lebas y Robespierre el joven hablando acaloradamente, y por último á Robespierre en el fondo, sentado en un sillón con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en la mano.

Apenas le vió sacó el sable, corrió á él, le puso la punta sobre el corazón, y gritó:

—¡Ríndete, traidor!

Robespierre, que no aguardaba aquella agresión, dió un salto, miró al gendarme, y le dijo con serenidad:

—Tú eres el traidor y haré que te fusilen.

Al concluir estas palabras se oye un tiro; el grupo que llamaba las miradas de todos se cubre con el humo y Robespierre rueda por el suelo.

La bala la había dado en la barba, rompiéndole la mandíbula inferior.

Se oye un gran tumulto y los gritos de ¡Viva la república!

Los gendarmes y los granaderos que acompañaban al asesino entran precipitadamente en la sala.

El terror hace huir á los conjurados, ménos á San Justo, quien se precipita sobre Robespierre, lo levanta y lo sienta sobre el sillón de donde le hizo caer el pistoletazo.

En aquel momento le dicen al joven causa de aquel alboroto que Henriot se escapa por una escalera secreta.

Le quedaba todavía una pistola cargada; corre á la escalera, alcanza á un fugitivo, el que cree es Henriot, y tira sobre el grupo que se llevaba á Couthon: aquellos hombres huyen y abandonan al que deseaban salvar.

Los granaderos y los gendarmes arrastran á Couthon por los piés hasta la sala del Consejo.

Registran á Robespierre y le quitan la cartera y el reloj, y creyendo que están muertos, porque Robespierre está gravemente herido y Couthon demasiado altivo para quejarse, los arrastran fuera de la casa de Ayuntamiento hasta el muelle Le Pelletier.

Pensaban arrojarlos al Sena, cuando Couthon, con la voz serena, que los dolores que acababa de sufrir no habian podido alterar,

—¡Un momento, ciudadanos, que no estoy muerto todavía! dijo.

Entonces la cólera de los asesinos se torna en curiosidad, y llamando á los transeuntes gritaban:

—¡Venid á ver á Couthon! ¡Venid á ver á Robespierre!

Los granaderos de la seccion de Gravilliers habian rodeado á los agonizantes, y el mutelle se habia llenado de curiosos; entonces fué cuando llegamos nosotros.

Inútil era esperar más detalles que los que mi compañero me daba; debian de ser verídicos, y se confirmaron cuando vimos que llevaban un cadáver y dos heridos.

El cadáver era el de Lebas. Cuando los gendarmes invadieron la sala, al ver caer á Robespierre herido de un balazo, sacó una pistola de su bolsillo, la apoyó contra la sien y se saltó el cerebro.

El joven Robespierre trató de huir; creía muerto á su hermano, y no pudiendo dar ya más pruebas de abnegacion fraternal, se quitó los zapatos, salió por la ventana y caminó algunos segundos por el frontis de piedra que rodea el edificio.

Despues, viendo evacuada la plaza del Ayuntamiento, y que por la ventana próxima no tenia ninguna salida para la fuga y ninguna probabilidad de salvacion, se dejó caer desde el segundo piso y se destrozó, pero sin quedar muerto en el acto.

Aquellos pobres restos eran los que habian recogido, y que conducian á la Convencion por el muelle Lepelletier, con los de Robespierre, herido, y Couthon, moribundo.

Sólo San Justo, con la cabeza erguida y sin herida alguna, seguia á sus amigos atado con una cuerda. Robespierre iba tendido en una tabla. El muerto y los demás heridos en un carrillo de mozo de cordel.

Seguimos á la triste comitiva.

Tendieron á Robespierre sobre una mesa en la sala del Comité de salvacion pública. Por lástima le pusieron como almohada una caja de pino, que habia servido para pan de municion.

Todos decian que estaba muerto.

Por muy horroroso que me pareciera aquel cuadro, sin embargo, queriendo llevar noticias ciertas á las presas, llegué con mi compañero hasta la sala de audiencia, precisamente cuando empezaba á abrir los ojos.

No tenia sombrero, y sin duda él mismo se habia quitado la corbata, que le ahogaba. Su mandíbula izquierda pendia hasta su pecho, mostrando los dientes rotos y cubiertos de sangre.

Llamaron á un cirujano, el que vendó al herido, puso en su sitio la mandíbula y mandó poner una palangana al lado suyo.

Asistí á esta cura, que debió causarle dolores atroces; no arrojó un grito, no se quejó; solo su cutis adquirió la lividez de la muerte.

Por aquel lado nada habia que temer.

Reflexioné que lo más urgente era tranquilizar á mis amigas.

En el estado de Robespierre, ya no podia temer mi protector manifestar su interés por mí; por consiguiente, no opuso dificultad ninguna para subir en el carruaje y conducirme á la Fuerza, en donde, como se comprende, me aguardaban con la impaciencia propia de dos corazones que tenian miedo á la muerte y que deseaban vivir y amar.

Llegamos á la cárcel á las once de la mañana. Los prisioneros no sabian nada con seguridad, pero lo sospechaban y se habian sublevado. Difícil hubiera sido conducirlos al patíbulo, como todavía se habia hecho la víspera.

Cada cual se habia armado como habia podido; casi todos habian roto las camas, y con los piés habian hecho como unas mazas; no se escuchaban más que gritos y chillidos, y más bien parecia una casa de locos que una cárcel.

Encontré á mis compañeras encerradas en su cuarto; temblorosas y sin saber qué significaba aquel alboroto, estaban estrechamente abrazadas.

Al verme, al contemplar la alegría que rebosaba en mi semblante, juzgaron que nada tenian que temer y se arrojaron en mis brazos henchidas de esperanza.

Apenas pronuncié las palabras *salvadas*, cuando Josefina Beauharnais cayó de rodillas, exclamando:

—¡Hijos míos!

Teresa se desmayó.

Pedí socorro; la puerta se abrió y acudió mi comisario; llevaba un frasco con vinagre, el que aplicó á la nariz de Teresa, quien volvió en sí.

Entonces me aproveché para presentarla á mi protector y ponerla al corriente de los servicios que nos habia prestado.

—¡Ah! Caballero, dijo Teresa renunciando á la palabra *ciudadano*, podeis estar seguro que si tenemos alguna influencia en el gobierno que se va á establecer, no olvidaremos esos favores. Eva me dirá vuestro nombre y vuestras señas, y Tallien se encargará de pagar la deuda que yo tengo con vos.

No pude ménos de sonreirme.

—¿El nombre y las señas de este caballero? No las daré; es demasiado prudente para decirlo antes de que sepa cómo marcharán los asuntos, aunque creo que ahora ya no hay motivo para que se oculte.

Mi protector se sonrió; fué á una mesa, en la que habia tinta, papel y plumas, y escribió:

Juan Munier, comisario de policía del distrito del palacio Igualdad.

—Ahora, amigas mías, las dije, es casi seguro que el ciudadano Tallien correrá á los Carmelitas, en donde no podrán decirle vuestro paradero, y solo que os sacaron de allí ayer por la mañana; me parece urgente que vaya á buscarlo y que lo acompañe aquí. Tendrá mil cosas que decir á Teresa, y ella no sentirá tampoco que venga para devolverle el puñal.

Teresa me abrazó.

—Me voy en busca suya, y ya no me vereis sino cuando venga con él; ó si en medio de este inmenso trastorno le fuera imposible venir, entonces traeré la orden de libertad.

Me dispuse á salir; Josefina me sujetó por un brazo y fijó sus ojos en mí con expresion suplicante.

—¿Qué deseais, querida Josefina? le pregunté.

—¡Oh! me dijo; mi bondadosa Eva, tengo dos hijos; ¿no podría

ver á mis hijos antes de salir de aquí, ó á lo ménos no podreis llevarles noticias mías?

—¡Oh! gran Dios, exclamé con el mayor placer; decidme en dónde está Eugenio, pues á Hortensia ya la he visto.

—Mi hijo está en casa de un carpintero en la calle del Arbol Seco, á la entrada por la calle de San Honorato.

Como no os conocen, voy á daros unos renglones para que os lo entreguen, y si no podeis conducirlos aquí, que se tranquilicen.

Y Josefina escribió unas líneas para darme á conocer del carpintero.

Como era probable que el ciudadano Munier encontrase más pronto que yo al ciudadano Tallien, se convino que fuera en busca suya y que les aguardaria en el entresuelo de la calle de San Honorato.

Me despedí, no sin abrazar de nuevo á mis amigas; atravesamos los corredores y bajamos las escaleras gritando:

—Robespierre no existe: ¡abajo la guillotina!

Encontré á Santerre en las gradas de la entrada; me detuve un momento y le puse al corriente de todo.

Subimos al carruaje.

La calle de San Honorato estaba llena de gente, y todos parecia que tenian aspecto de fiesta y el rostro resplandeciente de alegría como hacia mucho tiempo que no se veia.

No se podia atravesar, porque todos se reunian para saber noticias y enterarse de lo sucedido.

Munier, al que ya podia llamar por su nombre, me condujo hasta la puerta de mi casa, ofreciéndome volver muy en breve con Tallien.

Con respecto á poder hacer que entrase en la Fuerza los dos hijos de la viuda de Beauharnais, tambien se encargaba de ello.

Subí al entresuelo, y como no habia motivo para que me ocultara, abrí las persianas de par en par y me asomé á la ventana.

La puerta de la casa de Düplay estaba cerrada, no sé si porque las dos personas que en ella quedaban la habrian abandonado tam-

bien, ó porque cansados de injurias y groseros insultos la hubieran cerrado.

No esperaba que tuviera lugar la ejecucion hasta el dia siguiente; así es que me sorprendió cuando oí cerca de las cuatro gritos hácia el palacio Igualdad, y ví á la multitud codearse, empujarse y atropellarse.

La cabeza de los gendarmes aparecia ya, y en las manos de aquellos arqueros de la muerte se veian relucir los sables, como la espada del árgel exterminador.

Era el odioso aparato con que Fouquier-Tinville y los jueces obsequiaban por última vez al público.

—¡Ahí están, ahí están! gritaron por todas partes.

Sí; eran los guillotinos los que á su vez iban á sufrir, malditos y perseguidos por las voces de la multitud, la pena del Talion.

XXXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¿No te llamará la atencion, mi amado Jacobo, que mi suerte, buena ó mala, me hace presenciar todos los acontecimientos, sea que yo los busque, sea que, sin saber cómo, me encuentre mezclada en ellos?

Por eso sin duda no sé explicarme la extraña alteracion que sufre mi cerebro. No sé por qué, pero me parece que hay momentos en que no soy dueña de mí, y que la fatalidad, más poderosa que mi voluntad, me impulsa hácia la pendiente de la desgracia.

Algunas veces sufro alucinaciones, durante las cuales me parece que el dia que fui en la carreta me guillotinaron en realidad. Soñando creo sentir el dolor que produce el hacha al cortar las vértebras del cuello: me figuro que estoy muerta, y que mi sombra es la que vive y circula sobre la tierra.

En estos momentos de ilusion sepulcral te busco por todas partes, pareciéndome que solo estamos separados por espesa niebla, entre la cual andamos errantes como castigo de alguna falta que en vano trato de recordar, y por la que estamos condenados á no reunirnos jamás.

En estos momentos me parece que no da mi pulso más que quince ó veinte pulsaciones por minuto, que se enfria mi sangre y que mi corazón se paraliza.

En estos momentos me seria imposible defenderme ni de un hombre que atentara á mi vida, ni de otro que atentara á mi ho-

bien, ó porque cansados de injurias y groseros insultos la hubieran cerrado.

No esperaba que tuviera lugar la ejecucion hasta el dia siguiente; así es que me sorprendió cuando oí cerca de las cuatro gritos hácia el palacio Igualdad, y ví á la multitud codearse, empujarse y atropellarse.

La cabeza de los gendarmes aparecia ya, y en las manos de aquellos arqueros de la muerte se veian relucir los sables, como la espada del árgel exterminador.

Era el odioso aparato con que Fouquier-Tinville y los jueces obsequiaban por última vez al público.

—¡Ahí están, ahí están! gritaron por todas partes.

Sí; eran los guillotinos los que á su vez iban á sufrir, malditos y perseguidos por las voces de la multitud, la pena del Talion.

XXXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¿No te llamará la atencion, mi amado Jacobo, que mi suerte, buena ó mala, me hace presenciar todos los acontecimientos, sea que yo los busque, sea que, sin saber cómo, me encuentre mezclada en ellos?

Por eso sin duda no sé explicarme la extraña alteracion que sufre mi cerebro. No sé por qué, pero me parece que hay momentos en que no soy dueña de mí, y que la fatalidad, más poderosa que mi voluntad, me impulsa hácia la pendiente de la desgracia.

Algunas veces sufro alucinaciones, durante las cuales me parece que el dia que fui en la carreta me guillotinaron en realidad. Soñando creo sentir el dolor que produce el hacha al cortar las vértebras del cuello: me figuro que estoy muerta, y que mi sombra es la que vive y circula sobre la tierra.

En estos momentos de ilusion sepulcral te busco por todas partes, pareciéndome que solo estamos separados por espesa niebla, entre la cual andamos errantes como castigo de alguna falta que en vano trato de recordar, y por la que estamos condenados á no reunirnos jamás.

En estos momentos me parece que no da mi pulso más que quince ó veinte pulsaciones por minuto, que se enfria mi sangre y que mi corazón se paraliza.

En estos momentos me seria imposible defenderme ni de un hombre que atentara á mi vida, ni de otro que atentara á mi ho-

nor. Me parezco á esos desgraciados sujetos á la catalepsia, á los que creen muertos, y que están oyendo discutir los funerales y la clase de la caja, si ha de ser de plomo ó de roble, que oyen todo, que sienten destrozado su corazón por el terror, pero que no pueden oponerse á nada.

Pues bien; al ver aparecer las carretas fatales, me encontraba en uno de esos momentos en que creía soñar.

Lo que había hecho hacia ocho días no era efecto de la vida, sino de la muerte.

¿Es posible que si hubiera contribuido á las heridas, á la agonía, al suplicio de aquellos hombres, pudiera perdonármelo nunca?

¡Esto es una cosa horrorosa! ¡Muertos y moribundos! ¡Séres humanos; hermanos, sí, hermanos, porque no podemos renegar de la fraternidad humana, que conducen á la guillotina, dislocados, destrozados, hechos pedazos!

Uno de ellos ya está en la region de la muerte; los otros tienen un pié en el abismo. ¿Y he contribuido á eso?... Imposible.

¡Oh, mi Jacobo! ¿Comprenderás eso de tu Eva, de la que llamabas tu flor, tu pájaro, tu arroyuelo, tu gota de rocío?

Sí, lo recuerdo: el destino me lanzó en esa cárcel; conocí dos mujeres hermosas como los ángeles.

Ambas amaban; una era madre y tenía dos hijos; la otra, con amor ménos puro, amaba á un hombre que no era su marido. Las dos sentían morir, y yo, que no amaba la vida, temía por ellas. Me lancé en ese laberinto político, en el que jamás me había encontrado.

Y entoncos también yo tuve sed de sangre, y dije: Deseo que mueran esos hombres para que no perezcan mis amigos; y para que vivan unos, ayudaré á morir á los otros.

Y me olvidé que era una joven tímida, y he recorrido de noche París y he llevado un puñal que hablaba y decía: ¡Pido matar! y uno dijo: Mata sin frases.

Al día siguiente ví brillar el puñal en la mano de un hombre y sobre el pecho de otro hombre; no mató, pero dijo: Reflexionad; si no matais con la voz, mataré con el hierro.

Y con la voz mataron, y por eso no mató el puñal entregado por mí.

Verdad es que al que yo impulsaba que asesinaran era un hombre maldito, un hombre odiado, un hombre cuya muerte era el manantial de vida para muchos, los que, si él vivía, morirían.

Pero va á morir, y le veo acercarse.

—¡Horrible! ¡horrible! ¡horrible! como dice Shakespeare. Su cabeza está envuelta en un paño empapado en sangre negra. Ya llega anonadado, con la frente inclinada por el dolor y por las maldiciones. ¡Ah! ¿sientes remordimientos?

No; su aspecto impasible es el mismo; su mirada fría se fija en mí. ¡Gran Dios! La proximidad de la muerte, ¿le hará más penetrante? ¿Adivina que bajo el disfraz que me cubre soy la que ha gritado ¡abajo el tirano! que soy la que entregó aquel puñal? Vuelve la vista, ¡demonio! No me mires, ¡fastasma!

De repente hay otra cosa que llama su atención. La casa Duplay, en donde ha vivido, y en la cual esparcía su persona la alegría; él, que tanto aterraba por todas partes.

Allí aguardaban siempre su llegada con orgullo, y le escuchaban con delicia, y le aplaudían con entusiasmo.

En aquella casa se han deslizado las únicas horas felices de su vida.

Al pasar la mirará y no recordará que el Dante, el que también sabía describir los dolores, ha dicho:

«El mayor suplicio que existe en el mundo es recordar en los días de infortunio los días felices.»

Pero no solo mira, sino que se detienen las carretas. ¡Ah! van á hacer con Robespierre lo que hicieron con Felipe Igualdad; enseñarle por última vez su palacio.

Entonces me fijé en la inmensa afluencia de gente que había en aquel punto. Sin duda habían repartido el programa de la fúnebre comedia que se iba á representar en aquel sitio, y los espectadores se aglomeraban para presenciarla.

No había una ventana vacía, y muchas se habían alquilado á precios exorbitantes. Los parientes de las víctimas aguardaban á

Robespierre para cantar en torno de su carreta, y hasta el pié de la guillotina, el coro de la venganza.

Senti como un desvanecimiento, porque no solo podia acusarme en parte del suplicio de aquellos desgraciados, para los que habia sido el grano de arena que habia hecho inclinar la balanza, sino que tambien habia influido para la evocacion de aquella multitud que no se sabe de dónde salia, de aquellos hombres con los cabellos empolvados y el calzon de seda, los que hasta entonces se habian contentado con andar errantes por Paris durante la noche, y que por primera vez se atrevian á presentarse á la luz del dia.

De aquellas mujeres pintadas, cubiertas de flores, medio desnudas á las cuatro de la tarde, y que se inclinaban en las ventanas, como el dia del Corpus, sobre colgaduras de terciopelo y chales de púrpura.

Si el génio del mal no me hubiera conducido á la cárcel de los Carmelitas, si no hubiera llevado á la calle de la Perla aquel puñal á Tallien, nada de eso hubiera sucedido; y los que en aquel momento caminaban al cadalso, hubieran enviado á muchos todavía.

¿Pero no podrían haberles conducido al cadalso, del que ellos se habian abierto el camino, sin aumentarles el suplicio?

La pena de muerte priva de la vida, pero no es una venganza.

Se habian detenido para exponer á los pacientes delante del público. Aquellos gendarmes, aquellos esbirros de Henriot que la víspera repartian sablazos, aquellos que deseaban salvar á los condenados, picaban hoy á estos con la punta de su sable, y decian á Couthon, acurrucado sobre sus piernas paralíticas: «¡Levántate, Couthon!» y á Robespierre, abatido por su horrorosa herida: «¡Vete derecho, Robespierre!» porque el cansancio le habia hecho caer sobre su banco.

Pero al apelar á su orgullo, se incorporó y paseó por la multitud aquella mirada feroz, que fué á posarse en mí.

¿Pero por qué no me habia quitado de mi ventana? ¿Qué poder me tenia como clavada en ella?

Un poder más fuerte que mi voluntad.

Débia presenciar lo que iba á suceder, porque era mi castigo.

Aquella mágia sangrienta debia tener su pantomima. Se habian detenido delante de la casa Duplay.

Se formó un círculo, y algunas mujeres, si puede dárselas tal nombre, se pusieron á bailar en círculo, gritando:

«¡A la guillotina Robespierre! ¡A la guillotina Couthon! ¡A la guillotina San Justo!»

Jamás olvidaré la mirada serena y altiva que lanzó el hermoso jóven, el único que no habia tratado de escapar á la muerte, sobre aquellas fúrias, al escuchar sus gritos y maldiciones.

Se veia en aquellos rasgados ojos reflejarse la conciencia y el desprecio y desden por la vida.

Pero aun no era bastante, y la fiesta debia tener su desenlace, repugnante como lo demás.

Uno de esos inmundos pilluelos que salen de las cloacas; uno de esos bastardos de arroyo que no se ven más que ciertos dias como los reptiles, estaba allí con un cubo lleno de sangre recogida en el matadero.

Empapó una escoba en la sangre y se puso á pintar de encarnado la casa de Duplay.

Aquella postrimera injuria agotó su resignacion; Robespierre inclinó la cabeza, y tal vez de sus ojos secos y fijos se escapó una lágrima.

Cuando las carretas volvieron á emprender su marcha, á los gritos de ¡A la guillotina! ¡A la guillotina! aquella cabeza lívida, de la que no se veian más que los ojos, se levantó y fijó su mirada en mí.

No sé si recuerdas, mi muy amado Jacobo, aquella balada alemana que leimos juntos, en la que un prometido ya muerto arrebató á su prometida viva, cuyo crimen ha consistido en blasfemar al saber su muerte, y que al grito que lanza el sombrío caballero, todos los muertos levantan la piedra de su tumba y los siguen impulsados por una fuerza mágica.

Pues bien, su mirada me arrancó del sitio en que yo estaba y me impulsó á seguir al viviente espectro.

Abandoné mi ventana, bajé á la calle y seguí á la comitiva.

Tenia los ojos fijos en la carreta, de la que no podia separarme. La multitud era tal que imponia; pues bien, me dejaba arrastrar por ella, sin que advirtiera su presion.

Andaba, y sin embargo, me parecia que mis piés no tocaban al suelo.

Cuando llegué á la plaza de la Revolucion, sin saber cómo me encontré en *mejor sitio* que nadie.

Ví llevar á Couthon, vi subir á San Justo y morir con la sonrisa en los lábios, y cuando el verdugo mostró su cabeza al pueblo no se habia borrado todavía la sonrisa.

Le llegó su turno á Robespierre: ciertamente que su más ardiente aspiracion debia ser la muerte.

La tumba era el puerto en donde debia anclar aquel buque destrozado.

Subió tranquilo y sereno. Me parecia que me buscaba su mirada y que al encontrarla lanzaba un relámpago de odio.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿permitireis que esa mirada moribunda cause mi mala suerte?

Pero en el momento en que ménos pensaba pasó sobre la guillotina una cosa maudita, infame, odiosa.

Una fiera, uno de los ayudas del verdugo, indigno de llamarse hombre, viendo la rabia, oyendo las maldiciones del pueblo, quiso representar su papel en la infernal sinfonía.

Por uno de los ángulos cogió la servilleta que sujetaba la mandíbula y la arrancó con violencia.

Este dolor era el mayor que pudiera soportar el sér humano. La mandíbula rota cayó como la de un esqueleto.

Robespierre lanzó un rugido.

No ví nada más.

Oí un golpe sordo que heria.

Me habia desmayado.

.....

XXXII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cuando recobré los sentidos estaba sola en mi cuarto y acostada en mi cama.

Me levanté, deslicé mis piés fuera y me encontré sentada en la cama.

¡Oh! exclamé; qué sueño tan horroroso.

Efectivamente, todo lo que habia visto en realidad me parecia un sueño.

Estaba en la oscuridad más profunda, pero veia dibujarse en la pared aquel aterrador espectáculo.

Las carretas fúnebres desfilaban delante de mí con aquellos restos mutilados, rotos, destrozados.

En medio de ellos San Justo, sano y altivo, con la cabeza erguida y la sonrisa desdeñosa: despues la detencion delante de la puerta del carpintero; el pilluelo pintando con sangre las puertas; la plaza de la Revolucion; el ayuda del verdugo arrancando el aparato á Robespierre, lo único que aun hacia aparecer su rostro con forma humana; aquel grito, aquel rugido que me hizo caer como herida por el rayo, preguntándome por qué mi corazon habia desfallecido delante de la víctima y del verdugo.

El ruido de mi puerta, que se abria, me sacó de aquella alucinacion.

Ignoraba por completo en dónde estaba: me creí en un calabozo y que venian á buscarme para conducirme á mi vez al suplicio.

Lancé un grito y pregunté:

—¿Quién va?

—Yo: me contestó la conocida voz de Juan Munier.

—¡Luz! ¡luz! le dije.

Encendió una bujía: me senté en la cama otra vez, pasé la mano por los ojos, mire en derredor mio y ví que estaba en mi entre-suelo.

Entonces recordé todo.

—¡Ah! le dije, ¿y el ciudadano Tallien?

—Le he visto, le he tranquilizado con respecto á la hermosa Teresa; pero le indiqué que solo por vos sabria en dónde estaba, deseando no privaros del placer de reunirle con vuestra amiga; desgraciadamente es presidente de la Convencion; la Convencion está en sesion permanente; hasta media noche estará en el sillón de la presidencia.

Si á las doce ha podido reemplazar ó modificar las bases del Comité de salvacion pública, obtendrá la órden de libertad.

—Pero y mis dos amigas, ¿qué dirán? exclamé.

—Ya saben que no se las guillotinará; es lo principal. Vuelvo á la Convencion. He ofrecido á Tallien que volveria. Le esperaré, y sea la hora que quiera, vendré con él á buscaros.

Entre tanto recobrais vuestro traje y vais á buscar al aprendiz de carpintero y lo reunís aquí con su hermana: vuestro traje de hombre no inspiraria tanta confianza.

Me pareció que el honrado comisario tenia razon; en cuanto se marchó cambié de traje y bajé para tomar un carruaje.

Pero era imposible; la calle de San Honorato estaba de fiesta y los carruajes no circulaban; habia fuegos cada veinte pasos, y en rededor de aquellos fuegos bailaban y cantaban.

¿De dónde salian aquellos jóvenes con frac de terciopelo, calzon de nankin y con medias de seda? ¿De dónde procedian aquellas mujeres embadurnadas con carmin y escotadas hasta la cintura?

¿Quién habia dictado las palabras ni compuesto la música de aquellas canciones realistas, más atrevidas que las carmañolas republicanas?

Nunca me hubiera imaginado que llegara á tanto la locura.

Atravesé aquella orgía, rechazando veinte brazos que deseaban asirme para lanzarme en aquella insensata rueda. En la plaza del palacio Igualdad no se sabia en dónde poner el pié; los cohetes saltaban por todas partes; la poblacion entera llevaba antorchas y hachones y París aparecia tan iluminado como si fuera de dia.

Sin esa circunstancia hubiera encontrado cerradas las puertas de las casas á donde vivia Hortensia y en donde trabajaba Eugenio.

En la casa que habitaba Hortensia habia una tienda, y creyendo era una parroquiana, me rogaron volviera al dia siguiente; pero les indiqué el motivo de mi visita, haciéndoles saber que la viuda de Beauharnais no habia sido ejecutada, que vivia y estaba aguardando á sus hijos.

La alegría de aquella buena gente fué extremada; adoraban á la niña y la llamaron á gritos.

Estaba en su cuarto y lloraba, ínterin se regocijaban los demás; pero en cuanto supo que su madre vivia y que nada le habia sucedido, empezó á saltar y á reir.

Como ya hemos dicho, era una niña encantadora, con el cútis suave, hermosos cabellos rubios y ojos rasgados, azules y transparentes como el éter.

Gracias á que la niña me conocia ya, por haberme visto en casa de la viuda de Condorcet, y á la carta que me habia dado Josefina, no pusieron dificultad en entregármela, pero desearon que se vistiera. La pusieron el más lindo de sus vestidos y un ramo de flores en la mano, mientras yo iba á buscar á su hermano.

El carpintero, su mujer y los aprendices bailaban y cantaban en derredor de una hoguera que ardia en la calle del Arbolseco; pregunté por el niño Beauharnais, y me lo enseñaron apoyado en un guarda-canton y mirando tristemente aquella alegría, en la que no tomaba parte.

Pero cuando le dije que su madre me enviaba y que se dispusiera á ir á verla, en lugar de manifestar alegría rompió á llorar, exclamando:

—¡Madre mia! ¡Madre mia!

¿Cuál de los dos niños amaba más á su madre? Lo mismo uno que otro; pero cada cual lo expresaba segun su carácter.

Eugenio se vistió en un momento; era un jóven alto, como de diez y seis años, con hermosos cabellos negros que caian sobre sus hombros.

Me ofreció su brazo, lo tomé y atravesamos la calle para ir á buscar á su hermana.

Nos esperaba con su ramo de flores en la mano, vestido de muselina blanca, cinturon blanco y sombrero de paja con una cinta azul: por bajo del ala del sombrero se escapaban sus abundantes cabellos rubios; estaba encantadora.

Volvimos á subir por la calle de San Honorato.

Daban las once en el reloj del palacio Igualdad.

Empezaban á apagarse las hogueras y se transitaba con más facilidad. Durante el trayecto no hice otra cosa que contestar á las preguntas de ambos niños, que deseaban informarse de todo lo concerniente á su madre.

Llegamos á mi entresuelo; yo habia dejado la llave en la cerradura, pero el comisario todavía no habia llegado.

Explicué á los hijos de Josefina que tenia precision de aguardar al ciudadano Tallien, que era el que podria abrir las puertas de la cárcel en donde estaba su madre.

Le conocian de nombre, pero ni uno ni otro estaban al corriente de la historia de la revolucion, de la cual solo habian oido hablar en el círculo comercial en que habitaban.

En mi cuarto habia dos ventanas; los niños se pusieron en una, yo en otra, y esperamos.

El tiempo estaba magnífico; una de esas noches que parecen en ciertos acontecimientos indicar que el cielo ayuda á los mortales. Eugenio, que conocia algo la astronomía, le decia á su hermana el nombre de las estrellas.

Despues de las doce oí el ruido de un carruaje que venia por la calle en donde está situada la pequeña iglesia de la Ascencion, y poco despues le ví detenerse en la puerta.

Se abrió la portezuela y bajaron dos hombres.

Eran Tallien y el comisario.

Mi protector levantó la cabeza, me vió en la ventana, detuvo á Tallien, me llamó, y dijo:

—Es inútil subir; seria perder el tiempo, y ya bajan.

Efectivamente, bajé con los dos niños.

—¡Ah! señorita, me dijo Tallien; no desconozco lo que os debo. Teresa y yo jamás lo olvidaremos...

—Os amais, vais á volveros á ver, vais á ser dichosos, y esa será mi más dulce recompensa.

Me estrechó las manos y me indicó la puertezuela abierta: subí; tomé á Hortensia encima de mis rodillas, pero el complaciente comisario dijo que no queria molestartos y que él subiria en el pescante con el cochero.

Sin duda reflexionó tambien que Tallien desearia manifestarme su gratitud, en lo que no se equivocó, y que yo le hablaria de él.

Apenas se cerró la portezuela, el cochero emprendió un galope hasta la Fuerza, y empecé á referirle los servicios que me habia prestado Juan Munier.

Yo pensaba decir una palabra en voz baja á Teresa, lo que le haria unir su recomendacion á la mia.

Los caballos iban á escape, pero sin embargo, Tallien, impaciente, sacaba la cabeza por la portezuela y gritaba á cada momento:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Llegamos á la Fuerza. A la puerta habia todavía grupos, resto de los que todo el dia habian estacionado allí: eran parientes y amigos de los que estaban encerrados en la cárcel.

Temian que continuaran las carretas su fúnebre costumbre, y todos estaban armados para oponerse en caso necesario á la salida de los condenados.

La hora habia pasado, y los grupos continuaron por la noche lo mismo que durante el dia, sin que pudieran explicar por qué.

Miraron con curiosidad cuando bajamos del coche, y oí en voz baja el nombre de Tallien, pronunciado por algunos que conocian al ex-procónsul de Burdeos.

Pero como Tallien llamó como dueño á la puerta de la Fuerza, esta se abrió rápidamente, y rápidamente se cerró detrás de nosotros.

El comisario nos servia de guia, y yo hubiera podido serlo tambien porque empezaba á familiarizarme con la prision, y el buen Ferney me llamaba riendo su *pensionista*.

Tallien dejó en la secretaría al comisario autorizado con todos los papeles necesarios para que se pusiera en libertad á las dos presas, y se lanzó por las escaleras, deseando que no hubiera nada que pudiera retrasarle.

Ferney nos hizo acompañar por un llavero; pero como yo conocia el camino perfectamente, llegué antes que él á la puerta.

—¡Abrid, somos nosotros! grité dando en la puerta repetidos golpes.

Dos gritos me contestaron, y unos piés ligeros corrieron á la puerta.

—¿Y Tallien? dijo la voz de Teresa.

—Aquí está; contesté.

—¿Y mis hijos? preguntó Josefina.

—Tambien aquí.

Se oyó una doble exclamacion.

La llave rechinó en la cerradura, y la oleada se precipitó en el cuarto.

El amante voló hácia su amada, los hijos hácia su madre.

No era yo ni amante ni amada.

Me dirigí á la cama y me senté en ella. Aperciéndome cuán sola me encontraba, rompí á llorar.

—¿A dónde estabas tú, mi amado Jacobo?

Durante un momento solo se oyeron besos, gritos de alegría, palabras entrecortadas.

—¡Madre mia!

—¡Hijos míos!

—¡Teresa mia!

—¡Tallien mio!

Y egoistas en fuerza de su amor, no viendo más en el mundo

que á ellos mismos, salieron las presas en dos grupos, sin acordarse de la que quedaba detrás de ellas.

El cuarto quedó vacío. ¡Oh, cuántos dolores, cuántas tristezas habria visto aquel cuarto! ¡Cuántos sollozos dolorosos habria escuchado!

¡Sin duda habria visto arrancar á los hijos de los brazos de su madre, á las esposas de los de su esposo, á los padres de los de su hija!

Pues bien, nada de lo que habia oido se parecia al suspiro que se escapó de mi pecho al dejarme caer en aquella cama.

Cerré los ojos y deseaba estar muerta.

Bajo de la tierra tenia más parientes, más amigos que en este mundo de ingratos y olvidadizos.

Era la segunda vez que sentia haber sido rechazada por la guillotina.

Caí en un estado de entorpecimiento difícil de explicar.

Una voz me sacó de mi abatimiento.

Decia:

—¿No venís vos? Os esperan.

Abrí los ojos; era mi comisario, Juan Munier.

Él no me habia olvidado.

Me necesitaba todavía.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Le seguí con la muerte en el corazón.

En vano buscamos un carruaje á la puerta.

El que nos habia conducido habia desaparecido.

Ya he dicho que al entrar habian reconocido á Tallien, de modo que al salir se vió rodeado por una multitud inmensa.

Ya sabian la parte activa que habia tomado en la caída de Robespierre, y le habian preparado una ovacion.

El carruaje que conducia á las dos presas, á su libertador y á los dos niños fué escoltado con hachones.

Atravesó Paris en medio de los gritos: ¡Abajo el tirano! ¡Muerte al dictador! ¡Viva Tallien! ¡Viva la república!

Aquella fué la inauguración de los triunfos.

Nada deja tanta oscuridad como la luz, ni nada más profundo silencio que el ruido.

Juan Munier y yo pareciamos dos sombras errantes por una ciudad desierta.

De vez en cuando oiamos á lo lejos los gritos lanzados por la multitud.

¡Cuán feliz debia ser aquella amante que volvía á la vida en medio de los gritos de triunfo que acogian á su amante!

¡Cuán dichosa aquella madre que resucitaba en brazos de sus hijos, á los que habia creído no volver á ver jamás!

Atravesamos la mitad de Paris desde la Fuerza á la Asuncion.

Allí me despedí de mi compañero y subí á mi casa sola y desesperada.

Me tendí vestida sobre la cama: no me acostaba para dormir, sino para llorar.

El sueño, ó más bien el entorpecimiento de mis facultades, se apoderó de mí sin sentirlo y en medio de mis lágrimas. Continué llorando dormida.

Al dia siguiente me pareció que oia ruido en mi cuarto, y al reflejo de un rayo de sol ví una criatura tan bella que la tomé por un ángel del cielo.

Era Teresa.

Se habia acordado de mí: corria á buscarme y á llevarme de grado ó por fuerza, á decirme que no me separaría de ella.

Primero creo que rehusé sus besos y sacudí la cabeza.

—Sola estoy, sola debo permanecer.

Pero aquella criatura, que era de fuego, me abrazó, me estrechó contra su corazón, lloró, rogó, apeló á todos los recursos de su talento y concluyó por hacerme levantar de la cama y llevarme delante del espejo.

—Mírate, me dijo; mírate. ¿Puede estar sola, tiene derecho para estar sola la que es tan bella como tú? El llanto te sienta bien. ¡Cuán bellos están tus ojos con ese círculo oscuro! Yo tambien los he tenido así; yo tambien he estado sola y he llorado.

Mírame. ¿Queda en mi rostro señal de dolor? No; una noche de felicidad ha borrado todo, y tambien tú gozarás una noche feliz, que lo borrará.

—¡Ah! yo, exclamé, ya lo sabes, Teresa, aquel que podia darme la felicidad no existe. ¿Para qué esperar un viajero que no puede volver? Más vale ir á reunirse con él en donde está; en la tumba.

—¡Oh! qué palabras, dijo Teresa; ¿pueden salir tales frases de una boca tan jóven y tan fresca como la tuya, mi hermosa Eva? Dentro de sesenta años pensaremos en la muerte. ¡Ah! Vivamos, Eva; ya verás en qué paraíso vamos á vivir.

En primer lugar, dejarás este cuarto, en donde no se puede respirar.

—Este cuarto no es mio, le contesté.

—¿Pues de quién?

—De la viuda de Condorcet.

—¿Pero antes de vivir aquí, en dónde vivias?

—Ya te lo he dicho; agotados mis recursos, grité para morir:
¡Muerte á Robespierre!

—Pues por la misma razon vendrás conmigo; tu cuarto, mejor dicho, tus habitaciones están ya preparadas. ¿No me has dicho que antes de la revolucion eras rica?

—Muy rica; por lo ménos así lo creo; pues jamás me he ocupado de dinero.

—Pues bien; haremos que te devuelvan tus propiedades, tus casas, tus rentas; volverás á ser rica; vamos á entrar en un período en el que las mujeres serán las reinas: tú, siendo tan hermosa, serás emperatriz. En primer lugar, déjame vestirme, componerte, embellecerte. Almorzamos en mi casa con Barrás, Fréron y Chenier: ¡qué lástima que á su hermano Andrés lo hayan guillotinado hace cuatro días! Hubiera hecho preciosos versos. Te hubiera llamado Nerea; te hubiera comparado á Galatea...

Y Teresa, en medio de aquel flujo de palabras, de promesas, de elogios, me abrazaba, me acariciaba, me estrechaba contra su corazón. Quería hacerme creer que no estaba sola y que la gratitud la hacia ser para mí una hermana.

¡Ay! Puesto que vivía, nada más podía desear que dejarme vencer y resignarme con la existencia y soportarla.

Me sonreí.

Teresa vió aquella sonrisa; habia triunfado.

—Vamos, ¿qué te pondré que te embellezca más? Quiero que trastornes á mis convidados.

—Pero ¿qué quereis que me ponga? No tengo nada mio. Todo lo que hay aquí es de la señora de Condorcet, y no puedo salir con el vestido que tengo, súcio y arrugado.

—Los vestidos de una mujer filósofa de cuarenta años no pueden convenirte, no; necesitas vestidos como los míos. ¿Señor Munier? dijo Teresa.

Me volví; de pié en el quicio de la puerta estaba mi honrado comisario.

—Señor Munier, bajad, tomad mi carruaje, id hasta mi casa, paseo de las Viudas, esquina al Cours la Reine, y decidle á la anciana Marcelina que os dé uno de mis vestidos de mañana, y que le escoja de los más elegantes.

—¿Estais loca, Teresa? la dije. ¿Por qué hacerme tener la apariencia de rica cuando no lo soy? Tomadme como señorita de compañía; pero no me hagais rival vuestra en riqueza y belleza.

—Haced lo que os digo, señor Munier, replicó Teresa.

El comisario desapareció para obedecer á la bella directora.

—¡Oh! exclamó Teresa; vamos á hacer rabiar á todas las mujeres, porque somos más bellas y más jóvenes que ellas.

—Josefina es hermosa, y sois injusta para ella, Teresa.

—Sí, pero tiene veintinueve años y es criolla. Tú tienes diez y seis y yo, yo... todavía no tengo diez y ocho; ya verás á la de Recamier; es tambien muy bella en realidad; pero ¿para qué le servirá? añadió con singular sonrisa: verás á la de Krudner; es más hermosa todavía, pero es una belleza alemana. Además, es una profetisa que predica una religion nueva, creo que el neo-catolicismo, ó algo así. No sé por qué entiendo poco de esas cosas. Tú que de todo entiendes al momento lo comprenderás. Verás á Mad. de Staél; no es hermosa, pero es un árbol de la ciencia.

Me cubrí los ojos con la mano y ya no escuché más.

¡Oh! mi árbol de la ciencia, el rey de mi paraiso de Argenton, de cuyas raices brotaba el arroyo que fertilizaba los jardines, mis rosas, mis flores de lis, mis azucenas.

Permanecí mucho tiempo sin escuchar lo que decia, cuando me sacó de mis reflexiones el ruido del coche, y poco despues entró el ciudadano Munier con dos vestidos de Teresa.

—Esperádme abajo, ciudadano Munier; vendreis con nosotras y os presentaré al ciudadano Barrás, quien probablemente formará parte del gobierno que suceda á este, y que, ayudado por Tallien, podrá hacer por vos lo que deseais.

Le saludó, y él, acostumbrado ya á obedecer, se inclinó hasta el

suelo, y salió. Teresa estuvo algun tiempo mirando los vestidos para escoger cuál de los dos me estaria mejor.

Las mujeres verdaderamente hermosas no temen á las que son bellas, porque la belleza hace resaltar á la belleza.

Debo confesar que cuando salí de manos de Teresa estaba tan bella como podia serlo.

Subimos al carruaje, atravesamos la plaza de la Revolucion. Robespierre ya no existia, pero la guillotina todavía estaba allí.

Oculté mi cabeza en el seno de Teresa.

—¿Qué tienes? me preguntó.

—¡Ah, si hubieras visto lo que ví ayer! le dije.

—¡Ah! Verdad es, le has visto guillotinar.

—Y siempre lo estaré viendo. ¿Por qué estará ahí todavía esa horrible máquina?

—A nosotras toca hacerla desaparecer. Hoy por la mañana empezaremos á derribarla en el almuerzo: nuestras manos son las que derriban cosas que no se atreven á tocar los hombres.

Poco despues llegamos á una casita medio oculta entre un bosquecillo de lilas, en donde descollaban algunos álamos.

La llamaban la cabaña: efectivamente, estaba cubierta de rastrojo, pero pintada al óleo, adornada con guirnaldas de rosas como una cabaña de la ópera cómica.

Era la morada de Teresa.

Serian poco más de las diez de la mañana cuando llegamos: el almuerzo era para las once.

Aunque la casita estaba abandonada hacia seis semanas, sin embargo, la anciana Marcelina la habia cuidado mucho, y solo al cocinero y al cochero fué á los que se despidió.

Los carruajes estaban en la cochera dispuestos, los caballos en las cuadras, y la cocina preparada para encender fuego.

El almuerzo estaba encargado en una fonda muy nombrada.

Teresa me condujo primero á mis habitaciones: eran un gabinete, un dormitorio y un cuarto de tocador.

Todo estaba impregnado de elegancia y buen gusto.

Quise rehusar: pregunté con qué motivo me instalaria en su

casa, compartiria su existencia y tomaria parte en sus placeres.

Me contestó con adorable sencillez:

—Mi querida Eva, tú me has salvado la vida; si no te hubiera encontrado, probablemente en lugar de Robespierre me hubieran guillotinado ayer.

Debo, pues, estar agradecida, y tengo derecho sobre tí. Además, te aseguro que no será por mucho tiempo, y que antes de ocho dias te devolverán tus bienes, y entonces podrás ofrecermehabitaciones en tu casa.

Dicho esto, me condujo á su cuarto para dar una última mano á su tocador.

Tallien entró de puntillas, y como estaba yo vuelta hácia la puerta, le ví entrar.

Teresa tambien le vió en el espejo en donde se miraba.

Se volvió rápidamente y le tendió los brazos.

—Tambien á él le debo la vida; pero despues que á tí, querida Eva.

—Desde luego acepto el lugar subalterno que me das, querida Teresa, dijo, porque siempre estoy dispuesto á ceder el puesto á una mujer bonita; pero ella te dirá que cuando se presentó en tu nombre estaba ya jurada la muerte de Robespierre.

—Sí; pero confesad que mi aviso y mi puñal han influido en la resolucion que habeis tomado.

—Para todo, Teresa, para todo; la idea que si me retrasaba una hora, un momento, podias ser víctima de aquel mónstruo, me decidió, no á derribar á Robespierre, sino á apresurar su caída. A tí te debe la Francia respirar tres ó cuatro dias antes.

—La amaremos mucho, ¿no es cierto? dijo Teresa á Tallien señalándome. Es preciso hacerla devolver sus bienes lo más pronto posible. Es una Charelet. La casa era noble y rica. La nobleza no podian quitársela; pero podian arruinarla, y lo hicieron.

—Pues bien; eso es muy fácil; no está emigrada; ha sido víctima del terror, por el que faltó poco para que muriera en el patíbulo. Hablaré á Barrás y arreglaremos eso: solo que, añadió riendo, como es una cosa justa, tardará más en decidirse que si fuera injusta.

La anciana Marcelina anunció que acababa de llegar el ciudadano Barrás.

—Vete á recibirle, le dijo Teresa á Tallien: ahora bajaremos nosotras.

Tallien salió, no sin haber cambiado con Teresa una mirada de inteligencia, en la cual sin ninguna duda se trataba de mí.

Pocos minutos despues bajamos tambien.

El salon estaba lleno de flores, y se llegaba á él por corredores tapizados de flores, como toda la casa. En pocas horas habia cambiado Tallien el aspecto de la casa, cubierta con un velo de tristeza por la prision de Teresa, convirtiéndola en un recinto risueño y alegre.

Se adivinaba que el amor y el júbilo habian entrado por las ventanas al mismo tiempo que los rayos del espléndido sol de Julio.

Barrás, como he dicho, nos aguardaba en el salon.

Era muy bello, ó más bien elegante que hermoso. Vestia el uniforme de general de la revolucion, con las solapas azules bordadas de oro, chaleco de piqué blanco, fajin tricolor, pantalon ajustado y botas altas. Al ver á Teresa la abrazó como á un íntimo amigo y se separó para dejarme sitio.

Barrás pidió permiso para besar la hermosa mano que sabia descorrer los cerrojos de las cárceles. Tallien le habia referido todo lo que yo habio hecho en aquellos dias.

Me habló de la gratitud de su amigo, la que él habia tomado á su cargo, y le dió gracias por haberle permitido cumplir conmigo, y despues me dijo hiciera una nota de lo que componia mi fortuna antes de la revolucion.

—¡Ay, ciudadano, le dije, me pedís una cosa imposible! No he crecido en casa de mis padres, y solo sé que mi padre era muy rico: de ningun modo podria dar más pormenores.

—No se necesita que vos os ocupeis de esos detalles, ciudadana; vale más que se obtengan por tercera mano. ¿Teneis algun hombre de confianza al que podais enviar á Argenton?

Me disponia á decir que no, cuando me acordé de mi comisario Juan Munier.

Era el hombre más á propósito por su inteligencia, y además seria un medio de recompensar sus servicios.

—Ya lo buscaré, ciudadano, le dije, inclinándome para darle las gracias, y tendré el honor de enviárosle, para que con un salvo-conducto vuestro pueda desempeñar su comision, en la que tal vez no saldria bien si no fuera porque vos le apoyais.

Barrás comprendió, como hombre de buena sociedad, que mi saludo significaba que la conversacion habia durado bastante; me saludó y salió al encuentro de Josefina y de sus hijos, que acababan de llegar.

¡Ay, se presentaban vestidos de luto!

La señora de Beauharnais habia sabido al salir de la cárcel que habian ejecutado á su marido ocho dias antes.

Iba á hacer su visita á Teresa y á excusarse del convite que esta la habia hecho.

Barrás y Tallien habian sabido la noticia, pero no creyeron oportuno comunicárselo.

Recibió el pésame de Barrás y de Teresa y despues se dirigió á mí.

—¡Oh, mi querida Eva, me dijo; cuánto teneis que dispensarnos el haberos dejado sola ayer! Creia que os veia siempre á mi lado; tal era la inmensa felicidad que os debia. La dicha ciega. Cuando me apercibí de que no os encontrábais con nosotras estábamos ya muy lejos. Además, mi querida Eva, ¿qué hospitalidad podia yo ofreceros? ¿La hospitalidad de una posada? Mis hijos y yo hemos dormido en la calle de la Ley, fonda de la Igualdad.

—De modo que os encontrais en la misma situacion que yo. He perdido á mi padre, fusilado como emigrado; vos habeis perdido á vuestro esposo, decapitado por aristócrata.

—Es verdad: los bienes del vizconde de Beauharnais están confiscados; los míos, mi fortuna personal, está en las Antillas; viviré de prestado hasta que el ciudadano Barrás llegue á conseguir que me devuelvan las propiedades de mi marido.

¿Creeis que si no hubiera tenido necesidad absoluta hubiera co-ocido á mis queridos hijos, el uno en casa de un carpintero, la

otra en casa de una lencera? ¡Oh, no! Pero ahora ya no me separaré de ellos.

Josefina hizo una seña á Hortensia y á Eugenio, los que corrieron hácia ella, agrupándose, de modo que parecia Josefina la Cornelia antigua.

Por un momento permanecieron abrazados y sollozando: despues, pretextando que nos comunicaban su tristeza, se despidieron, á tiempo que entraba Fréron, quien sabia la muerte del general, por lo que se inclinó profundamente ante aquel triple dolor.

XXXIV.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Ya adivinarás, mi amado Jacobo, lo que seria como elegancia y lujo un almuerzo servido por Beauvillers á tres sibaritas como Barrás, Tallien y Fréron.

En esa clase de reuniones, en que las mujeres no toman mucha parte, sin embargo, todo emana de ellas, hasta las agudezas que se cruzan de un lado y otro.

El talento es moralmente lo que el perfume de las flores físicamente.

Aun cuando yo no tenga idea ninguna de lo que es la gula, comprendo sin embargo la diferencia que existe entre un almuerzo vulgar y un almuerzo entre dos mujeres jóvenes y bellas y tres hombres que tenian la reputacion de ser los más bellos y además los de más talento de Paris.

Les nombraban el bello Tallien, el bello Barrás y el elegante Fréron.

Fréron dió su nombre á la juventud, que se llamó juventud dorada de Fréron.

Entré por una senda de la vida que me era desconocida: la vida sensual.

El almuerzo fué servido con la delicadeza que sustituia á la época brutal que acabábamos de pasar. Los vinos caian en copas de muselina, cuyo cristal era tan fino que los labios se tocaban casi al beber.

otra en casa de una lencera? ¡Oh, no! Pero ahora ya no me separaré de ellos.

Josefina hizo una seña á Hortensia y á Eugenio, los que corrieron hácia ella, agrupándose, de modo que parecia Josefina la Cornelia antigua.

Por un momento permanecieron abrazados y sollozando: despues, pretextando que nos comunicaban su tristeza, se despidieron, á tiempo que entraba Fréron, quien sabia la muerte del general, por lo que se inclinó profundamente ante aquel triple dolor.

XXXIV.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Ya adivinarás, mi amado Jacobo, lo que seria como elegancia y lujo un almuerzo servido por Beauvillers á tres sibaritas como Barrás, Tallien y Fréron.

En esa clase de reuniones, en que las mujeres no toman mucha parte, sin embargo, todo emana de ellas, hasta las agudezas que se cruzan de un lado y otro.

El talento es moralmente lo que el perfume de las flores físicamente.

Aun cuando yo no tenga idea ninguna de lo que es la gula, comprendo sin embargo la diferencia que existe entre un almuerzo vulgar y un almuerzo entre dos mujeres jóvenes y bellas y tres hombres que tenian la reputacion de ser los más bellos y además los de más talento de Paris.

Les nombraban el bello Tallien, el bello Barrás y el elegante Fréron.

Fréron dió su nombre á la juventud, que se llamó juventud dorada de Fréron.

Entré por una senda de la vida que me era desconocida: la vida sensual.

El almuerzo fué servido con la delicadeza que sustituia á la época brutal que acabábamos de pasar. Los vinos caian en copas de muselina, cuyo cristal era tan fino que los labios se tocaban casi al beber.

El café humeaba en tazas del Japon, delgadas como la cáscara del huevo y adornadas con figuras y plantas de colores deliciosos.

En el lujo hay una especie de embriaguez. Aunque en aquellas copas y en aquellas tazas no hubiera bebido más que agua, mi imaginación también se hubiera turbado.

Estaba sentada entre Tallien y Barrás; Tallien se ocupaba por completo de Teresa, pero Barrás exclusivamente de mí.

Como entre ellos había un plan para hacerme valer á los ojos de Barrás, procuraban por todos los medios llamar la atención del dictador futuro.

Los perfumes ejercen sobre mí una gran influencia. Cuando nos levantamos de la mesa, yo estaba muy pálida, y á pesar de esa palidez, me centelleaban los ojos.

Pasé delante de un espejo, miré, y me detuve admirada de la extraña expresión de mi fisonomía.

Mi nariz estaba dilatada, mis ojos parecían estar más abiertos, como si los perfumes se absorbieran con los ojos.

Extendí los brazos y los volví á cerrar sobre mi pecho como para estrechar aquellos aromas de las plantas, de los vinos, de los licores, de los manjares, á los que apenas había tocado.

Maquinalmente fui á sentarme delante de un piano.

Teresa lo abrió, y dejé caer mis dedos sobre las teclas: entonces, sin saber cómo, recordé aquel día, repetí de memoria las primeras melodías que te había escuchado.

Mis dedos corrian por el marfil, no diré con maestría, pero sí con vigor, con ligereza y dulzura tal, que me admiraba y sorprendía.

Me estremecía y temblaba con aquellas melodías desconocidas que brotaban de mis dedos; no eran notas, eran lágrimas, suspiros, sollozos, impulsos de alegría, de felicidad, de vida; un himno de gratitud á Dios.

No vivía como hasta entonces; sentía una vida febril, convulsiva, en la que se encerraban las sensaciones de lo que había sufrido y sentido durante el último mes.

Improvisaba con los dedos la terrible narración de los aconteci-

mientos que acababan de pasar. Yo sola componía el coro y los personajes de una tragedia antigua.

Por último cerré los ojos, arrojé un grito, y caí desmayada en brazos de Teresa.

Volví en mí por medio de una carcajada nerviosa: habían hecho que los hombres salieran de la habitación para prodigarme los cuidados que reclamaba mi desvanecimiento. Estaba medio desnuda y tenía á Teresa estrechamente abrazada, y no quería soltarla: me parecía que si la dejaba iba á rodar por un precipicio.

Antes de recobrar por completo los sentidos estuve largo rato turbada, y después me sentí invadida por un inmenso bienestar y pregunté á dónde estaban los convidados.

Una vez reparado el desorden de mi traje, volvieron á entrar.

Comprendieron que no era un desmayo fingido, sino que había sucumbido á una excitación nerviosa, más fuerte que mi razón.

Barrás se acercó á mí y me tendió sus manos, preguntándome si estaba mejor; estaban heladas y temblorosas: se veía que estaba conmovido: la misma emoción en diferentes grados demostraban los semblantes de Tallien y de Fréron.

—¿Qué habeis tenido, señorita? me preguntó Barrás.

—No lo sé: Teresa me acaba de decir que me desmaye después de haber tocado una fantasía mía.

—¿Una fantasía, señorita? Una sinfonía, que ni aun en sus mejores tiempos ha podido componer Beethoven.

—¡Ah! Si hubiera podido trascribirse, hubierais enriquecido el repertorio con una obra maestra que, en lugar de hablar al alma con un sonido, hablaría por el corazón á todos los sentidos.

—Nada sé, nada recuerdo, le dije encogiéndome de hombros.

—De modo que si os rogaran que la volviérais á tocar...

—Me sería imposible; he improvisado sin duda, y no recuerdo ni una nota...

—¡Oh, señorita, me dijo Tallien; con la tranquilidad se reformará la sociedad.

No somos tigres, como podría hacerlo creer estos ocho meses últimos; somos un pueblo letrado, ingenioso y sensible á toda sen-

sacion. Vos debeis haberos educado en un mundo desconocido. ¿Quién ha sido vuestro maestro? ¿Quién os ha enseñado esas obras maestras?

Sonreí tristemente, porque pensaba en tí, mi amado Jacobo.

—¡Ah! exclamé sollozando; mi maestro, mi dueño querido, ha muerto.

Y me arrojé de nuevo en brazos de Teresa.

—Dejadla, señores, dijo ella; ¿no veis que todavía es una niña, y que no ha tenido más maestro que una naturaleza exuberante y pródiga, que le ha dado, además de la belleza, el amor á todo lo bello? Dadle un pincel y pintará; ¡ay! es una de esas criaturas destinadas para todas las deicias de la vida, ó para grandes dolores.

—Sí, para grandes dolores más bien, dije.

—Figuraos, añadió Teresa, que se ha encontrado joven y bella; pero tan sola y abandonada, que deseó morir, y que, no queriendo matarse, sin duda por respeto á la obra maestra de la creacion, gritó en la ejecucion de la de San Amaranto: ¡Abajo el tirano! ¡Muerte á Robespierre! Figuraos además que, pareciéndole que tardaba mucho la muerte en arrancarla de la cárcel, subió en la carreta de los condenados. Allí me encontró en el camino, cuando me conducian á los Carmelitas: allí me envió con un soplo el capullo de rosa que llevaba en la boca, y que recibí como un presente del ángel que iba á morir.

Bajó la última de la carreta fatal, y el verdugo hizo comprender que no estaba en la cuenta de las cabezas que tenia en lista. Un hombre honrado, que os presentaré, la tomó bajo su proteccion y la condujo á los Carmelitas, en donde nos encontrábamos Josefina y yo.

Allí nos refirió su vida; una novela sublime, como la de Pablo y Virginia. Ya sabeis lo que la debemos: ella ha sido mi mensajera, Tallien, como vos sabeis, y ayer por la noche, para recompensarla, hemos sido ingratos Josefina y yo, dejándola olvidada en la cárcel de la Fuerza. Yo fui esta mañana á buscarla al entresuelo de la viuda de Condorcet.

Esta niña, que ha nacido con cuarenta ó cincuenta mil libras de

renta, no tenia vestido que ponerse, y ese que tiene puesto es mio.

—¡Oh, señora! murmuré.

—Dejadme decir todo esto, niña; es preciso que lo sepan, puesto que ellos tienen que reparar los errores de la fortuna. Su padre fué fusilado como emigrado en Maguncia, un Charelet, una nobleza que data de las Cruzadas. ¿De qué se la acusaba? De haber gritado ¡Abajo el tirano! ¡Abajo Robespierre! Esto, hace ocho dias, era un crimen de muerte, y hoy es un acto de virtud digno de recompensa. Pues bien, Barrás; pues bien, Tallien; escuchad, Frenon: es preciso que hagais devolver sus bienes á la que me ha devuelto á vuestra amistad. Sus tierras y su castillo están situadas en el Berri, cerca de Argenton. Sobre todo esto os informareis, Barrás, para que salga Eva cuanto antes de esa posicion de huésped mia, que tanto trabajo me ha costado que acepte y de la cual se avergüenza.

—¡Oh! no, no me avergüenzo, y no pido que se me devuelva toda mi fortuna, sino lo suficiente para vivir en Argenton y comprar la casita en donde he crecido, si está puesta en venta.

—Es preciso, señorita, me dijo Barrás, que eso se haga lo más pronto posible, porque habrá muchas reclamaciones como la vuestra, aunque no tan sagrada, lo sé, pero que llegarían antes.

¿Tendreis un hombre que vaya, como os dije esta mañana, á formar la lista de vuestras propiedades para saber si siguen confiscadas ó están vendidas.

—Tengo, le contesté, al hombre honrado que me recogió en la plaza de la Revolucion, cuando el verdugo me rechazó. Me vió arrojar á Teresa la flor que llevaba en la boca; creyó que la conocia, mientras que no era á una mujer, sino á la estatua de la belleza á la que arrojada mi flor: era comisario de policia y me condujo á los Carmelitas sin ponerme incomunicada, pensando que una prision era el asilo más seguro para mí. Desde aquel momento no me dejó, y él me condujo ayer tambien desde la Fuerza hasta mi entresuelo; es el que me ayudó á encontrar á Tallien para comunicarle las palabras de Teresa; él fué esta mañana con esta buena amiga, y en él he pensado cuando me habeis dicho que necesitaba

un hombre inteligente que fuera á Argenton para hacer la lista de mis bienes.

—¿Y á dónde está ese hombre?

—Aquí, mi querido ciudadano, contestó Teresa.

—Pues bien, añadió Barrás; si lo permitís, le haremos subir y hablaremos con él de este asunto.

Se llamó á Juan Munier, quien subió al momento.

Barrás, Tallien y Fréron, le interrogaron y comprendieron que era un hombre inteligente y honrado.

—Pero ahora, dijo Barrás, ¿qué podemos hacer nosotros? No hay gobierno constituido y no podemos dar órdenes.

—Sí; pero podeis dar un certificado de civismo á un hombre encargado por vos de ir al departamento de la Creuse para hacer más averiguaciones. Hoy el mejor salvo-conducto son vuestros nombres.

Barrás miró á sus dos amigos, los que hicieron un movimiento de afirmacion.

Entonces tomó del pupitre de Teresa una hoja de papel perfumada, en la que escribió:

«Nos, los abajo firmados, recomendamos á los buenos patriotas, amigos del orden y enemigos de la sangre, al llamado Juan Munier, quien nos ha prestado ayuda en la última revolucion, la que ha conducido al cadalso á Robespierre.

»Se trata de hacer algunas investigaciones sobre la fortuna efectiva del difunto ex-marqués de Charelet, y de saber si esta fortuna continúa confiscada, ó si han sido vendidos los bienes.

»Rogamos á los magistrados y les aseguramos nuestra gratitud para que ayuden al ciudadano Juan Munier en estas diligencias.»

»Paris el 11 Termidor año II.»

Y firmaron los tres.

Juan Munier salió al dia siguiente.

A las tres, un cochero con librea condujo dos magníficos caballos, los que engancharon á una carretela: Fréron tenia que hacer y nos dejó: Teresa, Tallien, Barrás y yo subimos en el carruaje.

Hacia un tiempo magnífico: los Campos Eliseos estaban llenos

de gente, las mujeres llevaban en la mano ramos de flores, los hombres ramas de laurel, en recuerdo de la victoria ganada cuatro dias antes.

Difícil hubiera sido averiguar de dónde salian aquel número de carruajes, cuando se creia que ya en Paris solo quedaba la carreta del verdugo.

Paris presentaba un aspecto tan diferente de como yo lo habia visto, que no se podia ménos de participar del contento universal.

Entre aquellos carruajes, el nuestro era bastante elegante para llamar la atencion.

Pronto reconocieron á los que le ocupaban, y los nombres de Barrás, Tallien y Teresa Cabarrus se esparcieron por la multitud.

En la cólera y en el amor del pueblo hay algo del tigre.

Cinco minutos despues estaba cerrado el carruaje y no podia caminar sino al paso.

Entonces se oyeron los gritos de ¡Viva Barrás! ¡Viva Tallien! ¡Viva la señora de Cabarrus! Y en medio de estos gritos se oyó una voz de mujer, que gritó:

«¡Viva Nuestra Señora de Termidor!»

Este nombre le quedó á la hermosa Teresa.

Hasta la cabaña del paseo de las Viudas fuimos acompañados por aquellos gritos frenéticos, siéndonos imposible continuar el paseo.

Pero no concluyó con esto: la multitud estacionó delante de la puerta y pidió á gritos que salieran Barrás, Tallien y Teresa.

Fué preciso decir que Teresa necesitaba tranquilidad, porque estaba un poco indispueta.

En cuanto á mí, sentia una impresion singular que participaba del entusiasmo y del asombro.

Barrás no me dejó un momento, sin que despues me fuera posible recordar ni lo que me habia dicho, ni lo que le habia contestado yo.

El manuscrito.

(Continuación.)

Cuando se fué Barrás, se apoderó Teresa de mí.

La conversacion recayó en Barrás. ¿Qué me parecía? ¿No era alegre, encantador, ingenioso?

Verdad es, todo era cierto.

Teresa me condujo á mi cuarto; no quiso dejarme hasta que me hizo mi tocador nocturno.

Mi cuarto, alumbrado por luces, era más bonito de noche que de día: en todo reflejaban las bugías. En los cristales de los candeleros, en los vasos del Japon y de la China, en los espejos de Venecia y de Sajonia.

Mi cama tenia colgaduras de seda gris perla con botones de rosa, y hacia tal contraste con el jergon de los Carmelitas y de la Fuerza y con el catre de la viuda de Condorcet, que lo acaricié con la mano como hacen las niñas con los juguetes.

En medio de aquel lujo aquella criatura tan bella, tan elegante, tan animosa, que habia sido aclamada por todo un pueblo, el que habia querido desenganchar los caballos y llevarla en hombros; aquella hermosa española, que deseaba hacerme su amiga, no dejarme, vivir conmigo, hacer que me devolvieran mi fortuna, unir su lujo con el mio para que pasáramos una existencia espléndida, todo esto, lo confieso, era tan opuesto á los malos dias que acababa de pasar, á las tentativas que habia hecho para morir, que cuando pensaba en el pasado, me parecia que era un sueño febril é insensato, ó más bien que entraba en una vida que seria transito-

ria y que se desvanecería como las decoraciones de los jardines encantados y de los palacios espléndidos de los cuentos de hadas.

Me dormí acariciada por Teresa. Sueños encantadores continuaron aquellas delicias.

Al despertarme ví flores, árboles, y oí el canto de los pájaros. ¿Estaba todavía en Argenton?

¡Ay! No, estaba en Paris, paseo de las Viudas, en los Campos Eliseos.

Una doncella jóven, verdadera camarera de ópera cómica, entró en mi dormitorio, risueña, coqueta, andando de puntillas, para pedirme mis órdenes.

Se almorzaria á las once; pero hasta esa hora, ¿qué tomaría, café ó chocolate?

Pedí chocolate.

Aquella vida de prision tan dolorosa, cuánto debia pesar sobre Teresa, acostumbrada á ese lujo cotidiano; entonces comprendí la gratitud de Teresa por haberla salvado y haber contribuido á que recuperara su anterior posicion.

Todavía estábamos en la mesa cuando llegó Barrás, bajo el pretexto de hablar con Tallien de los asuntos públicos.

Nos hizo sus cumplidos, y pretendió que yo estaba más hermosa con el matinal que con el traje de noche.

¡Ah, amigo querido! Yo no estaba acostumbrada á este lenguaje; jamás me habias hablado así ni habias elogiado mi talento ni mi hermosura; solo me decias:

—Estoy contento de tí, Eva mia.

Despues, de vez en cuando me tomabas la mano y me decias:

—¡Te amo!

¡Oh! Si te viera en sueños mirarme así, si te oyera decirme: «¡te amo!» todo esto desaparecería y me habria salvado. ¿Tendré valor para concluir este manuscrito?...

Al salir Tallien, entraba Barrás.

—Ya me he ocupado de vos, me dijo, y creo haberos encontrado en un barrio elegante de Paris una casita tal y como puede conveniros.

—Pero, ciudadano Barrás, me parece que os precipitais mucho.

—Sucedá lo que quiera, os quedareis en París, y necesitáis vivir en alguna parte.

—En primer lugar, no sé si permaneceré en París; y en todo caso, para comprar una casa es preciso que recobre mi fortuna, lo que aun no está hecho.

—Sí, pero estará muy pronto, replicó Barrás; acabo de ver á Sieyés y le he consultado: ya sabeis, es un abogado célebre; me dijo que nada se opondría á la restitucion de vuestros bienes, y deseo tener todo preparado para que al devolvéroslos no tengáis que esperar. No porque Teresa no desea teneros aquí siempre; pero comprendo que no teneis libertad en una casa que no es vuestra.

Barrás encontraba siempre varios pretextos para venir tres y cuatro veces por día en casa de Tallien.

Los dias pasaban rápidamente, y yo intimaba cada vez más con Teresa, á quien Josefina abandonaba, entregada á su dolor por completo.

Su matrimonio con el vizconde de Beauharnais no habia sido feliz; pero lo perdió de una manera tan trágica, casi en los momentos en que la muerte de Robespierre le daba esperanza de salvarse, que por eso fué mayor su dolor.

Desconocia los decretos de la Providencia, los que la dejaban viuda para cumplir sus designos: más bien que su amor, era el cariño de sus hijos el que la hacia sentir el presente y dudar del porvenir. Pasaron quince dias, durante los cuales no faltó Barrás dos ó tres veces por dia.

Como era de presumir, los termidorianos estaban dispuestos á heredar el poder.

Sin ninguna duda, en el primer cambio que hubiera en el gobierno ocuparían el primer puesto.

Tallien y Barrás eran los jefes del partido termidoriano.

Ocho dias despues recibí noticias de Juan Munier; escribia que los bienes continuaban confiscados, pero que no se habian vendido.

Ofrecia hacerlos tasar y volver inmediatamente con la nota exacta del valor que representaban.

Efectivamente, llegó á los quince dias.

Los bienes, tales como casas, palacios, llanuras y bosques, valian como millon y medio en tiempos quebrados, y en otro dos millones, es decir sesenta mil libras de renta.

Las noticias eran excelentes, y confieso que salté de alegría. Desde el escalon de la esperanza á donde habia llegado, si me hubiera visto precisada á descender de nuevo al terreno del dolor y del olvido, de aquella indiferencia que me hizo buscar la muerte, no hubiera tenido valor.

Con vos, mi amado Jacobo, tenia fuerzas para soportarlo todo; pero sin tí, tú ausente, mi pobre corazon carecia de la fuerza suficiente.

¡Oh, Jacobo, Jacobo! has cuidado más mi cuerpo que mi alma; has tenido tiempo de formar mi belleza física, la que, segun dicen, admira; pero ¡y el alma! ¡y el alma! la has dejado débil y no tuviste tiempo de trasmitirla tu poderoso aliento.

Una vez que Barrás tuvo en su poder los documentos necesarios y el sumario de la muerte de mi padre, empezó á dar todos los pasos para que me devolvieran mi fortuna.

Aquel movimiento que empezaba á efectuarse me era simpático, pues con el gobierno jacobino habia perdido todo, y estuve para perder la vida.

Empezaban á proteger á las víctimas de la revolucion, y los que habian sido, como Fréron, de los más exagerados y furibundos demagogos, se lanzaban hasta el exceso por el camino opuesto.

Yo salia con Teresa y con Tallien: en virtud de la ley del divorcio, habia podido volver á casarse viviendo aun su primer marido, y lo que caracteriza perfectamente á una española, es que se casó ante un sacerdote no juramentado.

Barrás tenia cada dia mayores atenciones para mí: era fácil comprender que obedecia á una pasion irresistible.

Por mi parte, fuese la esperanza de los servicios que debia hacerme; fuera que á pesar mio cediera al encanto que me rodeaba; sea que la ausencia, querido amigo, hiciera su efecto en una alma vulgar, lo cierto es que tenia tal costumbre de verlo, que si fal-

taba una vez estaba intranquila y le aguardaba con impaciencia.

Pasaron dos meses. Un día se presentó Barrás con una berlina tirada por dos hermosos caballos: dijo que tenía que enseñarme un edificio.

En la íntima amistad que tenía con él, no ví inconveniente ninguno en salir sola en su compañía.

Me condujo á una casita de la calle de la Victoria, situada entre patio y jardín.

Un ayuda de cámara aguardaba en la puerta.

Me hizo visitar la casa desde el piso bajo hasta el segundo. No era posible ver nada más encantador que aquella joya de una elegancia perfecta y el lujo unido al buen gusto, lo que es muchas veces difícil de hermanar.

En el salón había dos preciosos cuadros de Greuze; en un dormitorio un Cristo, apareciéndose á la Magdalena de Prudhon.

El cuarto de dormir parecía un gabinete cortado en un capullo de rosa por un colibrí.

Abrió un escritorio de palo de rosa y me enseñó la providencia del juez, que levantaba la confiscación de mis bienes, y debajo las escrituras de propiedad.

Quando manifesté deseo de volver á casa de Teresa, me dijo:

—Quedaos, señorita; esta casa es vuestra; está casi pagada con los cuatro años de renta que no había cobrado vuestro padre. Sois rica, poseéis millon y medio, y lo que os queda por pagar son cuarenta mil francos, resto del valor de esta casa: sólo os pongo una condición. Tallien, su mujer y yo vendremos hoy á comer con vos para estrenar la casa. El carruaje y los criados son vuestros, y si el cocinero no nos hace bien la comida, le despediremos despues.

Y con la gracia y la elegancia que sabía emplear para todo, tomó mi mano, la besó y salió.

Su carruaje le esperaba en la puerta.

El mio quedó enganchado en el patio.

Una linda y jóven camarera se presentó á mis órdenes y me abrió dos ó tres armarios llenos de ropa y vestidos los más ele-

gantes, escogidos por Teresa y mandados hacer por su medida.

Estaba estupefacta.

Mi primer movimiento fué abrir la papelera en donde estaban las escrituras.

Encontré la escritura de venta de la casa, hecha á mi nombre por Juan Munier, mi procurador.

En aquellos días en que las fincas tenían poco valor, había costado setenta mil francos, lo cual no era ni la mitad de lo que valía.

Se había pagado con la renta de cuatro años de los cortijos, pues los renteros no sabían á quién entregar el dinero y lo habían conservado.

Con la escritura estaban las cuentas del tapicero, que subían á cuarenta mil francos; las de los pintores, de las tiendas de diferentes objetos, de esas encantadoras bagatelas que adornan las chimeneas y las consolas.

Segun había dicho Barrás, todo estaba pagado por mí, con mis rentas, y solo me había obsequiado con un reloj encerrado en una pulsera, y que marcaba la hora en la que había tomado posesión de la casa.

Satisfecho este movimiento de orgullo, no vacilé ya en aceptar una casa comprada con dinero de mi familia y heredado de mi padre. Además, encontré en un cofrecillo mil lises y escritas en la tapa estas palabras:

«Resto de las rentas de la señorita Eva de Charelet, de los años 1791, 1792, 1793 y 1794.»

Las cuentas de los vestidos estaban aparte. La doncella me las entregó diciendo:

—¿Desea la señora alguna cosa?

—Sí; venid á vestirme, y decid al cochero que no desenganche.

Me vistió; y pensando que me había separado de Teresa sin decirle nada y que debía ir á renovarle el convite que Barrás le había hecho en mi nombre de venir con Tallien á estrenar la casa, subí en mi carruaje y me hice conducir á la cabaña.

Al salir de mi casa, un suizo, un portero abrió las dos hojas de la puerta, y los caballos salieron á galope.

Diez minutos despues estaba en brazos de Teresa.

—Vamos, querida, ¿estás contenta? me dijo.

—Maravillada; y sobre todo por el modo delicado con que ha sido hecho todo.

—¡Oh! En cuanto á eso, dijo Teresa, puedo responder; he sido consultada en todo y he dado mi opinion para todo.

—¿Pero tú has visto la casa?

—¡Ingrata! ¿No has conocido en los menores detalles la mano de una mujer y de una amiga, de una amiga un tanto egoista, porque habrás visto que tu berlina no tiene más que dos asientos? No quiero que cuando vayamos al bosque se mezcle en nuestra intimidad un tercero para impedirnos nuestras confidencias las más secretas.

—Pues bien; ¿quieres empezar hoy? Mi carruaje está abajo; tú estás vestida, yo tambien; vamos á dar una vuelta.

Subimos en mi berlina y nos dirigimos al bosque.

Confesaré que este paseo en un carruaje mio y con la mujer más hermosa de Paris me causaba un encanto inexplicable. ¿No era yo aquella niña idiota hasta la edad de siete años, en la creacion de la que dia por dia y hora por hora se ocupó mi amado Jacobo? ¿La que un dia separaron de vuestro lado para llevarla al lado de una tia quisquillosa en una calle sombría de la ciudad de Bourges, y reclamada despues por su padre para que fuera al extranjero, llegó á Maguncia para leer el sumario de su ejecucion, y partió con su tia, yendo á encerrarse en una triste casa de Viena? Sola más tarde y llena de esperanza partió para su patria, para Francia, con el objeto de buscarte, mi Jacobo, y cuando llegó supo que habias partido, que tal vez habias muerto. Agobiada por estas noticias continué viviendo, pero acercándome á la miseria y á la tumba.

Nadie ha tenido un pié tan cerca del sepulcro como yo, del que me sacó un milagro, el que me devolvió, no solo la vida, sino la libertad, la fortuna y todo lo que puede ser más agradable.

¿No era esto suficiente para trastornar la cabeza de una pobre niña que habia sido idiota siete años? Dios ha sido para mí muy bueno: perdóname, mi Jacobo, muy cruel.

XXXVI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

No sé, si algun dia llegas á leer estos renglones, si comprenderás, mi amado Jacobo, lo que por mí pasaba.

Sentía una turbacion extraña, igual á la que sentiria un hombre que hubiera permanecido en un cuarto aspirando los vapores de licores fuertes y que sin haberlos acercado á sus lábios se embriagara.

En mi espíritu habia algo vago y en mis ojos tambien, lo que me atraia atenciones y cumplidos que no comprendia.

El dia en que festejamos mi entrada en la casa de la calle de la Victoria me hicieron improvisar en el piano cosas que me parecian una locura, pero que habian admirado á todos.

No hay veneno más sutil y que se impregne más pronto en las venas que el de los elogios.

Nadie sabia destilar ese veneno gota á gota como Barrás. La música tiene sobre mí esa fatal influencia que me priva de la razon.

Cuando caia en ese estado cataléptico, lo que siempre me sucedia despues de mis improvisaciones, quedaba por completo á merced de aquellos con quienes me encontrara.

Las ocupaciones diarias me predisponian demasiado á este peligroso estado.

Todos los dias estábamos de fiesta. Paris, al verse libre del caldoso, parecia entrar de nuevo en la vida para gozar eternamente.

Por la mañana, los amigos se felicitaban por encontrarse vivos y se visitaban.

A las dos, paseo por el bosque, en donde se encontraban personas por las que anteriormente nadie se atrevía á preguntar; los carruajes se detenían, se pasaba de unos á otros, y los que los ocupaban, se estrechaban las manos, se abrazaban, se prometían verse con frecuencia, se convidaban á bailes y saraos para olvidar lo que habían sufrido.

Todas las noches había grandes reuniones, ó en casa de madama Recamier, ó de la señora de Staél, ó de la de Krudner, y despues varios bailes en los que las señoras de buena sociedad jamás habían entrado y en donde entonces entraban.

No solo gozaban la alegría de vivir, sino que deseaban ser felices viviendo.

Algunas mujeres de las que nadie había tenido nada que decir, salían solas con hombres que se les daban por amantes, pero sin fijarse en ello; cuántas relaciones se formaron en aquella época, que un año antes ó un año despues hubieran escandalizado á todos.

Además se ocupaban de literatura, cosa desconocida durante cinco años.

De un amor humano salían héroes nuevos, que se llamaban *René Chactas*, *Atala*; había modernos poemas, que en lugar de titularse los *Abencerrajes* ó *Numa Pompilio*, se llamaban el *Génio del Cristianismo* y *Los Mártires*.

El oro, ese metal que huye y se oculta con las revoluciones, parecía que entraba en París por caminos nuevos y desconocidos.

A la vista del oro, los comerciantes se fascinaban y vendían con empeño febril; dando las cosas por su precio corriente, parecía que las daban por nada.

Las mujeres se cubrían con alhajas, encajes y mil invenciones de la moda y del lujo.

Lo que sucedía se parecía á lo que refiere Juvenal de los tiempos de Mesalina y de Neron.

En voz alta se preguntaba á las señoras solteras ó casadas por

sus amantes y por sus maridos. Era una mezcla original de sencillez é impudor.

¿En dónde se apoyaron las felices criaturas que escaparon á la influencia de aquellos días de inmoralidad?

Sin duda tenían creencias ó supersticiones que les prestaban fuerza para resistir.

Mi fuerza estaba en tí: tú estás ausente; ignoro si te volveré á ver.

Te amo siempre, pero con un amor solitario y sin esperanza, el que, más bien que defenderme, me enardece.

Recuerdo haber despertado muchas noches llamándote á mi socorro; no estabas allí, y me volvía á dormir estenuada de fatiga y de una lucha que no comprendía.

Con frecuencia le refería á Teresa el estado extraño en que se encontraba mi alma y mi cuerpo, y ella sonreía, me abrazaba; pero nunca trató de levantar el velo que me impedía leer en mí misma; jamás me dió un consejo que pudiera reprochársele.

Todos los hombres más elegantes de su época parecía que se citaban á donde yo iba, y por todas partes á mi llegada escuchaba un murmullo de admiración. Las mujeres, cuya reputación era sin mancha, se entregaban á placeres propios de bailarinas ó de actrices.

Teresa representaba admirablemente; la de Recamier bailaba la famosa danza del chal, que pasó al teatro y que hizo furor. A mí me hacían cantar ó improvisar en el piano; mis inspiraciones musicales podían dar una idea de lo que en mi interior pasaba, pero débilmente, pues ningún canto, ninguna poesía, ninguna palabra era capaz de retratar el estado tumultuoso de mi corazón.

En derredor mio escuchaba palabras como estas.

—¡Qué lástima que una persona tan predispuesta para el teatro sea una gran señora con un millon de fortuna! ¡Ah! ¿Por qué os han devuelto vuestros bienes? Entonces os hubiérais visto obligada á recurrir á vuestro talento, y en lugar de perteneceros, pertenecierais á todos.

Empezaba á sentir no haberme lanzado en la vida animada y ar-

diente del arte. Por lo ménos mi alma hubiera combatido, hubiera luchado, hubiera sufrido: ¿comprendeis, amigo mio? Yo, que tanto habia sufrido, necesitaba sufrir más todavía.

Desgraciadamente Teresa ayudó sin saber á la aspiracion de amor y sufrimiento que sentia.

Estaba muy en moda representar la tragedia y la comedia en los salones. Barrás y Tallien eran muy amigos de Talma, y les rogó que la presentaran al grande artista, al que deseaba pedir consejos para la tragedia.

Se le convidó, y Talma no se hizo de rogar.

Fué primero á casa de Teresa. Estaba entonces en todo el apogeo de su juventud, de su belleza y de su talento. Era un hombre distinguido en todos conceptos: jamás habia visto tan cerca á un actor, y fué para mí un objeto de curiosidad.

Mi asombro fué infinito cuando ví que poseia la cortesía y la delicadeza de un hombre del gran mundo.

Al ver dos mujeres tan jóvenes como Teresa y yo, creyó que éramos dos niñas caprichosas que querian ponerse en ridículo haciendo papeles de comedia.

La esposa de Tallien estaba en su tocador cuando Barrás entró acompañando á Talma, con el que me dejó sola para ir á activar la compostura de Teresa, lo cual era un asunto grave.

Yo estaba muy conmovida, no por encontrarme sola con un actor, sino por tener que contestar á un hombre de talento.

Se adelantó hácia mí, me saludó y preguntó si era yo quien deseaba tomar lecciones suyas.

—A un hombre como vos, caballero Talma, no se le pueden pedir lecciones, sino consejos.

Se inclinó.

—¿Me habeis visto representar? me dijo.

—No, caballero; os haré además una confesion original, en una persona de mi edad, ávida de instruccion y de goces: no he sido jamás del teatro.

—¿Es posible, señorita? exclamó Talma; ¿jamás habeis estado en el teatro?

Pero si no fuera porque salimos de una revolucion os preguntaria si saliais de un convento.

Me sonreí.

—Caballero, le contesté; ignorante en asuntos artísticos, no he deseado nunca veros. Teresa es la culpable. Mi educacion es diferente de la de otras mujeres; nunca he estado en convento, pero jamás he puesto los piés en el teatro. Si os dijera que las obras maestras de nuestros clásicos me son desconocidas, seria mentir; las sé de memoria, pero no me satisfacen.

—Dispensadme, señorita, me dijo Talma; pero me pareceis muy jóven aun.

—Tengo diez y siete años.

—¿Y ya teneis *opinion particular*?

—No sé lo que llamais *opinion particular*: juzgo por mis sensaciones, y creo que las grandes emociones en el teatro provienen de las pasiones grandes.

El amor me parece que es una de las pasiones más trágicas; pues bien se me figura que nuestros poetas dramáticos expresan el amor de un modo en el que se encierra más retórica amorosa que realidad del corazon.

—Dispensad, señorita, me interrumpió Talma; hablais de arte como si profesárais el verdadero.

—¿Luego hay uno verdadero y otro falso?

—Apenas me atrevo á confesarlo, yo que interpreto á Corneille, á Racine, á Voltaire; ¿pero hablais otro idioma además del nuestro?

—Hablo el inglés y el aleman.

—¿Pero los hablareis como una pensionista, no es cierto?

Me ruboricé por la duda del gran artista sobre mis conocimientos.

—Hablo el inglés como una inglesa, y el aleman como una alemana.

—¿Y conoceis los autores que han escrito en ambos idiomas?

—He leído á Shakespeare, Schiller y Goethe.

—¿Y no creéis que Shakespeare escribe bien el lenguaje de amor?

—Al contrario: encuentro tanta verdad en su *decir*, que esto sin decir me ha hecho injusta para los autores que han escrito despues de él.

Talma me miró con asombro.

—¿Qué decís á esto?

—¿Qué digo? me contestó, que estoy admirado de encontrar ese claro entendimiento en una jóven de vuestra edad; si no fuera indiscrecion os preguntaria si habeis amado mucho.

—Os contestaria que he sufrido mucho; le dije con amargura.

—¿Sabeis de memoria algo de Shakespeare?

—Sé todo lo más notable de *Hamlet*, *Otello* y *Julieta* y *Romeo*; ¿y vos, entendeis el inglés?

—He declamado en ese idioma antes de declamar el francés.

—Pues entonces os recitaré el monólogo de Julieta cuando el monge la entrega el narcótico que debe hacerla pasar por muerta.

—Ya escucho, me dijo Talma.

Empecé un poco conmovida, pero la energía de los versos me hizo recobrar aplomo.

«Adios. Dios solo sabe cuándo nos volveremos á ver; el terror me ofusca y me causa un vértigo, y la sangre se hiela en mis venas.»

Y continué recitando á Shakespeare hasta el punto en que Julieta bebe el narcótico y dice:

«Detente, muerte, detente en nombre del cielo: Romeo, tú Julieta brinda por ti.»

Durante este largo monólogo no me interrumpió Talma. Cuando concluí no me aplaudió, pero me tendió la mano y me dijo:

—Eso es maravilloso, señorita.

En aquel momento entraron Teresa y Barrás.

—¡Ah! ciudadana Tallien, ciudadano Barrás, siento que no llegárais antes.

—¿Por qué? ¿Habeis dado ya la leccion? dijo Teresa riéndose.

—Sí; la leccion está dada, pero soy yo quien la ha recibido. Siento, repito, que vos no hubiérais disfrutado de haber oido á esta señorita recitar versos como no he oido jamás.

—¡Cómo! mi buena Eva, dijo Teresa, ¿será posible que seas trágica sin saberlo?

—Esta señorita es trágica, cómica, poeta y todo lo que se puede ser; con un corazon elevado y una alma apasionada; pero creo que es imposible encuentre en francés las entonaciones prodigiosas y naturales que ha encontrado en inglés.

—¿De modo que tú hablas inglés? preguntó Teresa admirada.

—Admirablemente; contestó Talma.

Ciudadano Barrás, me habeis rogado que viniera para dar algunos consejos á estas señoras; nada tengo que decir á esta señorita, y solo la indicaré que exprese como siente y nada más. Con respecto á la ciudadana Tallien, la ruego que primero escuche á su amiga y despues, si desea estudiar, estoy á su disposicion.

—¿Y cuándo escuchariamos á Eva? preguntó Teresa.

—En mi casa, contesté, cuando guste el caballero Talma.

—Mañana por la noche no me toca papel ninguno. ¿Teneis la magnífica escena del balcon entre Romeo y Julieta? preguntó el gran trágico.

—Sí.

—Pues bien, la repasaré; no me encuentro bastante seguro para declamarla con vos sin haberla estudiado; no convidéis más que á algunos amigos; ya sabeis que dicen que en los papeles de enamorado no estoy muy bien.

—Entonces, dijo Barrás, podríamos comer todos en casa de esta señorita; ¿no es mejor?

—¡Oh! no, dijo Talma; cuando declamo por la noche, como á las tres y ceno tarde.

—Pues bien, entonces cenaremos, replicó Barrás.

Y dió mis señas á Talma.

He retrasado cuanto he podido, mi amado Jacobo, llegar al momento en que tengo que hacerte una confesion terrible, con la que concluiré este manuscrito, que tal vez llegue á tus manos algun dia.

Cuando habia alguna fiesta en mi casa, Barrás se encargaba de los preparativos. Nadie como él entendia todo lo concerniente á las

grandes reuniones de quinientas personas, ó bien las veladas de confianza, en las que se admiten quince ó veinte amigos, lo que es todavía más difícil, porque es preciso no faltar á nadie y recibir solo á los elegidos.

Quitando un tabique, mi salon y mi dormitorio no formaban mas que uno, y la ventana que estaba en el ángulo figuraba perfectamente el balcon. Aquella ventana, que aparecia como la entrada del aposento, estaba tapizada con yedras, jazmines y madreselva.

Esta ventana estaba iluminada por reflejos invisibles figurando los rayos de la luna, que partian del techo de mi cama, oculta por multitud de naranjos.

En el jardin se habia levantado un tablado, lo que me permitia estar de pié y apoyarme en el balaustre tapizado con enredaderas, lo que le daba la apariencia de un balcon.

A las siete me llevaron un precioso traje de Julieta, cuyo modelo lo habia hecho Isabey; era un obsequio de Teresa, porque ella mejor que nadie sabia los colores y el corte que iban bien á mi cuerpo y á mi cutis.

La cita era para las ocho.

No conocia á nadie en Paris; de modo que Barrás y Tallien habian convidado por mí.

Entre los convidados recuerdo á Ducis, quien veintitres años antes habia hecho una traduccion de Romeo y Julieta, si puede llamarse imitacion al débil bosquejo de sublimes y magníficos cuadros.

A las ocho en punto anunciaron al ciudadano Talma.

Al entrar en el salon arrojó el manto en que estaba envuelto y apareció en su traje de Romeo, copiado del libro veneciano dibujado por el sobrino del Ticiano.

Aunque no de alta estatura y ya un poco grueso para representar el personaje de Romeo, no por eso le sentaba mal el traje.

Barrás y Tallien habian tenido especial cuidado en que se encontrarán en su sociedad acostumbrada Chénier, Arnault, Lejouvé, Lemercier, la señora de Staél, Benjamin Constant, Trenis y muchos más que yo no conocia, pero que se conocian entre ellos.

Encargué á Teresa que hiciera los honores en el salon.

Para vestirme tenia á la camarera del teatro, la que vestia á la señorita Mars y Rancourt.

Ambas me aguardaban en un gabinete inmediato á mi dormitorio.

La puerta de comunicacion entre el salon y el dormitorio, es decir, entre el teatro y el escenario, estaba cubierta con una colgadura de terciopelo encarnado, que se descorría por los lados como las colgaduras de cama ó de ventana.

Cuando concluí de vestirme bajé por el jardin y subí al tablado.

Hacia una noche de verano; me deslumbré al reconocer con la vista el interior de mi cuarto y verlo convertido en un verdadero jardin.

Dispénsame, Jacobo, si me detengo en estos detalles; pero al llegar al punto de confesar una inmensa falta, preciso es que busque en lo que me rodeaba la disculpa de mi flaqueza.

Una especie de tienda unida á la casa figuraba mi cuarto, pintado como en el siglo xvi. La ventana fué sustituida por una ogiva, que se adaptaba perfectamente.

Cuando llegué estaba cerrada, pero preparada para abrirse por el lado del tablado en donde me encontraba, es decir, por el opuesto que diariamente se abria.

Por los cristales pintados ví entrar á Talma. Se detuvo un momento no sabiendo en dónde poner el pié, porque el suelo estaba alfombrado con flores.

Despues adelantó hácia el balcon.

Una mano invisible dió tres golpes.

Las colgaduras de la puerta se abrieron.

Todos los espectadores lanzaron un grito de asombro, porque nadie esperaba la preciosa decoracion que presentaba mi cuarto, alumbrado por dentro y sembrado de madreselva y jazmines.

Aquel grito se tornó en aplauso.

Todos callaron para escuchar á Talma.

Lo mismo que en su traje habia puesto el grande artista todo su esmero, así empleó toda la magia de su voz.

Empezó pues en inglés, diciendo:

«¿Qué repentina claridad ilumina esa ventana? ¿Es el amor, ó tú, hermosa Julieta, que apareces ángel rubio y sonrosado que hace palidecer á Febo?»

Y Talma continuó hasta que abrí la ventana en medio de un torrente de aplausos prodigados á Talma y que redoblaron al verme.

Solo una palabra tenia que contestar.

«¡Ay!»

Y Talma continuó.

«¡Ha hablado! Cállate, inquieta brisa, deja llegar á mí la voz de mi Julieta, mensajero brillante con palabras de miel, que de parte de Dios descende desde el cielo y pasa más brillante á través de ese nube que pasa el relámpago soberano, poder de la tempestad.»

Toda esta escena prosiguió con sin igual animacion, hasta el momento en que Julieta se retira diciendo:

«Buena noche, buena noche; y si vuelvo á llamarte, sé en la hora cruel más valiente que yo; no te vuelvas atrás para hablarme de amor, ó te diré adios hasta que llegue el alba:

Y contesta Romeo:

«Que en tí se pose el sueño más suavemente que se posa en la noche la abeja sobre la rosa.»

Las cortinas se cerraron, pero los gritos de ¡Romeo! ¡Julieta! resonaron en medio de los aplausos, llamándonos á la escena como á los grandes actores cuando impresionan al público.

Me dejé dominar por la embriaguez del triunfo.

Ya no era Eva, ya no era la señorita de Charelet, era Julieta: las palabras de Shakespeare me habian comunicado el vértigo del amor y del triunfo.

No hubo un hombre que no deseara besarme la mano, ni una mujer que no deseara abrazarme.

En medio de esta ovacion se abrieron las dos hojas de la puerta, y el mayordomo gritó.

—¡La cena está servida!

Tomé el brazo de Talma: era lo ménos que podia hacer por el eminente artista, al que debia el único momento de felicidad que habia disfrutado desde que me separé de tí.

Entramos en el comedor, y coloqué á mi izquierda á Talma, á mi derecha á Barrás, el que conociendo á los demás convidados, les habia colocado de modo que cada cual estuviera satisfecho.

De modo que era imposible ver una reunion más animada, en la que brillaba el ingenio y la agudeza francesa.

Además, en esa hora de la noche todos se olvidan de los cuidados cotidianos, y el corazon se enchancha, la imaginacion está más despejada y se entrega á la alegría mejor que durante el dia.

Debo afirmar, que no atendia á las palabras que se cruzaban, ni á la chispeante conversacion. Me habia encerrado en mí misma, y como el pájaro cantor, modulaba la sinfonia de la vanidad satisfecha.

Entonces me fijé en que llamaban la atencion las galanterías de Barrás para conmigo.

Tambien Barrás lo comprendió así, y temiendo me ofendiera aquella indiscrecion que provenia de él, dijo contestando á los elogios que nos dirigian sobre el lujo con que estaba servida la mesa:

—Señores, preciso será daros á conocer la historia extraordinaria de la persona que nos ha proporcionado esta noche tantos gozes artísticos, y que para completarlos nos ofrece una cena espléndida.

Yo ignoraba que estuviera al corriente de los acontecimientos de mi vida. Teresa se los habia referido.

Orador elocuente en la tribuna, era Barrás encantador en la conversacion de sociedad. Nadie podia narrar con más gracia y delicadeza que él.

Estaba ligeramente ofendida por la intimidación en que nos creian; así es que me lisonjeó y me tranquilizó aquella justificación que salía de boca de Barrás.

Veinte veces oculté mi cabeza entre las manos para cubrir ó mi rubor, ó mis lágrimas.

Ignoraban la participacion que habia tenido en el 9 Termidor.

Al referir Barrás que la desesperacion me habia hecho subir á la carreta de la guillotina, estuvo sublime y terrible.

Cuando contó mi primera entrevista con Teresa y Josefina en los Carmelitas, apareció dulce; y encantador y dramático al presentarme cumpliendo la mision que Teresa me habia confiado y al entregar á Tallien el puñal.

Teresa, como si deseara hacerme perder la razon por completo, apoyaba á Barrás refiriendo pormenores que pueden llevar al colmo las simpatías.

¡Oh, mi Jacobo! figúrate aquella reunion de artistas, de poetas, de novelistas, de historiadores, delante de los que daban publicidad á la historia de mi vida, y comprenderás lo que pasaria por mí durante esta narracion, la que terminó Barrás enumerando los bienes de mi familia, y exagerando, más bien que disminuyendo, su importancia para explicar el lujo de mi casa.

Despues le tocó el turno á mi talento musical, á la extraña disposicion que tenia para improvisar y á la maravillosa agilidad de mis dedos, de los que brotaban armonías ignoradas y desconocidas.

Estaba temblorosa; tomó mi mano, la beso, y me dijo:

—¡Oh! mi jóven y hermosa amiga; si cada vez que os elogian os desmayais, os sucederá con frecuencia, porque nadie podrá conoceros sin adoraros.

Toda la fuerza que habia reunido para levantarme de la mesa y escapar á todos los elogios se debilitó, y un suspiro y una lágrima fué el resultado, dejándome caer sobre mi silla con mi mano entre las suyas.

¡Oh, no, jamás se debe abandonar una mano en la de un hombre que nos ame, aunque no le amemos; existe en la influencia masculina un vigor magnético que abate nuestra resistencia!

Al cabo de diez minutos que estrechaba Barrás mi mano, ya no veia. La cena se habia concluido: me condujo al salon, me hizo sentar delante del piano y lo abrió.

Ya se sabe qué exaltacion magnética se apodera de mí al ponerme en contacto con ese instrumento.

La primera vibracion de las teclas hizo correr por mis venas un estremecimiento febril.

La escena de Romeo bajando por el balcon despues de haber pasado la primera noche de amor con Julieta, se presentó á mi imaginacion, y sobre esto emprendí la improvisacion de una sinfonia, que expresara emociones desconocidas para mí, puesto que nunca habia pasado una noche como la de los dos amantes.

No sé lo que tocaba: me seria imposible recordar ni una nota de aquella improvisacion, y como Vulcano mezcló con el rayo los truenos, los relámpagos y la lluvia, así yo mezclé el placer, la felicidad y las lágrimas.

Me han hablado tanto despues de esta improvisacion, que no dudo tuviera mucho de extraordinaria.

Como siempre, caí moribunda.

Pero Teresa y Barrás, que habian visto ya varias veces reproducirse en mí aquella situacion, aseguraron que era preciso dejarme entregada á mí misma y á los cuidados de mi doncella, y que al dia siguiente amaneceria más fresca y más bella.

Entonces escuché el ruido que hacian las señoras al ponerse sus abrigos y al besarme en la frente.

Se despidieron mutuamente unos de otros: Barrás me estrechó la mano al despedirse, y creo que yo se la estreché tambien.

Oí alejarse los carruajes, y despues la voz de mi doncella, que me preguntaba si queria acostarme.

Me apoyé vacilante en su brazo, y me encaminé á mi cuarto.

Las flores habian desaparecido, pero no el perfume; era una mezcla de aromas excitantes: la rosa, el jazmin y la madreelva: mi doncella me desnudó y me subió á la cama.

Hasta mi lecho estaba impregnado de aromas excitantes y embriagadores.

Continué soñando, aunque medio despierta, y mis ojos se fijaron en la ventana en donde Julieta esperaba á Romeo.

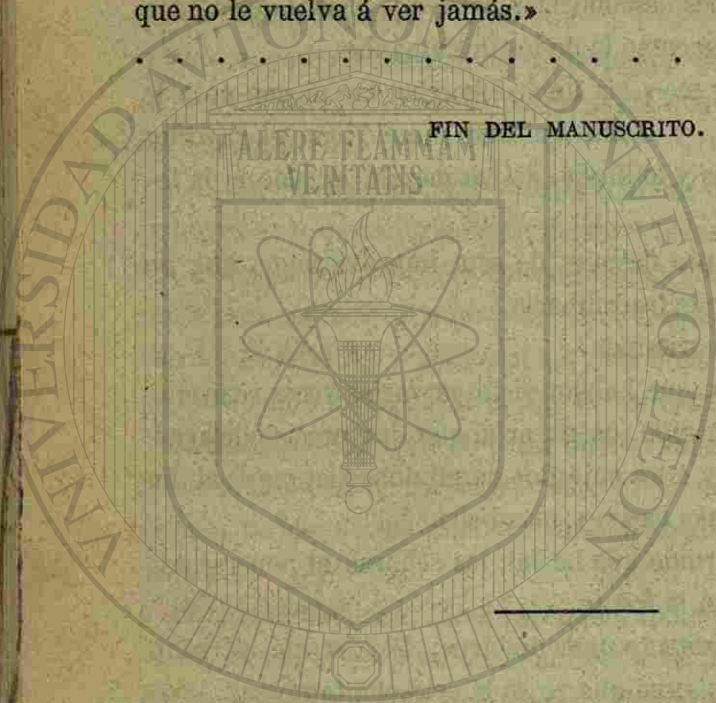
De repente se abrió impulsada por la mano de un hombre, en el que reconocí á Barrás.

Extendí la mano hácia el cordon de la campanilla; quise gritar,

pero otra mano detuvo la mia, y dos ardientes lábios ahogaron el grito en los mios.

Caí en mi lecho inerte y desesperada, y yo, que decia todas las mañanas: «¡Dios mio, haced que le vuelva á ver pronto,» exclamé al dia siguiente entre lágrimas y sollozos: «¡Oh, Dios mio! Haced que no le vuelva á ver jamás.»

FIN DEL MANUSCRITO.



XXXVII.

El regreso de Eva.

Ya hemos visto que este regreso se habia efectuado en una noche lluviosa y fria. La anciana Marta habia reconocido á Eva en la voz, y despues de abrir la puerta se arrojaron ambas en brazos una de otra.

Si hubiera sido de dia; si el tiempo hubiera estado sereno, despues de aquel beso y abrazo se hubiese lanzado Eva en el jardin para recorrer en realidad lo que hacia tres años recorria solo en su memoria.

El árbol de la ciencia, el arroyuelo, la gruta de las meditaciones y el pabellon de los tilos.

Pero esta visita era imposible en una noche sombría, lluviosa y fria.

Subió á su cuartito y le encontró tan puro y virginal como si le hubiera dejado el dia anterior y como si se la esperara de hora en hora. Allí fué preciso contestar á las preguntas que se agolpaban á los lábios de Marta: la anciana tenia tambien una pasion; amaba á Jacobo Merey, no del mismo modo que Eva, pero profunda y apasionadamente.

Pronto pudo notar la anciana que Eva necesitaba descansar, porque estaba extenuada de cansancio y de insomnio.

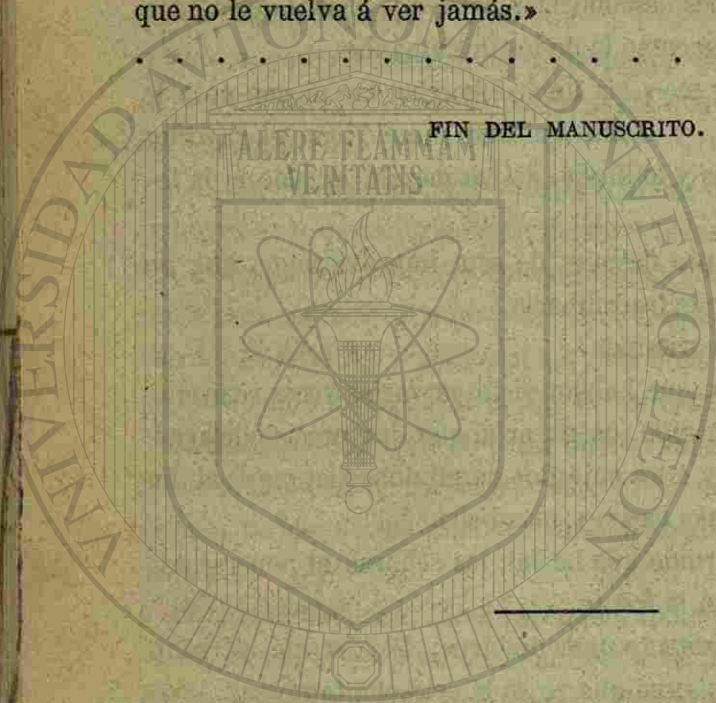
Quiso desnudarla y subirla como en otro tiempo á la cama; Eva se lo permitió feliz al volver á tomar sus antiguas costumbres, solo que indicó á Marta que al salir la dejara una bujía encendida.

Necesitaba Eva recorrer con la vista todos aquellos objetos que

pero otra mano detuvo la mia, y dos ardientes lábios ahogaron el grito en los míos.

Caí en mi lecho inerte y desesperada, y yo, que decía todas las mañanas: «¡Dios mío, haced que le vuelva á ver pronto,» exclamé al día siguiente entre lágrimas y sollozos: «¡Oh, Dios mío! Haced que no le vuelva á ver jamás.»

FIN DEL MANUSCRITO.



XXXVII.

El regreso de Eva.

Ya hemos visto que este regreso se había efectuado en una noche lluviosa y fría. La anciana Marta había reconocido á Eva en la voz, y después de abrir la puerta se arrojaron ambas en brazos una de otra.

Si hubiera sido de día; si el tiempo hubiera estado sereno, después de aquel beso y abrazo se hubiese lanzado Eva en el jardín para recorrer en realidad lo que hacía tres años recorría solo en su memoria.

El árbol de la ciencia, el arroyuelo, la gruta de las meditaciones y el pabellón de los tilos.

Pero esta visita era imposible en una noche sombría, lluviosa y fría.

Subió á su cuartito y le encontró tan puro y virginal como si le hubiera dejado el día anterior y como si se la esperara de hora en hora. Allí fué preciso contestar á las preguntas que se agolpaban á los labios de Marta: la anciana tenía también una pasión; amaba á Jacobo Merey, no del mismo modo que Eva, pero profunda y apasionadamente.

Pronto pudo notar la anciana que Eva necesitaba descansar, porque estaba extenuada de cansancio y de insomnio.

Quiso desnudarla y subirla como en otro tiempo á la cama; Eva se lo permitió feliz al volver á tomar sus antiguas costumbres, solo que indicó á Marta que al salir la dejara una bujía encendida.

Necesitaba Eva recorrer con la vista todos aquellos objetos que

le eran familiares, y que en presencia de Marta no hubiera podido tener expansion como en la soledad y el silencio.

De modo que, apenas salió Marta, abrió los ojos y se recreó con la vista del ramo bendecido que un día la llevó Bautista y su Crucifijo de marfil, al cual el boj le formaba en derredor como una urna.

Eva reflexionaba en la pureza de su alma cuando había abandonado aquel aposento bendito, y en todo lo que había sufrido desde entonces.

En aquel recinto no existía un solo recuerdo que fuera preciso rechazar ni combatir: era el tiempo risueño y radiante de su vida.

Cuando había pasado el umbral de la puerta de su dormitorio y el de la que conducía á la calle, era cuando habían empezado para ella los dolores, la tristeza, los remordimientos.

Cuando salió Marta se levantó, tomó la bujía y recorrió todos los objetos que no tenían nombre, pero que formaban su universo; los besó, los saludó, se puso de rodillas delante del Crucifijo, aunque no supiera rezar esas oraciones que se aprenden en el regazo de una madre, pero para ofrecer sus dolores al Hombre-Dios, al ejemplo de abnegacion.

Quiso abrir la ventana y mirar al jardín; pero el viento al penetrar apagó la luz, y la lluvia y la oscuridad la impidieron distinguir nada, como si el pasado, en el que anhelaba penetrar, se hubiera cerrado para ella.

Cerró la ventana, buscó el lecho á tuestas, se acostó empapada en agua y tiritando, cubriendo su cabeza con la sábana como si fuera una mortaja.

Allí, en aquella prematura tumba, los objetos se confundieron unos con otros y poco á poco se perdieron por completo. Sentía la impresion glacial que sintió cuando, arrastrada por las ondas del Sena, creyó que iba á morir, y le pareció que se deslizaba por la rápida pendiente de la vida á la muerte.

Después no sintió nada más que una sensacion dolorosa en el corazón, la que desapareció poco á poco, dejándola sin conciencia de que existía.

Creyó que estaba muerta: dormía.

No habiendo cerrado las contra-ventanas al acostarse, penetraron muy temprano los rayos del sol, los que, al acariciar el rostro de Eva, la despertaron.

Aquel sol de Marzo, pálido y sin fuerza, pasaba á través las ramas de follaje que empezaban á reverdecen.

Entre aquellos árboles y ella existía un parecido bastante grande, y era, á pesar de los recuerdos del pasado, una especie de impulso á rejuvenecer.

Pero, en fin, aquel rayo de sol, aunque fuera pálido, era un rayo de esperanza, era la realidad de la existencia. Eva abrió la ventana: la lluvia había cesado y hacia una de esas mañanas de primavera, en las que el aire está tan cargado de vapores, que apenas penetra en los pulmones, y que al respirar se siente el pecho oprimido por una atmósfera demasiado pesada.

Todo aparecía lo mismo en el jardín, solo que carecía de cultivo y estaba árido y triste.

Las plantas crecían á la casualidad, como la tristeza en el corazón.

La yerba estaba alta y mojada, el arroyo había crecido con la lluvia y corría fuera de su cauce, el árbol de la ciencia no tenía ni frutos ni hojas, y su copa frondosa se encorbaba con el viento.

El pabellon de follaje estaba reducido á las tortuosas ramas de la parra y parecía una cuna destruida, á cuyo enrejado se enredaban algunos sarmientos marchitos y casi secos.

No cantaba ningún pájaro; su hermoso ruiseñor y sus doce curruacas no habían vuelto todavía, y tal vez no volverían, ó si volverían sería tristes y silenciosos como ella.

Eva no recordaba de los tranquilos días que había pasado en aquella casa más que los de primavera, los ardientes del verano y los poéticos del otoño.

Había olvidado los días melancólicos del invierno, en los cuales no tenía su jardín ni sol ni sombra, y que no estaba animado ni por su alegría, ni por su risueña juventud.

Tuvo que cerrar la ventana y volver á su cama: poco después

oyó pasos; eran los de Marta, que, deseando verla, llegaba á preguntar si estaba ya despierta: la dijo que entrara.

La anciana entró, la abrazó y se preparó como en otro tiempo á encender el fuego en la chimenea.

¡Ay! Para ella no existía el pasado todos los días habían sido iguales, confundiéndose los de verano con los de invierno, ó más bien había vivido en una especie de crepúsculo desde el día en que Jacobo y Eva la habían dejado, hasta la noche anterior, que había visto volver á la joven, quien la ofrecía que Jacobo también regresaría pronto.

Cuando encendió el fuego, se volvió y miró á la cama.

Eva contestó á su mirada con una sonrisa melancólica.

—Mi querida señorita, la dijo; no sois la misma que cuando estábais aquí anteriormente; sois desgraciada; pero ¿por qué lo sois? Nuestro querido dueño vive, le amais como siempre y él os ama.

—Mi pobre Marta, dijo Eva, los tiempos han cambiado mucho.

—Sí, dijo la anciana; hemos sabido que habeis perdido á vuestro padre y á vuestra tia, y que á consecuencia de esto había sido confiscada vuestra fortuna; porque ¿quién lo hubiera dicho, que la pobre niña sin palabra ni movimiento era una de las herederas más ricas del país? Pero han dicho también que, gracias á la protección de uno de los grandes señores actuales que han brotado en lugar de los antiguos, os habían devuelto vuestra fortuna.

—¡Oh! no me hables de eso, no me hables jamás, querida Marta. Vuelvo aquí más pobre, más desgraciada, más desprovista de todo que nunca.

—¿Y Escipion? añadió Marta; apenas me atrevo á preguntaros por él: ¡pobre animal! dejó todo por seguiros.

¡Ah! Si nuestro buen amo hubiera podido hacer como él, lo hubiera hecho, porque él y nuestro inteligente perro eran los que más os amaban en el mundo, y yo despues de ellos.

—Escipion ha muerto, mi buena Marta, y entre los dolores que me han agobiado, el de la muerte de mi pobre perro ha sido uno de los más crueles.

—Pero, en fin, dijo Marta, que no comprendía bien todo lo que

sucedía; nuestro dueño, mi querido amo os ama como siempre, ¿no es cierto?

Eva rompió á llorar.

—¡Oh, no me hables nunca de su amor! ¿Lloraría yo si me amara como anteriormente? ¿Hay algo en el mundo que pueda causarme tan honda tristeza, júbilo, sonrisa ó lágrimas si no fuera su amor?

—¡Oh! Si me amara siempre, si yo creyera que algun día su corazón volvería á ser mío, ¿no estaría día y noche aguardándole en el umbral de la puerta puesto que debe volver?

Marta bajó la cabeza; se comprendía que toda la inteligencia que conservaba la pobre anciana se ofuscaba con este enigma.

—¡Vive todavía y no la ama ya!

Ella, que leía en el corazón de su amo, no comprendía que aquel corazón, que solo latía por Eva, pudiera vivir sin aquel amor; pero era pobre, y como todos los que están sometidos á la voluntad ajena, era resignada. Era una nueva desgracia, como otras muchas que había visto caer sobre la humanidad.

Inclinó la cabeza y se dijo á sí misma:

—Puesto que sucede, es que debería suceder.

Y se conformó, como se había conformado siempre cuando la desgracia la había herido.

Miró á Eva y la vió con el pañuelo sobre los ojos; las palpitaciones de su pecho levantaban la sábana, y para dejar en libertad aquel dolor, salió de puntillas para que no la sintiera Eva.

Pero ninguno de aquellos pensamientos delicados pasaron desapercibidos. Los sentidos se perfeccionaron con el dolor; y si Marta hubiera expresado en voz alta lo que sentía, no la hubiera comprendido Eva mejor que lo leyó en su corazón.

Eva permaneció inmóvil, y poco á poco se calmó aquel pesar tan vivo que Marta había causado con sus preguntas; pero las lágrimas son como la sangre, que cuando se contienen no vuelven á correr sino cuando se las provoca de nuevo.

Eva oyó dar las nueve en el reloj de la iglesia.

En otro tiempo, Marta, al dar la última campanada, entraba en la habitación y decía:

—Mi querida señorita, el almuerzo os espera.

Todavía no se había extinguido el último sonido de la campana, cuando Eva oyó los pasos de Marta, quien abrió la puerta de su cuarto, y con voz más triste que la acostumbrada, repitió la fórmula de otras veces:

—Mi querida señorita, el almuerzo os espera.

—Muy bien, Marta; ya voy, respondió Eva.

Marta volvió á cerrar la puerta: Eva se vistió y bajó.

Nada había cambiado en el comedor: la mesa y las sillas estaban en el mismo sitio, y la mesa redonda, en la cual habían comido durante siete años Eva y Jacobo.

Aquel día no había más que un cubierto, pero era el almuerzo acostumbrado: manteca, huevos, leche y miel en panal.

Marta no preguntó si durante aquella larga ausencia había cambiado Eva de costumbres, y le había servido el almuerzo como en otros tiempos; para ella, Eva, jóven y bella, era la misma.

Cada cosa que veía causaba una nueva sensación á la jóven; aquella anciana, entrando á la misma hora y anunciándole que estaba servida con las mismas palabras, la torturaba.

Al bajar, entrar en aquel comedor y sentarse á la mesa sola, le causó una mezcla de dulces y crueles pensamientos.

A pesar de que sus pesares la quitaban el apetito juvenil con que acostumbraba á festejar el frugal desayuno, no quiso contristar á Marta, y se sentó á la mesa procurando comer algo.

Marta la contemplaba satisfecha; en los ánimos vulgares, el apetito ó la apariencia de él es un sistema de convalecencia en los dolores físicos ó morales.

Cuando Eva comió un huevo, gustó la miel, probó la manteca y bebió la mitad de la taza de leche, Marta, no comprendiendo que era por ella por quien había hecho aquel esfuerzo, se dijo á sí misma:

—Vamos, vamos, no se ha perdido todo.

Por mucho deseo que tuviera Eva de bajar al jardín, vió que era imposible; pero no dudó que el sol, que empezaba á calentar, le secaría antes de concluirse el día.

En la casa tenía Eva varios sitios que visitar y que le eran tan queridos como el jardín; entre otros, el laboratorio de Jacobo Merrey, lo que le causaba una emoción profunda.

Aquel laboratorio que era su acostumbrada habitación, y en la cual en vano procuró ver la luz la noche de su llegada, aquella luz que era para los que necesitaban los cuidados del doctor el faro y la señal que los guiaba.

Ínterin ardía aquel quinqué, sabían que podían llamar; verdad es que, aunque estuviera apagado, llamaban, pero vacilando, aun cuando el doctor no dejaba de acudir al llamamiento.

En aquel laboratorio era en donde estaba el piano de Eva y en donde había tomado las primeras lecciones de música.

Allí era en donde, á consecuencia de una terrible tempestad y de un rayo que cayó á pocos pasos, había tocado de un modo tan notable la sinfonía que Jacobo procuraba que aprendiera hacia tres meses, sin poderlo conseguir.

También al laboratorio subía Bautista, al que reconocía por el singular sonido de su pierna de palo al dar en los escalones. Como si todos aquellos recuerdos debieran tener toda la realidad posible, subió al laboratorio, del que abrió la puerta con ansiedad supersticiosa, pareciéndole que estaba allí Jacobo ocupado en las experiencias misteriosas, y contempló las empolvadas teclas del piano, que nadie había tocado desde hacia tres años, cuando oyó en la escalera el rudo golpe de la pierna de palo de Bautista, que se acercaba.

Poco después se abrió la puerta y apareció gozoso y agradecido como siempre.

—¡Ah! querida señorita, exclamó juntando las manos; hace cinco minutos que he sabido vuestro regreso, y he venido corriendo para saber noticias vuestras y de mi querido amo el ciudadano Jacobo Merrey, porque si fuera él el recién llegado no sería prueba de que vos volveríais; pero siendo vos, nada impedirá que él vuelva también si vive; pero teneis los ojos irritados por el llanto y se conoce que habeis llorado mucho. ¿Ha muerto mi buen amo?

—No, amigo mío, gracias á Dios, contestó Eva.

—Como se han dicho tantas cosas en esta población, corrió la

noticia que lo habian matado en un motin; despues que lo habian asesinado en unas grutas, cuyo nombre no recuerdo; más tarde, á que se habia refugiado en América, y por último, durante diez y ocho meses nada se ha vuelto á saber de él. Pero estais de vuelta, y esto nos da la esperanza de volverlo á ver. ¿Vendrá? Decídmelo, para que todos los que le aman se alegren. ¡Ah! lo que los señores llaman canalla, tiene corazon y recuerdan todo; no son como los aristócratas, que solo recuerdan para causar pesares; no digo eso por vuestro padre, aunque pudiera aplicársele.

—Mi pobre Bautista, dijo Eva poniéndole en la mano un luis, que valia entonces en papel siete mil francos; toma, para tí.

Bautista miró á la jóven, miró la moneda, la besó, y dijo con voz triste:

—Siempre sois tan buena, señorita Eva.

Eva llevó el pañuelo á los ojos.

—Y además, desgraciada, eso es sabido; añadió.

—Mi buen Bautista, dentro de tres ó cuatro dias volverá el doctor, y espero que recobrareis la costumbre de venir todas las mañanas.

—¡Oh! señorita, ¿y Antonio tambien, cómo no habrá venido todavía? Le encontré en la calle y me dijo que venia para acá.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Antonio, diciendo:

—Justicia de Dios, centro de verdad.

Señorita Eva, estais tan bella como siempre; tanto mejor.

—Buenos dias, Antonio, ¿cómo estais?

—Yo soy siempre el profeta enviado por Dios para extender la palabra del Señor.

—Y esa palabra, ¿cuál es? preguntó Eva.

—Les llegará su vez á los honrados, los desgraciados recobrarán la felicidad y los afligidos serán consolados.

—¡Dios os escuche!

Y Eva puso en la mano de Antonio otro luis, como habia hecho con Bautista.

Los dos ancianos extendieron sus manos hácia ella como para bendecirla.

Despues, apoyados uno en el otro, bajaron la escalera, y Eva los oyó alejarse.

Entonces se dejó caer en una silla delante del piano, y sus dedos cayeron sobre el teclado y ejecutaron una melodiosa sinfonía.

Parecia que aquella prediccion del loco habia despertado en su coracon la esperanza, tan fácil de extinguirse, y aquella esperanza, fugitiva como la razon del que la habia despertado, era la que inspiraba aquellos torrentes de luz que brotaban del instrumento mudo hacia tres años y abandonado en aquel laboratorio.

Siempre, á consecuencia de una excitacion musical, caia Eva, ó en un doloroso extásis, ó en un absceso de nerviosa alegría.

Entonces se extinguieron poco á poco los sonidos, inclinó la cabeza menlancólicamente sobre el pecho y no sintió nada de lo acostumbrado.

Quando salió de aquel letargo, el sol parecia haber recobrado la fuerza de los dias de otoño, y las gotas de lluvia de la noche, que todavía no se habian secado, brillaban en el extremo de las hojas y de las yerbas como chispas de diamantes.

XXXVIII.

El regreso de Jacobo.

No hay nada más dulce en la vida moral, como en la física, que el momento en que despues de una desesperacion completa se empieza á esperar un poco, y en que despues de la tempestad y del rayo vuelve el cielo á serenarse y á ponerse azul.

Pues bien, á Eva le sucedia eso; la prediccion del loco le habia producido el efecto moral; el sol produjo el efecto fisico.

Bajó la escalera, abrió la puerta del jardin y puso el pié en el terreno seco.

Como hemos dicho, quedaban todavía algunas gotas de agua en las hojas y en las flores, y se aspiraba ese doble aroma que emana de la naturaleza cuando triunfa el sol del trueno y de la lluvia.

Se detuvo en la entrada un momento; desde allí abarcaba su mirada todo el recinto. En la serena atmósfera se notaba ese virginal no sé qué anuncio de la primavera.

Marzo, el precursor, es algunas veces uno de los meses más encantadores del año á pesar de sus granizos, borrascas y vendabales.

La lluvia en Octubre anuncia el invierno; en Marzo, las brisas suaves y los dias risueños.

Eva se internó por el césped, que dos horas antes estaba empapado y que el sol habia secado por completo.

Entre el césped se veian algunas modestas margaritas, algunos tímidos capullos de oro.

Las orillas del arroyo se alfombraban con musgo primaveral, en el cual se agitaban los primeros átomos de la vida vegetal.

El estanque todavía estaba turbio, pero empezaba á filtrarse, y por último, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el hermoso manzano, que estaba en el sitio más elevado del jardin, antes de ostentar sus primeras hojas, mostraba ya algunas flores.

Si se hubiera apoyado el oido contra el suelo, seguramente se hubiera oido fermentar la vida y prepararse las flores de la primavera y los frutos del verano.

Eva se abrazó al manzano y besó sus ramas bermejas. El manzano y el arroyo en donde se miró por primera vez eran sus más antiguos amigos. Despues en la gruta de las meditaciones contempló el estanque de agua límpida en donde se bañaba en los ardientes dias del estío, y en el que empezó á ruborizarse demostrando que no solo se desarrollaba su inteligencia, sino que tambien se tornaba mujer.

Bajó hasta el emparrado; allí todavía no empezaba á manifestarse la vida, porque la parra, que contiene esa sangre vegetal que tiene tanto parecido con nuestra sangre, es la última que se despierta de su letargo; entre los chaparrales todavía no se escuchaba el canto del ruiseñor, pero en cambio habian dado ya albergue á otros rústicos cantores para alegrar con sus cantos el silencio de los otros pájaros y la ausencia del sol en los dias sombríos.

Con frecuencia Eva se divertia los dias aniversario de su cumpleaños en mirar aquel huésped familiar; así es que se acercó al matorral. ¿Seria un nuevo habitante del jardin, ó la habria conocido en los dias de su felicidad?

Se puso tan cerca que le pareció la reconocia y queria festejar su vuelta.

Eva habia recobrado su paraiso, pero su paraiso triste y desierto á causa de su falta, y en el que ella aguardaba temblando, más de temor que de cariño, no á Adan, no al cómplice de su falta, sino al ángel con la espada exterminadora, que llegaba de parte de Dios para castigarla ó para perdonarla.

Aquellos rayos de sol eran la sonrisa de Dios, ó el suave calor de un astro insensible que cumplia su mision.

Interrogaba todo el misterio del perdon en el globo luminoso

que se adelantaba palideciendo hácia Occidente, en la nube purpúrina, en la flor que brotaba antes de la hoja, en todo, hasta en el pájaro que se acercaba en aquel momento de silencio, ó se alejaba al menor movimiento.

En ninguna parte encontraba la seguridad del bien ni del mal, sino duda siempre.

El *quién sabe* de Montaigne se extendía como un velo sobre la naturaleza, y era cada vez más espeso entre ella y el porvenir.

Una voz la llamó.

Era la de Marta: era de noche, habían dado las cuatro, y Marta, puntual como el reloj, la advertía que la comida estaba preparada.

Allí la aguardaba una soledad más grande.

Sucedía con frecuencia que, sumido en trabajos científicos, ó en resolver un problema, Jacobo no bajaba á almorzar y suplicaba á Eva se desayunara sola, en cuyo caso Eva sabía que solo les separaba un techo y que Jacobo estaba allí; pero á la hora de comer siempre estaba Merey presente, porque era su hora de distracción, hora en la cual encontraba á Eva, que, efecto de algún trabajo nuevo, que llamaba toda su atención, había estado ausente de él intelectualmente.

La volvía á ver con los ojos y la encontraba en su corazón, y su rostro, turbado por el estudio, adquiría como el de un niño la felicidad y la serenidad.

No estaba allí; no era un estudio de ciencia lo que le mantenía lejos de ella, sino su voluntad. ¿Llegaría pronto?

¿Cuándo llegaría? ¿Qué haría con respecto á ella?

Era la pregunta eterna que se dirigía, buscando en vano la respuesta, y que volvía á caer sobre su corazón como la roca de Sísifo.

XXXIX.

Regreso de Jacobo.

Lo mismo que el almuerzo encontró Eva la comida: era la misma que si Jacobo hubiera estado, y solo un cubierto ménos indicaba su ausencia.

Eva comió poco, y solo al levantar el mantel se fijó en ella Marta.

—¡Oh, Dios mío! dijo, ¡qué poco habeis comido, señorita!

—No es que he comido poco, sino que he estado sola, contestó Eva.

—¿Qué haré de lo que ha quedado? preguntó Marta.

—Mañana llamareis á una pobre y se lo dareis para ella y sus hijos.

—¿Y continuaré poniendo la misma comida?

—Sí, replicó Eva; los pobres comerán su parte; y no tengas cuidado, querida Marta, no se quejará por ese aumento de gasto; ya veis que no será perdido.

—Teneis razon, señorita; ¡era tan bueno antes!...

—Todavía es hoy mejor; te lo aseguro, Marta.

—Eso no es posible.

—¡Oh! espero que así sea, dijo Eva levantando los ojos al cielo. Despues de comer subió al laboratorio y puso una luz para que se viera desde fuera.

—Pero, señorita, dijo Marta, van á creer que el señor doctor ha llegado.

—Direis á los que vengan, mi buena Marta, que no ha llegado, pero que va á llegar, y los pobres sabrán que tendrán un protec-

tor contra los males que puedan amenazarles, y hasta contra el bien que no saben apreciar, contra la muerte.

—¿Por qué decís esas cosas desde que habeis vuelto, señorita? preguntó Marta; antes de marchar no os lo habia oido.

—Marta, yo no me fuí, me llevaron. He estado tres años sin ver al que era todo para mí; mi Dios, mi dueño, mi rey, mi ídolo, el único hombre á quien he amado y el que amaré siempre.

Ella sin duda pensó añadir: «y que ya no me ama;» pero el pudor ahogó aquel grito.

Puso la bujía en el sitio que Jacobo ponía el quinqué, y continuó soñando en el laboratorio débilmente alumbrado.

La estrella de los pobres ya la habian visto estos: antes que Eva bajara oyó llamar dos ó tres veces á la puerta de la calle.

Eran dos desgraciados que se acogian al faro salvador, y que se marchaban medio consolados al saber que no habia llegado, pero que pronto llegaria á Argenton.

Eva bajó dejando encendida la luz, y guiada solo por los rayos de la luna, que esa noche era espléndida; pero encontró á Marta, que la esperaba en su habitacion.

La anciana desconocia á la jóven triste y caprichosa, que habia sustituido á la gozosa niña de otro tiempo.

Dos ó tres veces estuvo para dejar escapar su secreto delante de Marta: ese secreto era el motivo de su tristeza, y Marta hubiera deseado saberlo, porque creia poder consolarla.

Eva no podia ser quien no amara á Jacobo; al contrario, su cariño se habia transformado en una especie de religion; pero tampoco Jacobo podia haber dejado de amarla, porque ¿cómo era posible no querer á la adorable niña, que estaba más encantadora que nunca?

Marta dejó que el tiempo aclarase el misterio: no podia tardar mucho en saberlo, porque Jacobo llegaria de un momento á otro.

Le pareció que Eva estaba más tranquila que la víspera, y Marta atribuyó ese cambio de la jóven á la próxima llegada de Jacobo.

Eva la preguntó por las jóvenes sin fortuna y las ancianas pobres.

Como siempre, la caridad era la base de sus acciones.

Se informó del número de niños que podrian reunir en una escuela gratuita para ambos sexos, y averiguó cuántos ancianos recurrían á la caridad pública.

Nadie mejor que Marta podia darle aquellas noticias.

La rogó que apelara á su memoria durante la noche, y que la ayudase al dia siguiente á formar una lista de los desgraciados que necesitaban socorro. Ya vemos que Eva no necesitaba el regreso de Jacobo para emprender su piadosa mision.

Marta se separó de ella á la una de la madrugada. Su sueño fué tranquilo, y á la mañana siguiente, en la misma mesa del comedor encontró tinta, papel y plumas para formar las listas.

El dia se empleó en aquel trabajo, lo que hizo pasara con más rapidez.

Por la tarde vieron que habia sesenta ancianos, hombres y mujeres, para que entraran en el hospital, cincuenta niños para ser educados en la escuela y treinta ó cuarenta infelices á quienes socorrer en su casa.

Despues de hecho este informe, bajó Eva al jardin; le pareció que desde la víspera se habia secado el césped y las flores del manzano habian abierto más, que las orillas del arroyo estaban más verdes y que el cantor, al lado del chaparral, estaba más gozoso y familiar.

Lo mismo que el dia anterior, recibió la visita de Bautista y de Antonio, los que la anunciaron que los pobres pensaban festejar el regreso de Jacobo Meréy.

Eva se preguntó á sí misma, sin poder encontrar respuesta, por qué los pobres amaban siempre á los buenos y por qué lo que se llama *gente distinguida* no tenia entusiasmo alguno por los filántropos.

Por la noche aguardaban más de cincuenta personas la llegada de Jacobo Meréy; pero su esperanza salió fallida, y fué preciso dejar para el dia siguiente la ocasion.

Eva reflexionó que no necesitaba esperar á Jacobo para empezar á desempeñar su papel de hermana de la Caridad.

¿No la habia dado Jacobo un bolsillo con veinticinco luises, con la mitad de los cuales podia socorrer muchas necesidades?

Se envolvió en una capa, y acompañada de Marta fué á diez ó doce casas, en las que su presencia era muy necesaria.

El invierno de 94 á 97 habia sido muy frio, y por consiguiente, la miseria era muy grande.

La primera visita de Eva dejó la huella del bienestar en la poblacion.

El panadero recibió la orden de llevar sesenta panes á domicilio y el tabérnero sesenta botellas.

Se informó de los niños que no estaban abrigados para la estacion, y mandó hacer quince ó veinte trajes de paño lo más fuerte que pudo encontrar.

El dia pasó con una rapidez increíble para Eva; no pudo ménos de comprender que el papel de bienhechora era la mejor distraccion para el corazon.

Se vió dirigiendo dos ó tres casas de asilo y de caridad, y se dijo que se habia expuesto una expiacion que seria una felicidad suprema.

En medio de sus reflexiones, empezaba á comprender los secretos de la miseria, que hacen estallar de júbilo los corazones de aquellos que pueden consolarlos y socorrerlos.

Como no se trataba de inspirarla una piedad rebelde, no procuraban engañarla.

Le referian todo como era, y le parecia siempre digno de su interés, casi de sus lágrimas.

Habia llegado hacia tres dias y ni una sola casa de Argenton ignoraba que habia vuelto la pupila del doctor y que este tambien debia volver.

Los que la habian visto aseguraban que estaba más bella que nunca, pero muy triste.

Aquellos que ignoraban su historia y el por qué habia vuelto, creian que su tristeza era por la muerte de su padre y la pérdida de su fortuna; esto último daba lugar á mil conjeturas, porque la veian repartir limosnas y pagar todo en oro.

Ignorándose en Argenton á cuánto se elevaba la fortuna del doctor, y habiéndole visto siempre vivir con la economía de un hombre que tuviera cien luises de renta, hacian los cálculos más extraños.

Decian, lo que era verdad, que habia estado en América y que habia hecho fortuna; pero solo era cierto que aumentó la suya.

Decian que habia encontrado un tesoro en las grutas de San Emilion, en donde estuvo refugiado cuando la proscripcion de los girondinos.

Tambien añadian que en los Estados-Unidos se hizo amigo de un yankee muy rico, quien le dejó su fortuna; pero lo indudable para todos era que volvia á Argenton rico para hacer partícipes á los pobres de aquella fortuna.

En cuanto á la señorita de Charelet, como vieron á Juan Muñier presentarse en Argenton hacia algun tiempo y tomar registro de sus bienes, no creyeron seria para devolvérselos á la legítima propietaria; por consiguiente, pensaron estaba arruinada y que vivia á cargo de Jacobo Merey.

Pero de todo esto resultaba que Eva era muy buena, y no dudaban de sus intenciones, aunque fueran por cuenta de Jacobo.

Bautista y Antonio, á quienes habia consultado Eva para formar las listas, esparcian aun más los rumores de los proyectos filantrópicos de Jacobo y de su pupila.

Llegó la hora en que la diligencia pasara por Argenton.

Lo mismo que la víspera y la antevíspera aguardaba parte de la poblacion en la casa en donde paraba para mudar tiro.

Pero entonces no salió frustrada su esperanza.

Cuando vieron bajar al doctor resonaron por todas partes los gritos de ¡Viva Jacobo Merey! Antonio y Bautista llevaban antorchas, y toda la poblacion con hachones rodeó al doctor y le condujeron entre vivas hasta su casita.

Eva y Marta hacia un rato que oian aquellos gritos, pero solo Eva adivinó lo que era; cuando se acercaban ya á la puerta, Marta llamó á la jóven para que se asomara y viera lo que podia ser.

Pero Eva, que habia adivinado, temblorosa como la noche en

que le habia vuelto á ver, no se atrevia ni á alejarse por temor de las conjeturas, ni á presentarse, y esperaba detrás de la puerta la entrada de su juez.

La anciana Marta comprendió que era á su amo á quien vitoreaban; abrió la puerta y esperó en el umbral levantando las manos al cielo, y diciendo:

— ¡Oh, es mi amo, mi querido amo! Señorita; ¿en dónde estais? Venid, señorita, ¿que dirá cuando no os vea aquí?

Pero para Eva, aquella voz llena de ternura y de gozosa simpatía, era la voz del arcángel que lanzaba este terrible grito:

«Tierra, devuelve tus muertos.»

¡Oh! sí, en aquel momento hubiera deseado estar entre los millares de muertos que aparecerán delante del Señor más blancos que sus sudarios. Oyó á Jacobo dando las gracias á los habitantes de Argenton; cada palabra de aquella voz adorada conmovia todas las fibras de su alma; Jacobo entró y cerró la puerta.

A medida que se habia ido acercando á la casa, habia subido Eva un escalon, de modo que al entrar el doctor no la encontró á su paso.

— ¿No habeis visto á Eva? preguntó, procurando aparecer tranquilo é indiferente.

— Sí, querido amo, contesto Marta; hace un momento que estaba aquí, y ella fué la primera que adivinó que esas voces y gritos anunciaban vuestra llegada. La he visto casi desmayada apoyarse contra la pared, y tal vez estará indispuesta y se habrá retirado á vuestro laboratorio, en donde ha estado siempre desde que volvió.

Jacobo tomó la hujía de manos de Marta y subió rápidamente; pero á la puerta del laboratorio encontró á Eva de rodillas, en la postura de la Magdalena de Canova; se detuvo, y á pesar suyo apoyó la mano sobre el corazon para mirarla.

— ¡Señor, señor! exclamó Eva, quisiera tener los aromas de la Arabia para perfumar tus piés; pero como no poseo más que mis lágrimas, aceptad mis lágrimas; y abrazó las rodillas de Jacobo Merey, y las besó con un trasporte tal, que no se podia decir si habia más humildad que amor, ó más amor que humildad.

Jacobo Merey inclinó la cabeza y la miró con piedad profunda; pero como tenia encorvada la cabeza hácia el suelo, no pudo ver la expresion de su semblante. Despues de un momento de silencio la dijo tendiéndola la mano:

— Levantaos, y que la paz os acompañe.

Despues, besándola en la frente más con los lábios de un padre que con los del amigo, entró en su laboratorio y cerró la puerta, dejándola en la escalera.

A pesar de que su voz era más bien dulce que irritada, aunque sus movimientos no manifestaron disgusto ni indiferencia, el corazon de Eva se oprimió, y derramando un torrente de lágrimas entró en su cuarto.

Durante las dos ó tres primeras horas de la noche no pudo dormir, y escuchó los pasos de Jacobo Merey, que resonaban encima de su cabeza con esa lentitud del hombre pensativo.

La cabaña de José.

Al día siguiente, Marta previno á Eva que Jacobo la aguardaba en su laboratorio.

De nuevo se la oprimió el corazón y las lágrimas inundaron su rostro; pero dominó el primer impulso, enjugó los ojos con su pañuelo, y subió risueña á ver á Jacobo.

Al verla entrar, salió á su encuentro y la besó en la frente del mismo modo tranquilo y frío que lo había hecho la víspera y que helaba á Eva.

Con la mano la indicó un sillón.

Eva se fijó en el lecho de Jacobo y vió que no estaba deshecho; no se había acostado.

Se arrodilló delante de la cama, recitó una plegaria y se sentó en el sitio indicado.

—Eva, dijo Jacobo, ya estamos de regreso en Argenton; ya estais otra vez en esta casita que decís seros más querida que todo. Yo he vuelto por las promesas que me habeis hecho: ¿las cumplireis?

—Las cumpliré.

—¿Por completo?

—Por completo.

—Me habeis autorizado á vender vuestra casa de la calle de la Victoria, con todo lo que encerraba.

—Sí.

—La he vendido.

—Habeis hecho muy bien, amigo mio.

—De lo que encerraba no ha quedado nada.

—Tal era mi deseo; además os he dejado en toda libertad con respecto á mis bienes.

Jacobo guardó un momento silencio.

—¿No deseais saber en cuánto he vendido todo?

—No me interesa, dijo Eva. ¿Ese dinero no está ya destinado para lo que ha de ser?

—Sí; para fundar un hospital; pero todavía se debian del pago de la casa cuarenta mil francos.

—Es cierto.

—Pagados los cuarenta mil francos, quedan setenta mil, lo cual no es bastante para la fundacion de un hospital que tenga cuarenta camas.

—Tomad el resto de otra de mis propiedades.

—He pensado una cosa: el castillo de Charelet existe; para vos no tiene sino recuerdos sombríos: en una noche de baile murió abrazada vuestra madre.

Eva extendió la mano para rogarle que no evocase recuerdos.

—Vos le habeis habitado solo para llorar nuestra separacion, según me habeis dicho.

—¡Oh! os lo juro.

—Cuando se ejecuten nuestros proyectos os quedará muy poco para vivir: ese palacio no es el de una reclusa, ni el de una mujer sola, y sí el de una familia del gran mundo. ¿Qué hareis allí aislada?

Eva se estremeció.

—No quiero vivir sola en ninguna parte; quiero estar con vos, al lado vuestro.

—¡Eva!

—Ya os lo he dicho: entre nosotros no se hablará de amor, os lo repito: haced del palacio de Charelet lo que os parezca.

—Sacaremos el retrato de vuestra madre, y en donde quiera que habiteis se pondrá ese retrato en vuestro dormitorio.

Eva tomó la mano de Jacobo y la besó, antes que tuviera tiempo de impedirselo.

—Es por gratitud; no es por amor. ¿No hemos convenido en que no es bastante que me arrepienta, sino que es preciso que me regenere?

—Sin embargo, algun dia será preciso separarnos.

Eva le miró aterrada; pero aquella mirada no encerraba ninguna queja.

—Jamás me separaré de vos, Jacobo, no siendo que me arrojeis de vuestra casa. Cuando os canseis de mí, me direis: vete, y me iré; pero despues buscareis mi cadáver, lo cual no os costará mucho, porque estará cerca. ¿Pero por qué arrojarme de vuestro lado?

—Si algun dia llegase á casarme... dijo Jacobo.

—¿No he previsto hasta ese caso? contestó Eva con voz ahogada. ¿No hemos convenido que si vuestra esposa opusiera conservarme á su lado seré su lectora, su doncella ó su señorita de compañía? Dejadlo á su eleccion; la rogaré tanto, que al fin me lo concederá.

—Hablemos del palacio; ¿no os parece que hagamos de él un asilo? Es un edificio construido ya, y vendidos los muebles tendremos suficiente para sostenerlo y fundarle una renta. Me han dicho que hay cuadros de gran valor; un Rafael, un Leonardo Vinci y tres ó cuatro Claudio Loreno: vuelve el lujo, vuelve el buen gusto de las bellas artes, de modo que podremos obtener trescientos ó cuatrocientos mil francos solo de la galería de cuadros.

—He oido decir á mi padre que habia un Hobbema, por el que le habian ofrecido cuarenta mil francos, dos ó tres Mieris encantadores y un Ruisdaél que no tiene rival en los museos holandeses.

—Pues bien, queda convenido lo del palacio. Si no hubiera bastante con la venta de los cuadros, acudiremos á las tierras. ¿Recordais haberme dicho que no retrocederéis delante del peligro y que cuidareis á las enfermas y á los niños, y que aun cuando hubiera fiebre contagiosa ejerceríais la caridad arriesgando vuestra vida?

—Lo he dicho, y he añadido que esperaba que llenando ese piadoso deber me acometiera alguna calentura perniciosa, porque entonces me veria cuidada por vos y moriria en vuestros brazos;

estando seguro de que no volveria á la vida, me daríais el abrazo y el beso de perdon.

—¿Y lo repetís? preguntó Jacobo.

—Me preguntais si lo repito, y os demuestro que sí.

—Bien, contestó el doctor; me precisa montar á caballo; no me espereis hasta la hora de comer: si hoy no vengo, no os alarmeis, porque me habrán detenido.

—Gracias, Jacobo, dijo dulcemente Eva.

Se levantó, retirándose mirando á Jacobo, y subió á su cuarto.

Poco despues oyó el galope de un caballo, se precipitó á la ventana y vió al doctor que volvía la esquina de la callejuela por donde se iba al castillo de Charelet.

Eva se equivocó, pues Merey se dirigió primero á la cabaña de José.

Le costó bastante trabajo encontrarla y penetrar á caballo por entre el bosque, por lo frondoso que estaba.

Encontró á José sentado á la puerta y preparando su deteriorado fusil.

Jacobo le conoció al momento, pero estaba tan lejos de pensar en él, que fué preciso que se nombrara para que el guarda-bosque le reconociera.

—¡Ah! señor doctor, ¿sois vos? exclamó el buen hombre: me encontráis solo, pues mi pobre madre murió.

—Pero vos estais bueno, José, y me parece, por lo que veo, que no habeis renunciado á vuestro antiguo oficio.

—¿Qué quereis? Mientras vivió el marqués de Charelet, esperaba llegar á ser guarda de todas sus propiedades; pero fusilaron al infeliz y poco faltó para que no me fusilaran á mí, pues él queria que le hubiera acompañado á la guerra; pero batirme contra mi patria, jamás; no soy sino un pobre aldeano, pero amo mucho á la Francia.

—¿De modo que el objeto de vuestra ambicion, amigo mio, era llegar á ser guarda general de las propiedades del marqués de Charelet?

—Sí, señor. Ahora que no pueden prender á los cazadores fur-

tivos, los propietarios deben hacer á estos guardas de sus fincas. Como sabemos lo que se hace para cazar liebres y conejos, no sería fácil engañarlos, y el que ponga su confianza en mí, ya puede estar tranquilo.

—¿A quién pertenece este bosque en que habitais?

—Perlenecia, segun os dije en otro tiempo, al marqués de Charelet.

—Entonces formará parte de la herencia.

—Ya lo creo.

—¿Pero tal vez no desecis dejar este bosque y esta cabaña, aunque sea por otra mejor?

—¡Oh! contestó el cazador moviendo la cabeza con aire melancólico; desde que salió de aquí la niña Elena, desde que Escipion me abandonó, y desde el día en que murió mi madre, ya no la miro con cariño.

—Entonces se podrá arreglar todo; dijo Jacobo. La señorita de Charelet me ha encargado que venda los bienes de su padre, y al que los compre le pondré por condicion que os nombre guarda. ¿Qué deseais ganar?

—¡Ah! señor doctor, demasiado sabeis que no se puede servir de balde.

—Ya lo sé, amigo mio, y por eso os pregunto cuánto quereis.

—Señor doctor, un buen guarda no tiene precio, pero lo pondremos en lo ménos. Un buen guarda gana ochenta francos por mes: debe matar dos conejos todos los días y una liebre el domingo.

—Me encargo de que obtengais lo que deseais, y además, que os construyan una casita de piedra en lugar de esta cabaña y en el sitio que deseais.

—Ya os lo he dicho, señor doctor; el sitio me importa poco: este para mí es más triste que los demás, y si hubiera tenido á dónde ir, ya me hubiera ido. Estaba decidido á irme de aquí y hasta del país en el primer enredo que me armaran; pero me temen, sin saber por qué, pues no soy malo; verdad es que en un tiempo dije que mataría como un perro al que hiciera por arrojarme de esta

cabaña, pero era cuando vivia mi pobre madre y cuando la niña jugaba con Escipion.

—¿Cuánto tendrá este bosque? preguntó Jacobo.

—Tres ó cuatro fanegas de tierra, con manantiales magníficos, de los que se podría fácilmente formar un rio.

—¿Pero no hay camino para venir aquí?

—Sí señor, el camino del castillo, que pasa á medio cuarto de legua; con algunos cientos de francos se podría empedrar, y se acabó.

—Pero yo creia encontraros rico; dijo Merey al leñador.

—¿Rico? ¿Por qué?

—Porque el marqués de Charelet podía haberos regalado diez ó doce mil francos por haber encontrado á su hija.

—¡Oh! con poco lo hubiera hecho; pero os aseguro, señor doctor, que cuando vi llegar al castillo á la pobre niña tan triste y tan desgraciada, procuré no volver á ver al señor marqués. Además, no quise partir con él; le dije que estaba por el nuevo régimen, y todo esto fué causa de que él se retrajera; además, creo que supo que su hija me habia dado una carta para vos, y desde entonces todo concluyó entre nosotros.

—Sí, dijo Jacobo; sé que habeis hecho ese favor á la pobre niña, y por eso, tomad, aquí teneis un año de sueldo pagado adelantado, como guarda general.

Y le entregó un saco de piel, en donde llevaba contados mil francos.

—Si vienen aquí algunas personas con pinceles, brochas y papeles y que os digan son arquitectos, les dejais hacer lo que quieran.

—Bien, se hará así, señor doctor.

—Pero no direis nada de esta conversacion, porque entonces no se haria lo dicho.

—Pero si no digo nada, ¿es seguro?

—Sí, amigo mio.

—Señor doctor, cuando se hace una escritura y no se firma, se da la mano; entre gente honrada, vale más que la firma. Dadme la mano, señor doctor.

—Tomadla, dijo Jacobo tendiéndosela y estrechando la del cazador con cordialidad. Ahora decidme cuál es el camino más corto para ir al castillo.

José caminó delante por un sendero que no había visto nunca Jacobo, y le condujo hasta el lindero del bosque.

—¿Mirad, dijo; veis esas veletas?

—Sí.

—Pues bien, son las del castillo de Charelet. ¡Pobre marqués! ¡Cuánto le gustaban sus veletas! Lo que es ahora, bajo seis piés de tierra no las verá dar vueltas.

Y José se encogió de hombros filosóficamente.

XLI.

El palacio de Charelet.

El doctor siguió al paso por el sendero que le había indicado José; efectivamente, no había ni medio cuarto de legua y á mitad del trayecto encontró el camino que conducía y que distaría del bosque trescientos ó cuatrocientos pasos.

El guardian del castillo era Juan Munier, comisario anteriormente de policía y entonces intendente del palacio.

Cuando le fueron devueltos los bienes preguntó Eva al buen hombre si prefería un destino en París, expuesto á perderlo, ó uno tranquilo y seguro con seis ó siete mil francos de sueldo; aceptó lo segundo.

Pero se alarmó al oír decir que el castillo y sus dependencias se iban á vender, y temió perder su cargo de intendente.

Al ver acercarse á Jacobo Merey creció su inquietud, pues temió fuera un comprador.

Efectivamente, las primeras averiguaciones de Jacobo, quien pidió ver el castillo detenidamente, no le tranquilizaron, y procuró captarse su benevolencia.

Hizo algunas preguntas.

—No creo, dijo Jacobo, que se venda el castillo; pero se le destinará para otra cosa. Si la señorita de Charelet os ha ofrecido, como me decís, encargarse de vuestro porvenir, le recordaré esa promesa. Decidme vuestro nombre y no os arrepentireis de haberme conocido.

—Caballero, me llamo Juan Munier.

No pudo Jacobo contener un estremecimiento. Era el nombre del comisario que habia recogido á Eva al pié del cadalso.

Le miró con atencion.

—Juan Munier, dijo; efectivamente, la señorita de Charelet os debe muchos y grandes favores. Si no le salvásteis la vida, por lo ménos se la habeis conservado en circunstancias terribles.

—¿Lo sabeis, caballero?

—Lo sé, sin... y tal vez habreis oido pronunciar mi nombre.

Juan Munier miró al desconocido con curiosidad.

—Me llamo Jacobo Merrey, contestó el doctor fijando su penetrante mirada en el intendente.

Juan Munier dió un paso atrás y juntó las manos; despues, con expresion de júbilo, de cuya sinceridad no se podia dudar, dijo:

—¡Ah! caballero; ¿os ha encontrado al fin?

—Sí, contestó friamente Jacobo.

—¡Ah! ¡Qué feliz debe ser mi querida señorita! continuó el antiguo comisario; ¡cuánto os ha nombrado! ¡Ya lo creo! A cada momento os llamaba con gritos de dolor y entre las lágrimas. ¿Sabeis en dónde la encontré, caballero, añadió sujetando el brazo del doctor? La encontré al pié de la guillotina, en donde queria morir porque os creia muerto. Milagro fué que no la tocara como á los demás. Veinte cabezas cayeron delante de ella; felizmente Sanson tenia la cuenta y no quiso pasar adelante, por más que ella se obstinaba. No murió, á Dios gracias; vive, es rica y os casareis con ella, ¿no es cierto?

Jacobo se puso pálido como un cadáver.

—Enseñadme el castillo, dijo.

Juan Munier tomó las llaves, y con el sombrero en la mano condujo á Jacobo á la escalera principal.

Merrey no habia visto el palacio más que por fuera, cuando vivia el marqués; siempre rehusó entrar, por más que tres ó cuatro veces le hubieran enviado á buscar, unas para los señores, otras para los criados.

Hemos dicho ya que era un castillo del siglo XI, con restos de torres, murallas y puentes levadizos.

Como en todos los castillos de aquella época, se entraba en una sala de guardias; se pasaba á los salones, á los aposentos destinados á dormitorios, gabinetes y cuartos de tocador, todo lo cual formaba una fachada de veinticuatro ventanas.

La vista era magnífica y dominaba los alrededores. Solo uno de los dormitorios estaba desamueblado, y por todo adorno conservaba un retrato de mujer parecido á Eva.

Era la habitacion en donde el fuego abrasó á la madre de la joven. Aquel retrato era del que hablaba en el manuscrito y ante el cual se arrodillaba y rezaba en los dias de profunda tristeza. Despues continuaba una série de habitaciones suntuosamente amuebladas.

Allí en aquellos salones, en aquellos gabinetes, en aquellos tocadores fué en donde encontró Jacobo los cuadros de que le habian hablado; el Rafael, que representaba una santa Genoveva hilando entre un perro y un carnero del ganado. Allí vió los Hobbema, los Ruysdaël, los Mieris, y un maravilloso Leonardo Vinci; en fin, un tesoro de pinturas italianas y flamencas.

En su libro de memorias apuntó los cuadros y dió la lista á Juan Munier, ordenándole que los colocara en cajones. En las chimeneas habia preciosas miniaturas de Pelitot, Latour, Isabey, Lebrun, padre é hija, tres ó cuatro de Grence, encantadores cuadros de gabinete y esas joyas de porcelana de Sajonia, de las que se ven con profusion en los antiguos castillos de las orillas del Rhin.

Habia una fortuna en esas mil futilidades tan necesarias para el lujo.

Todo esto lo apuntó Jacobo y ordenó se guardara en cómodas y papeleras de palo de rosa y de cedro, de las que habia muchas en los suntuosos aposentos del palacio.

Arañas, espejos de Venecia, candeleros tan caprichosos como los sueños de la Pompadour ó la Dubarri; pinturas en la pared, de Watteau, Vanloo, de José Vernet; colecciones de esmaltes de Limoges, verdaderos tesoros, en los cuales no se habia fijado Eva, fuera porque ignorase su valor ó porque estuviera demasiado triste para ocuparse de bagatelas.

En el segundo piso habia un surtido de muebles de Luis XVI, los que en aquella época no valian más que su precio corriente, pero que hoy hubieran arruinado á un anticuario.

Hubiera necesitado no un dia, sino un mes, para visitar todos los salones y para apreciar sus riquezas; habia tapicerías de Beauvais, de Arras, muchas habitaciones cubiertas las paredes con sedas de China, y muebles, y porcelanas, y adornos, todo de la China: se habian necesitado tres generaciones de propietarios ricos y dueñas coquetas para reunir lo que encerraba aquel gigantesco estuche de granito.

Como todos los emigrados, creia el marqués de Charelet ausentarse por cuatro ó cinco meses; así es que habia dejado objetos preciosos en estuches y cajas, y la confiscacion lo habia conservado.

Habia para amueblar cuatro casas y dos palacios como se empezaban á construir entonces, con lo que encerraba el palacio de Charelet.

Los terrenos que le rodeaban estaban destinados á jardines frutales, á jardines de recreo á la inglesa, como ya empezaban á verse en Francia, y por último un gran parque, cuyas largas calles parecían extenderse hasta el fin del mundo.

Con solo que se cortara la madera inútil podian sacarse más de cien mil francos.

Al pié de la meseta en donde estaba construido el castillo corria un riachuelo, que, despues de formar dos ó tres lagos llenos de pescados, iba á desaguar en el Creusa.

Nada más pintoresco que aquellos molinos, parecidos á las construcciones que habia hecho en Trianon el arquitecto de María Antonieta, y que habian dado pábulo á las calumnias que persiguieron á la pobre reina durante su vida y despues de su muerte.

Cada una de aquellas construcciones era un pequeño retiro para un poeta, para un pintor, para un compositor.

Por cada una de las ventanas se disfrutaba de diferente golpe de vista; ya de una belleza salvaje, ya risueño.

El intendente habitaba uno de aquellos albergues con su mujer,

jóven todavía, y dos niños pequeños, aunque todos los dias subia al castillo para ver si todo estaba en órden.

Jacobo le dijo lo que habia hecho por José, el leñador. Juan Muiier le conocia, pero ignoraba la parte que habia tomado en la historia de Eva.

Sin decirle más de lo que sabia y sin dejarle adivinar lo que pensaba hacer con el bosque en donde estaba situada la cabaña, Jacobo le recomendó que no le impidiera cazar cuanto quisiera y que fuera complaciente con él.

A cada paso encontraba Jacobo un recuerdo; aquí habia curado un niño que al coger un nido cayó del árbol; más allá á una madre que cuidando á su hijo habia caido enferma á su vez; allí un anciano paralítico con el que por primera vez habia intentado la curacion por el veneno.

Todos le reconocian, le detenian; hablaban de él, y nadie se separaba sin hablarle de Eva y sin renovar ese punzante dolor de oír su nombre.

Además, ¿no estaba aquel nombre muy presente en su pensamiento? ¿No volvia por el mismo camino que el dia en que llevó á Eva, envuelta en su capa, desde la cabaña de José?

Hacia diez años, y lo tenia tan presente como si hubiera sido la víspera, pareciéndole ver á Escipion saltando delante de él y corriendo á su encuentro para olfatear la capa en que iba envuelta su ama.

Absorto en sus pensamientos, dejaba caminar el caballo al paso, reconociendo que era un supremo beneficio de Dios el dejarnos ignorar el porvenir.

Para hacer una buena accion, para adelantar un paso en la ciencia llevaba aquel cuerpo inerte y mal formado, no esperando verle en un desarrollo tan perfecto como al que habia llegado, gracias á sus cuidados, sin poder adivinar la influencia que ejerceria en su porvenir aquella niña sin inteligencia, sin mirada, sin habla.

¿Tiene el hombre escrita su página en el libro del universo, ó camina tropezando en su camino y cada cual al impulsarle á derecha é izquierda cambia su porvenir?

¿Qué hubiera hecho de aquel sér informe que le impedía caminar rápidamente, si hubiera sabido que de él surgiria un manantial de dolores, en el que durante seis años habia bebido mil delicias? ¿Lo hubiera abandonado en un recodo del camino, ó lo hubiera vuelto al monton de paja en donde lo habia encontrado?

Pues bien, no; tales son los sombríos misterios del corazon; la curiosidad le hubiera hecho más querida y más interesante á aquella criatura, aunque hubiera sabido que era instrumento destinado á causar su desgracia y probar su bondad.

No, la hubiera conservado, y por los instantes de felicidad que habia sentido hubiera arriesgado aquellas torturas, las que se confesaba á sí mismo que tenian una amarga dulzura.

Sumido en estos pensamientos entró en Argenton. Desde lejos vió la pequeña casa, con su mirador, en donde le esperaba Eva, y se dijo con doloroso sentimiento, aunque hubiera sentido no fuese así, que iba á encontrar á la hermosa flor que habia brotado aquella raquílica planta.

A veinticinco pasos de la casa encontró á Bautista, que se acercó á él con el rostro gozoso. Habia ido en busca del doctor; no lo habia encontrado, pero encontró á Eva.

Apoyó la mano familiarmente en el cuello del caballo de Jacobo y le acompañó, dándole gracias por la centésima vez por haberle salvado la vida.

—¿Tú eres feliz, mi pobre Bautista? preguntó Jacobo.

—Pardiez, sí señor, contestó, y creo que hay una Providencia para los pobres.

—¿Por qué para los pobres, Bautista?

—Porque para contentar los deseos de los ricos se necesitan muchas cosas, mientras que con tres ó cuatro dias que tengan los pobres el pan adelantado basta para que estén contentos. La menor cosa les satisface: hace tres dias que no tenia un cuarto ni un pedazo de pan; supe que habia llegado la señorita Eva; la felicidad que sentí con esta noticia fué mi almuerzo; vengo á verla, me dió un luis, con lo que tengo para diez ó doce dias, y para entonces cobraré la pensión.

Merey lanzó un suspiro. Eva empezaba por sí misma á ejercer la caridad y sin que la impulsaran á ella.

Dió su caballo á Bautista, sacó la llave de su bolsillo, abrió la puerta y entró.

Se dirigió directamente al comedor, porque era la hora de comer.

Al pasar delante del dormitorio de Eva vió la puerta abierta y la sombra de la jóven.

La mesa estaba puesta, pero con un cubierto.

Llamó á Marta, y con tono brusco, lo que no acostumbraba, dijo:

—¿A dónde está Eva?

—En su cuarto, contestó Marta; allí aguardará sin duda á que la llameis.

—¿Quién ha dicho que se ponga solo un cubierto?

—Ella.

—¿Por qué?

—Porque dice no sabia si la permitiriais comer con vos.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del doctor.

—¡Eva! gritó sin reflexionar.

—Aquí estoy, mi amable dueño, contestó entrando.

—Poned el cubierto para la señorita, dijo el doctor procurando ocultar su emoción.

El arquitecto Sr. Fontaine.

Orgullo, látigo de vípera y ramo de flores, con el cual la caprichosa suerte azota ó acaricia. Base de todas las acciones sublimes, manantial de todos los crímenes que perdieron á Satanás y glorificaron á Alejandro. Obstáculo ó apoyo que se encuentra á cada momento en el camino de la vida bajo toda clase de formas para ayudar al hombre en sus proyectos ó contrariarle en sus esperanzas.

Pero el orgullo más poderoso es aquel que se oculta en el fondo del corazón como en un tabernáculo, y que se llama amor.

Ser amado por una mujer bonita es una superioridad sobre los demás; ser desdeñado es ser inferior, y el odio que inspira la traición de aquella ó de aquel que se amaba es tanto mayor, tanto más duradera, tanto más perseverante, cuanto la reconciliación de los dos corazones heridos es un recuerdo de la falta cometida por uno de ellos.

Cuanto más se acercan dos cuerpos, más procuran confundirse las almas, y al buscarse dos labios grita una voz interior:

—¿Y el otro? ¿Y el otro?

Y entonces el amor, que empezaba de nuevo á recobrar su imperio, se cambia en odio, y en lugar del bálsamo que pensábais aplicar sobre la llaga, encontráis el puñal envenenado de los malayos.

¡Oh, Otello, espejo sombrío que presentó á las miradas del hom-

bre el poeta más grande que ha existido, tú serás nuestra eterna admiración!

Nada mitiga los celos. ¿Una caricia? Otro también la ha recibido. ¿Una lágrima? Lo mismo la derramó por otro. ¿Un te amo? Se lo ha dicho á otro del mismo modo.

¿Esta triste? Es que recuerda. ¿Está alegre? Que olvida. Faltas tan grandes una como otra para un corazón ulcerado.

La tierna humildad de Eva, «querrá que coma á la misma mesa,» había dado á Jacobo el impulso de abrirla los brazos y ocultarla en la oscuridad más profunda para que ni él mismo la viera; pero aunque no la viera, la sentiría apoyada en su pecho, y esto le recordaría que había estado apoyada, aunque fuera solo una vez, sobre el seno de otro. No: es preciso tiempo, es preciso que se cierre la herida, es preciso que se cicatrice, y que esa parte dolorosa, tan sensible al contacto del aire, sea después la más insensible.

El tiempo que permanecieron en la mesa no fué sino un largo dolor, más agudo, pero más soportable que lejos uno de otro.

Jacobo Merrey se levantó primero; sin duda sufría más. Sonrió, dió las buenas noches á Eva, y salió.

Aquella sonrisa demostraba tanta tristeza, aquel adiós tantas lágrimas, que apenas se cerró la puerta, Eva rompió á llorar.

—¿Qué tiene mi buen amo? preguntó Marta asustada: se va llorando y os encuentro lo mismo.

Eva estrechó las manos de la anciana.

—¿Lloraba? preguntó. ¿Estás segura que lloraba?

—Le he visto como os veo á vos.

—¡Oh! ya no lloro.

Y enjugó sus ojos, que brillaban como dos estrellas iluminadas por un relámpago en la noche sombría.

Eva subió á su cuarto feliz; era el primer rayo de felicidad desde que había encontrado á Jacobo. El hombre á quien adoraba sufría por ella, puesto que lloraba.

Al día siguiente se presentó un hombre desconocido, que parecía un artista, preguntando por el doctor y diciendo le anunciaran al Sr. Fontaine.

Jacobo se encerró con él, pidió el almuerzo en el laboratorio, y pasó allí todo el día con el recién llegado.

Eva almorzó y comió sola, ó más bien ni comió ni almorzó. La alegría de la víspera se borró.

Sin duda sus proyectos de separacion continuaban, pues que el que debía contribuir habia llegado.

Al día siguiente salieron los dos en carruaje: visitaron el bosque y el palacio de Charelet, dejaron el carruaje lo más cerca posible y llegaron á la cabaña de José, el que estaba muy contento por su conversacion con el intendente de la señorita de Charelet, quien le aseguró que tenia asegurado su porvenir.

Jacobo indicó al arquitecto el sitio en donde habia encontrado á Eva, el que ocuparia el centro de una linda casa, mitad quinta, mitad palacio, construida como las inglesas ó anglo-americanas.

El Sr. Fontaine, clásico de la escuela griega, no comprendia más que la casa con azotea y frontis como el de Júpiter Stator.

Ponia, pues, dificultades sobre dificultades, hasta que Jacobo tomó un lápiz y trasladó su pensamiento al papel, y además del correcto dibujo, hizo el plan geométrico de la casa.

—Pero, Sr. Merey, era preciso haberme dicho que tambien érais arquitecto.

—Sí señor, aficionado solo, contestó el doctor sonriendo, pero acostumbrado á bosquejar. Hace tiempo he soñado con esta construcción, propia para un matrimonio que tenga seis criados, cuatro caballos y dos carruajes.

—¿Y cuánto deseais gastar? preguntó el arquitecto.

—Lo que se necesite, caballero.

El arquitecto tomó el lápiz, formó una cuenta, y dijo:

—Esto os costará de ciento veinte á ciento treinta mil francos.

—Bien; ahora dibujemos el parque.

—Caballero, os ruego continúeis lo que habeis empezado, dijo el arquitecto.

—Con mucho gusto.

Sacó de su bolsillo un plano del bosque, en el centro del cual colocó la casa; despues, alrededor, espesuras de árboles; utilizó los

manantiales; sacó partido para los golpes de vista, de la poblacion, del valle, del palacio.

—Mucho habrá que terraplenar, dijo el arquitecto.

—Pongamos setenta mil francos por ese trabajo.

—¡Oh! es más de lo necesario:

—Pues bien; os doy doscientos mil francos para no tener que ocuparme de nada, y que pueda estar hecho todo para Junio.

—Pero será preciso pagar la rapidez, y tal vez se gastarán diez mil francos más.

—Pues añadamos diez mil francos para lo imprevisto.

—A fé mia, caballero, se puede tratar con vos por vuestra esplendidez.

Jacobo tomó una hoja de papel, y escribió:

«Ruego al Sr. Ainguerlo pague al Sr. Fontaine, arquitecto, sea de una vez, sea en plazos, como más le agrade, la cantidad de doscientos diez mil francos, que me cargará en cuenta del dinero que existe mio en su poder.

JACOBO MEREY.»

—Ahora voy á daros los detalles del adorno interior, como he dado los del exterior. No quiero ocuparme más de esto que para visitar los trabajos una vez por mes. Tendreis un hombre, cuyo salario arreglaremos, para que vigile á los trabajadores.

Y añadió sobre otra hoja de papel:

«Me comprometo á entregar al doctor Merey la casa del bosque de José y el parque á la inglesa en el término de cuatro meses, por la cantidad de doscientos diez mil francos que he recibido al contado.»

El Sr. Fontaine firmó: Jacobo lo dobló y lo guardó en el bolsillo.

—¿Nada más tenemos que hacer aquí?

—No señor.

—Pues entonces vamos al palacio.

Y ambos volvieron á subir al carruaje, y cinco minutos despues estaban en el castillo de Charelet.

El arquitecto, enemigo de los edificios de la Edad media, estalló en reproches contra los puentes levadizos, las torres, las ventanas ogivales y las paredes de diez piés de gruesas. Demostró que con aquellos materiales habia para construir tres palacios.

Lo mismo que era enemigo de la arquitectura que no fuera griega, detestaba los muebles que no eran antiguos, no comprendiendo que se adoptaran otras sillas que los modelos de la época de César ó de Pompeyo; de modo que los muebles Luis XV y Luis XVI le trasportaban de furor.

—No os ocupeis de esos muebles, dijo Jacobo; amueblarán mi casa del bosque y mi casa de Paris, porque teneis tambien que construirme una casa en Paris.

Esta promesa reconcilió al Sr. Fontaine con el espectáculo, para él deplorable, de aquellos muebles.

—¿Y de esto qué pensais hacer?

—¿De qué?

—De este antiguo castillo.

—De este viejo palacio haremos un hospital.

—¡Ah! Efectivamente no sirve para otra cosa.

—¿Creeis que los enfermos estarán bien?

—El aire sano no les faltará.

—El aire es uno de mis medios curativos, dijo Jacobo.

—¿Sois médico, caballero?

—Médico aficionado.

—Espero que me dareis vuestras órdenes para la distribución del hospital, pues he construido más palacios que casas de asilo.

—Es decir, que habeis construido más cosas inútiles que útiles.

—Ciudadano y filántropo.

—Como aficionado, caballero; con respecto á los jardines creo que no habrá nada que cambiar: son calles de tilos para pasearse á la sombra, y sitios descubiertos para tomar el sol de Diciembre.

—Pero, y de esa sala de armas, en la que cabria el Louvre con todos sus retratos y corazas, ¿qué pensais hacer?

—Un paseo de invierno para mis enfermos. ¿Os parece mal?

—Pero habrá que poner una estufa en cada extremo.

—Son poco sanas; ¿no es mejor utilizar esa inmensa chimenea?

—Pero será preciso quemar robles enteros.

—Se quemarán: el palacio de Charelet tiene diez mil fanegas de tierra, y por consiguiente millares de robles; yo hago las cosas bien, y necesito ochenta celdas para mis enfermos; arreglad eso en el piso bajo y otro tanto en el principal para mis pobres.

El arquitecto midió, reflexionó, y al cabo de dos horas, interin Jacobo estaba pensativo y con los ojos fijos en Argenton, arregló la cuenta.

—Sirviéndonos de todo, y haciendo los tabiques de madera blanca ó de yeso, bastarán setenta mil francos.

—Muy bien, Sr. Fontaine.

Y Jacobo escribió:

«Ruego al Sr. Ainguerlo pague al Sr. Fontaine, arquitecto, y segun lo desee, la cantidad de setenta mil francos para trasformar el castillo de Charelet en hospital en el término de cuatro meses.»

Firmó y recogió del arquitecto el contrato para entregarle la obra en el término dicho.

El Sr. Fontaine deseaba salir para Paris aquella tarde: Jacobo le acompañó hasta la diligencia.

—¿Y la casa de Paris? preguntó.

—Ya hablaremos de eso; no la necesito hasta el invierno.

El arquitecto partió.

Ecce ancilla Domini.

El mes de Marzo y la mitad de Abril pasó sin que cambiara la situación de ambos: en Jacobo existía una notable igualdad en sus relaciones con Eva; era benévolo en sus palabras, en sus acciones, pero nunca tierno ni enamorado: jamás salía de aquel estado que se había impuesto.

En Eva era la humildad, la sumisión, la ternura, la base de sus acciones. No se ocupaba ni de música, ni de dibujo. Cuando salía Jacobo, salía también: iba en casa de los pobres y se ponía á hilar; Marta la había enseñado. Dedicada á socorrer las miserias humanas, había abandonado los adornos y talentos de mujer de la alta sociedad para convertirse en mujer casera.

Un día volvió Jacobo más temprano, y la encontró como á Marta sentada al torno; se acercó, la contempló con benevolencia, hizo un movimiento y la dijo:

—Muy bien, Eva.

Y se retiró sin añadir una palabra.

Las dos manos de Eva cayeron y echó la cabeza hácia atrás cerrando los ojos y derramando lágrimas.

Llegaban los primeros días de primavera; tintas rosadas y azuladas se esparcían por el cielo y se sentía la suave brisa de Mayo.

En los árboles empezaban á despuntar las hojas, y el jardín de Eva recobraba encanto y frescura con el aire tibio y sereno de la primavera.

El árbol del bien y del mal estaba cubierto de flores y follaje. El pinzón y los pardillos buscaban sitio para sus nidos y la curruca dejaba escapar melodiosos trinos.

El ruiseñor procuraba dejar escapar algunas notas como perlas, pero todavía el frío le detenía.

Las golondrinas empezaban á volver.

Ninguno de aquellos síntomas de vida y de amor pasaban desapercibidas para Eva, que era más bien pájaro que mujer, sensitiva y no sér material.

El viento, el sol, la lluvia se reflejaban en ella y sentía las modificaciones de la naturaleza. Algunas veces sorprendía á Merey con la mirada fija en la transformación de la naturaleza, y sin duda encontraba el mismo encanto que ella; pero su boca estaba cerrada para la sonrisa, y en cuanto notaba que le espiaban daba un suspiro y se volvía á su cuarto.

Sin embargo, de vez en cuando emprendía largas conversaciones con Eva, y la refería que había hecho del castillo un asilo y que las mujeres y los hombres tendrían, así como los niños, buen aire y buen alimento. Eva pedía la dejase verlo, y Jacobo la contestaba siempre:

—Cuando sea tiempo os conduciré, y entonces os ocupareis de la santa obligación que os habeis impuesto.

Al fin de Mayo vió volver al arquitecto, el que iba para asegurarse de que adelantaban los trabajos.

Pusieron los caballos al carruaje y partió acompañado por Jacobo.

La casa del bosque estaba concluida, y Jacobo llegó á tiempo para recibir los ramilletes que ofrecen los albañiles al propietario cuando han concluido una obra.

Jacobó se había ocupado incesantemente de ella, y nada faltaba en arquitectura y escultura.

El Sr. Fontaine comprendió que, á pesar de su desden por los tejados en punta, eran preferibles á los llanos, porque nevando mucho y lloviendo no sirven más que para hacer un depósito de aguas.

Jacobo Merey escogió el papel, y el arquitecto se encargó de enviarlo de Paris con obreros acostumbrados á encolar, no por rollos sino por bandas.

Se marchó contento y ofreció volver á los quince días para verlo todo acabado.

Jacobo le dió el plano para la casa de Paris, encargando comprar el terreno por el arrabal de San Honorato ó por la calle de la Arcade.

Cuatro ó cinco días despues llegaron los papelistas y el papel, y diez más tarde todo estaba concluido.

Jacobo escogió papeles oscuros para que resaltaran los cuadros, y cuando volvió el arquitecto tuvo que confesar que solo habia un pintor en el mundo, Rafael; pero que no carecian de mérito la escuela flamenca, holandesa, napolitana, florentina, española y francesa.

Jacobo no habia utilizado todos los cuadros del palacio, y aun despues de adornar su casa de Paris le quedarian los cuadros religiosos, destinados para la capilla del hospital.

En la casa del bosque habia una habitacion arreglada con particular esmero; enfrente de la cama se veia el retrato de la marquesa de Charelet, madre de Eva.

Todo lo más bonito que habia en muebles de palo de rosa, de ébano incrustado con marfil se habia puesto allí.

Los jarrones de la chimenea y el reloj eran de Sajonia, los marcos de los espejos de Sajonia, y la chimenea de porcelana de Dresde.

Todo aquello hacia resaltar de una manera admirable el retrato de la marquesa, destacándose sobre el terciopelo granate de la pared.

La alfombra era tambien del mismo género.

Aquella habitacion se encontraba en el centro de la casa, precisamente encima del sitio en donde Jacobo, conducido por Escipion, habia encontrado á Eva, y desde allí se disfrutaba de un golpe de vista en extremo pintoresco.

Por una abertura del bosque se podia ver con anteojo la casita de Argenton y el laboratorio.

El cuarto del doctor, contiguo á la habitacion que hemos descrito, y comunicando por el corredor y por un gabinete de tocador, tenia un aspecto de severidad antigua, era un modelo de la de Ciceron, ejecutada en Cumes por los modelos encontrados en Pompeya; por un lado daba á una biblioteca, por otro á un salon de Luis XV.

Habia un comedor de invierno en un invernadero de plantas exóticas, y otro de verano con salida á una plazoleta llena de flores de Occidente, de colores vivos y perfumados.

Jacobo habia hecho cercar el bosque, de modo que se pasaba á él desde el jardin sin apercibirse de ello.

No ménos adelantado que la casa estaba el hospital. Las separaciones estaban hechas y todo pintado al temple gris perla, con listones cereza.

En las celdas habia una cama y un crucifijo, y en las ventanas habia persianas para graduar la luz, segun la voluntad del médico.

Habia sitio para cuarenta ó cincuenta camas, y además veinte celdas vacías, por si se necesitaban.

Juan Munier vigilaba todo con un cuidado egoista. En las celdas habia muebles y cuadros que todavía no se habia decidido para dónde servirian.

Hemos dicho que los cuadros religiosos se reservaban para la iglesia, porque si bien en Paris estaban cerradas, no así en provincias, pues en las localidades como el Berrí, en donde eran sinceramente religiosos, habian conservado sacerdotes é iglesias.

El capellan del castillo, hijo de un aldeano, á quien el señor de Charelet habia hecho dar educacion en un seminario de Burges, no se habia alarmado por la proscripcion de los sacerdotes. Nadie le habia pedido el juramento constitucional y no lo habia ofrecido á nadie.

Habia permanecido con los servidores del castillo, con su traje mitad de seglar, mitad de sacerdote, y nadie le habia molestado. Era insignificante, y su insignificancia le salvó.

Quando le dijeron que los bienes del marqués de Charelet se los habian devuelto á su hija, la felicitó y la hizo una visita, rogándola que le dejara con el cargo y sueldo que tenia en la casa.

Eva recordó al buen hombre, á quien habia visto en los pocos dias que permaneci6 en el castillo y que la habia ofrecido los consuelos religiosos.

Cuando la visit6 en Argenton, la dijo:

—El castillo se va á convertir en un hospital y hospicio, en donde hay mäs necesidad de un sacerdote que no en un palacio, para que les hable el lenguaje sencillo de la religion, puesto que se dirige á gentes sencillas.

Varias veces habia hablado con él Jacobo Merey en sus excursiones al castillo, encontrándole indulgente y paternal, dos cualidades preciosas en un sacerdote, y le habia ofrecido continuaria de capellan, encargándole de recorrer los pueblecillos y tomar nota de las personas verdaderamente pobres y que necesitaban socorros á domicilio, y de las que debian ingresar en el hospicio.

Un dia Jacobo se encerr6 con él y conferenci6 largamente.

Sin duda se trataba de Eva y de sus futuros proyectos, porque cuando termin6 la conversacion el sacerdote ensill6 su caballito, que le servia para sus viajes piadosos, y se encamin6 á casa del doctor.

Dos horas despues parti6 Jacobo Merey, y á una legua de Argenton se encontr6 al Sr. Didier, nombre del capellan, quien regresaba al castillo.

—Y bien, ¿qué ha contestado? le pregunt6.

—Ha dicho que se haga su voluntad y la de Dios; despues sus manos se juntaron y se puso á rezar. La señorita Eva es una santa.

—Gracias, padre mio, dijo Jacobo, y continu6 su camino.

Se adivinaba que habia impuesto á Eva una nueva penitencia, y sin duda él participaba de ella, porque segun iba acercándose á Argenton se tornaba más sombrío, y cuando puso la mano sobre el llamador, como deseando no entrar de improviso con la llave, le temblaba su mano.

—¿No ha sucedido nada durante mi ausencia? pregunt6 Jacobo á Marta, quien habia abierto la puerta.

—No señor; pero ha venido el capellan del castillo, ha hablado

diez minutos con la señorita Eva, esta ha llorado bastante y se ha retirado á su cuarto.

Jacobo vacil6 entre subir á su laboratorio ó entrar en el dormitorio de Eva; pero al llegar al primer piso se adelant6 hácia la puerta y llam6.

—Entrad, dijo la voz de Eva, quien no reconoci6 á Jacobo, porque no acostumbraba á llamar á la puerta de la calle para entrar.

Pero apenas entr6, Eva lanz6 un grito, cay6 de rodillas, y dijo extendiendo los brazos:

—*Ecce ancilla Domine.*

La canastilla de boda.

Jacobo la levantó.

—Vacilaba para veros, dijo.

—¿Por qué? interrumpió Eva levantando hácia él sus hermosos ojos azules.

—Temia que la conversacion con el Sr. Didier os hubiera causado más viva impresion.

—¡Oh! exclamó Eva; Jacobo, ¿creeis que la impresion es ménos viva, ménos violenta porque me anego en llanto y no caigo á vuestros piés? Si me habeis encontrado de rodillas ha sido porque no queria estar sentada y no tenia fuerza para permanecer de pié.

Además, ¿no os he dicho: si algun dia os casais no me alejeis de vos? El sacerdote ha venido para anunciarme vuestro enlace, pero me ha dicho que me quedaré á vuestro lado como una hermana, como una amiga: no esperaba tanto. Hemos hablado de expiacion, pero hasta hoy no he expiado nada, no he hecho más que seguir, segun vuestra voluntad, el camino que hubiera seguido sin vos.

Habeis empleado mi fortuna en obras de caridad; eso mismo pensaba yo. Ningun dolor que pudiera compensar el que os he causado he sufrido hasta ahora. Hoy empiezo á caminar sobre espinas y zarzas; ¿pero qué os he dicho? Que deseo no demostraros mi dolor porque temeria cansaros con mis quejas y sollozos. Os agradezco haber escogido un hombre de paz y perdon para darme esa noticia: á la primera palabra he adivinado, he comprendido, y os he dado gracias por haber tenido esa consideracion inútil, pues hubiera deseado saberlo por vos mismo.

Habeis temido mis lágrimas, mis gemidos y tal vez mis quejas, pero olvidais que nada tengo que reprocharos. No; hubiera tenido la fuerza de voluntad suficiente para escucharos con la misma sonrisa que ahora os escucho. Lo he ofrecido, amigo mio, y lo cumpliré.

—Gracias, Eva.

Y tomándola una mano se la besó.

Pero apenas sus lábios tocaron la mano de la jóven, cuando arrojando un grito y tornándose pálida como la muerte, cayó sin conocimiento sobre una silla.

Soportaba el dolor, pero no tenia fuerza para soportar una caricia.

Jacobo aprovechó verla con los ojos cerrados para contemplarla con inconmensurable amor, y poco faltó para que no la tomara en sus brazos y la estrechara sobre su corazon.

Pero tambien poseia gran fuerza de voluntad, y se contuvo.

Sacó un frasquito y lo acercó á la nariz de Eva.

Por dolorosa que hubiera sido la herida, llevaba con ella el bálsamo. Eva abrió los ojos, no pronunció una palabra, pero dejó correr un arroyo de lágrimas, y murmuró:

—¡Oh, qué feliz soy! ¿Qué ha sucedido?

—Os dejo sola Eva, dijo Jacobo; recordad.

Eva y Jacobo no se volvieron á ver hasta la hora de la comida, y no se habló más del Sr. Didier ni de la causa que le habia conducido allí.

El círculo mórado que rodeaba los ojos de Eva aumentaba de dia en dia; su palidez era mate, y dos ó tres veces Jacobo Merey se habia levantado y de puntillas llegaba hasta su cuarto y la oia llorar.

Quiso llevar la conversacion á este terreno; balbuceó y no acabó de expresarse, como temiendo causarle un pesar, pero como si deseara decir alguna cosa: ella acudió á su socorro.

Una noche en que Jacobo estaba más turbado que de costumbre, se arrodilló delante de él y le dijo:

—Jacobo, teneis algo que decirme y no os atreveis: hablad, de-

cidme todo, aunque sea mi sentencia: lo que provenga de vos me será grato.

—Eva, será preciso separarnos por algunos días.

Eva se estremeció y sonrió tristemente.

Jacobo, nuestra verdadera separacion es desde el día en que habeis dejado de amarme.

—Pero si vos lo deseais, no nos separaremos ni aun esos días.

—¿Cómo? exclamó vivamente Eva.

—Voy á Paris á hacer algunas compras: la *persona de quien se trata* es huérfana y no tiene parientes que puedan guiarme para comprar los efectos que siempre agradan á la mujer.

—Pues bien, Jacobo, dijo Eva con el corazón oprimido por las lágrimas; ¿no estoy yo aquí?

—Si me acompañais en ese viaje, seria un gran favor.

—Héme aquí; estoy pronta: cuanto más sufra, Jacobo, más pronto seré perdonada por Dios y por vos.

—Pero si ese sacrificio es superior á vuestras fuerzas...

—No hay más que una cosa para la que no tengo fuerza; para no amaros.

—¡Eva!

—Perdonadme: de las promesas que os he hecho es la más imposible de cumplir; por eso debeis ser un poco indulgente: ¿cuándo partimos?

—Mañana por la noche, si gustais.

—No tengo más voluntad que la vuestra: estaré preparada para mañana.

Jacobo tomó los tres asientos de berlina en la diligencia, y al día siguiente, despues de dar una ojeada por el castillo de Charelet y por la casa del bosque, partió para Paris acompañado de Eva.

En aquella época se tardaban dos días para llegar de Argenton á Paris.

Llegaron el 20 de Junio por la noche, es decir, en los días más bellos del año; subieron en un carruaje, y Jacobo gritó al cochero: Fonda de Nantes.

Eva se estremeció, y miró á Jacobo como diciendo: «¿No me evitareis ningun dolor?»

Merey pareció no fijarse; pero la tomó la mano, se la estrechó amistosamente, y le dijo:

—Eva, sois una criatura tan buena, que se puede fiar en vuestra palabra como en la de un hombre.

Por más esfuerzos que hacia Eva, á medida que se acercaban á la fonda aumentaba su temblor.

Jacobo pidió los dos cuartos que habian ocupado: estaban vacíos.

Al pié de la escalera flaquearon las fuerzas de Eva, y no pudo subir. Como lo habia hecho en otro tiempo, la tomó Jacobo en sus brazos y la llevó hasta el entresuelo.

—¡Oh, cuán feliz he sido en este cuarto, dijo Eva; creí morir en él!

Y se fué á sentar en el borde de la cama con la cabeza baja y llenos de lágrimas los ojos.

—Dispensadme, le dijo á Jacobo, ¿por qué me habeis conducido aquí?

—Porque siempre vengo á esta fonda: por no perder la costumbre.

—¿No ha sido por hacerme sufrir?

—¿Por qué preguntais eso, Eva? ¿Qué huella pueden haber conservado estas habitaciones de lo que ha pasado?

—Teneis razon, Jacobo; pero me es imposible no recordar: parece que veo el fuego en la chimenea, la alfombra empapada en agua, un traje desgarrado; no me amábais ya, pero tampoco me odiábais.

—Jamás os he odiado, Eva; os he tenido lástima: las quejas eran á mí mismo: he cuidado demasiado de perfeccionar vuestro cuerpo, sin haber desarrollado bastante la energía del alma. Ha sido culpa mia, culpa mia; no pensemos más en eso. ¿Qué deseais esta noche, Eva? ¿Quereis salir, ó quereis quedarós mirando á los transeuntes?

—Me quedaré para mirar en mi interior; mi alma está poblada

de recuerdos, y no puedo fastidiarme; pero basta: os canso, Jacobo, y yo me desgarró el corazón. ¿Teneis las medidas para lo que deseais comprar?

—No; pero procuraré encontrar una persona que sea poco más ó ménos de su estatura.

—Si tuviera la dicha de parecerme á esa persona tan feliz, os diría con alegría: Ved si puedo seros útil.

Jacobo miró á Eva como si entonces pensara en eso.

—A fé mia; ¡qué casualidad! me pareceis de la misma estatura, y estoy seguro que podrá hacerse todo á vuestra medida.

—Disponed de mí, Jacobo; ¿no os pertenezco?

—Pues mañana vendrán las modistas y los comerciantes para que vos elijais.

Al día siguiente salió Jacobo muy temprano, recomendando á Eva que estuviera preparada para las nueve: á las ocho y media volvió, almorzó con la jóven y estuvo lo más amable posible.

A las diez empezaron á presentarse las modistas, costureras, lenceras, comerciantes de sedas y demás.

Entonces Eva, con el corazón oprimido, pero con la sonrisa en los lábios, escogió las telas para vestidos, los sombreros, las cachemiras, los peinadores, las camisas, enaguas, toda la ropa necesaria para una mujer elegante.

Después los relojes, anillos, peines, collares y guantes.

Jacobo recomendó á Eva que todo fuera bello y lujoso, y la jóven con un vestido de percal, sin una sola sortija, ni joya, escogió por diez mil francos de vestidos, cien mil francos en joyas, veinticinco mil francos de cachemiras, quince mil francos de ropa blanca, sin manifestar tristeza ni deseo de poseer nada de aquellos tesoros de lujo.

Después de medio día le tocó el turno á los corsés, medias de seda y encajes, escogiendo todo á propósito para el cutis y cabello, dando Jacobo tan extensos detalles de la belleza de su prometida, que Eva sufría horriblemente al considerar cuán presente estaba en la memoria de Meréy.

La jóven permaneció sin salir un momento de su cuarto.

A los tres días hizo disponer Jacobo los cajones.

—¿A dónde vais á llevar todo? le preguntó Eva.

—A provincias.

—Pero... ¿no os casais aquí? balbuceó Eva.

—No: en Argenton.

—¿Y habitareis... allí?

—De vez en cuando; porque tendremos casa en el campo y casa en Paris para el invierno.

—¿Y podré habitar en el cuartito de nuestra casa de Argenton? Y al decir «nuestra casa,» se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Permanecereis si gustais, mi buena Eva.

—¡Oh! bien aislada, bien oculta, pero cerca de vos.

—Estad tranquila.

Al día siguiente partieron con la canastilla de boda, que parecia comprada para una princesa.

Dolor y dicha.

Cuando regresaron á Argenton, Jacobo parecia muy satisfecho de sus compras; pero Eva estaba profundamente triste, más aun por parecerse tanto á la que iba á ocupar su puesto en el corazon de Jacobo.

Mientras parecia lejano el dia del matrimonio, Eva lo miró con filosofía; pero cuanto más se acercaba, la idea de que otra mujer se instalaria en la casa y llamaria suyo al hombre que más amaba en este mundo y por el que dos veces habia atentado contra su vida, la causaba una desesperacion infinita. Aquella vaga inquietud propia de su carácter se habia trasformado en una sensibilidad nerviosa, que no la permitia estar tranquila un momento.

Cuando ménos pensaba se levantaba, iba de un extremo á otro de la sala, y llegaba á la ventana para apoyar su frente contra el cristal, torciéndose los brazos y lanzando gritos: bajaba al jardin, y bajo el emparrado ó al pié del árbol de la ciencia permanecia horas enteras entregada á su dolor.

El ruiseñor modulaba dulces trinos, y por la noche Eva salia de su cuarto, bajaba como una loca, le escuchaba, y de repente, cansada de aquel himno de felicidad, le asustaba para hacerle callar y volvía á entrar en casa llorando.

Instado por ella para saber qué dia llegaria la prometida de Jacobo, este la habia dicho que el 1.º de Julio.

Cada dia al levantarse tomaba una pluma y hacia una rayita negra.

Tres ó cuatro dias antes de cumplirse el plazo se presentó el capellan del castillo con una jovencita, que deseaba entrar como hermana de Caridad.

Era hermosa; tenia diez y seis años, y era huérfana: nunca las pasiones habian agitado su corazon, y feliz con aquella tranquilidad, deseaba continuar así.

Mientras que el padre Didier y la jóven estaban en el despacho de Jacobo, Eva abrió la puerta y le hizo seña al capellan que deseaba hablarle.

El capellan consultó á Jacobo con la vista y siguió á Eva.

Poco despues regresaba al castillo, llevando con él á la jóven hermana de Caridad, admitida por Jacobo para el hospital.

En algunas poblaciones habia sido abolida esa piadosa, útil é inofensiva congregacion, pero en el Berri continuaba prestando sus cuidados y consuelos á los desgraciados.

De cuatro hermanas que debian asistir en el hospicio, tres habian sido ya admitidas; la tercera era la jóven de quien hemos hablado.

Aquel dia estuvo Eva más tranquila; en lugar de huir del lado de Jacobo, le buscaba y parecia que deseaba decirle algo, pero sin atreverse.

Jacobo no queria provocar una explicacion.

El dia y la velada pasaron así; á las diez se levantó Eva pálida, vacilante, y se dirigió á Jacobo con intencion de hablarle, pero no tuvo valor, y tendiéndole la mano le dió las buenas noches y salió.

Pero al salir rompió en sollozos y Jacobo los oyó.

Hacia dos dias que la veía sufrir más que de costumbre, pero queria que la confianza la hiciera abrirle su corazon, y no una órden, ni una súplica suya.

Permaneció escuchando; comprendió que se habia detenido y lloraba en el corredor.

—Eva, dijo, ¿por qué llorais más amargamente hoy que ayer?

Eva volvió á entrar, y fué á caer delante de los piés de Jacobo.

—Lloro hoy con más amargura que otros dias, porque veo que

me es imposible cumplir la promesa que os he hecho. Quería, sucediera lo que sucediera, permanecer al lado vuestro, mi buen Jacobo; pero eso sería un manantial de disgustos para vos. ¿Qué mujer, aunque fuera una santa, podría consentirme al lado suyo, viendo que mis ojos buscaban los vuestros y mis manos vuestras manos.

Sois bueno, y no me rechazaríais; pero ¿qué mujer que os amara no estaría celosa destruyendo con sus celos nuestra felicidad?

—No teneis nada que temer en ese concepto, replicó Jacobo; la he dicho todo y me he acusado á mí mismo; nunca os hará una observacion, os lo aseguro.

—Me respondeis de ella y creo en esa promesa, pero yo misma no podría soportar ese espectáculo. Me equivocaba, os engañaba y me engañaba cuando os decía que podría vivir á su lado bajo el mismo techo; si hubiera una mujer capaz de esto, creed, Jacobo, que sería yo; pero no puedo y ninguna podría. Es preciso que me aleje de vos, Jacobo; es preciso que me separe.

¡Oh, mi casita! ¡oh queridos objetos que estoy acostumbrada á mirar y que no veré más! Mañana os daré el último adios, puesto que pasado mañana llega ella.

Y Eva besaba el suelo, y extendiendo los brazos estrechó los piés de la papelera, y arrastrándose llegó hasta el piano y besó las teclas.

Jacobo extendió el brazo, la tomó por la mano y la atrajo hácia sí; Eva cayó otra vez de rodillas apoyada en el sillón.

—Pero al hablarme de eso, será porque habreis formado vuestro plan; ¿cuál es?

—Escuchadme: esa jóven que ha venido hoy con el padre Didier, me ha hecho comprender mi deber. Quisiera vestir como ella el santo traje de hermana de la Caridad, y dedicarme al servicio del hospital fundado en el castillo en donde nací. Exigid de mí lo que puedo dar ó pedidme mi vida; sufrid que me rescate, ya que no tengo fuerza para expiar.

—¿Habeis consultado hoy al padre Didier?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho ese hombre piadoso?

—Me dijo que era una inspiracion del cielo, que me animaría y sostendría en la senda de la salvacion. Pero lo que me ha dicho y lo que me decide á pedir os gracia para lo demás, es que ireis á ver á los enfermos y á los pobres una vez por semana, y entonces os veré.

—Pero ya sabeis, Eva, que las hermanas deben ser pobres y vos poseeis aun más de un millon.

—¿Y cómo haremos, Jacobo, para que esa fortuna desaparezca? ¿No teneis un poder mio? Pues dad, vended, haced lo que gustéis con tal que pueda dedicarme en la soledad á Dios, á los pobres y á vos.

—Reflexionad, Eva; si despues os arrepentís cuando vistais el traje de sierva de Dios, sería tarde.

—No me arrepentiré, tranquilizaos. Estoy segura de mí misma.

—No; reflexionad hasta mañana á las cinco, hora en la cual subiremos al carruaje y os conduciré al castillo de Charelet; allí os aconsejareis por última vez con el padre Didier, y despues haré lo que deseéis.

—Gracias, Jacobo, gracias, dijo tomando la mano del doctor y cubriéndola de besos febriles.

Despues se retiró á su cuarto, pasó parte de la noche en oracion y se durmió á la madrugada.

Cuando se despertó preguntó por Jacobo, y la dijeron que había salido, pero que había dicho volvería á buscarla á las cinco.

A las cinco se paraba el carruaje en la puerta de la casita.

Eva había consagrado el día á despedirse de todos los objetos queridos; llevaba flores de todos los árboles; besó todos los muebles de su cuarto y del laboratorio; su intencion fué pedir la permitieran llevar todo lo que encerraba su cuarto, pero el capellan la había dicho que no podía ser, porque sería distinguirse de las otras hermanas. No insistió, y solo llevó el crucifijo de marfil, que era regalo de Jacobo.

El momento de partir fué cruel; no podía separarse de los brazos de Marta, quien lloraba copiosamente. En fin, con el pañuelo

en los ojos se lanzó dentro del carruaje, y los caballos salieron al galope.

No había vuelto al castillo desde el día en que salió de él con su tía para ir á Alemania; por consiguiente, no tenía para ella más que recuerdos sombríos, y no sintió ninguno de los adornos señoriales que le habían quitado para convertirle en hospicio.

Dos personas aguardaban en la puerta; Juan Munier, á quien Eva tendió amistosamente la mano, y José, á quien dijo humildemente:

—Abrazadme, padre mio, porque lo habeis sido para mí.

—¿Y él? preguntó José señalando á Jacobo.

—¿El? El ha sido más que mi padre, ha sido un Dios, dijo Eva besándole la mano.

Jacobo había bajado ya; dió la mano á Eva para ayudarla á bajar.

—¿Quereis visitar el establecimiento de que sois fundadora, mi querida Eva? preguntó Merey.

—Con mucho gusto, contestó apoyándose en su brazo y agitada por tan diversos pensamientos, que se le desvanecía la cabeza y las piernas se negaban á sostenerla.

En el hospital había ya quince ó veinte enfermos, y en el hospicio una docena de madres y viudas con sus hijos.

Los enfermos y los desgraciados sabían, porque se lo habían advertido, que la que llegaba á visitarlas era la antigua dueña del palacio, del que había hecho una casa de asilo para renunciar á los bienes mundanales.

Todos la rodearon, todos la siguieron colmándola de bendiciones, y atravesaron así todas las salas del piso bajo y del principal.

Eva interrogaba á las viudas sobre sus desgracias, y se informaba de los sufrimientos de los enfermos.

Encontró á la joven hermana que había estado el día antes con el capellan en casa del doctor, y la abrazó. Cuando se alejó detuvo su mirada sobre el traje pintoresco y al mismo tiempo triste que vestía.

Eva preguntó qué habitacion era la que se veía iluminada.

—Es la iglesia, contestaron.

—Pues vamos á ella, dijo Eva.

En aquel momento los niños se esparcieron por el jardin y cogieron flores; las madres rompieron algunas ramas; los niños alfombraron la iglesia con flores desde la puerta hasta el altar mayor, y los hombres y las mujeres formaron un pabellon de follaje, bajo del que pasaron Eva y Jacobo.

El padre Didier, con su traje para officiar, estaba delante del altar; á sus piés se veía un cojin.

Eva creyó la aguardaba para exhortarla sobre los deberes del estado á que se iba á consagrar; separó el cojin y se puso de rodillas sobre la piedra.

Entonces, con inmenso asombro suyo, vió á Jacobo arrodillarse á su lado.

—Padre mio, dijo Merey; os presento no solo á una santa, sino á una mártir. La amo, y deseo que á la vista de toda la poblacion, que la debe el apoyo y la tranquilidad, nos unais con el santo lazo del matrimonio.

Eva lanzó un grito que más parecia de dolor que de júbilo, y levantándose se oprimió la cabeza con las dos manos, y exclamó:

—¿Estoy loca? ¿Es verdad que Jacobo me dice que me ama y me toma por esposa?

—Sí, Eva, sí, os amo, replicó Jacobo; no como vos mereceis que os amen; pero sí cuanto es posible amar á una mujer.

—¡Dios mio, Dios mio! gritó Eva.

Y palideciendo densamente, cayó sin sentido sobre el pavimento.

Cuando recobró el conocimiento estaba en la sacristía, y Jacobo Merey de rodillas la estrechaba contra su corazón.

Entre tanto resonaban los gritos:

—¡Viva el doctor Jacobo Merey! ¡Viva la señorita de Charelet!

—Volvamos á la iglesia, amada mia; dijo Jacobo.

Conclusion.

Los desmayos que causa la alegría no son, por más que se diga, ni largos ni peligrosos.

Eva, pues, había recobrado por completo la razón, y solo le parecía que todo lo que sucedía era un sueño.

El carruaje esperaba á la puerta de la iglesia, pero Eva estaba tan débil que Jacobo la llevó en sus brazos desde el altar: el cochero sabía á dónde tenía que ir, así es que nada preguntó, y el carruaje se alejó entre el rumor de los gritos: ¡Viva Jacobo Merey, viva la señorita de Charelet!

Eva miró en torno suyo, pero no vió más que á Jacobo, y lanzando una exclamación de júbilo, se arrojó en sus brazos sollozando de alegría.

Desde el día en que por medio de su aliento la devolvió la vida en la fonda de Nantes, no la había prodigado Jacobo ninguna caricia de amante.

Continuaron enlazados uno con el otro, pidiendo Eva al cielo que si era un sueño, no la despertara.

De repente se abrió la portezuela; Eva abrió los ojos y se encontró rodeada por varios criados con antorchas.

Jacobo la ayudó á bajar: ignoraba por completo en dónde se encontraba.

Casi se había fijado en que el coche se había detenido delante de una casa completamente desconocida para ella, y que jamás había visto en las cercanías del palacio de Charelet.

Subió una gradería adornada con flores, entró en un vestíbulo en donde se veían candelabros y jarrones de china, cuya forma no le era desconocida, aunque no recordaba en dónde los había visto.

Después pasó al salón, adornado al estilo de Luis XV, cuyos muebles también recordaba, y del salón por dos puertas se pasaba á dos dormitorios.

Uno era el que estaba tapizado de terciopelo granate, y cuyo único adorno era un gran retrato de mujer y un reclinatorio.

Al ver el retrato, exclamó Eva:

—¡Madre mía!

Y cayó de rodillas sobre el reclinatorio.

Jacobo la dejó rezar un momento, después la envolvió con sus brazos y la levantó hasta sus labios.

—¡Madre mía, dijo, tomo á vuestra hija, pero os ofrezco la haré feliz!

—¿Pero en dónde estamos? preguntó Eva mirando en torno suyo y viendo por las ventanas las luces de Argenton.

—Estás en tu casa del bosque José, ó en tu *villa* Escipion, como te parezca mejor. Este es tu dormitorio, como habrás adivinado al ver el retrato de tu madre, y este dormitorio está situado sobre el mismo sitio en que te encontré en la cabaña del cazador José, que hoy es guarda general de tus bosques.

—¡Ah! exclamó Eva, nada olvidas y los recuerdos son una cosa sagrada.

Ya sabemos que por un corredor se comunicaban los dos dormitorios; Merey condujo á la joven al segundo, que era el suyo.

Eva no había visto nada que se le pareciera: modelo Pompeyo puro. Las pinturas que adornaban las paredes la ocuparon un momento; después pasó á los dos gabinetes, que parecían hermanos gemelos, diferenciándose sólo en los cuadros, que unos eran de la escuela lombarda y otros pertenecían á la florentina.

Después había una galería de varias escuelas de pintura.

La visita terminó en los dos comedores: una mesa con dos cubiertos estaba servida en el de verano, y desde los asientos se veían las flores, los árboles y las estrellas.

Jacobo hizo seña á Eva para que se sentara, la besó la mano y se sentó á su vez.

Eva comió sin saber lo que comía.

Las emociones de aquel dia la habian debilitado, y nada abre el apetito como las lágrimas de alegría.

En la mesa puso Jacobo Merey á Eva al corriente de todo. El hospital estaba fundado; la villa Escipion, ó la casa del bosque, acabada por completo; para el mes de Octubre le aguardaba su palacio de Paris. De la fortuna de Eva y de Jacobo, tan considerable una como otra, les quedaba cien mil libras de renta.

Eva quiso cerrar los oidos á las cuentas y cálculos, pero Jacobo juzgaba necesario informarla.

Cuando concluyó la cena, condujo Jacobo á Eva á su dormitorio.

—Aquí estás independiente, la dijo: las puertas cierran por dentro, y cuando las dejes abiertas será que me concedes permiso para entrar.

Eva le miró con ternura.

—Jacobo, una última súplica: volvamos á Argenton.

—¿Por qué, alma mia? preguntó Merey.

—Porque me parece que sería una ingratitud pasar la noche más feliz de mi vida fuera de la casa en donde me creaste y donde me he redimido.

Jacobo abrazó tiernamente á Eva.

—Tú sí que nada olvidas, la dijo; partamos para Argenton, partamos al momento.

Y una hora despues, la puerta de la casita se cerraba detrás de los dos seres más felices de la creacion.

FIN DE CREACION Y REDENCION.

ALEJANDRO DUMAS.

Ha pasado solamente un año desde que el autor de CREACION Y REDENCION, el amigo querido, el maestro de mis primeros ensayos literarios, me decia en Madrid:

—Hija mia, ya no soy más que ruinas, y poco, muy poco, podrá brotar de mi imaginacion cansada y abatida.

Su pronóstico se ha realizado, y Alejandro Dumas ha dejado de existir á los 68 años de edad, acompañado por los consuelos de la religion y por el llanto de su hija María Alejandra, de su hijo Alejandro y de sus amigos más íntimos.

La Ilustracion Española y Americana publicó en Mayo la biografía que escribí con los curiosos é ignorados detalles que Alejandro Dumas me dió por entonces, y que hoy reproduzco más extensamente para rendir el último homenaje de cariño y de admiracion al que profesaba un afecto verdaderamente paternal.

A dos leguas de la Ferté-Milon, en donde vió la luz primera el clásico Racine, á siete de Chateau-Thierry, cuna del fabulista LaFontaine, en la misma calle en que exhaló el postrer suspiro Demoustier, autor de las *Cartas mitológicas á Emilia*, y verdadero tipo de la literatura jocosa de siglo XVIII, cerca de Paris, y en la ri-sueña Villers-Cotteretes, nació el 24 de Julio de 1802 un niño, á quien bautizaron con el nombre de Alejandro, hijo del general republicano Alejandro Dumas, que murió poco despues á los 39 años envenenado en las prisiones de Nápoles, en compañía del general Manscour y del sábio Delomieux, y cuando apenas el niño podia comprender la irreparable pérdida que sufría.

—La desgraciada muerte de mi padre, ha dicho algunas veces

Alejandro Dumas, ha sido causa de mis tendencias al republicanismo y de mi predilección por Garibaldi, cosa que nadie ha comprendido.

La muerte prematura del general dejó á su familia en un estado vecino de la miseria, y aun cuando solo le faltaban sesenta y seis dias para que su viuda tuviera derecho á una pensión, le fué negada por Napoleón I, así como la gracia que pedía para que su hijo fuese educado en un colegio, sin duda porque el general Dumas rehusó servir al Imperio.

También tenía derecho á ostentar el título y corona de marqués; pero hacia largo tiempo había renunciado, y su hijo Alejandro siguió su ejemplo, contentándose con el apellido Dumas, que su talento ha hecho tan célebre.

Viéndose tan escaso de recursos, careció de educación hasta los 21 años, época en la cual aprendió el italiano, el griego, el latín, el inglés, y las reglas necesarias para el trato social, y que debía haber aprendido en un colegio.

Esta falta de primera educación tuvo sus ventajas y sus inconvenientes, pues ínterin permanecían dormidas sus facultades morales, se desarrollaron prodigiosamente las físicas.

—He sido, me decía, cazador infatigable: andaba quince leguas al día, pasaba la noche bailando, y regresaba á mi casa á la mañana siguiente sin haber tenido un momento de descanso.

Esto hace comprender sus largos viajes á Rusia, Africa, la vuelta que dió al mar Caspio, mitad á pié, mitad á caballo, y los diez tomos escritos durante ese viaje.

A su regreso entró en las oficinas del duque de Orleans, despues Luis Felipe I, porque su letra era preciosa, y como él mismo ha dicho, *Antes de vivir con mi pluma, he vivido con mi letra.*

Alejandro Dumas no tenía afición ninguna á la literatura nacional, y probablemente no hubiera sido novelista ni autor dramático si no hubiese leído á Walter Scot, Schiller, Shakespeare y á Goethe.

La admiración ó el odio impuestos en los colegios le fueron desconocidos, porque sus maestros eran los libros, debiendo su edu-

cación á sí mismo, lo que fué causa del total cambio que sufrió la literatura dramática francesa.

Nuestro inolvidable duque de Rivas tradujo su primer drama *Enrique III*; pero acometido Alejandro Dumas, primero de un profundo desaliento y despues del cólera, de cuya enfermedad tardó largo tiempo en reponerse, se dedicó á escribir sus *Impresiones de viaje*, cuyos primeros tomos obtuvieron un éxito tan brillante, que continuó publicando hasta 50 ó 60 tomos.

¡Cuán difícil sería seguir á Dumas en sus múltiples producciones, que inauguraban una nueva era y trasformaban el plan de la novela, obteniendo numerosos imitadores!

Efecto de su atrasada educación, desconocía casi por completo la historia; pero una crítica severa, publicada por Cassanac en el *Diario de los Debates*, le hizo reflexionar en la necesidad de estudiarla, y empezó su tarea histórica con 20.000 francos que le produjeron *La Torre de Nesle*, *Antony* y *Ricardo Darlington*.

Es preciso advertir que entonces no contaba con destino ni sueldo alguno, pues el primero y los 2.000 francos que ganaba en casa del duque de Orleans los había renunciado al subir este príncipe al trono.

Durante tres años el nombre de Alejandro Dumas cesó de resonar en los círculos literarios, y hasta sus mejores amigos (segun su expresión) se felicitaban por su inexplicable apatía, porque temían luchar con aquella pluma incorrecta aun, pero fecundísima, que derramaba á manos llenas los tesoros de su inteligencia, como despues ha prodigado los millones que sus obras le han producido.

En sus descripciones históricas le hemos visto seguir senderos risueños, floridos, pintorescos, encantadores y poéticos, porque no aprendió la historia con los historiadores, sino que la buscó en las Memorias secretas de los personajes, en los archivos, en las correspondencias particulares.

Sus primeros ensayos en este género fueron *Ascanio*, *El Caballero de Harmental* y *El Bastardo de Montleon*, leyéndose poco despues con avidez *Los tres mosqueteros*. *La Reina Margot*, *La Dama de Monsereau*, y *Los Cuarenta y Cinco*.

Las estocadas, los duelos de sus personajes y el entusiasmo que le causaba el teatro español *de capa y de espada*, le impulsaron á los estudios anatómicos, que siguió en el hospital de la Caridad, en Paris.

Sin estos detalles no sería difícil creer que la misma imaginación concibiera y desarrollara *Antony*, *La señorita de Belle-Isle*, *Pascal Bruno*, *Calígula*, *Monte-Cristo*, *Los compañeros de Jehú* y la *Historia de mis animales*.

La revolución del 48 tuvo singular influencia en la literatura francesa: á Scribe sucedió Sardou, Ponson du-Terrail á Alejandro Dumas, apoderándose del público la más total indiferencia, porque careciendo de fé decae el entusiasmo.

Si Lamennais escribió un libro titulado *La indiferencia religiosa*, con no menor motivo podría escribirse otro que llevara por nombre *El indiferentismo*.

La guerra de Crimea, de Méjico, de Sadowa, es decir, la lucha del Austria y de Prusia, hicieron olvidar las discusiones literarias, y el astro radiante de 1830 amenaza extinguirse por completo.

Mi ilustre amigo Lamartine ha muerto; Dumas, el fecundo y popular novelista, ha muerto, minada la existencia de ambos por las decepciones, los desengaños y la ingratitude.

El autor de *Las dos Dianas*, ¿ha pertenecido á algun partido? No; si bien por amor y respeto filial, profesaba la opinion republicana.

Las luchas de los partidos, ¿consiguieron elevarlo ó rebajarlo? No. Hicieron vacilar al coloso? Tampoco; pues en su última novela, *CREACION Y REDENCION*, como han podido juzgar nuestros lectores, y cuya traducción, tal vez como un presentimiento de que era la postrera, me encomendó con singular cariño, se le encuentra más jóven, más poético, más original, más entusiasta y apasionado que nunca, sus personajes más interesantes y sus diálogos más animados y llenos de encanto.

Alejandro Dumas era franco, generoso, apasionado, impresionable, y su carácter poético se revelaba hasta en los menores detalles.

Era la Providencia de los artistas, quienes encontraban un sitio y un cubierto en su mesa, un corazón dispuesto á participar de sus

pesares ó alegrías, y algunas monedas en su bolsillo, por lo que Dumas, á pesar de haber ganado *millones*, se encontraba á veces sin casi lo necesario.

Le conocí hace quince años, siendo yo todavía una niña, y ya entonces empezaba á estar triste, desilusionado, cansado del mundo y anhelando la vida íntima.

Desde la enfermedad que sufrió en el invierno de 1869 presentia su cercano fin.

El tumulto, el ruido, una sociedad numerosa le fatigaban en extremo, y caía en una especie de entorpecimiento; pero en las reuniones íntimas recobraba nueva vida y animación, brotando de sus labios frases chispeantes, ideas profundas, deliciosas descripciones que encantaban á los que le rodeaban.

En su último viaje á Madrid le presenté una noche en casa de mi amiga la inspirada poetisa doña Carolina Coronado, quien ofreció con cariñosa solicitud hospitalidad al grande hombre en su quinta del barrio de Salamanca.

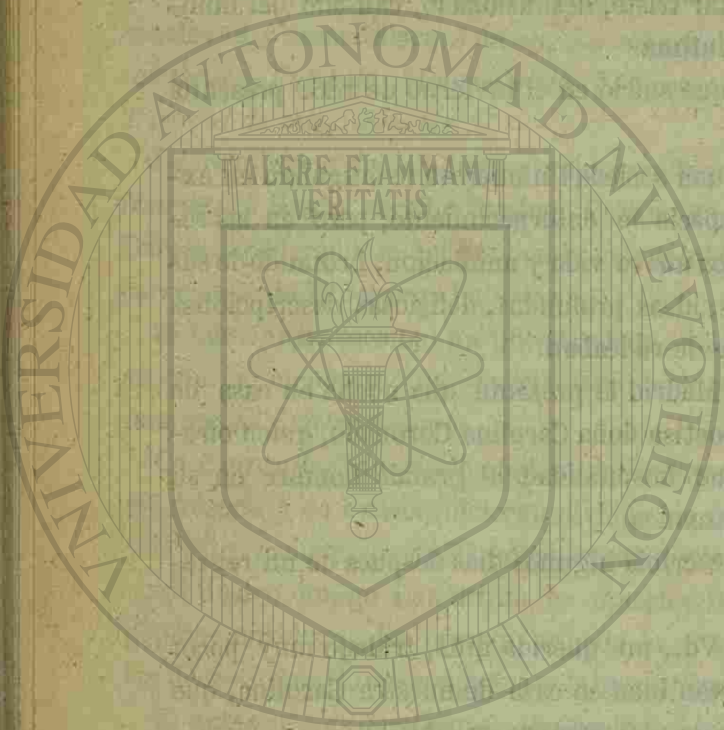
Instalado en ella, me escribía algunos dias despues de mi regreso á Sevilla:

«Desde su marcha de Vd., mi querida niña, trabajo muy poco: dormito. Me encuentro tan bien en casa de nuestra Carolina, que desearia morir para permanecer siempre en ella.

»Mi epitafio está hecho por Michelet, de modo que me levantarían un sencillo monumento en el jardín, y sería una curiosidad para los extranjeros.»

Sea esta biografía el último tributo de admiración y de cariñosa amistad que me es dado rendirle, concluyendo con dos líneas de una de sus cartas, porque ellas son la fiel expresión de mis sentimientos hácia el que tuvo la felicidad de morir antes de presenciar la desmembración de su patria, de la que era tan entusiasta, y la ruina de Paris, la capital en donde habia obtenido tan larga serie de glorias, y á la cual profesaba tan singular cariño.

«Mi memoria puede olvidar tal vez; pero mi corazón, jamás.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

TERCERA PARTE.

	<u>Páginas.</u>
La sala Louvois.	1
Un hombre de otra época.	11
La carta del Sr. de Charelet.	18
El Salvador.	26
El manuscrito.	33
El manuscrito de Eva.	150
El regreso de Eva.	203
El regreso de Jacobo.	302
La cabaña de José.	312
El palacio Charelet.	319
El arquitecto el Sr. Fontaine.	326
Ecce ancilla domini.	332
La canastilla de boda.	338
Dolor y dicha.	344

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

TOMO PRIMERO.

	Páginas.
¿Quién es esta niña?	29
Se inclinó sobre Eva y tocó con sus labios la boca de la joven.	79
Jacobo Merrey recibió en sus brazos aquel mártir del honor.	169
No hay un instante que perder; indicadnos los desfiladeros de Argonne.	184
Ciudadanos: El enemigo está derrotado y la Francia se ha salvado.	216
La pobre niña busca un refugio en Dios.	236
El general Dumouriez se puso á la cabeza de los batallones entonando la Marsella.	267
Danton llorando sobre el cadáver de su esposa.	338

TOMO SEGUNDO.

Danton.	80
Asesinato de Marat por Carlota Corday.	81
Sus largos cabellos la envolvieron cual un velo.	23
Los girondinos yendo á la guillotina.	115
Robespierre.	213



IDAD AUTÓNOMA
CIÓN GENERAL

